

HQN™

ALBA
y la
PRIMAVERA
interminable

ANA MARÍA DRAGHIA



ALBA
y la
PRIMAVERA
interminable
ANA MARÍA DRAGHIA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2022 Ana María Draghia
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Alba y la primavera interminable, n.º 321 - marzo 2022

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1105-490-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

*A Sara y a Virginia.
Para medir el tiempo
solo nos hacen falta las risas.*

OceanofPDF.com

Prólogo

Odio los álbumes de fotografías. Todos esos recuerdos que no puedes borrar y que te miran de reojo desde el otro lado del tiempo. Sonrisas que no vuelven y se esparcen entre las páginas de decenas de recortes de vida. Te encuentras con versiones de ti mismo que ni siquiera eres capaz de reconocer, como esas instantáneas en las que todo parecía estar bien, aunque por dentro tenías un vacío tan grande que te daba vértigo cerrar los ojos y chocar con él.

Mal día para darme de bruces con el pasado.

Los fantasmas tienen fama de aparecer en el momento más inconveniente, y los míos habían hecho acto de presencia de golpe.

Las paredes, los muebles, la puerta de la cocina que seguía chirriando después de una década. Y los jodidos olores. Se habla tan poco de ellos...

Abrí las ventanas. El tráfico de Madrid a veces resultaba insoportable. Lo había olvidado durante esos largos periodos fuera. No podía decir que lo echara de menos.

Inspiré hondo, tanto que sentí un dolor punzante en el pecho.

Tardé unos segundos en volver al salón. Di una vuelta perezosa. Me sentía incapaz de cambiar de sitio ni un solo objeto, pero sí que cogí un libro de la estantería. Mi favorito.

Para el amor de mi vida. Único e irremplazable.

Algún día te regalaré una galaxia donde podamos tenernos siempre.

Pablo

Hojeé aquel ejemplar de tapas duras que había acumulado, con el pasar de los años, rastros de huellas, tinta de un bolígrafo que subraya al azar.

Promesas que quizá se habían cumplido. De entre sus páginas, se voló un antiguo dibujo que había hecho a los once años.

Apreté la mandíbula.

Lo guardé justo en el lugar del que no debería haber salido y coloqué el libro en su hueco correspondiente. Ya no tenía fuerza para hacerme cargo de las malas pasadas que pudiera jugarle mi memoria.

Volvería en otro momento, si encontraba el valor para introducir la llave en la cerradura. Algo tan sencillo, que hacemos de manera automática, se había convertido en una puesta a prueba de mi debilidad.

Estaba saliendo del portal cuando sonó mi teléfono. Estuve tentado de no contestar. Ignorar la llamada como quien deja pasar el tren de su vida, sin vuelta atrás.

Rendirse o luchar. Rendirse o luchar. Rendirse o...

Joder. Siempre era luchar, y yo, por enésima vez en mi vida, quería rendirme, dejarme llevar por la corriente. Nunca me había permitido bajar la guardia y parecía que no iba a cambiar pronto esa mala costumbre de fingir que estaba bien. Sin embargo, no era más que un mal mentiroso hecho de pequeños grandes miedos.

—Diga.

Capítulo 1

@missvenusconsejos: #buenosdías ¿Os habéis tomado ya el primer café de la mañana? Yo voy por el tercero.

La revista en la que trabajaba estaba en el buzón como todos los miércoles desde hacía tres años. La hojeé mientras subía las escaleras y mordisqueaba uno de los cruasanes que acababa de comprar. Era adicta a ellos. Agradecía haber heredado el metabolismo de mi madre, si no, hubiese tenido que echar mano de las *20 claves para tener vientre plano antes del verano* que aparecía en portada junto a una famosa actriz internacional. Febrero me parecía pronto para empezar la operación biquini.

Fui directa a mi sección: «El consultorio de Venus». Ahí estaba la foto de la modelo sueca que habían contratado para ponerle cara a mi voz. Ella, tan preciosa; yo, tan yo. Nadie quería ver a Alba Beltrán con su chándal viejo, la coleta despeinada y las enormes gafas de miope que me cubrían el setenta por ciento de la cara. Así que mi trabajo se centraba en contestar cartas, correos electrónicos, tuits y mensajes directos. Y Gunilla —no sabía si se llamaba así en realidad— posaba sentada en un sillón orejero, con sus largas y seductoras piernas cruzadas, unos *stiletto* de vértigo y un maquillaje impecable.

—Quieren ver la imagen del éxito, Alba, no te lo tomes a mal.

Esas habían sido las palabras de mi editora cuando fui a la redacción, ingenua de mí, con una selección de fotografías. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que yo debía de estar a años luz de ese éxito al que Loreto había aludido.

Entré en la minúscula caja de zapatos en la que vivía feliz y sola. Me senté frente al ordenador. Eran las ocho de la mañana y, pese a mis quejas,

lo cierto era que siempre me había gustado esa maldita sección detrás de la que me escondía. Solía divertirme. Antes lo hacía. Mucho más que en los últimos meses, aunque había seguido siendo mi chaleco salvavidas.

Abrí uno de los doscientos correos que acababan de entrar. Durante la semana, siempre seleccionaba los más divertidos o interesantes para publicarlos en el soporte en papel y digital, los otros los contestaba para que nadie se quedara sin su respuesta de Venus, como si yo conociese la verdad absoluta sobre los problemas ajenos. Era incapaz de resolver los míos a derechas, no es de extrañar que, en algunas ocasiones, me sintiera un tanto ridícula diciéndoles a los demás lo que debían hacer. Será que los espejos reflejan mejor cuando no eres tú la que te miras en ellos.

Antes de leer el correo electrónico, me metí en Twitter. Tuiteé el segundo mensaje del día, uno de esos alegres a la par que graciosos. Yo no me reí. Supongo que, la mayor parte de las veces, nadie lo hace. Igual que los días en los que publicas una fotografía en la que apareces feliz y estás llorando aovillada en el sofá de casa. Ironías de la vida.

@missvenusconsejos: Hoy es uno de esos días en los que una lleva los tacones en el bolso porque ha tenido que salir corriendo para llegar a tiempo a las reuniones de la mañana. ¿Nos tomamos otro café? #ojerasalavista

Me reí de mi ocurrencia. Llevaba sin ponerme tacones desde el bautizo del mayor de mis sobrinos, allá por el Pleistoceno. Tenía tantos zapatos planos que, a veces, no sé por qué no me limitaba a ir descalza.

Me fijé en el correo al tiempo que daba buena cuenta del café.

¡Hola, Venus! Me encanta tu sección y adoro tus tuits, siempre me alegran la mañana. Oye, ¿cómo eres en realidad? Besos. Lucía.

Habían llegado miles de correos preguntando lo mismo. Loreto decía que la gente quería ver a una mujer triunfante en todos los sentidos, alguien que pudiera aconsejarles desde el peldaño más alto. Yo, sin embargo, tenía otra opinión bastante bien formada al respecto: querían toparse con alguien con tantos defectos como el resto, por eso siempre tenían más repercusión los

mensajes como el que había colgado hacía dos minutos que esos en los que dejaba entrever que la vida de Venus era perfecta.

Comencé a teclear:

Venus es la chica más famosa de la ciudad y del país: ingeniosa, independiente, inteligente y preciosa. Una chica con éxito en el trabajo, en el amor y en el sexo. Mide un metro setenta y cinco, tiene una cintura minúscula, unas tetas perfectas y una voz angelical. Pero ¡qué maravilla ser la jodida Venus!, ¿verdad? Pues os diré una cosa sobre esa chica encantadora a la que todas idolatráis cuando compráis la revista Miss Venus: no existe. ¿Esa sección de cartas, consejos y anécdotas que tanto os gustan? Todo mentira. Venus soy yo. Vivo en un piso minúsculo, a una hora y cuarto en metro del centro de Madrid, soy un metro sesenta de mal carácter, paso el día en pijama y lo más cerca que estoy de Venus es en las tetas, pero solo cuando llevo el sujetador adecuado. Pero, sí, yo soy vuestra Venus: amiga, confidente, compañera de aventuras amorosas y sexuales desde hace tres años. Contesto a vuestros correos electrónicos, tuits y mensajes mientras me como una palmera de chocolate el viernes por la noche porque nunca tengo planes. ¡Y adivina! La última vez que una relación me salió bien fue a mediados de los noventa, cuando mis padres estaban felizmente enamorados y me trajeron al mundo. ¡Venus es una modelo sueca que jamás podréis encontraros en las calles españolas y que se saca trescientas fotos semanales para las redes sociales de la revista, queridas! Y cobra una pasta la tía.

Borré de inmediato. Esos arrebatos no me harían pagar el alquiler a final de mes.

Hola, Lucía. ¡Apuesto lo que quieras a que soy muy parecida a cualquier otra! La mitad del tiempo me tropiezo con mis propios pies y no sé ni dónde tengo la cabeza. ¿Torpe yo? ¡Que tengan valor de decírmelo a la cara!

Añadí un par de frases más, muchos besos, muchas gracias. Adiós. Y así continúe hasta las doce, contestando preguntas como: ¿debería decirle a mi marido que me acuesto con su hermano?, ¿es mejor un colorete terracota o rosado?, ¿por qué nunca llego al orgasmo?, ¿cómo puedo quitarme la piel

de naranja? Sobra decir que había tenido que investigar sobre muchas cosas en todo aquel tiempo. Había recabado información de todo tipo, hablado con muchos ginecólogos, dermatólogos, psicólogos y todos los *logos* que se os puedan ocurrir.

A media mañana, sonó el móvil. A esas horas solo podían ser mi madre, llamándome desde su trabajo —era maestra de escuela y tenía recreo—, mi hermana —estaba harta de su baja de maternidad y de cambiar pañales a todas horas— o mis amigas —se escabullían al baño de sus respectivos puestos de trabajo para pedir entretenimiento y auxilio—.

No era ninguna de mis opciones. Era Loreto, la jefa.

—Hola, Loreto —contesté de inmediato. Por cada segundo que perdía de su tiempo, ganaba una arruga. Fue lo primero que me dijo al contratarme.

—*Alba, bonita, ¿cómo vas?*

«Bonita» era la señal inequívoca de que se avecinaban malas noticias. ¡Solo estábamos a miércoles, por Dios! ¿¡No podía dejar que acabara la semana sin ningún altibajo emocional!?

—Contestando correos. Cada día llegan más.

—*¡Qué bien! Oye, mira, tengo que entrar a una reunión, solo quería comentarte un par de cositas.*

—Claro, dime.

—*Te veo a la una en la redacción.*

Mi apartamento se encontraba a una hora del trabajo, por eso, aunque podía haber ocupado una mesa en la oficina, la mayor parte de los días solía escribir en casa. Cuando ya no disponía de suficientes fotos de las calles madrileñas, cafés, restaurantes y un largo etcétera, no me quedaba más remedio que ponerme mi mejor conjunto e ir al puesto de trabajo.

—Necesitaré unos minutos más. Son las doce —le recordé mirando el reloj.

—*Alba, a la una.*

Eso quería decir que debía haber salido de casa hacía un cuarto de hora.

—De acuerdo.

Iba a llegar tarde y se me iba a caer el pelo, bien lo sabía yo.

Colgué y me apresuré a sacar del armario unos vaqueros *culotte*, los favoritos de Loreto, un jersey fino de cuello cisne blanco, quince mil complementos y zapatillas blancas. Por los tacones sí que no pasaba.

Corrí tan rápido como cuando a los quince tuve que gritar «piernas para qué os quiero» mientras se escuchaban las sirenas de los coches de policía en el descampado donde habíamos ido a hacer botellón. Anécdotas de la Alba divertida.

¿Que si llegué a tiempo?

—¿Este es el valor que le das a mi tiempo, Alba?

Bronca en tres, dos, uno...

Loreto me esperaba con los brazos en jarras frente a la puerta del ascensor. Decimosexta planta. Al verla, creí que me caía al suelo.

—Lo siento muchísimo.

Eché una rápida ojeada a mi aspecto. El abrigo le gustaba, era de la temporada.

—Andando.

Seguí su taconeo veloz por la oficina. Algunos compañeros me miraban con expresiones de «la has vuelto a pifiar, Alba». Alcé las cejas y fui asintiendo hasta que llegamos al despacho acristalado de Loreto, quien a sus casi cincuenta años era una diosa del Olimpo.

—Siéntate.

Me dejé caer. Me estaba ahogando tras la carrera desde la parada del metro.

Ella se apoyó con delicadeza en la esquina de su mesa y me contempló con desaprobación. Menuda Miss Venus estaba hecha. A día de hoy, sigo sin saber por qué me contrató tras aquellas prácticas universitarias. Quizá era mi encanto natural, que se esfumó tan rápido como desaparece mi padre cuando mamá dice que quiere pintar la casa. Otra vez.

—¿De qué se trata? —me atreví a preguntar al ver que no decía nada.

Me fulminó con la mirada. Lo raro era que, por absurdo que pareciera, creo que me tenía cierto cariño.

—Es por tu sección. No para de crecer —anunció—. Has conseguido crear una comunidad inmensa.

Asentí sin saber si debía sentirme halagada o si, por el contrario, se avecinaba un golpe mortal.

—Queremos ampliarla, sobre todo en la web, y ofrecer una mirada nueva.

Peligro. *Danger. Achtung. Pericol.*

—¿A qué te refieres con una mirada nueva?

—Mira, Alba, llevas al frente del consultorio tres años. Eres Venus. —En la práctica, sí—. Y vas a seguir siéndolo. No te estoy echando, si es eso lo que temes.

Pues claro que lo temía, por eso dejé escapar el poco aire que conservaba en los pulmones.

—¿Entonces?

—Hemos contratado a alguien más, para que haya una nueva perspectiva en las respuestas. La mayor parte de nuestros lectores son mujeres. Apuesto lo que sea a que el noventa por ciento de las consultas son de chicas, ¿verdad?

—Sí —confirmé.

—Pero podemos ganarnos otro público en la red: a los hombres. Además de que, en muchas ocasiones, las chicas quieren consejos basados en cómo piensan ellos. Así que vas a formar tándem con otro colaborador.

Se me cayó el mundo a los pies. O sobre mí, porque me sentí aplastada bajo el peso del fracaso. ¡Era mi espacio! No quería compartirlo con nadie. Ni entonces ni nunca. ¡Fuera, intruso!

—Claro. —Sonreí.

—A partir de la semana que viene quiero que empieces a venir a trabajar a la oficina. Os hemos habilitado una pequeña sala para que podáis debatir sobre las respuestas y la selección de consultas.

¡Me cago en todos los...!

—Por supuesto, Loreto.

Estaba tan anestesiada que no hubiera podido oponerme ni a un intento de asesinato.

—Se incorpora el lunes que viene, pero esta tarde vamos a presentarlo en la web de la revista. ¡Te vendrá muy bien, Alba! Creo que así podrás recuperar tu frescura.

¿Es que la había perdido? ¿Cuándo? Si era la reina del ingenio y de las palabras.

—No quiero decir que no la tengas, sino que la cantidad ingente de trabajo no te permite pasártelo tan bien como al principio. Me acuerdo de que antes ibas a documentarte a todas partes con tal de dar una respuesta de diez a las lectoras. Quiero que lo vuelvas a hacer. Como cuando hiciste el ayuno intermitente o te depilaste las ingles con cera.

Moví la cabeza como un espantapájaros. A lo mejor, si volvía a hacerme la cera, recuperaría parte de esa frescura. Se me escapó una sonrisa estúpida. Loreto la pasó por alto.

—Martín y tú tendréis un presupuesto destinado a esas cosas, y quiero que le saquéis partido.

Así que se llamaba Martín el muy...

—Descuida.

—Me gusta que te lo hayas tomado tan bien. ¡A las lectoras les encantará!

Sonreí de oreja a oreja, pero solo porque tenía que disimular de alguna manera mis ganas de vomitar. Me arrepentía de los cruasanes del desayuno.

—Por cierto, va a tener su propia cuenta de Twitter, pero me gustaría que después lo anunciaras también en la tuya, para ver qué respuesta tiene. Además, tú tienes ya medio millón de seguidores, eso será estupendo para darlo a conocer.

—Lo haré en cuanto lo subáis a la página web.

—¡Va a ser toda una aventura, Alba!

—¡Pues claro que sí! —exclamé con voz aguda, y ella dio por finalizada la reunión. Tenía que comerse su ensalada de espinacas y beber entre un litro de agua y el Guadalquivir mientras corría en el gimnasio que había tres plantas más abajo.

Mientras bajaba en el ascensor, cogí aire, hondo. Por primera vez en tres años había temido por mi puesto de trabajo. Menos mal que todo se había quedado en un susto, aunque me hiciera la misma gracia que los cuentacuentos a los que tenía que acompañar a mi sobrino.

Saqué el móvil y me dispuse a ir preparando el terreno. ¿Qué alternativa me quedaba? Era mi orgullo de periodista en números rojos o llenar la nevera, y yo siempre tenía hambre.

@missvenusconsejos: Tictac, tictac. ¡Sabía que llevar las zapatillas era señal de que pasaría algo bueno! Más tarde os cuento. No está de más una alegría cuando para comer tienes un sándwich de máquina a 1,95€. #nervios #noticias

Era la reina de Twitter, por lo menos eso no me lo podían quitar.

Fui hacia el metro y preparé mis dos euros. Cogí el sándwich mixto de siempre y regresé a casa con un peso extraño en el pecho y con el sabor extraño del jamón york. Fecha de caducidad: hacía tres días. Casi como mi sentido del humor.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

La campanita en el móvil me anunció que había novedades en la página web de *Miss Venus*. Llevaban rechinándome los dientes desde el mediodía y había vuelto el tic que me daba en el ojo izquierdo cuando mis niveles de estrés estaban disparados.

En portada, como era de esperar, un rótulo bien grande rezaba: *Eros, un guiño al amor*. Eros, claro. Intenté no reírme. Bajé y fui leyendo la introducción: *Nuevo compañero...* blablablá; *Venus y Eros...* blablablá; *Visiones diferentes...* blablablá.

Y pam, de cara, una foto de un hombre que bien podría haber sido el dios del amor, sí. ¿Un guiño al amor, Loreto? Un guiño a no llevar ropa interior, más bien. Este no tenía mucha pinta de sueco que digamos, pero habían elegido un modelo muy atractivo, porque no era el típico guapo. Por la foto parecía alto, aunque ya sabemos que estas siempre engañan. Tenía el pelo castaño, con algún reflejo dorado, muy despeinado, barba de tres o cuatro días, labios finos, nariz recta y ojos de color indeterminado. No se apreciaba bien. Estaba sentado en un taburete. Vaqueros oscuros, ceñidos, camiseta gris, chaqueta de cuero negra. ¿Lo habían sacado de mi última fantasía?

«No, Alba, no nos cae bien, recuerda».

Después de esta conmoción hormonal, caí en la cuenta de que el pobre Martín debía de ser, en la realidad, mi versión masculina. Poco o nada debía de parecerse al de la foto. Eros, ¡qué bien habría encajado con la Venus sueca! Comprendí entonces el atrevimiento de Loreto. ¡Estaba captando lectoras como si de una secta del erotismo se tratara! Soñarían con llegar a ser ella y desearían parte de la atención de él.

@missvenusconsejos: ¿Un guiño al amor? Más bien un guiño a lo bien asesoradas que vamos a estar a partir de ahora, ¿no? ¡Bienvenido, compañero! ¡Va a ser toda una aventura! #Eros @MissVenus

Aunque lo hayáis leído con una sonrisa en los labios, mi cara era la viva imagen de un retortijón de estómago antes del examen más importante de mi vida.

Dejé el móvil sobre el escritorio, con la pantalla encendida, mientras esperaba a que Twitter se actualizara. Tenían que acceder al enlace, ver la noticia, perder la razón con la fotografía.

Cuando eso ocurrió, bombardearon el tuit con más *gifs* de los que podría haber imaginado. Puse los ojos en blanco. ¡Cómo somos las mujeres algunas veces cuando vemos unas manos bonitas y una sonrisa ladeada que te hace cosquillas en todas partes!

Actualicé la página de inicio unos minutos después. La cuenta de Twitter de la revista había retuiteado un tuit de... ¡Eros! Tuve que seguirlo, claro. Pero antes lo odié un poco. Bueno, al de la foto no, a Martín, el auténtico.

@mistererosconsejos: ¡Este es mi primer tuit, sed buenos! Acabo de perder la virginidad en 240 caracteres. No esperaba que fuera tan breve, pero prometo tomarme mi tiempo al contestaros. ¡Te devuelvo el guiño, Venus! Me muero por conocerte. #TimidezCongénitaAyy

Pero ¿qué timidez ni qué ocho cuartos? Había ido a provocar a todos los lectores con ese tuit. Ganó miles de seguidores al instante. Era de suponer que muchos de los *followers* de Venus pasaran a ser también los suyos. Ya tenía el camino allanado, así cualquiera. Y pensar que yo había construido todo aquello sola y ahora él venía a mesa puesta.

Intenté no pensar en ello en lo que quedó de tarde. Trabajar me ayudaba a desconectar de mi insulsa existencia la mayor parte de las veces, eso y ver *doramas* en Netflix hasta bien entrada la madrugada. Esa tarde, no obstante, tuve que salir de mi piso. Sentía que me consumían los nervios. Nunca me habían gustado los cambios, y ahora parecía que iba a haber más de uno.

Saqué algunas fotografías aleatorias de cosas que podría subir a redes y, cuando supe que mis amigas habían acabado sus jornadas laborales, les di

un toque. Necesitaba hablar con alguien o, mejor dicho, criticar a Martín con dos lenguas tan viperinas como la mía.

Aparecieron las dos media hora después en una cafetería muy moderna que había en mi barrio. No venían muy risueñas que digamos. Sí que iba a ser entretenido el café.

—Nos hemos enterado —dijo Eli después de estampar dos sonoros besos en mis mejillas—. Es muy sexi, ¿de dónde ha salido?

—Es solo el modelo —le recordé.

—¿Cómo estás? —indagó Julia.

Me encogí de hombros. En la universidad no se me daba bien trabajar en equipo, así que, en el fondo, no sabía si estaba preparada para afrontar esa intromisión repentina.

—Podría haber sido peor. ¿Por qué no me dijisteis que había perdido mi toque?

Eli dejó escapar un suspiro. Se recogió la melena rubia en un moño mal hecho.

—Porque no has perdido tu toque. Leer tus comentarios es lo mejor del día —dijo.

—Pues qué triste —comentó Julia.

—¿Lo mejor de tu día qué es? A ver...

Se avecinaba el pique habitual entre la rubia y la pelirroja. Parecíamos los ángeles de Charlie después de que llegaran de una maratón de ocho horas. La rubia, la pelirroja y la castaña. Bueno, eso o un chiste malísimo.

Julia no contestó.

—No he tenido un minuto hoy para descansar. No quiero que me atosiguéis con preguntitas.

Cuando Julia decía que no quería que le hiciéramos preguntas, solía ser todo lo contrario. Si había una cosa que a mi amiga le gustaba de verdad era hablar. Y hablar. ¡Y, oh, sorpresa, hablar!

Nos contó todos los problemas que habían surgido en su oficina. Era secretaria en un bufete de abogados y su jefa era bastante más cabrona que la mía, por eso tenía a Loreto en tan alta estima e intentaba no criticarla para mantener al karma a raya.

—Un día lo dejo y me marchó al campo —aseguró.

—Llevas diciendo eso desde los dieciocho —le recordó Eli.

Y era verdad. Éramos amigas desde el colegio. Nos habíamos criado juntas y habíamos estado presentes en los momentos más duros de las otras, como la muerte del padre de Eli, la ruptura del compromiso de Julia dos semanas antes de la boda o cuando Blas me rompió el corazón y lo pisoteó con ganas para que no hubiera forma de volver a pegarlo sin que pareciera una coraza.

Mientras hablábamos del trabajo y de que ya iba siendo hora de que planificáramos el viaje de aquel verano —siempre nos íbamos unos días a alguna parte— mi teléfono vibró sobre la mesa acristalada.

Era un mensaje de WhatsApp de un número que no tenía guardado. De perfil, una foto de un cuadro de Hopper. Abrí el chat. Audio de minuto y medio. Pero ¿qué demonios...?

El ruido de la cafetería me hubiese impedido escucharlo. Fui al aseo, me senté sobre la tapa del váter y le di a reproducir:

—*¡Hola, Alba!* —Voz grave, un poco ronca, alegre. Hombre—. *Soy Martín.* —¿Qué?—. *Espero que no te importe, Loreto me ha dado tu número.* —Vaya con la redactora jefa. Me estaba arrepintiendo de no haberla puesto a caer de un burro dos minutos antes—. *No sabía si era buen momento para llamarte, pero quería presentarme. ¡Hola, soy Martín!* —Se reía. Carcajada potente—. *Estoy contento de comenzar esta etapa. Seguro que será toda una experiencia.* —Ya lo estaba siendo. Me había enviado un jodido audio sin conocerme. Solo mi madre tenía permiso para enviármelos, los odiaba—. *Nos vemos el lunes en la redacción, pero puedes escribirme cuando quieras. Este es mi número personal.* —Pues ok—. *Ten una buena tarde, compañera. Te envío un abrazo fuerte.*

Alucinada, así me encontraba. Tenía voz de locutor de radio y entusiasmo de adolescente feliz. No es que no me gustara la gente feliz, claro que sí, sin embargo, tanta alegría repentina había hecho que me sintiera como una ameba. Por no hablar de que no sabía muy bien qué contestarle. Enviarle un mensaje escueto podría hacerme parecer una borde. Llamarlo, que era lo que solía hacer, sería extraño. ¿Enviarle otro audio? No quería pasar por ahí. No obstante, consideré que era mejor eso que dejarlo en visto y que le fuera a Loreto con cuentos sobre lo arisca que era su nueva compañera. Desde el colegio me había gustado impresionar a mis profesores, era una alumna ejemplar, trabajadora y muy servicial. Lo había sido toda mi vida.

Grabar.

—Hola, Martín. ¡Pensaba escribirte más tarde por los DM de Twitter! Estaba dándote margen para que te acostumbraras al bombardeo de notificaciones. —Qué bien me había salido el tono, de verdad. Parecía simpática y todo. Que, a ver, yo siempre lo había sido, formaba parte de mi naturaleza, solo que algunos episodios me habían vuelto más fría—. El lunes te veo, entonces. ¡A ver qué tal se nos da hacer tándem! Bienvenido al equipo. Un besito. Chao.

Un besito. Chao. Mi subconsciente se rio de mí.

Enviar.

—Hay que joderse. Espero que por lo menos traiga chocolate. O la chupa de cuero de la foto para compensar. Odio los putos audios.

Miré la pantalla del móvil. Seguía grabando.

—¡Mierda!

Intenté darle a cancelar. Mi torpeza habitual estaba en mi contra.

Enviado.

—¡NO! —grité poniéndome en pie—. A ver, tranquila, lo puedes eliminar.

No hubo manera. Él estaba en línea y ya le había dado a reproducir.

Esperé. ¿Diría algo? Dios, ¿por qué me pasaban a mí esas cosas?

Cerré los ojos con fuerza y me mordí el labio. Esperaba una respuesta. Nada. Desapareció del chat y no supe si era conveniente disculparme por lo último o fingir que no me había dado cuenta de que también había grabado aquella parte, aunque el «mierda» del final parecía decir lo contrario.

Salí del aseo y fui donde mis amigas, tan pálida como Blancanieves después de tragarse la manzana envenenada.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

No supe decir ni esta boca es mía. En cambio, les hice escuchar los dos audios. Prorrumpieron en una risa estruendosa que llamó la atención de todo el local. No sabía dónde podría meter la cabeza para dejar de sentirme tan idiota.

—Eh, no pasa nada. Parece un buen tío, seguro que se ha reído.

—No sé yo —aventuró Julia, que siempre era la más sensata de las tres, por eso no se había ido a criar gallinas ni lo haría nunca, pese a sus deseos—. Si le hubiese hecho gracia, habría enviado un mensaje tranquilizador.

—Gracias por los ánimos.

—De nada.

Fruncí el ceño. Eli le dio un codazo.

—Que no es nada, tranquila.

Julia cogió mi teléfono de nuevo y escuchó otra vez el audio de Martín.

—Qué voz tiene, ¿no?

—¿Qué le pasa?

—Tiene voz de pedirte que te entregues al sexo salvaje —susurró mi amiga.

Evité hacer ningún comentario al respecto, pese a que compartía su opinión. Estaba desesperada por enmendar mi error, pero la vergüenza me impedía actuar.

—Todo irá bien.

—Bien jodido irá. Menuda manera de empezar.

Ahugué un bufido.

—Poned las manos así juntas, con las tazas de café. Voy a hacer una foto.

—¿Cuándo nos vas a pagar la parte proporcional por usarnos para tu trabajo?

—Cuando me sobre algo a final de mes.

Hice la foto y la subí a los *Stories* de Instagram. Todavía tenía que vivir la vida de Venus por mucho que Alba hubiera metido la pata en la suya.

Mientras regresaba a casa, se activó la campanita. Martín desde la cuenta de Eros había publicado un segundo tuit. Temblé incluso antes de leerlo. Temía que pudiese ser una indirecta muy directa a nuestro percance. Respiré cuando me di cuenta de que no.

@mistererosconsejos: Un día eres joven y al siguiente tienes que comprarte ollas y sartenes y no sabes por dónde empezar. Soy un cocinero nefasto, pero en comer tengo matrícula de honor.

Le gustaba jugar, era evidente, y eso a Loreto le encantaría. ¿Y si Martín lo hacía mejor que yo y acababan echándome? ¿Qué haría entonces?

Intentaba no pensar en ello, pero mi mente iba a mil por hora. Los días restantes hasta el lunes se me harían eternos. Y mirar a la cara a mi nuevo compañero sería de todo menos sencillo. Por no hablar de que aún tenía que enfrentarme a otro domingo de escrutinio en casa de mis padres. Ya sabéis: ¿por qué no vienes más a vernos?, ¿qué tal el trabajo?, ¿estás saliendo con alguien?, ¿necesitas dinero?, la hija de Fulanita se va a casar...

Ganas de subirme en un avión rumbo a ninguna parte creciendo. ¿Dinero en el banco para hacerlo? Quinientos veintisiete euros con cuarenta y tres céntimos.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Cuando Loreto habló de que nos habían preparado un despacho para trabajar había imaginado algo distinto a lo que tenía enfrente. ¿No era acaso un antiguo cuarto de la limpieza? Pero si la ventana era más pequeña que la de las cárceles. Intimidación había, desde luego. Parecía la sala de interrogatorio de una película de los ochenta. Menos mal que había llegado pronto para colocar un par de macetas que daban color, un lapicero, mi ordenador y un *leprechaun*, mi amuleto de la suerte.

Estaba organizando unos papeles, de espaldas a la puerta. Tarareaba una canción que debía de haber escuchado de camino en el metro.

Escuché a alguien tras de mí.

—Hola.

Era él. La voz del audio.

Se me tensaron los hombros, pero hice de tripas corazón y me preparé para darme la vuelta. Tenía que enfrentarme a la situación lo antes posible. Había pensado en innumerables formas de hacerlo, desde pedirle disculpas de inmediato, muy formal, o reírme y explicarle, sin darle mucha importancia, mi aversión a los audios.

Me di la vuelta. Mis ojos estaban a la altura de su pecho. Levanté la mirada. Pestañeeé varias veces y creo que se me desencajó la mandíbula de tanto que abrí la boca.

—Eres el de la foto.

Él sonrió con facilidad y me tendió la mano.

—Martín. Tú debes de ser Alba. No eres la de la foto.

Se la estreché sin dejar de mirarlo.

—No. Quiero decir, sí. Soy Alba, no la de la foto.

Martín se rio. ¿Qué macabra broma del universo era aquella?

Se señaló la chaqueta de cuero y me tendió una caja de bombones de chocolate.

—He cumplido, no quería quedar mal.

Me ruboricé cuando cogí la caja. Él se acercó a la mesa y dejó su mochila. Parecía contento.

«Venga, Alba, ánimo. Hazlo ya».

—Siento lo del audio, es que no soy muy fan.

Levantó la mirada de la cremallera de la mochila.

—Ya me di cuenta. —Miró a su alrededor—. No te preocupes, no me molestó —aseguró, y yo lo creí.

Asentí satisfecha de que el malentendido inicial se quedara en eso.

—Gracias por el chocolate.

Él me dedicó una sonrisa amigable y sacó su portátil y un cuaderno pequeño.

—Lo de la chaqueta no lo acabo de comprender... —aseguró mientras agarraba las solapas—. Pero quería quedar bien.

Tragué saliva. Mejor que no entendiera a qué se había debido aquel comentario. O por lo menos que fingiera que no se había dado cuenta. Era más fácil así. Mis mejillas, no obstante, no parecían estar muy dispuestas a cubrirme las espaldas y se tiñeron de un rojo intenso, como siempre que algo me daba vergüenza.

—Has quedado bien, no como yo.

Nos miramos y no pude evitar sonreír. Nos sentamos uno frente al otro.

—¿Te cuento un poco el funcionamiento de... todo esto? —pregunté algo nerviosa.

—Claro. —Cruzó los dedos de las manos. Se mostró serio—. Aunque antes, ¿cómo es que no hay una foto tuya en la revista? ¿Eres una espía rusa o algo?

Negué con la cabeza. ¿Cómo decirle que no me habían considerado tan atractiva como a él y habían decidido ponerme otra cara? Yo ya lo había interiorizado. No me consideraba fea, pese a que no cumplía con los estándares de belleza que buscaba *Miss Venus*. La sociedad quería que fuéramos lo que solo podía ser el dos por ciento de la población.

—Creo que las razones son evidentes.

Enarcó las cejas. No parecían serlo para él.

—Pensaron que era mejor alguien con más estilo, es una revista de moda.

No hizo más preguntas al respecto y yo lo agradecí. Bastante tenía con disimular que el asunto en cuestión no me molestaba ni me creaba inseguridades.

—Vamos a compartir el correo electrónico. —Cogí una tarjetita y le escribí el correo y la contraseña—. Toma.

—¿Y cómo lo haces?

Saqué de una capeta un *planning* semanal a color.

—Mira, aquí apunto lo que hago cada día, a veces me ajusto más y otras menos. Al final tenemos que contestar a casi todo lo que nos llega, a pesar de que suele ser inviable.

—Eres muy organizada, ¿no?

Cogió el croquis y lo miró con mucho interés.

—Lo intento. —Sonreí—. Lo primero que hago es leer los correos y clasificarlos con etiquetas. Tenemos varias categorías: amor, sexo, familia, belleza... —Le pasé una hoja que le había imprimido para que comprendiera mejor qué quería decirle—. En favoritos guardo los que selecciono para publicar.

—¿En qué te basas para hacer la selección?

—Me dejo llevar un poco. Suele haber mezcla. Siempre hacemos un especial de amor y sexo en vísperas de San Valentín y un especial sobre belleza antes de verano. El resto del tiempo, un poco de todo.

Miraba las hojas sin mayor sorpresa ni un interés notorio. Me dio que pensar que, tal vez, teníamos formas de trabajar diferentes. Y eso podía ser un problema, porque a mí me gustaba seguir mis horarios y mis reglas.

—Genial.

—Ahora que somos dos, será más fácil, porque ha crecido mucho la comunidad en redes sociales y la gente suele atreverse a hacer preguntas públicas, ya no desde el anonimato. Ahí quizá podamos repartirnos el trabajo de forma aleatoria. Quien lo vea primero.

—Eso está hecho.

Por lo menos me decía que sí a mis sugerencias, esperaba que no me estuviera dando la razón como a los tontos para después hacer lo que le viniera en gana.

—En el resto, deberíamos llegar a un acuerdo común sobre qué consultas elegimos para cada espacio, el impreso y el digital. Los que desechemos, nos los repartimos.

—Vale.

Seguí explicándole mil cosas hasta que me di cuenta de que me estaba contestando a todo con monosílabos.

—¿Te estoy abrumando?

Él sonrió y se inclinó hacia delante.

—Aunque parezca increíble, esta es mi cara de concentración. —Me guiñó un ojo—. Estaba intentando que no se me olvidara nada. Siempre te puedo enviar un audio si tengo dudas.

Intenté no reírme, pero fracasé de manera estrepitosa.

—Audios no. Puedes llamarme. De todos modos, nos vamos a ver todos los días. Acabaremos aborreciéndonos. Lo último que nos apetecerá será hablar fuera del despacho —comenté al tiempo que entraba en el correo de Venus.

—No sé yo. ¿Ocho horas diarias hablando de sexo y cremas *antiage*? A lo mejor nos lo pasamos bien y todo. Ten fe.

Era simpático, lo cual me ponía las cosas bastante fáciles. Esperaba que no se entrometiera demasiado y quisiera cambiar mis hábitos de trabajo, porque me había llevado mucho tiempo hacerme una rutina buena que generara los resultados deseados.

—¿Empezamos? —me preguntó.

—Claro, ve leyendo correos, voy a hacer lo propio. Guarda los favoritos y en una hora leemos entre los dos los que más nos han gustado. Y así hasta las seis de la tarde.

Martín asintió con un movimiento de cabeza. Un mechón grande de pelo le cayó sobre la frente. Mantenía la esperanza de poder concentrarme tanto como cuando trabajaba sola, pero una voccecita insoportable me susurraba que le mirara las manos y que le echara un vistazo de vez en cuando.

Al cabo de media hora, me había olvidado de que el hombre más atractivo que había visto en vivo y en directo estaba ahí. Yo había abierto la caja de bombones y mordisqueaba algunos. Los que no me gustaban los dejaba de vuelta en la caja, ajena del todo a su presencia. No recordé que lo tenía enfrente hasta que vi su mano sobre uno de los bombones.

—¡No! —grité.

Dio un salto en el asiento.

—Joder, pensaba que podríamos compartir.

—No, sí, sí, es que ese lo he mordido.

Miró el bombón que tenía entre los dedos.

—Ah, sí, ya lo he visto. Es que es uno de mis favoritos y como no te lo has comido.

—Pero lo he mordido ya.

—No importa, no soy escrupuloso.

Y se lo llevó a la boca. Hizo lo mismo con varios que había dejado sin acabar. Ya no le dije nada, si no le importaba a él, menos debía importarme a mí.

—¿Y bien? ¿Le echamos un ojo a lo que tenemos hasta ahora? Esto es nuevo para mí. No sé si estoy haciéndolo bien —dijo hacia las once y media, un poco más tarde de lo que habíamos calculado al principio.

—Seguro que está bien. Empieza tú.

—Vale, yo tengo cinco que me han gustado bastante, a ver qué te parecen. —Clicó sobre uno en concreto—. Te hago breves resúmenes, ¿te parece?

Crucé los brazos sobre la mesa.

—Adelante.

—Tengo treinta años y sigo siendo virgen; mi marido quiere que hagamos el amor con la luz apagada; no sé si cortarme el pelo o dejármelo largo; me pongo nalgas postizas porque no tengo culo; estoy pensando en tatuarme las cejas.

Intenté no reírme, había escogido los más *random* que había encontrado. Eso decía mucho de cómo pensaba o qué cosas le llamaban la atención.

—Interesante.

Copió mi postura y con una sonrisa amplia me preguntó:

—¿Qué tienes tú?

—¿Mis cinco mejores? Pues, a ver... Me excita que los hombres lloren; creo que me atrae el novio de mi madre; mejor con canas o sin; quiero dejar mi trabajo, pero no me atrevo y me da miedo hacerme un Tinder, aunque me apetece conocer gente.

—Buen ojo.

—Gracias, es mi trabajo.

Nos sonreímos.

—Hay muchísimos más, tendremos que hacer varios barridos de aquí a las seis para escoger. Puede que algunos podamos elegirlos ya —comenté.

Él se mostró de acuerdo conmigo. Más le valía. Era el nuevo.

—El de Tinder me gusta —murmuró.

—Umm... ¿Sabes cómo funciona?

Soltó una carcajada.

—¿Tú no?

No había tenido Tinder en mi vida, así que poco podría aconsejarle desde la propia experiencia a esa pobre mujer. Y para el miércoles.

—Hazte uno.

—¿Qué?

—Venga, Loreto me dijo que solías hacer estas cosas al principio. Investigación de campo, así podrás darle una visión más cercana.

Es verdad que antes me encantaba arriesgarme un poco y, sí, Loreto había hecho hincapié en que, si quería seguir teniendo éxito con la sección, debía volver a ser la Alba de los inicios. Sin embargo...

—¿Y tú qué? ¿Te vas a poner nalgas postizas para comprender mejor a tu chica?

Se rio tan alto que la habitación hizo eco.

—No, yo te voy a ayudar con el Tinder. Ya tengo un culo natural de lo más Kardashian.

Me mordí la lengua para no reír.

—O puedes hacer el amor con la luz apagada.

—Ya lo he probado y no me gusta. Pero podrías hacerlo tú. Tinder más luz apagada. Un dos por uno.

—Muy gracioso.

Me escondí detrás de los folios que tenía entre las manos. No estaba muy acostumbrada a hablar de esas cosas en voz alta, era más sencillo escribirlas.

—Le estás haciendo un bien a la humanidad, Alba. Déjame tu móvil.

Enarqué una ceja.

—¿Para qué?

—Para instalarte la aplicación.

Puse los ojos en blanco y volví a centrarme en la pantalla del ordenador.

—O podemos pasar por alto esa consulta.

—O podemos divertirnos un poco. —Seguía con la mano extendida delante de mis narices.

Suspiré.

«Piensa en Loreto. Piensa en el trabajo. Piensa en conservarlo».

Se lo di.

—A ver qué fotos tienes en la galería para el perfil.

—¡NO!

—¿A todo dices siempre que no? —preguntó apartando el móvil de mí—. Pero si solo tienes las fotos que subes a las redes de Venus y ochocientos selfis poniendo caras raras.

Seguí quejándome. No hubo forma de arrebatarme el aparato de entre las manos. Aquellas fotos formaban parte de mi intimidad y de las estupideces que hacía cuando me aburría, y él, que era superfotogénico, las estaba mirando como un niño al que le pones un vídeo de monos que bailan la *Macarena*.

—Se los suelo enviar a mis amigas.

—Entiendo. Échate para atrás. Cabeza ladeada, sonríe. Ponte el pelo sobre el hombro.

Hice un amago de decir que no, sin embargo, él se colocó el dedo índice sobre los labios y me hizo callar con ese sencillo gesto. Me repitió por segunda vez lo que quería que hiciera. No sé por qué obedecí.

—Ya está.

—A ver.

—Da igual. Ya la he subido.

Maldita sea.

—Ven. Vamos a ver a quién escogemos.

Me levanté a regañadientes de la silla. Martín era la alegría de la huerta. Se suponía que deberíamos haber pensado en respuestas ingeniosas, no ponernos a buscarme una cita en Internet con un desconocido psicópata que podría proponerme cosas indecentes mientras nos tomábamos un té verde.

—Este no está mal —dijo cuando me senté a su lado. Me puso la pantalla en toda la cara.

No podía apreciarse muy bien en la foto. Salía de lado, sacando pecho y sin camiseta.

—No me gusta.

—¿Y este? Parece simpático.

Un hombre sentado en un banco, café de Starbucks en la mano, expresión de sentirse sexi.

—No.

—¿Qué tal este? Tiene su rollo, ¿no?

Camisa abotonada hasta el cuello, pañuelo en el bolsillo. Parecía un marqués.

—No es mi tipo.

Martín apartó el móvil y se volvió tan rápido hacia mí que me asustó.

—¿Eres heterosexual? Igual debería haber empezado por ahí.

Le eché una buena ojeada y, para mis adentros, después de ir de sus manos a sus ojos, constaté que sí que lo era. Solo me limité a asentir sin darle ninguna pista sobre que él me recordaba bastante que me gustaban los hombres.

—Pues dime cómo te gustan.

—¿Y qué más da? No lo hacemos por eso, ¿no? Sino por ver si los perfiles son auténticos, cómo se comporta la gente en las primeras citas. No estoy buscando un novio, sino una buena respuesta para esta chica —dije señalando el correo electrónico.

Él me pasó el móvil. Se acercó demasiado a mí, tenía su cabeza a la altura de mi hombro, mirando por encima.

—Venga, pues elige al siguiente que aparezca —me retó.

Y eso fue lo que hice.

MARTÍN

Ella era distinta. De todas las personas que trabajaban en *Miss Venus* y que había conocido aquel primer día, Alba me pareció la que menos se escondía. Aunque eso no significaba que supiera decir cómo era, sí que podía imaginármelo. Se transparentaba como un dibujo colocado sobre el cristal, con el sol de fondo. Yo debía de ser lo opuesto: el que permanece oculto tras las historias que lo arrastran de vuelta a ninguna parte.

Aquella tarde regresé a casa preguntándome si había hecho lo correcto aceptando el puesto. No era para mí, me dije. Solo se trataba de algo temporal. Una estación de paso en la que no me había quedado más alternativa que detenerme. Tal vez no debía darle más importancia. Serviría para entretenerme y para refrenar las ganas de sucumbir a encerrarme en mí mismo de nuevo. Por lo menos, los días no se me harían tan largos.

Estaba tumbado en la cama, casi el único mueble que había en el piso, cuando el teléfono vibró.

Un mensaje:

Anímate, salgamos. Tengo ganas de verte y de contarte cosas. S.

Madrid era una ciudad vacía de personas para mí. Las pocas que tenía cerca las podía contar con los dedos de una mano, por eso, aunque ya me había puesto el pijama y pretendía quedarme viendo documentales de viajes hasta tarde, acabé cediendo a la invitación y me vestí.

Vale. Nos vemos en un rato.

El mensaje de vuelta no tardó en llegar:

Ese es mi chico.

Mientras elegía un jersey del armario, pensé en cómo le estaría yendo a Alba.

Alba.

Tenía nombre de invierno primaveral.

Negué con la cabeza intentando deshacerme de aquel pensamiento estúpido.

Me preparé para salir de la cueva.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

@missvenusconsejos: ¿Cita a ciegas? ¿Quién dijo miedo? Cruzad los dedos por mí. #sendhelp

Mi petición de auxilio a través de Twitter no sirvió para nada, sobre todo porque la fotografía de Tinder ya decía mucho sobre el hombre con el que había quedado. No podía creer que hubiera cedido a las locuras de Martín, ¿no se suponía que él era el nuevo y debía acatar mis órdenes? Pues se veía que no. Había aparecido con una caja de bombones y yo había dicho que sí a la primera estupidez que se le había ocurrido. Y, de repente, estaba sentada frente a un extraño, con una camisa de cuadros de su bisabuelo, abotonada hasta la yugular, metida por dentro de unos pantalones caquis con cinturón de 1915. Sinceramente, eso me importaba más bien poco, aunque pareciera mucho más mayor de treinta años. Lo que me estaba quitando las ganas de vivir era la saliva que se le había quedado en las comisuras de los labios. Eso y que trabajaba en una tienda de aromaterapia y no paraba de hablar del tema.

Veinte minutos después...

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy periodista. Trabajo en una revista.

—Pues yo en la tienda ahora soy encargado, ¿te lo he dicho ya?

—Sí. —Seis o siete veces, para ser más exactos.

Cuando vi que, por enésima vez, empezaba a hablar de nuevo de cómo había conseguido el trabajo, me excusé para ir al servicio. Pensaba llamar a mis amigas, pero no, quería gritarle a Martín.

—Eh —contestó enseguida—. ¿Tan mal va?

—¿Mal? ¡¿Mal?!

Lo escuché reír en silencio.

—¿Dónde estás?

Le dije cuál era el local y que tenía intención de huir de ahí en cuanto José, el susodicho, se descuidara. ¿Y si planeaba desaparecer cuando él fuese a por otra copa? Una bomba de humo y a correr.

—Venga, hazlo por la ciencia.

—¿Qué ciencia ni qué ciencia? Esto es una forma de tortura moderna. Le pienso decir a esa chica que huya a algún país del este.

—Vuelve ahí, Alba. Te debes a tu público. Tengo que dejarte. Hasta luego.

—Qué cabrón.

—No he colgado aún.

Me sonrojé.

—Mejor.

Puse fin a la llamada y volví a la mesa mirando a todos lados por si veía alguna cucaracha que pudiera echarle en la copa y así tener una excusa para despedirnos de una maldita vez. No tuve suerte.

—Aquí estás. Pensaba que tendría que ir a buscarte.

Intenté sonreír, sin embargo, mi mente fantaseaba con tumbarlo de un puñetazo. No lo hice, nunca me ha gustado la violencia. Bueno, un poco sí, en casos concretos como ese.

Estuve otro cuarto de hora escuchando cómo se hacían las velas. Me daban alergia, así que mi interés era nulo. Desconecté. Solo lo veía mover los labios y reírse de sus propias bromas, que eran de todo menos graciosas.

A punto estaba de dormirme cuando vi un cuerpo alto frente a nuestra mesa. Levanté la mirada y me topé con Martín, relajado, con el pelo húmedo, jersey blanco y una americana que le quedaba como un guante.

—¿Alba? Qué casualidad.

«Me cago en ti, desgraciado. Un día llevas en el trabajo y ya ha subido mi nivel de estrés. Pienso pedirte una indemnización a largo plazo».

—Martín, pero ¿qué haces aquí? —dije siguiéndole la corriente.

Me sonrió y se volvió hacia José.

—Hola. Encantado. No quiero interrumpir.

Y ahí vi yo mi oportunidad para librarme.

—No, tranquilo, si ya me tengo que ir, me queda mucho por hacer. Es que mi nuevo compañero me da mucho trabajo.

—No me digas. Qué cabrón.

Me reí mientras me ponía de pie ante la atónita mirada de mi cita.

—Pero ¿te vas ya? Si no te he contado ni la mitad sobre el incienso.

Me levanté ignorando su comentario. Saqué un par de billetes de la cartera para pagar las copas y pedí la cuenta, para algo teníamos el presupuesto de *Miss Venus*.

—Un placer, José. Mucha suerte en el trabajo. Un día me paso. —Jamás me pasaré, José, y si lo hago será para regalarte una camisa nueva.

Salí detrás de Martín, sintiéndome fatal por la cara de pelele que se le había quedado al pobre chico. Nunca me había ido bien en la vida apiadándome de los ligues que no me gustaban. No miraría atrás esta vez.

Ya en la calle, fulminé a Martín con la mirada.

—Te acabo de salvar, princesa.

Eché a caminar para no soltarle un improperio. Él me siguió con las manos en los bolsillos y sonrisa permanente. No había maldad en ella, a pesar de que se estaba divirtiendo a mi costa que daba gusto.

—No te enfades. Ya tienes una anécdota que contar a tus amigos.

Eso era verdad, cada vez tenía menos, como a duras penas salía de mi casa. A lo mejor no estaba tan mal para darle algo de emoción a mi vida.

—No puedo escribir nada esperanzador después de lo que he vivido ahí dentro.

—Es que, Alba, no puedes basarte en una única experiencia para dar un consejo así. Vamos, lo suyo sería que pospusiéramos ese correo para la semana que viene y así puedas quedar con más gente.

—De eso nada. ¿Es que tú no has usado Tinder?

—Yo sí, muchas veces —dijo muy seguro de sí mismo.

—¿Y no tienes ninguna buena experiencia que pueda servirnos? Así te estrenas dando tu visión masculina, de eso se trata, ¿no?

—Como quieras, aunque creo que...

—No.

—Vale. —Se rio. Después se detuvo en una esquina. Me giré hacia él.

—¿Qué?

—Voy en esa dirección. He quedado.

—Ah, pues hasta mañana.

Claro que había quedado, seguro que con una chica espectacular. Él sí que iba a pasárselo bien, no como yo. Y eso que después de Blas ya no

tenía el listón alto con los hombres. Había perdido toda esperanza.

Se despidió con la mano y yo le dediqué un gesto similar.

En el metro, de vuelta a casa, me metí en la aplicación de ligues para borrarla, pero decidí echar un segundo vistazo. Le di a algunos. No había manera de hacer *match*, solo lo conseguía con el prototipo José. Si hubiese puesto una foto de Venus, habría tenido trescientas citas al día siguiente.

@missvenusconsejos: No pensaba que fuese a encontrar el amor en esta cita. Encontrar no, ¡me he topado de frente con él! @mistereros me ha salvado de la catástrofe absoluta.

Le dio a me gusta casi al momento de publicar el tuit.

Estaba llegando al portal de mi casa cuando sonó el teléfono. Mi madre.

—Mamá, hola.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no me contestas al fijo?

Oh, madre, no sabía que era una centralita andante.

—Porque no estaba en casa. Acabo de llegar del trabajo. —Explicarle el encuentro no hubiera servido de mucho—. ¿Ha pasado algo? —Ninguna respuesta—. ¿Mamá? —Me había colgado.

Miré contrariada la pantalla del móvil.

—¡Alba!

El grito se escuchó en toda la calle. Me giré y vi a mi madre arrastrando dos maletas enormes, mientras contoneaba las caderas. Estaba guapísima, como siempre. Yo había heredado los genes de mi padre, por lo visto.

—¿Dónde vas con esas maletas? —pregunté cuando llegó a mi lado.

—A tu casa.

—¿A mi casa?

—Venga, abre, no quiero estar más tiempo en la calle.

Le hice caso, aun sin comprender nada de lo que me estaba diciendo. Llegamos a las escaleras, no había ascensor en mi edificio, así que me atreví a preguntar de nuevo qué estaba sucediendo y por qué llevaba consigo las maletas con las que se había ido dos semanas a Londres.

—Me quedo contigo.

—¿Por qué? —Mi voz de susto le hizo saber lo poco que me entusiasmaba la idea.

—¡Alba! ¿Cómo que por qué? Te lo dije el domingo.

No recordaba que en ningún momento me hubiese comunicado que pensaba mudarse a mi piso. ¿Cuándo había pasado? ¿Antes o después del postre?

La contemplé impertérrita.

—¡Que van a ser las bodas de perla! Tu padre y yo las vamos a celebrar la semana que viene.

—¿Y?

Mamá colocó los brazos en jarras.

—Pues que nos apetece vivirlo como cuando nos casamos, ¿sabes? Así nos cogemos con ganas después. Será una semanita genial, con mi niña favorita.

—¿Yo soy tu favorita?

—Pues claro.

En realidad, sabía que así era. De pequeña me había disputado ese puesto con Blanca, mi hermana, pero mi madre no aguantaba a su marido, así que no iba mucho por su casa, prefería que ella y los niños la visitaran. Mi cuñado era un *hippie* y eso con Nieves no encajaba.

Tuvimos que subir las maletas a peso. ¿Para unos pocos días necesitaba todo aquello? Me esperaban varias noches de dormir en el sofá, mi madre se adueñaría de la cama sin preguntar siquiera. Lo sabía de sobra.

—Mañana comeremos juntas, ¿eh? —comentó cuando vio que no había nada en mi nevera. Hacía la inspección como buena madre—. Y, por cierto, me tienes que dar una copia de la llave, así no tendré que esperar la próxima vez.

—Blanca ya tiene una copia.

—¿Y?

Hice como que le daba a entender que sí tendría una copia, pese a que era capaz de aparecer en cualquier momento, sin avisar, y encontrarme en situaciones bochornosas.

—Y mañana no podremos comer juntas —la avisé. Le estaba preparando un té para que se relajase un poco.

—¿Y eso?

—He vuelto a la redacción. Me han puesto un despacho y todo. —Eso, Alba, impresiona a tu madre, que se sienta orgullosa y tranquila.

—¿En serio? —Parecía contenta—. Me alegro mucho, aunque me apetecía pasar un rato contigo. Pero podemos cenar, ¿no? Sí, cenaremos.

Compraré algo rico. Y después podemos ver una película y...

Dejé de escucharla, estaba agotada. Menudos días de locos.

Papá me envió un mensaje antes de meterme en el sofá cama. «Lo siento», decía, acompañado del emoticono de la flamenca. Él estaría a pierna suelta en la cama de matrimonio, mientras se comía dos o tres bolsas de Doritos, sus favoritos. Si mamá se hubiera enterado de que había llenado de migas las sábanas, en vez de las bodas de perla, hubiesen celebrado un inminente divorcio.

—¡Alba! Acuéstate ya —gritó mi madre al ver que aún tenía la lámpara encendida—. Es tarde, cariño.

Acababa de volver a tener diez años.

Tuve que apagar la luz a las diez y media. Seguro que la verdadera Venus estaba en aquel momento en un local de moda, por no hablar de Martín, que debía de encontrarse cenando un menú degustación en buena compañía.

Ahogué un suspiro antes de cerrar los ojos. Una voz me susurraba que debería estar en otro lugar, divirtiéndome, sintiéndome algo más viva y no tan atrapada en quien se suponía que debía ser.

Capítulo 5

@missvenusconsejos: Esos días en los que ni la cafeína puede salvarte. ¿Cómo estáis vosotros? #buenosdías

Estaba apoyada contra la máquina del café de la redacción. Necesitaba por lo menos cuatro para sobrevivir. No había pegado ojo. Tenía que haber invertido en un sofá mejor cuando me independicé, pero no, yo tenía que guardar el de mis abuelos, porque era *vintage* y me traía muchos recuerdos de cuando era pequeña. Por eso y porque no tenía mil euros para hacerme con uno nuevo. Gajes de haber nacido pobre.

—Eh.

Abrí los ojos y miré a mi derecha. Martín parecía haber llegado de un *spa*. ¿Cómo lo hacía para tener la piel tan bonita y esa cara de felicidad constante?

Se agachó un poco y me tocó las ojeras con los dedos.

—¿Y esto?

—Ya veo que el corrector no ha funcionado.

Hizo una mueca que me daba la razón, por mucho que a mí me pesara. Siempre había considerado que tenía la suerte de que mis ojos azules eclipsaban las malas noches. Debió de ser en otra vida.

—¿Una noche loca, compañera?

Cogí mi café y fuimos hacia el zulo que teníamos por despacho.

—He dormido fatal —contesté sin dar más explicaciones, no me apetecía contarle que mi madre se había instalado en mi casa como si de un hotel se tratara.

Pasamos por delante de las mesas de los compañeros y atrajimos todas las miradas. Él atrajo, para ser honestos. Parecía algo sorprendido por la

acogida. Ellas estaban encantadas, algunos de ellos también. En fin, había que estar ciego para no volverse al ver pasar a Martín.

—Has triunfado.

Él me devolvió la sonrisa y le restó importancia. Quise decirle que si yo tuviera su cara y su seguridad también habría conquistado el mundo, pero me callé porque me dio la impresión de que a Martín no le gustaba demasiado ser el centro de atención.

Nada más cruzar la puerta del despacho y encender las luces, vimos encima de la mesa dos cestas de mimbre envueltas en celofán. Martín arqueó las cejas.

—Qué bien, regalos.

Yo me quedé donde estaba y le di un sorbo grande al café. ¿Cómo le explicaba que cada vez que Loreto hacía un regalo se avecinaban horas de trabajo y tortura? No pude hacerlo, preferí que lo descubriera por sí mismo, a modo de venganza silenciosa por mi mala experiencia con Tinder y su insistencia en que tuviera una cita.

—Oh, qué sorpresa —me obligué a decir.

Él ya estaba manoseando la cesta que llevaba una tarjeta con su nombre.

El móvil no dejaba de vibrar en el bolsillo. Lo saqué y le eché una ojeada. Se me había olvidado desinstalar la aplicación de ligues después de encontrarme a mi madre en el portal. Lo haría más tarde.

—Pero ¿esto qué es? —escuché que preguntaba Martín.

Guardé de nuevo el móvil y me centré en la perplejidad de mi compañero.

—¿Qué?

Eché un vistazo por encima de su hombro.

—Será verdad.

Justo cuando estábamos intentando encontrar una explicación a lo que estábamos viendo, Loreto hizo acto de presencia. Tocó a la puerta con los nudillos, algo nada propio de ella. Solo faltaba que nos saludara con un cumplido.

—¡Aquí están mis chicos favoritos!

Se venía una desgracia, ya os lo digo. Una presa como yo lo olía a kilómetros, el pobre iluso de Martín saludó a Loreto con su mejor sonrisa y esta se la devolvió. Había algo raro en la forma de mirarse. ¿Qué era?

—Ya veo que habéis recibido las cestas. Al poco de que anunciáramos que Martín se incorporaba al equipo, se pusieron en contacto con nosotros para que publicitáramos la marca. Sobra decir que han invertido mucho dinero en publicidad, así que nos interesa que busquéis una consulta en la que podáis darle protagonismo a los productos.

Martín y yo nos miramos. No estaba nada sorprendida, las cosas como son. Él sí, aunque no escandalizado. Solo le había parecido inesperado.

—Podríais probar algunos, los que más os llamen la atención. —Loreto se lo estaba pasando de puta madre a nuestra costa—. Pero no en la oficina, no queremos escandalizar al personal. —Guiño—. Me voy. Espero que tengáis un buen día. Y, Alba, cariño, deja de beber el café de la máquina, te he dicho mil veces que uses las cápsulas que tenemos en la cafetería.

Se fue. Cerró la puerta, eso sí, para darnos más intimidad.

Martín me cogió el vaso de café de las manos y se lo bebió de un trago.

—Esperaba que le hubieras echado un chorrito de whisky.

—Sí, de la petaca que llevo siempre encima.

Los dos, con los brazos a los costados de las caderas, nos quedamos mirando todo aquello como quien tiene que desactivar una bomba. Al final, viendo que él no decía ni hacía nada, cogí unas tijeras y desembalé ambas cestas.

—Un anillo vibrador, un... estimulador prostático. Pero ¿qué es esto?

—Juguetes sexuales.

—No me digas, Alba.

Hice un gesto de exasperación.

—Así es este trabajo. Ve preparándote para perforarte un pezón.

Carraspeó y abrió mucho los ojos antes de volverse hacia mí con la cara desencajada.

—¿Tienes un *piercing* en un pezón?

Intenté mentir, pero se me veía la verdad en la cara.

—¡Tienes un *piercing* en un pezón, no me lo puedo creer! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

Las locuras que había hecho al comienzo de mi carrera en *Miss Venus* no tenían nombre. Me había acostumbrado a llevarlo, aunque el dolor fue horroroso. Pero me gustaba. Solía pasármelo muy bien en aquella época. ¿Qué había pasado para que se me fuesen apagando las ganas de volverme un poco loca?

—Bueno, está claro que tu cesta es de productos masculinos y la mía de femeninos. Aunque algunos son para usar en pareja.

—Oye, no cambies de tema.

—Cambio —dije sin mirarlo.

Empecé a sacar diferentes juguetes. No tenía nada de aquello. Nunca me habían llamado la atención, muy a pesar de mis amigas, que se empeñaban en que me agenciara uno en la mayor brevedad de tiempo posible.

—Yo esto no me lo puedo llevar a casa —comenté cayendo en la cuenta de que, si aparecía con quince vibradores, mi madre infartaría.

—¿Por qué?

Bufé. No me gustaba mezclar mi vida privada con el trabajo. Cedí porque tampoco me apetecía inventarme ninguna historia.

—Mi madre va a estar en mi casa esta semana. Quiere recuperar el romanticismo con mi padre. Son sus bodas de perla la semana que viene. Estoy durmiendo en el sofá, así que la intimidad es inexistente.

Había apartado la cesta y se había sentado en su silla. Me miraba con curiosidad, como quien procura a toda costa intentar comprender qué hay dentro de la cabeza de alguien, pero no es capaz de vislumbrarlo ni poniendo todo de su parte.

No me consideraba una persona difícil ni rara, aunque todos lo somos un poco. Entendía en parte que llamara la atención esa combinación extraña entre la persona que había sido y lo poco que había quedado de ella. A veces tenemos que esconder lo que somos para que no nos hagan más daño. Nos transformamos en alguien inaccesible; alguien que solo está, aunque ya no es.

—Me parece maravilloso, la verdad.

Me volví confusa hacia él.

—Lo de tus padres.

Claro que se lo parecía, su madre no había dejado veinte tarros de crema en el baño aquella misma mañana y había expuesto sin reparo su inconformismo para con las sábanas baratas y la falta de café del bueno.

—Créeme, no querías que tus padres lo hicieran.

Se le apagó algo en la mirada. Primero descendió un rayo que le hizo brillar los ojos castaños, después, la débil luz desapareció de golpe.

—¿Nos ponemos a trabajar? —preguntó.

Yo asentí, convencida de que eso era lo mejor para evitar más situaciones incómodas. Aunque antes nos tocaba hacer las fotos de rigor para Instagram con el único fin de promocionar la marca.

*@missvenusconsultas: Alguien se lo va a pasar muy bien esta semana.
#sexlife*

Martín lo retuiteó y añadió un comentario nuevo:

@mistererosconsultas: Aquí siempre nos lo pasamos bien.

De vez en cuando, mientras leíamos consultas, levantaba la mirada. No sé por qué lo hacía. Si el día anterior había permanecido ajena a Martín, hoy parecía más que interesada en saber algo de mi compañero, por pequeño que fuera. No llevaba alianza, así que no debía de estar casado. Tampoco sabía su edad, ni si tenía hijos, ni dónde había trabajado antes. No me gustaban los misterios, a fin de cuentas, era periodista: estaba en mis genes investigar. O cotillear, ¿quién sabe?

Lo cierto es que, en general, Martín parecía un tipo bastante normal.

Después de un buen rato, entré en mi correo personal. Lo revisaba muy de vez en cuando, pero quería ver si me iba a llegar un paquete que esperaba. Tenía varios correos electrónicos pendientes: factura del agua, el ya mencionado código de seguimiento del paquete en cuestión, algunas *newsletters* de webs a las que estaba suscrita y...

Me eché atrás en la silla. Pegué tanto como pude la espalda al respaldo. Inspiré hondo y me aseguré de que había leído bien aquel nombre en el remitente. Por favor, que no fuera verdad, que fuese solo una broma de mal gusto.

—¿Estás bien?

Escuché la voz de Martín de fondo, lejos. Igual que cuando has estado con la música muy muy alta durante horas y de repente se hace el silencio. Cerré los ojos un segundo, prometo que pensaba que me desmayaría sobre esa alfombra espantosa que teníamos bajo nuestros pies.

Martín se había levantado. Se encontraba a mi lado, con una mano sobre mi hombro.

—Oye, ¿te encuentras mal? ¿Llamo a alguien?

Negué rápido. Lo último que me faltaba era que media oficina se enterara de que me estaba dando un ataque de ansiedad porque acababa de recibir un correo de Luna Herrero, la que había sido mi mejor amiga durante años, en la que confiaba plenamente y a la que habíamos querido olvidar todas sin volver a mencionarla porque me hacía un daño impensable.

Luna, uña y carne; Luna, compañera de sueños; Luna, la amante de Blas, ahora su pareja desde que lo había dejado dos años atrás, después de enterarme de que se veían a mis espaldas desde hacía ocho meses.

Martín estaba acucillado a mi lado. Me había tomado una mano y me miraba con preocupación, a fin de cuentas, respiraba como un hipopótamo a punto de atacar a alguien.

Le di a abrir con la mano que tenía libre. ¿Qué podía querer después de tanto tiempo? ¿Cómo se atrevía siquiera a escribirme? ¿No le había dejado lo bastante claro que mi único deseo era perderla de vista para siempre? Luna nunca había sido muy espabilada pillando las indirectas, por ello me había asegurado de que comprendiera, sin dejar lugar a dudas, que la deseaba a mil millones de kilómetros de distancia.

Hola, Alba, ¿cómo estás?

Así empezaba mi partida de defunción. ¿Que cómo estoy? Después de varias sesiones de terapia con una psicóloga carísima, mucho mejor, Luna, gracias por tu interés. Te haré llegar la factura por daños a mi salud emocional, porque sigo sin ser capaz de confiar en nadie, amiga.

Hace mucho que no sé de ti, aunque sigo leyendo tu consultorio.

Es que no quería que supieras de mí, igual que yo rezo a diario por no cruzarme contigo en el metro, en el supermercado o en cualquier sitio. Y no quiero que leas mi consultorio, quiero que te esfumes.

Te preguntarás por qué te escribo.

Espero que sea para anunciarme que Blas se ha quedado calvo y que ha engordado veinte kilos desde que ya no estamos juntos. Que está hecho un

adefesio y que no entiendes qué ha podido suceder. Pero, lo lamento, Luna, no se aceptan devoluciones de productos estropeados.

He estado pensando mucho en ti estos días. En todas vosotras, en verdad. Me he sentido muy sola. Echo de menos a mis amigas, Alba. A ti sobre todo.

¿Amigas? ¿Qué amigas?

Blas no sabe que te he escrito, pero yo quería que lo supieras por mí y que entendieras lo feliz que me haría que estuvieras a mi lado en el día más importante de mi vida, como nos prometimos de pequeñas.

Temblé, no de ese modo que uno tiembla cuando tiene frío, sino de manera irracional. Tuve miedo de haber entendido entre líneas la insinuación de algo que podría resultar un golpe mortal para mí.

Me ha pedido que me case con él. La boda será dentro de tres meses, el veintidós de abril. Quiero que vengas. Que vengáis las tres. Te he enviado la invitación a tu casa. Piénsatelo.

Me levanté de un salto.

—Perdona —le dije a Martín, que había leído el correo igual que había hecho yo, solo que él no sabía quiénes eran esas personas. Yo tampoco lo había sabido nunca en realidad.

Salí del despacho y me fui al aseo, a esconderme de las miradas curiosas. ¿Les habría enviado el mismo correo a Julia y a Eli? Seguro que sí. Era muy propio de Luna ser una egoísta que solo miraba por su felicidad. ¿No había tenido suficiente humillándome como lo hizo? De Blas ni quería hablar. El que creía que era el amor de mi vida no era más que el mayor error que había cometido, pese a que eso no significara que no lo quisiese. A veces, nos enamoramos del error, lo convertimos en amor que no perdura porque nunca ha existido en realidad.

Me senté en el suelo frío del baño durante media hora.

Todo me daba vueltas y no se me pasaban las ganas de vomitar. No se me borraban los recuerdos.

No se iba ella.

No se iba él.

El que sí que tenía ganas de marcharse y salirse del pecho era mi corazón, pequeño, encogido sobre sí mismo como un niño que llora en una esquina oscura, mientras espera la caricia que lo salve. Sin embargo, nunca llega.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Volver a casa no era una opción; quedarme sola en la redacción después de que Martín se fuera tampoco, pero era más acogedora que la primera. Agradecí que no me hubiese preguntado nada al regresar del baño con los ojos rojos. Ni después. Ahora que se había despedido y marchado a su casa, acabaría echándome a llorar si me quedaba sola. No iba a caer de nuevo. Nadie merecía encontrarme como entonces.

No había mirado el móvil en todo el día. No me sorprendió encontrar mensajes insistentes y largos de Eli y Julia. Habían recibido el correo, igual que yo. Parecían extrañadas, aunque Julia no daba señales de sentirse indignada, solo Eli parecía comprender cómo debía de sentirme. ¿Las había arrastrado yo a esa situación?

Me acabé tumbando sobre aquella alfombra que ignoraba si alguna vez habían limpiado. Entre esas paredes nadie podría verme con la guardia baja. Había años de distancia entre mis recuerdos y el presente, y aun así sentía que en el tiempo eran una milésima de segundo que podía recorrer con un pestañeo.

Blas con su sonrisa de luces y de sombras.

Blas esperándome a la salida del instituto apoyado en la moto que le había regalado su padre.

Blas dándome el tercer beso de mi vida, el más bonito.

Blas desnudándome, acariciándome, haciéndome recorrer el firmamento entero desde su cama.

Blas haciéndome reír como nadie más lo había conseguido.

Blas enviándome a lo profundo del infierno después de haberme hecho creer que merecía el cielo.

Todo era él, desde los dieciséis hasta los veintitrés. Casi siete años de comernos a besos, siendo tan feliz que no lograba imaginarme una vida mejor. Atreviéndome a todo por él, porque me hacía sentir especial y capaz; fuerte y valiente; inteligente y única. Me había esposado a su capacidad de hacerme creer que podría ser quien yo quisiera.

Después solo hubo abismo, y aquella Alba que había crecido a su lado hasta convertirse en alguien maravilloso cayó sin oponer resistencia y se precipitó hacia las inseguridades, los silencios, los miedos y la soledad.

Ahora se casaba con otra, la misma con la que me había engañado. Porque no, nuestra ruptura no la vi venir. El corazón me latía con la misma intensidad que los primeros días que estuvimos juntos. Discutíamos poco, no nos habíamos peleado en serio nunca. No había antecedentes que me hicieran pensar que él ya no seguía enamorado de mí, ni de nuestras sábanas, de la complicidad, de las promesas que nos hicimos cuando decidimos estar juntos.

Y ahora se casaba con otra, la misma que había considerado mi amiga, mi hermana. ¿Debía alegrarme por ellos? No podía. No era tan cínica. Me habían destrozado la vida, y sé que puede parecer injusto señalarlos con el dedo, porque no siempre podría escudarme en ese incidente para definir quién era. Pero es que dolía tantísimo... Así que, sí, en ese momento solo deseé que la boda fuera un desastre. Que la tarta saliera agria, que se les perdiera uno de los anillos, que ella le vomitara en los zapatos como hacía cada vez que se ponía nerviosa, que él tuviera una reacción alérgica a la comida porque le habían servido nueces y se las había comido sin saberlo.

El teléfono no paraba de sonar sobre la mesa. No tenía ninguna intención de cogerlo. Estaba pidiéndole al karma un poco de venganza astral. Quería que el día más feliz de la vida de Luna fuera una tortura. Se había estado follando a mi novio de toda la vida mientras fingía ser mi compañera de risas. La odiaba, y sé que es una palabra fuerte. Nunca en mi vida había odiado a nadie, solo a ella. Ni siquiera a Blas, porque él no se había criado en el mismo rellano, compartido el chupete, las Navidades, los cumpleaños. Todo. Él solo me había roto el corazón; ella se había llevado un pedazo de alma.

En algún momento, entre tanto pensamiento y lágrimas, me quedé dormida. Me asustaba volver a casa por si en el buzón encontraba la condenada invitación. Y, sobre todo, no me apetecía que mi madre me viera

así. Ya la había hecho preocuparse demasiado cuando lo dejamos. No iba a compartir más dramas que pudieran ser solo míos.

Me desperté porque escuché la puerta. Miré hacia arriba.

—Eh.

Aparté la mirada de Martín. ¿Para qué había vuelto? Debían de ser ya las nueve de la noche. No eran horas para estar en la oficina.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Intuición masculina. He pensado que podrías estar convirtiéndote en un ácaro.

Sonrió. Yo no me sentí con fuerzas para hacerlo. Debía de parecer un despojo humano. Si lo pensó, no dio señales de que le importara. Se tumbó a mi lado y estuvo mirando el techo con mucho interés.

—¿Quién es Luna?

Su nombre me sentó como una patada en el estómago.

Me incorporé de inmediato.

—Somos compañeros de trabajo, no amigos. Te conozco de dos días.

Él se apoyó sobre los codos, sosegado. Cejas relajadas, ojos tranquilos.

—Se me da bien escuchar, y nada de lo que me puedas decir influirá de ningún modo en nuestra relación profesional. No voy por ahí largando lo que la gente me cuenta.

—Oye, no dudo de tus capacidades ni nada. —Me puse de pie—. Pero es que es una historia muy larga y...

—Tengo toda la noche —me interrumpió.

—No. Gracias.

Me puse el abrigo, la bufanda y el gorro.

—Me tengo que ir.

—De acuerdo. Te llevo a casa.

¿Es que no había forma de que me dejase en paz de una maldita vez? Estaba diciéndole, en pocas palabras, que necesitaba espacio, estar sola.

Siguió parloteando cuando bajamos en el ascensor, sobre que era tarde, que llegaría antes si me llevaba él que yendo en metro, que si había cenado algo, que... Solo quería que se callase.

Ya casi había accedido a que me acercara a casa con tal de que no siguiera bombardeándome de aquel modo, cuando se detuvo frente a una moto.

—Toma, el casco.

Me recordó tanto a Blas que no pude respirar.

Resultó muy peliculero lo que hice a continuación, y al día siguiente me avergoncé mucho por esa escena dramática, pero lo último que hice fue mirar a Martín y salí corriendo. Juro que corrí, yo no sé si me sentí en ese momento Jennifer Lawrence en *El lado bueno de las cosas*, pero es que fue un impulso físico que no obedecía a razones. Lo normal, teniendo en cuenta que ni yo era Jennifer ni él Bradley Cooper, hubiese sido que me dejara escapar. Ya os adelanto que no tuve tanta suerte, cuando me di cuenta, corría a mi lado.

—¡Déjame, Martín!

—¡Te va a atropellar un coche, idiota!

—¡Pues que me atropelle!

Íbamos gritando ante las miradas de los viandantes, que se daban la vuelta al vernos pasar.

Al final, me adelantó y me detuvo con un brazo alrededor de mi cintura.

—Pero ¿tú te crees que es normal marcharse así?

—Suéltame, suéltame ya.

Era mucho más alto que yo y me tenía cogida en volandas. Yo pataleaba en el aire. Era ridículo, toda la escena en sí lo era. No dejé de dar patadas con fuerza imaginándome la cara de Blas.

—Te voy a dejar en el suelo, ¿vale? Nada de huir.

No lo miré, solo gruñí para que supiera que no lo iba a hacer, aunque no dejaba de estar cabreada.

Cuando mis pies volvieron a tocar el asfalto, Martín levantó las manos en señal de tregua y me observó por encima de sus pestañas. Yo empecé a respirar con dificultad, no porque estuviera en baja forma y me faltara el aliento, que también, sino porque ráfagas de imágenes sueltas acudían a mi mente en vendavales.

Di un paso adelante, y otro, y otro. Al tercero tenía la frente apoyada sobre el pecho de Martín y lloraba en silencio al lado de un paso de cebra.

Pasaron pocos segundos hasta que sentí que una de sus manos me acariciaba la parte superior de la espalda con mucho mimo. No me dijo en ningún momento que no llorara, ni me apartó. Dejó que fuese la loca que él debía de creer que era y se comportó como la buena persona que yo pensaba que debía de ser él.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Dejó que fuese yo la que decidiera cuántos minutos más necesitaba empaparle la camiseta. Se lo agradecí en silencio.

Me enjuagué las lágrimas con la manga del abrigo.

Martín me tomó por el mentón y me obligó a mirarlo.

—Vale, ahora vamos a ir a comer algo. Hace mucho frío y tienes la cara helada. Se te van a congelar los mocos.

No sé dónde encontré la capacidad de reírme, pero lo hice. Y se me cayeron unas pocas lágrimas más de paso. Él sonrió con precaución. Supongo que no tenía muy claro si reía o lloraba, y no quería arriesgarse a que le montara una escenita de «¡eres un insensible!».

—¿Vamos? —preguntó.

Lo seguí y, por primera vez, se quedó callado. Yo tampoco hice más preguntas hasta que unos quince minutos después, bajo un cielo madrileño que auguraba nevada de febrero, nos detuvimos frente a la fachada de un restaurante chino pequeño, que se encontraba en una esquina sin iluminar y por la que no pasaba ni un alma.

—Hacen una sopa deliciosa.

—Me gusta la sopa —dije poco convincente.

Solo había cuatro mesas en el local. Nos sentamos en la de la derecha, pegados a la pared, después de seguir las indicaciones de un señor encantador, muy bajito y que despertó en mí cierta ternura.

Una vez nos quitamos los abrigos y todo lo que llevábamos encima, me fijé en la música ambiente, cascada de agua y melodía muy zen. La decoración era horrorosa, así que nuestro zulo, de pronto, me pareció acogedor. Todo un logro por parte de Loreto. Tendríamos que estar incluso agradecidos de que no nos hubiese obsequiado con un cuadro fluorescente como el que había colgado frente a mí.

Ya podía estar buena la sopa.

Él se destensó un poco después del momento vivido en la calle.

El dueño nos trajo una carta. Yo no sabía hablar ni leer chino. Martín, sin embargo, lo hablaba fluido, así que me quedé con cara de pan de gamba mientras lo escuchaba.

—¿Te fías de mí?

—En la elección de la sopa sí.

Él hizo la comanda en chino. El señor no se sorprendió, yo sí.

—¡Vaya! ¿Chino?

Él hizo un gesto con la cabeza que venía a decir: «En realidad no soy tan bueno».

—Siempre me han gustado los idiomas.

Una muchachita de unos trece años apareció con una jarra de agua y vasos. No habíamos pedido la bebida. Supuse que era lo habitual en el sitio. No estaría mal beber, estaba deshidratada después de tanta llantina.

—¿Cuántos hablas? —le pregunté mientras me llevaba el vaso a los labios.

—Ocho.

No le escupí el agua de milagro. Tragué y se me fue por la nariz, lo que me provocó un acceso de tos que me llevó un buen rato calmar.

—¿Ocho? ¿Me estás tomando el pelo?

Él negó con la cabeza y colocó su mano grande, de dedos fuertes y piel canela delante de su cara. Se puso bizco cuando empezó a contar.

—Español, inglés, francés, italiano, rumano, chino, algo de ruso y un poco de indonesio.

—Me he perdido en español —aseguré—. Pero ¿cuántos años tienes? —Bien jugado, Alba—. ¿Cuándo te ha dado tiempo a... todo eso?

—Treinta y dos. Mi padre trabajó toda la vida para una multinacional y lo fueron cambiando de sucursal, así que nos mudábamos cada tres años. Después le cogí el gusto y seguí viajando solo.

Yo siempre había vivido en Madrid, que me encantaba, pero a su lado me daba la sensación de que me quedaban entre seis y siete vidas por vivir para alcanzarlo.

—Alba.

Esperé a que me formulara la pregunta. Si no quería que le echara la sopa hirviendo por encima, más le valía que no tuviera nada que ver con el correo de Luna.

—¿Qué? —pregunté al ver que no decía nada.

Sus ojos me estaban escudriñando más allá de mi expresión, rebuscaban dentro, y ahí no había hueco para él, así que subí las barreras hasta que tuvo que dar un paso atrás, hizo un gesto que no comprendí y miró hacia la puerta.

Los tazones de sopa llegaron unos segundos después. Espinacas, cebollinos, setas, pollo, fideos y rábano rojo. No había comido nada igual

en mi vida, de eso estaba segura. No era quisquillosa con la comida, así que me lancé con ganas. Además, ya era hora de cenar. Eso me recordó que había quedado en hacerlo con mi madre. Debía de estar desesperada. No había dado señales de vida. Tampoco había subido nada a Twitter. Loreto enloquecería si veía que no había movimiento.

Saqué el teléfono móvil.

—A ver, colócate el mechón para atrás —le dije a Martín, que estaba comiendo con palillos, no como yo, que había cogido la cuchara.

—¿Para?

—Pues para el trabajo.

—No estamos en el trabajo —me recordó.

—Ya, pero hoy no he hecho nada a derechas y necesito mejorar eso, al menos.

Él dejó escapar un suspiro, hizo lo que le había pedido, levantó el cuenco y dibujó una mueca con la boca al tiempo que guiñó un ojo. Estaba guapísimo. De haber puesto yo esa cara, alguien hubiese llamado al 091.

—¿Qué vas a poner? —indagó al ver que miraba la pantalla y no tecleaba nada.

Me encogí de hombros porque tenía cero inspiración. Me cogió el móvil y se encargó él. Justo estaba escribiendo cuando entró una llamada de mi madre. Quiso que le pusiera de tono de llamada una canción de Hombres G. Era la única que tenía su propio timbre.

—Cuelga.

—Alba, estará preocupada si está viviendo contigo, ¿no?

—Es que no quiero hablar ahora.

—Vale.

Y contestó él. Quise matarlo.

—Hola, soy Martín, el compañero de trabajo de Alba.

Silencio. No alcanzaba a escuchar nada. Que alguien apagara esa maldita música.

—Sí, sí. Está conmigo. He tenido que obligarla a cenar, es que hemos tenido un día de locos en la redacción.

Él asentía muy complaciente.

—Ya, si se lo he dicho. Sí, sí, desde luego.

Silencio.

Soltó una carcajada que hizo temblar la mesa.

—Coincido totalmente. Dile hola, Alba.

—Hola, mamá. Lo siento —dije para que no me avasallara al llegar a casa.

Silencio.

—Sí, no te preocupes. Yo la acerco cuando acabemos. —Más silencio—. Un placer, Nieves. Otro abrazo para ti.

Colgó y siguió tecleando como si no se percatara de que le estaba fulminando con la mirada. Tras mucho intentarlo, acabó poniendo los ojos del revés y pronunció un largo «quééééé». No dije nada, porque tampoco sabía si gritarle. Una parte de mí quería decirle: «Pero ¿quién te has creído?». La otra prefería callarse.

Me pasó el móvil y vi que había publicado la foto que le había hecho con el siguiente mensaje:

@missvenusconsejos: ¡Qué bueno está! Y el caldo también.

Le gustaba poner a prueba mi paciencia y, aunque esa noche la tenía al límite, guardé silencio y comí. Solo quería dormir, y ni siquiera podría hacerlo en mi cama.

—Oye, ¿qué vamos a hacer con los productos eróticos? —inquirí de pronto.

—Tranquila, ya me he encargado.

—¿Cómo?

—Los he repartido entre los de la oficina con un cuestionario breve.

Tomé tanto aire que parecía Voldemort después de volver a la vida.

—Uno, Loreto nos va a matar, así como dato. —Él pensó que era una exagerada—. Dos, ¿cómo se te ocurre dárselos a los redactores? Qué vergüenza.

Se tomó unos segundos después de que acabara con mi rapapolvo.

—A ver, sé que eres mi jefa. Loreto me lo dejó muy claro.

Pestañee diez veces seguidas a mucha velocidad. ¿Que era su jefa? No tenía constancia de ello. Suponía que lo habían contratado como un respaldo, un compañero, pero Loreto le había dicho que era su *fucking* jefa. Eso me dio subidón, así que no lo contradije.

—El caso es que soy consciente de que no debería tomar ciertas decisiones sin consultarte, pero esto me pareció que podría salir bien,

además, los compañeros han sido muy simpáticos y amables.

—¡Pues claro que lo han sido! Se van a dar un homenaje de sexo esta noche —grité.

El señor adorable estaba a nuestro lado. Llevaba un plato con algas y otras cosas que no supe identificar. Pareció entender a la perfección lo que acababa de decir y, sin lugar a dudas, se sintió molesto, así que, tonta de mí, hice tres o cuatro reverencias seguidas y me disculpé.

Él me contempló con un rictus impenetrable. Le di una patada por debajo de la mesa a Martín para que saliera en mi ayuda. No hizo ni un ademán de captar mi indirecta.

—Sexo aumenta vida —dijo. Reverencia. Retrocedió dando tres pasos de espaldas y se marchó.

Para cuando asimilé lo que acababa de decir, Martín se estaba ahogando de la risa y, para disimular, se había colocado la servilleta en la boca. Estaba rojo como un tomate. Al final, no sé si por lo absurdo de la situación o porque me contagié, acabé riéndome tanto que se me saltaron las lágrimas.

Tardé un par de horas más en recordar a Blas y a Luna, pero, cuando volvieron, también lo hizo la seguridad de que me dolía algo a la altura del pecho y, si era el corazón, no tenía forma de ignorarlo.

MARTÍN

Lo más fácil de que tu vida sea un viaje continuo es que nunca te quedas el tiempo suficiente para ver sufrir a las personas que quieres.

La noche anterior con Alba me escocía un poco. Tenía ese sabor amargo que dejan algunos pasados en los presentes. El suyo debía de estar muy magullado, porque esa forma de llorar era propia del desamor. Ella no me había dicho nada, tampoco es que yo quisiera saber más de la cuenta. No quería involucrarme, pero, en algunas ocasiones, era casi imposible no hacerlo.

—¿Me escuchas?

Pestañeeé un par de veces. Alba estaba ordenando unos papeles. No habíamos mencionado el hecho de que la había encontrado tumbada sobre la vieja alfombra, con la cara pálida y los ojos hinchados.

—Perdona, estaba pensando.

—Espero que sea en la forma en la que nos vamos a librar de esto —dijo, intentando parecer enfadada, aunque era más que evidente que no lo estaba.

Colocó el pósit amarillo frente a mi cara. La letra de Loreto se leía impecable. La había citado a su despacho a las doce.

—Dile que fui yo.

—No voy a hacer eso. No serviría de nada delatarte, porque la responsabilidad igualmente sería mía —explicó con las manos en las caderas. Se mordía el interior de las mejillas. Lo hacía más de lo que ella pensaba, sobre todo cuando fingía que algo no le importaba demasiado.

Sonreí.

—¿Si no, me echarías a los perros?

—Hombre, no lo sé. Lo consideraría al menos.

Qué bien me sentaban sus comentarios, la mayor parte de las veces me hacían reír. Las otras me entristecían. Entre líneas dejaba entrever ese dolor que se atisba en los silencios.

—En el mejor de los casos, te despiden —me dijo.

—¿Y en el peor?

Hizo un gesto con la cabeza con el que parecía decir que no auguraba nada bueno.

—En el peor te tocará hacer algo que odies, como... ¿Qué odias?

Lo que yo odiaba no era algo que pudiera decirse en voz alta. Odiaba las separaciones, odiaba la tristeza de la que no podrías deshacerte nunca, odiaba tener miedo, odiaba no abrirme a los demás con franqueza, odiaba disimular que no era débil, odiaba no poder llorar delante de los demás, odiaba demasiadas cosas, pero nunca se podía tocar.

—¿Y bien?

—El brócoli.

Capítulo 7

@missvenusconsejos: ¿No os ha pasado que, a veces, os levantáis con la intuición de que van a pasar cosas y no sabes muy bien qué?

—Y por eso no queda más remedio que enviarte a ti, Alba, cariño.

Varios días después del correo —a partir de entonces esa sería mi nueva forma de medir el tiempo—, Loreto se cobró caro que nos escaqueáramos de nuestra misión con los juguetes eróticos. A decir verdad, estaba encantada, habíamos escrito una columna que no dejaba dudas de los beneficios de experimentar en la cama. Pero ahí estaba, recordándome, por si acaso, que cuando me pedía que hiciera algo, debía acatar a pie juntillas lo que saliera por su boca.

—Por cierto, me gusta cómo te queda esa coleta baja, con raya en medio.

No hacía falta que me hiciera ningún cumplido, en el fondo sabía que yo debía asentir y ejecutar, sin embargo, ya os he comentado que sentía cierta debilidad por mí y me daba en el hocico que intentaba buscar el término medio entre volverme loca y hacerme saber que me querían en la redacción.

—Hace ya un año que no escribo reportajes.

Antes lo hacía y me encantaba. Después me refugié tras el ordenador, era más fácil así, sin tener que lanzarme al mundo ni sentirme como si me hubieran sacado de un capítulo de *El secreto*.

—No importa, siempre lo has hecho genial. Y ya te lo he dicho, ahora mismo estamos a tope. Martín puede hacerse cargo de los correos.

Hubiese temblado en otras circunstancias. Pensaría que ya se había decantado por él para cederle mi puesto, sí. No lo hice entonces porque le había dicho a la cara que la que mandaba ahí era yo.

—Vale, ¿de qué se trata?

Cogí mi cuaderno y un bolígrafo para tomar buena nota de lo que me pidiera. El trabajo era lo único que me distraía de no enloquecer y de evitar contestar al último WhatsApp de mi amiga Julia con un: ¡*OLVÍDAME!* Por no decirle algo más fuerte. *Estoy pensando ir a la boda.* Lapidario, lo sé. Llevaba cuarenta y ocho horas esperando mi respuesta.

—Te vamos a mandar a un retiro espiritual, aquí cerca, en la sierra.

Por un momento sopesé la idea de que Martín le hubiese contado mi crisis. Muy a pesar de que algo me decía que no era de esos, tampoco podían culparme de que se me cruzara por la mente.

—No saben que eres periodista. Te hemos inscrito ya, dos días. Intenta vivir la experiencia al máximo, ver cómo es la gente, qué actividades hay, qué beneficios tiene.

—No será uno de esos sitios en los que te dan ayahuasca, ¿no? —pregunté al tiempo que escribía en mi cuaderno.

—Sí, y chupas sapos venenosos.

Se planchó la falda plisada con las manos al levantarse de su silla.

—Alba... —Puso las manos sobre mis hombros. Me fijé en sus pestañas, se había vuelto a hacer el implante. Le quedaban bien, le agrandaban los ojos. Esa mujer sabía cómo sacarse partido—. Confío en ti.

Bueno, quizá salir de la ciudad me iría bien después de todo.

Se lo conté a Martín en cuanto regresé al despacho con un café... de la máquina. Se quitó las gafas porque solo las usaba para leer. Llevaba un par de días viniendo con ellas. Le quedaban tan bien que pensé que las habían diseñado expresamente para su cara.

—¿Y bien? ¿Me echan por repartir juguetes sexuales en la oficina?

—No, me envían a un retiro espiritual para resarcirme de mis pecados. Por eso y porque no tenían a nadie para escribir el reportaje.

—¿Solías hacerlo a menudo?

—Sí, al principio compaginaba las dos cosas —expliqué sin mucho entusiasmo, pese a que me traicionó una sonrisa—. ¡Voy a ir a tomar ayahuasca! Bueno, Loreto dice que no, pero yo creo que sí.

Escondió la cara entre sus manos y se echó a reír.

—No te rías tanto que te quedas a cargo de todo, incluidas mis redes. No permiten teléfonos. Estaré incomunicada y, la verdad, nada podría hacerme más feliz ahora mismo.

—Ya veo que mi compañía te resulta agotadora.

Le saqué la lengua y él torció la comisura derecha de los labios. Volvió a ponerse las gafas, aunque no retomó el trabajo. Cogió el móvil y me dijo:

—Siéntate. —Hice un intento de formular una pregunta. No me dejó—. Sube una pierna, apoya la barbilla en la rodilla. Sonríe. Venga, hazlo, Alba. Piensa en la cara de Gregorio al día siguiente de llevarse el estimulador prostático.

Me reí sin disimulo.

—Oye, que ya me he desinstalado Tinder. No necesito más fotos.

Pasó de mí como la gente de los créditos de las películas.

Las notificaciones del móvil tardaron en saltar dos minutos. Era un tuit desde su cuenta. Yo ya estaba escuchando las sirenas del Samur viniendo a por mi cuerpo sin vida.

@mistererosconsejos: La diosa del amor se ha ido a por un café, pero la del humor me está alegrando la mañana.

Y mi foto.

—¿Qué has hecho, inconsciente? ¿Por qué has subido eso?

Empecé a dar vueltas por el despacho como un león enjaulado. Me tiré de los pelos, haciendo que la coleta, que tan bien me había salido según mi jefa, acabara hecha un cuadro.

—Oye, cálmate. Tú has subido fotos de compañeros a tu Twitter muchas veces. ¿Qué problema hay?

Me detuve. Bueno, si lo mirábamos así, igual no pasaba nada.

Volví a echarle un ojo a la fotografía. Encima me vi guapa. Mi foto de WhasApp era una Polaroid de cuando tenía cuatro años porque jamás salía decente en ninguna.

—Mira, a la gente le está encantando. No paran de comentar.

—¿Qué?

—«Me encanta su jersey rosa de cuello con esos pantalones blancos». «Qué ojazos tiene, ¡qué envidia!». «¡La risa es salud! Qué graciosa sale en la foto». Y así muchos más. La gente vive en Twitter, ¿eh?

Me había puesto roja. Era un semáforo andante en esos momentos.

—No subas más fotos mías, ¿entendido?

—¿Por qué no? Mira, si hasta Loreto ha comentado.

Santo Dios. Toda la sangre que me había subido a las mejillas bajó de golpe.

—«Nuestra pequeña Alba».

No sabía dónde meterme, encima había escrito mi nombre. ¡Estaban todos locos en *Miss Venus*! Que, a ver, yo había publicado muchos reportajes firmados con mi nombre, pero, de repente, yo que había vivido en el anonimato casi absoluto, me sentí abrumada.

Mi madre me envió un mensaje.

Eli me envió un mensaje.

Mi hermana me envió un mensaje.

Todas encantadas de la vida con mi foto y con Martín, al que mi madre quería conocer cuanto antes porque le había parecido un encanto por teléfono. Ya, sí, ¿y qué más quieres, madre? ¿Que lo invitemos a tomar el té y bailemos el vals en un salón victoriano?

La mañana se limitó a poner a Martín a cargo de toda la faena que nos quedaba por hacer y a investigar un poco sobre el lugar al que iba a ir. El primer requisito del folleto que me había dado Loreto era que debía vestirse de blanco. Los colores llamativos te distraían y los oscuros incitaban a los visitantes a tener pensamientos negativos.

—Pues ve desnuda —dijo Martín después de que lo leyera en voz alta.

Fingí que no lo había escuchado y seguí poniéndolo al tanto de otras condiciones indiscutibles para poder realizar el retiro.

—La alimentación es fundamental. Solo se pueden consumir los productos de Universo Verde. Preferiría chupar sapos.

Martín a duras penas se aguantaba las ganas de reír. Debía de pensar que solo estaba haciéndome la dura y exagerando. No me conocía lo suficiente como para saber que el drama era mi vida, el *hashtag* con el que acompañaba mis vivencias más perturbadoras.

—No se puede usar maquillaje.

—Eso no será un problema para ti —comentó.

—Gracias por decirme de forma tan sutil que mi cara es un cuadro.

Colocó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Tenía las cejas arqueadas y una sonrisa tímida en los labios.

—Más bien te estaba diciendo, de forma sutil —repitió mis palabras— que no lo necesitas y que estás más que acostumbrada a no llevarlo.

—Haré como que acepto tu pseudocumplido. —Seguí dándole la vuelta al tríptico—. No se puede tener contacto físico con nadie. Qué raro, si pone que hay yoga en pareja.

Martín chasqueó la lengua contra el paladar.

—Se refiere a sexo, Alba. Que mientras estás en el retiro no tengas sexo.

Me aclaré la garganta antes de hablar. Procuré no mirarlo, me quedé con los ojos puestos en las fotografías.

—Tampoco tendría con quién en plena sierra.

—Contigo misma —contestó él, muy prudente al escoger las palabras. Eso no evitó que me ruborizara—. Pero no puedes. Ahí lo dice muy claro. Si no, la meditación no funciona.

Se me escapó un suspiro de aburrimiento.

—¿No te parece que todo son prohibiciones? No. No. No. Y no.

Martín tecleaba rápido desde hacía un rato. Estaba concentrado en el trabajo y también en lo que yo le decía. Debía de tener una cabeza privilegiada. Yo era de las que no podían hacer dos cosas a la vez. Aunque, claro, hablábamos de un hombre que dominaba ocho idiomas. Un despropósito. Me sentía idiota a su lado.

—Son dos días, Alba. Espinacas, el saludo al sol, algo de incienso y a casa.

—¿Por qué suena a tortura medieval?

Bajó la voz cuando contestó:

—Porque lo es —aseguró—. Pero lo importante es la gente. Seguro que eso sí que te gusta. Además, en parte el reportaje también se trata de eso, ¿no? De que recojas las experiencias de los demás.

Asentí y rumié sobre su comentario. Tenía razón. Ser periodista era ver más allá de uno mismo, se trataba de recoger vivencias compartidas.

—¿Y no podría hacerlo mientras me como una pizza?

Martín no contestó, solo negó con la cabeza con una sonrisa irónica en los labios, que venía a decir que no tenía remedio y que, cualquier cosa buena que él pudiese aportar, yo la tumbaría con una réplica. Ojalá se hubiese dado cuenta de que lo hacía porque hablar con él me ayudaba a no pensar en Blas y en Luna.

Todo era más sencillo cuando los demás pensaban que la sonrisa era de verdad. Que esa persona que teníamos en frente no sufría. Porque eso te daba una mínima esperanza de creer que tú también podrías estar tan

despreocupado algún día, ser feliz sin límites. Quitarte los miedos a manotazos.

Pensé que con Martín no me había salido bien la jugada. Había caído en la trampa de bajar la guardia un segundo y él había hallado la forma de colarse como un rayo que cruza el cielo. Había visto a la Alba de verdad, ahí mismo, tumbada sobre la alfombra, que, por algún extraño motivo, olía a polvos de talco. Y después en la calle, donde había llorado.

No habíamos vuelto a hablar del tema. Por una parte, me aliviaba que no lo hiciera; por otra hacía que lo ocurrido fuese menos real. Y no, no era masoquista, sin embargo, a veces sentía que el dolor de la pérdida me recordaba que tenía los pies en el suelo y comprendía mejor mis propias inseguridades y sentimientos.

Pero, si los entendía tan bien, ¿por qué no le había contestado aún nada a Julia? ¿Por qué había sido incapaz de decirle que no quería que fuese a la boda?

—A lo mejor el retiro me sienta bien y todo —dije sin querer en voz alta. Martín solo asintió con la mirada perdida y un «umm» profundo.

@missvenusconsejos: Si dijera que soy alérgica a la comida ecológica, ¿creéis que colaría? Me temo que mi intuición me ha fallado y el día se ha complicado un poquito. #ayuda

Qué fácil era a veces ser solo ella, la chica de las palabras que tenía una vida distinta y siempre podía reírse de las cosas que le pasaban.

Ojalá yo hubiese sido esa chica.

Capítulo 8

Entregué el móvil en recepción y cualquier dispositivo electrónico que pudiera llevar encima. El reloj y el ordenador. Firmé un compromiso para permanecer en el retiro las siguientes cuarenta y ocho horas. Eso significaba que bajo ningún concepto podría marcharme, salvo urgencia indiscutible.

Me acompañaron hasta una cabaña pequeña pero muy acogedora, y me dieron un chándal blanco y una chaqueta del mismo color que llevaba una pegatina con mi nombre. Me sentía como si me hubiesen ingresado en un hospital y no estuviera ahí de vacaciones pagadas. Porque, por mucho que tuviera que trabajar, lo cierto es que también suponía un descanso.

Nos íbamos a reunir todos en un salón enorme en un cuarto de hora, así me lo habían explicado al llegar, por lo que podría dedicar ese tiempo para recorrer las instalaciones y conectar con el espacio. Palabras literales. Decidí tomármelo en serio, o al menos tanto como me lo permitía mi sarcasmo. Era bonito, eso tenía que admitirlo. En plena naturaleza, con los jardines cuidados, unas cabañitas encantadoras en las que solo se oía el pío de algún pájaro.

Calma absoluta.

Más o menos.

Llevaba media hora de retiro cuando me topé de frente con alguien que estaba doblando la esquina. Nos dimos un buen golpe, y si no fuera porque habían dicho que estaba prohibido gritar para evitar romper la armonía del lugar, le habría dicho cuatro cosas. No fui capaz. Conocía al chico en cuestión, por eso deseé volver a la recepción, coger mi consentimiento y tragármelo.

José, alias el de la aromaterapia, se mostró muy contento al darse cuenta de que era la rara de las copas gratis que lo había dejado colgado después de

que apareciera Martín.

—¡Alba! Pero qué sorpresa.

—Ya te digo. —Procuré sonar encantada de que se produjera el encuentro.

—¿Cómo es que estás aquí?

Tardé un par de segundos en hallar una respuesta que se ajustara a las circunstancias.

—Intento reconectar con una parte de mí.

Él apoyó sus manos sobre mis hombros, expresión seria, asentimiento constante de cabeza.

—Me siento igual. —Sonrió complacido—. Supongo que ibas al gran salón, pero es en la otra dirección. Te acompaño, me dirigía allí.

—Genial.

Probé en aquel momento a ver si la telepatía funcionaba. Os adelanto que no. No pude contactar con nadie para que me sacara de ahí. Y José siguió hablando hasta que, como había ocurrido en nuestra cita, acabé desconectando. Al fin y al cabo, ese era el objetivo de estar ahí, ¿no?

—Y usan las velas que fabricamos nosotros —escuché que decía.

—¿Velas?

A mí me lloraban los ojos en cuanto las encendían.

Él, muy orgulloso de sí mismo, volvió a explicarme cómo hacían las de la tienda y yo fingí que me interesaba muchísimo y que era una suerte tener un cliente tan bueno como Universo Verde. Por lo visto, habían colocado esas velas en todas partes.

En el salón éramos quince, de diferentes edades y sexos. Quise coger un cojín y alejarme tanto como pudiera de José, y lo hice. Lástima que se me hubiese olvidado que él podría seguirme. Pequeños inconvenientes con los que no contamos.

Las siguientes dos horas quise haber tomado ayahuasca, porque era una persona inquieta por naturaleza y sentarme a respirar mientras tocaban un gong pequeño cada cinco minutos y me hacía llorar el incienso no era lo que más me entusiasmaba.

—Te has emocionado, qué interesante. Los principiantes no suelen conseguirlo tan rápido —me dijo José en un susurro, cuando hicimos un pequeño descanso.

Podía haberle comentado que era alérgica. Podía, pero no.

—¿Y tú, José, eres principiante o...?

—Es la vigésima vez que vengo en los últimos tres años. Ha puesto en orden mi vida.

No entendí cómo lo habría conseguido, eso sí, tomé nota mental de aquella frase para el artículo.

Después de hacer una pequeña reverencia, que duró un minuto muy largo, recogimos las esterillas. La mujer que nos había guiado en la clase se acercó y me tendió la mano. A él ya lo conocía. Después de veinte veces tampoco me extrañaba.

—Encantada, Alba, siempre nos alegra ver caras nuevas. Soy María Adelaida.

—Igualmente, gracias —dije sosteniéndole la mano—. No esperaba que hubiera tanta gente entre semana.

—Hay más, pero las clases las hacemos en grupos reducidos, queremos que os sintáis bien y atenderos de manera más individualizada. Dime —me tomó por el codo con mucha delicadeza para apartarnos de José. La quise de verdad en ese instante—, ¿qué te ha empujado hasta aquí?

Loreto Martínez, cincuenta años, melena pelirroja y rizada. Tal vez le suene.

—Una amiga me lo recomendó. No he pasado una época demasiado buena.

La forma en la que me sinceré con aquella total desconocida, más bajita que yo, de pelo cano y que llevaba una mano de Fátima colgada del cuello, me hizo sentirme arropada.

—¿Y a qué se debe?

Seguimos caminando hasta que salimos del recinto y convertimos nuestros pasos lentos en un paseo bajo las copas desnudas de los árboles.

—Mi exnovio se va a casar.

—Ah.

—Con mi examiga.

—Oh.

—Después de que los dos me engañaran mientras aún estábamos juntos.

—Uh.

Sus interjecciones me parecieron de lo más expresivas.

—¿Y cómo te hace sentir eso, Alba?

Seguía agarrada a mi brazo. Al dirigirse a mí me miraba a los ojos.

—Me hace sentir muchas cosas. Frustración, soledad, tristeza, rabia.

Ella pareció comprender lo que le estaba diciendo y, si no lo hizo, su rostro lo disimuló a las mil maravillas.

—Me ha invitado a la boda, ¿sabe? Por supuesto, yo no quiero ir. Preferiría que me arrollara un camión —expliqué—. Pero una de las amigas que teníamos en común me ha dicho que ella está considerando la posibilidad. Y eso me duele.

No le había contestado a Julia aún, aunque ella me había enviado varios mensajes más y me había hecho algunas llamadas perdidas. Nada. Me veía incapaz.

—¿Crees que te traiciona al elegir acudir a la ceremonia?

Me encogí de hombros. Tenía la impresión de que se trataba de otra cosa.

—Creo que me molesta que la haya podido perdonar y yo no pueda. Es que no estoy preparada, ni considero que vaya a estarlo en un futuro. Quiero pasar página. Ella ya no tiene hueco en mi vida. Ni ahora ni nunca. Eso es lo único que tengo claro.

María Adelaida se tocó el colgante e inspiró hondo. Nos detuvimos ante un árbol y acarició su corteza con la mano libre. No sabía si debía decir algo o quedarme callada por si estaba experimentando uno de esos episodios místicos que a veces tienen lugar en aquellos que hacen meditación.

—Alba, la vida es un camino de vuelta.

Fruncí el ceño.

—Creía que era un camino de ida.

Negó lento. Su cabeza parecía flotar sobre su esbelto cuello blanco.

—A perdonar se aprende, igual que a meditar, y a equilibrar los chacras.

Me había caído mejor mientras me estaba escuchando. De chacras no sabía nada.

—La gente que ha venido al retiro, ¿suele repetir?

—Cada pocas semanas.

Asentí. Estaba tomando nota a vuela pluma en mi cabeza.

—Intentan escapar de lo que les preocupa, supongo —susurré.

—Más bien intentan reconciliarse con sus miedos. —Esa frase rebotó en algún lugar blando de mi pecho—. El miedo no se cura, el miedo se mantiene a raya. Sabes que está esperando en la puerta, pero no le das el poder de que entre.

—Como los vampiros de Mystic Falls —murmuré intentando encontrar un símil.

—¿Qué?

—Nada, nada. Lo comprendo.

Ella hizo una ligera reverencia de cabeza que yo imité con mi habitual torpeza.

—Ahora vayamos a comer algo. El almuerzo es la mejor comida del día.

No sabía mucho sobre María Adelaida después de esos diez minutos a solas, pero pronto averigüé que debía de haber sufrido alguna terrible enfermedad que le había hecho perder el gusto, porque aquella avena que nos sirvieron con *topping* de almendras y kiwi me hizo encomendarme a todos los santos para que se apiadaran de mí. Un espanto. José, que me había buscado para disfrutar de mi compañía, a cada cucharada cerraba los ojos y emitía:

—Umm.

Si he de ser sincera, no estaba del todo segura de que fuera por la avena o porque estaba viviendo una experiencia religiosa que yo no había alcanzado ni lo haría en el futuro inmediato.

—María Adelaida es fantástica, ¿verdad? —preguntó.

Ni afirmé ni desmentí. Hice esa clase de gesto que nadie sabe a ciencia cierta lo que puede significar y que cada uno interpreta según le conviene.

—Sabe lo que necesitan las personas y es de una generosidad inmensa. Te ofrece todo a cambio de que te sientas mejor. Con ella uno está en confianza. ¡Qué bueno está el almuerzo! Uno de los motivos por los que sigo viniendo es la comida —aseguró—. Y María Adelaida.

—Parece que es alguien muy importante para ti.

Me contó mil anécdotas con la instructora. Más tarde me enteraría de que tenían una relación sexual que poco tenía que ver con la meditación, o puede que sí y se tratase de algo astral. No me burlaba, solo que era incapaz de comprender algunas de las cosas que ahí ocurrían.

Quería hundir la cara en el bol de avena y gritar. Se suponía que debía irme de ahí descansada y serena, pero ¿a quién quería engañar? Ese no era sitio para nadie de mi familia. Éramos inquietos por naturaleza.

—Ahora toca meditación y después yoga.

¿Y cuándo tocaba descanso de José?

Me acerqué a otras personas y entablé conversación de forma premeditada con ellas. Dos pájaros de un tiro: el trabajo y mi sombra, José. Resultó ser todo un éxito, porque me topé con una señora de ochenta años de lo más dicharachera con la que, por lo visto, mi compañero no tenía *feeling*, así que se quedó a varios metros de mí. Ella fue mi confesora, la que me reveló el secreto de José y María Adelaida.

Brigitte era francesa, viuda y llevaba la mitad de su vida en España.

—Vengo aquí porque me siento sola. Otras mujeres van al bingo o al hogar del jubilado, yo prefiero esto —me explicó con un marcado acento francés—. Así descanso de la ciudad y de mis nueras.

No eran malos motivos para irse de retiro. En cualquier caso, le hice saber que me parecía la más honesta de las personas con las que había hablado. Ella me presentó a algunas mujeres más y así fue como pude hacerme una idea variada de los motivos y los beneficios de hacer un retiro espiritual.

Cenamos verduras al vapor.

—La comida es una *merde* —siseó Brigitte.

Dije que sí con la mirada. Y pensar que todavía me quedaba un día de avena, brócoli, velas, José y meditación... Por suerte, mi nueva amiga, después de la cena, apareció en mi cabaña con un paquete de galletas de chocolate.

—Las necesitarás. Viendo tus posturas de yoga, mañana vas a sufrir, y puede que pasado también.

—Gracias por los ánimos y más aún por las galletas.

Brigitte no se equivocaba. Al día siguiente tenía unas agujetas matadoras en las piernas. Por no hablar de que algo de la comida me había sentado fatal y me había pasado prácticamente toda la noche en el aseo. Así que, entre que no había dormido nada, tenía el estómago vacío y ya había recopilado suficiente información para hacerme una idea del retiro, me pasé toda la jornada con la mente en blanco, salvo en momentos concretos en los que me visitaban todas las cosas a las que tenía que enfrentarme al volver a casa.

María Adelaida tenía razón con eso de dejar los miedos en la puerta, solo que no había considerado qué sucedería cuando tuviera que cruzarla para salir al exterior. Tarde o temprano, entraran ellos o saliese yo, me los encontraría de frente, sin escapatoria.

Se lo comenté al acabar la clase de meditación.

—Vas por el buen camino, Alba.

Fue lo único que me dijo. Por supuesto, no tenía nada que ver con mis preguntas implícitas. Quizá ella tampoco tenía respuestas válidas. Entonces, ¿a quién debía acudir?

—Todas las respuestas están aquí dentro —contestó señalando mi corazón.

—Ya.

—Vuelve a visitarnos. Estás haciéndolo muy bien.

Nunca volví, por mucho que María Adelaida se esforzara en recordarme que la vida era un camino de vuelta.

La mañana del tercer día cogí mi maleta, mi teléfono y me subí en el coche que me había enviado Loreto antes de que alguien pudiera retenerme ahí por más tiempo. Solo me despedí de Brigitte y le di mi teléfono por si alguna vez se sentía sola en Madrid y necesitaba hablar con alguien.

—Sentirse solo es muy normal, Alba. En nuestra cabeza lo estamos las veinticuatro horas del día. Ahí no hay nadie más que nosotros.

Nunca me había parado a verlo de ese modo. Me pasaba el tiempo pensando en los demás y eso me hacía creer que estaba acompañada y que se encontraban, por lo general, muy cerca de mí. Tal vez no fuese así.

—Date el gusto de sentirte sola cuando lo desees. No deja de ser un regalo el poder estar a gusto en soledad.

Le sonreí.

—Sí que ha aprendido cosas en los retiros.

Me dio un codazo.

—Eso solo lo aprendes del dolor, no hay nadie que pueda enseñarte a escucharte cuando estás triste.

Capítulo 9

A perdonar se aprende. Llevaba repitiéndomelo desde que había regresado a casa.

Mi flora intestinal seguía sufriendo los males de la avena, de los cuatro kiwis mañaneros y de aquel té que olía a cuadra de caballos. Mi madre no hacía más que repetirme que había vuelto con peor cara y que necesitaría un buen tratamiento para la piel si quería volver a parecer humana.

Mamá seguía enseñándome algunos de los peinados que quería hacerse para las bodas de perla. Yo intentaba escucharla, sin embargo, estaba ausente. Tenía la cabeza llena de pájaros, como si fuese incapaz de dejar a un lado las pequeñas cosas que me herían. Supongo que nadie sabe cómo deshacerse de ellas, de lo contrario, siempre estaríamos felices.

A perdonar se aprendía, pero yo no lo había hecho. Dos días en la sierra vestida de blanco y colocando la pierna detrás de la cabeza no iba a hacer que mi vida, de repente, se ordenara como los armarios de Marie Kondo. No obstante, comprendí que, aunque no había dado nombre a todas mis emociones, a lo mejor Julia sí que lo había hecho. Nadie tiene el poder de medir el tiempo que tardamos en dejar de sentir.

Era sábado cuando regresé y ella no trabajaba, así que me pareció un buen momento para contestar a esos mensajes en persona. Si había posibilidades de que se produjera un malentendido, prefería que fuese cara a cara, con un chocolate caliente o un vino. Fue lo segundo.

—Estás enfadada —me dijo cuando ya llevábamos un rato sentadas casi en silencio.

Negué con la cabeza.

—Para nada. Te lo prometo.

—¿Pero?

El flequillo pelirrojo le tapó los ojos.

—Julia, eres mi amiga, igual que Eli, y eso no lo va a cambiar que aceptéis esa invitación, de verdad. Lamento que hayáis podido pensar que necesitabais mi aprobación, porque no es así.

—¿Pero? —insistió.

—Pero yo no quiero saberlo. No quiero escuchar comentarios, ni leer mensajes, ni captar insinuaciones. Solo quiero olvidar. Seguir con mi vida.

Si es que aún me quedaba una.

Le di un buen trago al vino.

—¿Pido mucho?

—En realidad no —me aseguró—. Pensaba que no volverías a hablarme nunca.

Me dolió un poco que hubiera considerado siquiera que era esa clase de persona. Antes de Blas y Luna, nunca había apartado de mi lado a quienes me importaban. Protegía a la gente que quería de ese modo tan salvaje en el que solo lo hacen ciertos animales. No obstante, una cosa era querer y otra ser estúpida y aguantar un dolor tan grande como el que me supondría verlos juntos. No era tan abierta de mente. Solo era Alba, con mis tiempos, con mis pequeños temores.

Le tomé la mano entre las mías y le sonreí.

—Ahora que hemos aclarado esto, ¿podemos hablar de que el karma me odia?

Julia tenía una risa cantarina que me alegró al momento. Tal vez estábamos hechas de materiales distintos que soportaban mejor o peor las heridas; que olvidaban antes o después; que tenían o no la capacidad de resurgir de los pedazos en los que se habían quebrado.

Regresé a casa con ganas de tirarme en el sofá y comer palomitas toda la tarde. Mi madre, que en esos momentos era la dueña de mi existencia, no opinaba lo mismo. El único momento en el que respetaba mi espacio vital era cuando le decía que tenía que trabajar y me sentaba frente al enorme escritorio que tenía en el salón. El resto de ratos libres debía estar a su entera disposición para ayudarla con los últimos preparativos.

Alba, no estoy segura de las flores.

Yo desnuda en la ducha.

Alba, ¿qué te parece este pintalabios?

Tres de la mañana. Yo durmiendo en el sofá.

Alba, ¿estos tacones o estos otros?

Yo intentando tener dos minutos para vivir.

Esa tarde de sábado no fue menos.

—Vámonos. Quiero comprarme algunas cosas para el viaje con tu padre.

En boca de mi madre, ir de compras suponía una tortura propia de Sísifo. Yo tendía más a comprar *online*, pero ella prefería hacerlo a la antigua usanza; eso suponía horas de ir de una tienda a otra, probarse mil conjuntos y pedir mi opinión sobre cada uno de ellos, pese a que después rechazaba todas las prendas que a mí me gustaban.

—¿Por qué no vas con alguna amiga?

—Porque puedo ir con mi hija.

Y ya no hubo más que hablar.

Todo lo que hubo entre salir de casa y esperarla delante de treinta probadores merece pasar a un segundo plano. Si pensaba que mi día no iba a empeorar, cambié de parecer cuando, después de fulminar la tarjeta de mi madre, coincidimos con Martín en un café del centro comercial. Fue ella la que lo reconoció, incluso entre toda aquella multitud.

—¡Alba! ¿¡Qué tal el retiro!?! —me preguntó con mucho entusiasmo, el muy idiota. Sabía cómo me había ido porque la noche anterior le había enviado un mensaje contestando a aquella misma pregunta.

—De maravilla.

—Martín, ¿te importa si nos sentamos contigo?

—Mamá, habrá quedado o...

—No, claro que no. Sentaos, por favor.

Ahí que fue mi madre la primera, a hacerse un hueco junto a mi compañero. Buscaba dejarme en ridículo, o quizá no. Tal vez solo quería encontrar anécdotas divertidas con las que entretener a aquel hombre de casi metro noventa que no hacía más que sonreírle y seguirle la corriente. Desde la vez que me oriné encima en la montaña rusa a los diez años, pasando por cuando vomité sobre mi propia tarta de cumpleaños a los diecisiete. Todo escatológico, el tema favorito de Nieves, no por nada estaba rodeada de niños de tres años. Era su día a día.

—¿Y cómo es trabajar con Alba?

—Llevamos poco tiempo, pero es muy organizada y me ayuda mucho.

Mi madre, encantada de la vida, decía que sí a todo. La tenía cautivada. Por un segundo pensé que dejaría colgado a mi padre en las bodas de perla y desaparecería con Martín rumbo a Filipinas.

—¿Y eres de Madrid?

Yo también había querido preguntarle algunas cosas personales, sin embargo, no había tenido la determinación que ella demostraba. A partir de esa pregunta, no calló un segundo.

—Nací aquí, pero viví pocos años en la ciudad, solo los del Bachillerato. Solíamos viajar mucho.

—¿Tus padres viven aquí?

Martín negó con la cabeza y le dio un sorbo al café.

—Los echarás de menos, ¿verdad?

—Todos los días, sí. Además, no conozco a mucha gente, así que... Tengo a mi tía y a algún amigo que conservo de la época del instituto. Y a Alba, claro, que es la mejor compañera de trabajo.

Me dio un vuelco el corazón. Menos mal que no duró mucho, porque me habría costado volver a respirar con normalidad. ¿A qué venía aquella reacción tan poco racional? Debía de ser el cansancio.

—Pobre.

Él se limitó a encogerse de hombros. No había pensado que Martín estuviera o se sintiera solo. No era el perfil de persona que se aislara. Parecía, más bien, todo lo contrario.

Entonces, mamá abrió los ojos como platos y dio una palmada. Después, una sonrisa amplísima se apoderó de su cara y yo me imaginé lo peor.

—¡Pues claro! —dijo—. Tienes que venir a la fiesta.

Ay, Diosito.

Él permaneció dubitativo un instante, hasta que mi madre le aclaró a qué se refería. Entonces, ni corto ni perezoso, sin dudar, sin preguntarme siquiera con la mirada, dijo que sí, que iría. Quería gritarle que compartir una sopa no nos convertía en amigos. No hubiese servido de nada, ahora él y mi madre parecían conocerse de siempre y caerse de maravilla.

Cuando volví a concentrarme en lo que decían, me di cuenta de que habían entablado una conversación muy casual sobre los compromisos, las parejas y las bodas. Como la había iniciado mi madre, sabía que no podía ser a raíz del compromiso de Blas y Luna, así que me relajé un poco.

—Y llevamos treinta años casados, ¿no es una locura?

—A mí me parece que sí. Mi relación más larga creo que duró medio año.

Mamá pestañeó varias veces. Yo también. Por algún motivo, en mi familia lo de las relaciones formales y duraderas era un gen hereditario. No estábamos hechos para líos y amantes, de hecho, no había tenido uno en mi vida. Antes fue Blas, durante seis años; cuando acabamos, no salí con nadie. Bien mirado, era triste.

—¿Es que no te has enamorado nunca?

—No, ni quiero. —Hizo un aspaviento con la cabeza.

Mi progenitora era la persona más romántica que había conocido en toda mi vida, así que ya imaginaréis la cara de póker que se le quedó tras esa rotunda negación a amar. Pensé que sacaría un pañuelo desechable y lloraría en silencio por la triste noticia. Eso o que intentaría a toda costa convencer a Martín de que encontrar a la persona perfecta te podía hacer sentir tan feliz como ella lo había sido y seguía siendo con mi padre.

No hizo nada de eso. A Nieves le gustaba sorprenderme.

—Todos tenemos nuestros motivos para alejarnos del amor.

Pam. Pero si lo primero que me había dicho tras mi ruptura con Blas era que eso no podía frenarme para vivir con intensidad y seguir creyendo que había una persona a la que estaba destinada a querer. ¿Qué le había pasado a mi madre? Estaba a punto de pasarle un papelito por debajo de la mesa donde pondría: *Si te están amenazando de muerte, pestañea cinco veces.*

Sentí un vacío en el estómago, así que me pedí un donut. Solo algo dulce podía arreglar que las cosas fuesen al revés de lo que debían.

Estaba a punto de darle un bocado cuando el *flash* del móvil de Martín me cegó.

—Deja de hacerme fotos —me quejé—. ¿Qué te dije el otro día? Me vas a buscar un lío en el trabajo si vuelves a publicar algo.

Mi madre, defensora de las causas perdidas, arremetió:

—Me encantó esa foto. Estabas preciosa. Es que me cabreó muchísimo cuando Alba me dijo que no iban a poner su foto en el consultorio. Contratan a una modelo sueca cuando... —estiró el brazo por encima de la mesa y me cogió la cara con la mano. Tenía la boca llena de donut— mi niña tiene esta carita. Con esos ojos azules tan grandes, y ese pelo tan bonito que ha heredado de su padre, y esa sonrisa. No, es que sigo sin comprenderlo.

—Yo tampoco —afirmó Martín, supongo que, para quedar bien, eso sí, sus ojos no se apartaron de los míos en ningún momento tras hacer ese comentario.

—¡Tú sube sus fotos!

—¡Mamá, no!

Hicieron caso omiso. Siguieron hablando de mí como si no estuviera presente.

Nos despedimos media hora más tarde. Ellos se habían convertido en aliados, no tenía pruebas ni tampoco dudas. Se habían unido para decidir que lo mejor era seguir subiendo mis fotos a Twitter. No conocían a Loreto tan bien como yo, y la que acabaría de patitas en la calle con un ficus robado de algún escritorio entre las manos sería yo.

—Me cae bien ese chico —me dijo mi señora madre cuando llegamos al piso—. Parece buena persona.

Rumié algo, pero no llegué a afirmarlo ni desmentirlo.

—Deberías ser su amiga.

—Ya soy su compañera.

Entramos en el baño a la vez y empezamos a desmaquillarnos igual que harían dos autómatas. Cuando vivía en casa, solíamos repetir esa acción junto a mi hermana. Papá nos miraba desde la puerta del aseo y siempre decía: «Aquí están mis chicas». Ahora debía de estar en la gloria, yendo en calzoncillos por ahí, mientras veía *Página dos* y se bebía el mejor vino de la bodeguita que se había montado en el sótano.

—Tengo muchas ganas de ver a tu padre —aseguró mamá.

Se tiró en la cama, bocabajo, con la cabeza hundida en la almohada. Me recordó a mí de adolescente, muy dramática.

Me tumbé a su lado y le acaricié el pelo.

—¿Por qué hacéis esto?

—Porque nos queremos.

Contundente, sin dudas. Era cierto. Nunca había visto una pareja tan bien avenida como lo eran ellos. De esas que se cuentan los miedos en voz alta y los acallan en un abrazo. En un beso iban a morir todas las inseguridades y a resucitar los recuerdos. Cuando conocí a Blas pensé que nosotros también seríamos así. Acabamos siendo todo lo contrario porque él quiso, pese a ello, mucho tiempo después de dejarlo creí que yo había sido la culpable, la que no lo había sabido querer como él deseaba.

—Alba.

Abrí los ojos. No me había dado cuenta de que estaba llorando.

—No es nada. —Sonreí.

Mi madre me abrazó en la semioscuridad del dormitorio, sin decir nada. Debió de imaginarse cuál era la razón de mis lágrimas. Odiaba tener que sentir de nuevo ese vacío que había podido ignorar hasta que había recibido el correo electrónico de Luna. Definitivamente, las palabras son un arma poderosísima, pueden derribarte con la misma fuerza de un puñetazo, solo que, en ocasiones, hacen tanto daño que eres incapaz de volver a ponerte en pie. Yo lo había conseguido, por eso mismo no iba a dejar que pusieran mi vida del revés una vez más.

—Voy a trabajar un poco, ¿vale?

Asintió con una sombra de preocupación que no me gustaba verle en los ojos.

Cerré la puerta de la habitación al salir y respiré hondo. Quedarme despierta contestando correos de *Miss Venus* siempre era una buena escapatoria del dolor propio, camuflado en el ajeno. Es increíble lo sensatos, determinados y fuertes que podemos ser cuando se trata de ayudar a los demás y qué estúpidos al tratar de echarnos una mano a nosotros mismos.

Antes de encender el ordenador, le eché un vistazo al móvil. Mis amigas habían llenado el chat de WhatsApp contando las peripecias en la cama del último ligue de Eli que, según ella, apuntaba maneras para convertirse en un novio oficial. Lo leí después, porque no pude resistirme a abrir el mensaje de Martín:

Ya me dirás si la celebración de tus padres es una fiesta temática o hay que ir de etiqueta.

O sea, que iba a venir. Pero ¿por qué saberlo me había arrancado una sonrisa?

¿Tiene mi madre pinta de fiesta temática? Ve eligiendo pajarita.

Salí del chat y eché un vistazo a Twitter. Había estado inspirada aquel día. La gente había comentado mucho. Incluso Loreto se había animado a

hacerlo desde su cuenta de la revista. Pero, antes de ver las notificaciones, mi cara apareció en primera plana. ¡Maldito Martín!

@mistererosconsultas: A mi compañera la avena no la ha convencido demasiado. Pronto sabréis por qué. #FreeTheDonut

Por lo menos hacía referencia a mi reportaje del miércoles. Aunque eso no me hacía perdonarle la foto. No había llegado a echarles un vistazo a los comentarios de la foto anterior que había colgado, a excepción de los que él me había leído, sin embargo, esta vez me pudo la curiosidad:

@srtaquisquillosa: ¡Le sacas más fotos a Alba que a Venus! Queremos veros juntos, ¡sois tan guapos!

@MartilikiSer: ¡Eso! Que los dioses de la revista se junten.

@PequeñaCotilla: Alba es monísima, la verdad, ¡parece supercuqui! Pero Venus es una #queen. ¡Subid fotos los dos!

Y como esos, setecientos. ¿Y qué debería haber esperado? Eso era lo que más temía: las comparaciones. Darme cuenta de que no importaba cuánto tiempo pudiera pasar, la imagen de aquella sección siempre sería la preciosa modelo sueca que habían escogido en su día.

Busqué en mi móvil una de las cien fotos que me había pasado «Gunilla» aquella semana. Escogí aquella que me pareció más bonita: un selfi junto a un ordenador. Iba sin maquillar y tenía una piel de ensueño. Es que tenían razón, era una belleza y no había nada más que decir al respecto.

@missvenusconsejos: ¡Por aquí no nos vamos a dormir aún! Me apetece leerlos un rato.

Me metí en el correo, pero me quedé un buen rato con los dedos suspendidos sobre las teclas, sin hacer nada. Esperaba que en ese instante de silencio me llegase alguna revelación y al día siguiente la vida me sonriera más. No hubo suerte, solo me rugieron las tripas, así que me hice un sándwich y escogí algunas consultas a Venus al azar.

El móvil vibró sobre el escritorio.

No he llevado pajarita nunca. Pero haré un esfuerzo.

Yo también haría un esfuerzo por ignorar lo mal que me había sentido después de leer los tuits y lo rara que me veía en el espejo que tenía enfrente.

Sí, las palabras son devastadoras.

OceanofPDF.com

MARTÍN

No había vuelto a pensar en el amor hasta que Nieves me hizo aquella pregunta.

¿Estar enamorado? Debía de estar reservado para unos pocos afortunados que habían encontrado a una persona lo bastante especial como para verse reflejados en ella de un modo casi sublime. Teniendo en cuenta lo mucho que había sufrido la gente que conocía por la persona equivocada y porque no tenía muy claro si merecía que me quisieran, acabé desechando por completo la posibilidad de plantearme siquiera que esta chica o aquella otra pudiera llegar a formar parte de mi vida. La soledad juega otras cartas, con las que también te hace daño, pero la diferencia fundamental con el amor es que nunca la echas de menos.

Supongo que algunos están hechos de amor y otros lo estamos de guerra, una interior que no se acaba nunca y de la que no podemos deshacernos por más que nos quieran; por más que intenten salvarnos.

—Eres deprimente, ahí sentado con tus recuerdos.

—Habló —contesté—, por lo menos a mí los recuerdos me acompañan, pero tú avasallas a los tuyos de tanto que los buscas. Si soy deprimente, tú también.

—Vale, vale. Tampoco te pongas así.

—¿Y bien? ¿Me vas a decir por qué era tan urgente vernos?

—¿No puedo ver a mi amigo sin que tenga que pasar algo?

—¿No pasa nada entonces?

Sandro me miró como si estuviera perdiendo el tiempo en que un idiota como yo comprendiera qué es lo que le sucedía.

—Mira, no puedo dejar que vayas solo del trabajo a casa y vuelta. Te vas a volver loco —aseguró. Dio un golpe en la mesa que me hizo sonreír,

porque él era todo lo contrario a lo agresivo—. Por eso me estoy encargando de cuidar de ti.

—En el trabajo me lo paso bien.

Por ella, susurró una voz en mi cabeza.

—Y no tienes que cuidar de mí, soy ya mayor, ¿no te parece?

Mi amigo negó con la cabeza, muy concentrado.

—Nadie es lo bastante mayor como para no dejar que lo cuiden, ¿sabes?

Le di vueltas a la cucharilla en la taza de café.

—Quizá tengas razón.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Martín me trajo café el lunes en una taza. Me dijo que era de la máquina, pero en un recipiente de persona normal, no en esos vasos de plástico que te achicharraban los dedos.

—¿Con qué estás?

Le conté que había recibido un correo muy interesante de una mujer de cuarenta años que había comenzado unos meses atrás una aventura con un chico al que le sacaba dos décadas y que habían acabado enamorándose. Ahora temía hacerlo público por lo que pudieran decir de ellos sus familiares y amigos.

—Si fuese la situación contraria y él fuera el mayor, jamás te habría llegado ese correo —dijo Martín—. Somos unos hipócritas.

—¿Crees que puedo poner eso?

Llevaba con el cursor parpadeando quince minutos, no sabía cómo poner lo que pensaba sin mandar a la mierda todos los estigmas que había sobre las mujeres con parejas mucho más jóvenes que ellas.

—Ponle: «Sé feliz y que les jodan a los demás».

Me reí, porque no podía haberle escrito eso ni aunque no lo hubiéramos publicado. Me cortarían el cuello en la redacción. Había escogido ese correo electrónico en concreto para publicarlo en la edición impresa, creía que podría servir para algo si lo enfocaba desde el punto de vista correcto.

—¿Tú has estado alguna vez con un hombre mayor que tú? —me preguntó mi compañero.

Blas solo me sacaba dos años, y había sido el único novio y amante que había tenido, así que la respuesta era un no rotundo. A él mi silencio debió de parecerle algo así como echarle un vistazo a mi lista de relaciones.

—No, nunca. ¿Tú?

—En la universidad salí con una profesora un tiempo.

—Buscando el aprobado, ¿eh? —me jacté.

—Para eso me valgo de esto. —Se tocó la cabeza con el dedo índice—. Salí con ella porque me ponía. Supongo que era la erótica del poder.

Me sonrojé un poco.

Él arqueó una ceja, divertido. Agradecí que no hiciera ningún comentario sobre el rubor de mis mejillas. Siempre me había costado muchísimo hablar de sexo, era una de las cosas que más gracia le hacían a Blas. En los seis años que estuvimos juntos, no llegué a expresar lo que pensaba, deseaba o me excitaba sin ponerme nerviosa.

—¿Quieres que lo escriba yo? —se ofreció.

—No, no. Me gustaría escribirlo, aunque no sé cómo hacerlo y ser políticamente correcta al mismo tiempo.

—Ya. Supongo que depende de cómo lo enfoques.

Mientras tecleaba, me contaba cuáles eran sus apuestas sobre quién creía que tenía una vida más activa en la oficina. Yo no tenía ni idea, porque era malísima para hacer suposiciones de ese tipo, pero a él se le daba bastante bien, así que me reí como hacía tiempo que no lo hacía y, cuando quise darme cuenta, ya había escrito la respuesta:

La edad es un número. No hay ninguna regla escrita sobre cómo se llega a producir el cosquilleo en el estómago, las confidencias en la cama o la complicidad emocional. Sin embargo, todos nos creemos con derecho a opinar sobre los sentimientos de los demás: «se equivocan», «están cometiendo un error», «es una locura», «esa relación está abocada al fracaso». En este caso, tenemos dos opciones: callar o luchar, pero, tarde o temprano, las dos acaban cansándonos, nos hacen daño. Callar es no defender lo que sientes; luchar es hacerlo con uñas y dientes, aunque desgaste. Siempre es luchar, al final ganas algo, tú, la pareja. No puedo decirte qué hacer, solo aconsejarte que sea tu corazón el que decida por ti, al fin y al cabo, es el que tiene todas las respuestas. ¡Arriésgate!

Martín se había ido al aseo hacía un buen rato, no me había dado cuenta de que había vuelto y leía en silencio lo que había escrito. Tenía una expresión sombría en el rostro cuando me giré.

—¿Tan mal está?

A mí me gustaba, pero una segunda opinión objetiva nunca venía mal para aquellas cosas, aunque al final acabara siendo fiel a mí misma, a mi estilo y a mi voz.

—No, está muy bien. Es que me ha recordado a mi padre. De adolescente solía decírmelo mucho: o callas o luchas.

—¿En el amor?

Martín no me miraba, seguía con los ojos puestos en la pantalla cuando contestó:

—En el dolor.

Giré la silla y me quedé sentada frente a él.

—¿Por qué te diría algo así?

Entonces él salió de su recuerdo y fijó sus ojos en los míos.

—Porque tenía problemas en la escuela. Me gustaba aprender, y eso era un problema. Me gustaba estar solo, y eso era un problema. Me gustaban cosas que a los demás no, y eso era un problema.

Tragué saliva al ver cómo apretaba los puños.

—¿Te acosaron?

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa que desapareció al instante. Solo había sido un espasmo nervioso, de esos que nacen en la tristeza y te recuerdan que habitan bajo la piel, que son cicatrices que solo cierran en la superficie, pero siguen latentes por y para siempre.

—¿Te molesta si no hablamos de ello?

Negué con la cabeza. ¿Quién era yo para insistir y no respetar su espacio? No éramos amigos, pese a la insistencia de mi madre en que deberíamos serlo, así que no podía colarme en su pasado a golpe de preguntas para las que él podía tener respuestas que me dejarían fuera de juego.

—Yo también creo que hay que luchar —susurró al cabo de un rato.

No dije nada. Sentí que los músculos de todo mi cuerpo cedían a su voz y me relajaba tras haber estado varios minutos en tensión. Tras lo que mostramos a los demás estamos nosotros, que no somos otra cosa que una máscara de sonrisas.

A la hora de comer me levanté de la silla, cogí el abrigo y le dije:

—¿Sopa?

Él sonrió con un atisbo de melancolía que me clavó en el suelo.

—Claro.

Fuimos dando un paseo. El silencio de las dos últimas horas nos había ayudado a adelantar mucho trabajo, así que podíamos permitirnos un descanso más largo. No hablamos de gran cosa, solo caminamos uno al lado del otro, con las manos en los bolsillos. Chocábamos al girar una esquina, al detenernos en un semáforo, y el contacto era agradable. Notar la ligera presión en el antebrazo me hizo sentir menos sola. Pero ¿es que me había sentido sola hasta entonces? ¿Por qué? Si tenía a mi familia y a mis amigas y una buena relación con mis compañeros de trabajo.

Estábamos a dos calles del restaurante chino cuando encontré la respuesta frente a mí: dos grandes ojos ambarinos me miraban. La boca carnosa semiabierta, las pecas cubriéndole la piel blanquecina, el pelo ondulado cayéndole por los hombros, sobre un abrigo blanco que resaltaba su negro natural.

—Alba.

Dos sílabas y me faltó el aire. No, no, no. Lo había logrado durante todo ese tiempo. Había esquivado la bala de volver a encontrármela. No había visitado ninguno de los restaurantes ni locales a los que solíamos ir; no pasaba por su barrio; a duras penas salía de mi casa si no era necesario con tal de no toparme con ella.

Dio tres pasos al frente. Estaba igual de guapa que siempre, aunque la veía cansada y algo triste. ¿Y por qué me importaba? Supongo que porque Luna había sido como mi hermana y ahora solo era un espejismo lleno de ráfagas de imágenes muy dolorosas. Inaguantables.

No supe qué decir. No quería que pensara que un saludo era una invitación a hablar, a preguntarnos como dos extrañas qué tal estábamos, a que sacara a colación el tema de la boda, a que insistiera, a que llorara. Era su forma de extorsionar mis sentimientos y no podía permitírselo esa vez.

Martín no se movía. Sus ojos iban de ella a mí.

Eché a andar y Luna sonrió, pensando, tal vez, que me acercaba a ella, pero cuando nos separaba un metro, la esquivé y seguí caminando hacia delante. Martín me siguió dando dos grandes zancadas.

—¡Alba! —me llamó ella—. Alba, por favor.

No volví la vista atrás. Escondí de nuevo las manos en los bolsillos para que nadie me viera temblar como lo estaba haciendo, y me mordí el interior de las mejillas para evitar llorar a lágrima viva, otra vez, en medio de la calle.

Martín no dijo nada hasta que no estuvimos frente a la sopa del señor Wang, que se había convertido en una de mis personas favoritas en el mundo. Debió de ver mi cara de querer morir, porque me trajo un té de jazmín riquísimo y me contó un chiste que no entendí y que supuse que era una traducción literal del chino.

—¿Quieres hablar?

—¿Necesitas que te responda?

Él suspiró sin disimulo.

—Oye, de verdad que sé escuchar.

Me latía el corazón a mil por hora. Creía que se me iba a salir del pecho.

—Es una historia larga, pero que te puedo resumir en un par de frases.

Habíamos dejado de comer, solo estábamos ahí, nosotros solos con aquella melodía eterna de agua de cascada e instrumentos de percusión.

—Cuéntame la versión que quieras —dijo.

Mi círculo de amigos era muy cerrado, me di cuenta en aquel momento, cuando intenté recordar cuánta gente sabía aquella parte de mi vida. Eran pocos. Eli y Julia, por supuesto. Mi hermana, siempre. Mis padres. Había pensado que mi padre acabaría matando a Blas. Nadie más. Círculo pequeño. Quizá podía dejar entrar a Martín.

—Era Luna.

—La chica de la invitación de boda.

—Y una de mis mejores amigas.

Vi que se movía en la silla, inquieto.

—En realidad ya no somos nada. La pareja que tuve durante más de seis años me engañó con ella durante bastante tiempo, y ahora se van a casar.

Crucé los dedos de las manos sobre la mesa y me encogí de hombros.

—Y no contenta con ello, me invita a la boda, como si fuésemos a fumarnos la pipa de la paz cuando me mintió a la cara y entre los dos me hicieron pasar el momento más difícil de mi vida. No por los cuernos —aclaré—, sino porque tenía que aprender a vivir sin ninguno de los dos para siempre. Y aquí estamos, dos años después, hablando de lo mismo. No hay manera de hacerlo desaparecer.

«No llores, no llores».

No lloré. Quizá me había quedado sin lágrimas. Las había agotado de tanto usarlas.

Pensé que Martín no diría nada, ya que perdí la cuenta del tiempo que estuvo en silencio. Me hubiera encantado estar en su cabeza, saber qué pensaba al respecto.

—Las personas no desaparecen, Alba. Y menos aún si han significado mucho para nosotros. Solo las escondemos. Sabes que están en algún lugar, viviendo sus vidas, pero mientras no las veamos no existen.

—Hasta que deciden que vivir sus vidas no es suficiente y quieren volver a la tuya.

—Exacto. —Carraspeó—. ¿Todavía le quieres?

Puse los ojos en blanco porque, tras lo que le acababa de contar, ¿cómo podía suponer algo así?

—Pues claro que no, solo que quizá mis amigas tenían razón y debí haber probado a buscar algún clavo que me hiciera más llevadera la ruptura. No creo mucho en esas cosas, la verdad. Soy más de llevar el luto.

Martín frunció el ceño.

—¿No has salido con nadie desde que lo dejasteis?

—¿Qué? —Me salió agudo y largo—. Pues claro que sí.

Él puso cara de no crearme.

—Salí con el de las velas.

—¡Alba! Pero si eso fue hace unas pocas semanas. Y ni siquiera puede llamársele salir, tuve que ir a rescatarte.

Yo ya no sabía qué decir. Si me arriesgaba a intentar explicarme tendría que acabar diciéndole que Blas había sido el único hombre de mi vida. No me avergonzaba de ello, no, aunque también me dolía haber querido a alguien que no me había amado del mismo modo sincero.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Ya te he dicho que soy más de llevar el luto.

—¿Pues sabes qué te quedaría mejor? —preguntó en voz baja, muy serio. Yo esperé a que contestara—. Quitarte el luto y colocar esas preciosas piernas tuyas sobre los hombros de alguien.

¿Que si se me cayó el té encima? Sí. Lo derramé con manos temblorosas. En ese momento no supe si secarme el jersey, contestarle, esconderme en el baño, coger aire o meter la cara en la sopa. Con suerte me ahogaría con una seta.

Me pasó varias servilletas que fueron absorbiendo el té.

—¿He franqueado la delgada barrera de nuestra confianza? —preguntó irónico.

—Un poco.

—¿Cuando te he dicho lo de las piernas preciosas o cuando he insinuado que deberías follar?

—¡Martín! —grité.

—¿Qué? Solo quiero saber dónde están los límites.

Levanté el dedo índice y lo señalé amenazadora. Si le repetía por enésima vez que no éramos amigos, le daría igual y seguiría insistiendo. Sacaría el tema al día siguiente o al otro. Al final, no podría escapar de esa conversación. Martín era insistente cuando quería.

—¿Qué quieres que haga? Soy tímida y no se me da bien ligar.

Apoyó la barbilla sobre su mano y me contempló.

—Tampoco tendrías que esforzarte demasiado, eres guapa.

Me sonrojé casi al momento. Me hizo pensar que, pese a que no hubiese dicho «muy guapa» o «preciosa» por la tranquilidad con la que lo había soltado y su mirada, fija en mí, pensaba de verdad que lo era. No se trataba de un cumplido vacío.

—Oye, no me des consejos de amor, que tú eres un negacionista.

—Puedes salir con alguien sin querer a esa persona, ¿no?

Bebí el resto del té mientras pensaba qué contestar para no parecer una antigua y, al mismo tiempo, seguir siendo yo la que hablaba y no una versión de mí que no podría existir por mucho que me esforzase.

—Depende de la persona.

—Supongo que sí. Pero que siempre sea tu elección. Que sepas que mereces que te quieran.

Levanté la mirada del vaso de cerámica.

—¿Y tú?

Se rascó el cuello y me percaté de que se le iluminaba el rostro al ver aparecer al señor Wang con la comida. Entabló una corta conversación con él, una mezcla de español y chino, y para cuando este volvió a la cocina, cambió de tema y no llegó a contestarme si pensaba que él también se merecía que lo quisieran.

Puede que la respuesta fuera demasiado evidente como para ignorarla.

Capítulo 11

@missvenusconsultas: La elíptica del gimnasio es una forma moderna de muerte lenta. Probadlo.

Loreto me intrigaba. Había días que no sabía si de verdad me tenía cierto aprecio o buscaba que dimitiera. No le había dado razones para que quisiera echarme a la calle, pero enviarme a hacer aquella entrevista me había parecido otra venganza.

Me había pasado toda la mañana corriendo detrás de una modelo internacional para poder hacerle las preguntas. Y cuando digo corriendo, no, ya os digo que no se trata de algo metafórico. Había considerado oportuno que le hiciera las preguntas en el gimnasio, así que había estado corriendo en la cinta como una loca, porque así podía entender mejor la dificultad de mantener su silueta.

El reportaje que había hecho del retiro había resultado todo un éxito en la red, quizá había sido por el tono en el que había contado mi experiencia. Por eso, Loreto me había vuelto a dar un espacio en la revista, lo que suponía regresar al ruedo.

—Ha sido un placer, Alba —me dijo Martina Sempere cuando terminamos, sin que se le moviera ni un solo pelo de su perfecta coleta tirante. Yo parecía un gremlin—. Aunque te diré que estás en muy baja forma.

No estaba en baja forma. Hacía pilates desde que había escrito un artículo hacía dos años y natación desde pequeña, pero no corría en la cinta con inclinación de nivel doce durante una hora y media. No es que yo no tuviera fondo, es que ella era una maldita deportista de élite. De hecho, era verdad, lo había sido de adolescente.

—A lo mejor me mandan a hacer un reportaje a algún gimnasio —dije riéndome.

—Ojalá que sí.

«Pero será cabrona».

Me despedí de ella en la puerta de los vestuarios. Después de darme una ducha y cambiar las mallas por unos pantalones y un jersey, salí a la calle en busca de café y algo que comer. Sentía que había muerto varios días atrás.

Entré en una que estaba de camino al trabajo, muy chic. Todo era de color verde, en diferentes tonalidades. Parecía como si estuviera dentro del pringue del Doctor Flipper. Hice un esfuerzo por no pedir cada uno de los dulces que había en la carta. Me rugían las tripas como a un elefante.

Saqué el portátil y empecé a pasar las notas de voz. Se escuchaba tan mal que agradecí que mi memoria fuese tan buena. Y entonces, mientras trasteaba en el ordenador, ocurrió. Las coincidencias te arrollan, pese a que yo esperaba que no volvieran a hacerlo después de haberme dejado por los suelos unos días atrás. Hay golpes que parecen haber sido destinados.

Se abrió la puerta y el mundo se detuvo.

No pude moverme del sitio, me quedé petrificada. Llevaba mucho sin verlo, ni siquiera en fotografías. Ya no recordaba lo espesas que eran sus cejas negras, ni su cara recién afeitada, ni el pelo rizado, ni lo bien que le quedaba aquel jersey de cuello que le había regalado hacía mucho tiempo, en un viaje a Milán.

Buscaba una mesa y casi todas estaban ocupadas, así que me vio. Retrocedió un paso, tan asustado como yo. Por favor, que se diera la vuelta y se fuese.

Se me había secado la boca, el pulso disparado, dolor en el pecho. No sabía si estaba viendo al único hombre al que había querido o estaba sufriendo un infarto.

Blas se acercó a mi mesa. A medida que recorría la distancia que nos separaba, yo me encogía en el asiento con la esperanza de desaparecer en el último segundo. No sucedió nada, solo que él acabó frente a mí, con las manos sobre el respaldo de la silla que tenía delante.

—Hola, Alba.

Me invadió el miedo cuando lo escuché pronunciar mi nombre, pero más aún al recordar que seguía mirándome igual que lo había hecho siempre. Cómo dolía haber perdido a la persona que era capaz de detener mi tiempo.

—Hola —logré susurrar.

¿Qué nos quedaba por decirnos? La última vez yo le había gritado que lo odiaba; él se había quedado callado. En toda la separación, solo fue capaz de decirme que lo sentía, nunca verbalizó que estuviera arrepentido ni me dio ningún motivo. Ahora que estaban juntos y que se iban a casar había hallado sus razones: quería a Luna. No podía ser otra cosa.

—¿Cómo estás? ¿Cómo va el trabajo?

¿De verdad íbamos a jugar a contarnos cómo nos iba?

—Muy bien, como siempre —me limité a decir—. ¿Tú?

Dudó. Vi que se le tensaban los nudillos.

—Bien.

Me daba igual. Solo quería pedirle que me dejara sola y se fuera a otra parte, o que por lo menos no me entorpeciera el camino y me permitiera recoger mis cosas para salir de ahí de inmediato.

—Me alegra verte —añadió—. Te he escrito muchas veces, sin embargo, no...

—Mandé tus correos al *spam* —le expliqué. Esperaba que pillara la indirecta y se diese media vuelta.

—Lo imaginaba. —Una sonrisa triste le asomó a los labios.

—Tengo que seguir trabajando —dije mostrándole los auriculares.

Bajó la mirada. Lo conocía demasiado bien como para no saber que estaba nervioso y quizá algo triste. Pero a él no le había importado una mierda herirme, así que procuré que a mí también me diese igual.

—Alba, me gustaría hablar contigo. Quizá podamos tomar un café un día y...

No sé dónde halló el valor para hacer esa sugerencia ni qué estúpido pensamiento le hizo creer que accedería.

—Si es para contarme que os casáis, ya lo sé.

Palideció. Pensé que por fin se iría.

Se quedó clavado en el suelo igual que un monigote.

—Te echo de menos, Alba.

Cinco palabras pueden destrozar un corazón de acero.

—No puedes echar de menos aquello de lo que tú mismo te deshiciste.

Empecé a apagar el ordenador. No habría forma de cerrar aquella discusión sin que uno de los dos se fuera, y Blas no parecía muy por la

labor. Me asfixiaría con los recuerdos y su voz hasta que regresara a casa llorando. En ese momento solo tenía ganas de golpear algo.

—Sé que me equivoqué...

Guardé todo, dejé un billete que cubría la comanda y me levanté de la silla.

—Supéralo, Blas, o aprende a vivir con ello.

Yo lo había tenido que hacer, ya que no había sido capaz de pasar página y dejar atrás todo lo que había habido entre los dos.

—¿Acaso tú puedes?

Temí explotar delante de todas aquellas personas. Tal vez perder los papeles. Me había pasado pocas veces en mi vida, siempre había tenido temple, aunque por dentro fuese un despojo humano.

—No me dejaste otra opción.

Pasé por su lado. Me cogió de la muñeca.

—Déjame irme.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? Si tú ya te fuiste hace mucho.

Y entonces me soltó. Algo en la forma en la que me contempló me hizo saber que no estaba conforme con lo que le había dicho. Eso sí, esperaba que fuese capaz de vivir con su inconformismo sin volver a buscarme.

Salí de la cafetería a grandes zancadas, llena de dudas, de un dolor que me ahogaba. Debía respirar. Ataques de ansiedad no, y menos sola, en medio de la Gran Vía, con todo el día por delante; con toda una vida escondida en el futuro.

Tecleé un mensaje rápido mientras volvía a la redacción.

Me he encontrado con Blas. He estado a punto de matarlo. O de morir yo.

No sabía cuánto podían tardar mis amigas en contestar. Me entretuve comprando unas ensaladas y unos bocadillos para comer con Martín. Pensar en regresar a la oficina era lo único que me quitaba el nudo del pecho. Podría distraerme contestando correos, quizá incluso me reiría con algún comentario disparatado de mi compañero. No sé cómo lo hacía para estar siempre de tan buen humor.

Eli: ¡Dime que no es verdad!

Julia: ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado?

Eli: ¡Alba!

Julia: ¡Alba, contesta, joder!

No vi estos mensajes hasta que llegué al despacho. Martín se había sentado en el suelo. Comía regaliz rojo y tecleaba muy rápido, absorto en el trabajo.

—Traigo ensaladas y bocadillos —anuncié, con la bolsa en alto.

¿De dónde saqué la entereza para sonreír como si no acabara de encontrarme con la muerte? Ni idea. Pero Martín ya había sido testigo de mucho drama de mi vida personal en las últimas semanas como para contarle también mi encuentro con Blas.

—Yo he traído el postre. Hice un *brownie* anoche.

—Dime que es de marihuana.

Se ríe mientras negaba con la cabeza. Me explicó que una vez había comido uno, en Ámsterdam, y que no me recomendaba probarlo a no ser que estuviera dispuesta a ver dragones que escupían fuego toda una noche.

Martín se encargó de disponer la comida y yo aproveché su distracción para contarles a mis amigas lo ocurrido.

Eli: Pero ¿está loco?

Julia: ¿Y qué significa que te echa de menos?

Eli: Sigue siendo el mismo imbécil de siempre. Como se le ocurra volver a avasallarte así, lo mato.

Julia: Quiero participar en la conspiración de asesinato.

Yo tampoco sabía qué había querido decir con aquello de que me echaba de menos. ¿No era feliz? Pensé en Luna y en que estaban a punto de casarse. ¿Estaban tan bien juntos como querían hacer ver? Y, si no era así, ¿tendría a mí que importarme? Para mí ya no eran nada. Habían sido, y aunque hubiese tenido una máquina del tiempo para hacerlo retroceder e intentar arreglar aquello de alguna manera, no hubiese querido utilizarla, porque solo echaba en falta la mentira, la imagen que yo tenía de ellos antes de enterarme de lo que habían hecho.

—¿Estás aquí?

Martín me lanzó uno de los bocadillos desde la otra punta de la alfombra.

—Me estaba poniendo dramática aquí dentro —dije con una sonrisa mientras me daba golpecitos en la sien—. Pero no hay nada que un bocata de tortilla no pueda arreglar.

Él me observó con cierta precaución. Un temblor se apoderó de mis manos. Lo hice desaparecer tan pronto como pude. ¿Sabéis cuando estáis seguros de que alguien es capaz de leeros la mente y ya no podéis echarlo de ahí dentro por mucho que os esforcéis en empujarlo en silencio? Así me sentí los siguientes minutos, con los ojos de Martín clavados en mí.

—Voy a poner un poco de música —anuncié.

—¿Te incomoda que estemos callados?

Lo que me incomodaba era que, lo que durase el silencio, la voz en mi cabeza se volvería más fuerte y yo empequeñecería hasta dejar de poder sostener lo que fuese que me estaba taladrando el cerebro.

—Es que estoy un poco cansada hoy —comenté con la cabeza gacha.

No quería volver a hablar de Blas con él, porque parecía que ensuciaba los buenos momentos. No me apetecía nublarlos con su presencia. Los instantes con Martín me salvaban del pasado.

—Hay una canción que me encanta que empieza justo con esas palabras —dijo él.

Di una palmada y fui hacia el ordenador.

—Venga, dímela, la pongo.

—*Home*, de BTS.

Lo observé con una gran sonrisa en la cara y las cejas enarcadas.

—¿Por qué me miras así?

Negué con la cabeza y puse la canción.

—No, es que mi familia y yo somos muy seguidores del grupo, hemos llegado a ir a conciertos juntos y todo. V en *Black Swan* es la religión de mi madre.

Martín se rio a carcajadas y me contó que la suya era Suga, dejándome más sorprendida de lo que ya lo estaba. Quizá Nieves y él estaban destinados a llevarse bien, visto lo visto.

Después, la conversación se desvió hacia la música y no volvimos a hablar de por qué estaba cansada. Nos limitamos a comer y a recomendarnos música. Eso, que tan pequeño era, me alejó por completo de la cafetería y de cualquier recuerdo intrusivo que quisiera aplastarme.

Solo era; solo estaba. Y así era perfecto.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

@missvenusconsejos: Los momentos con mi familia no los cambio por nada. Aunque mi tía abuela me meta billetes de cinco euros en el escote del vestido a escondidas del resto de primos. #lalocura ¿Vuestra familia bien?

Mi sobrino corrió hacia mí en cuanto crucé la puerta del gran salón que habían reservado para la celebración, a las afueras de Madrid. Lo habían iluminado con pequeñas bombillas blancas y flores de colores muy alegres, aunque era de día y aún estábamos en invierno. Esperaba con muchas ganas el cambio de estación.

—¡Teo!

Saltó a mis brazos con todo su entusiasmo. Era tres añitos de ternura y ganas de hacer travesuras. Mi hermana Blanca venía detrás. Llevaba un vestido rojo muy bonito que ya se le había manchado de babas del bebé, Alex. Me abrazó con Teo aún colgado de mi cuello, cosa que le hizo reír como un loco.

—¿Y el peque?

—Con su padre, ahí. —Señaló una mesa al fondo. Mi cuñado Jim estaba sentado entre mis dos tías. Se moría de la risa.

—¿Eso que lleva es una camisa hawaiana? —pregunté—. A mamá le va a dar algo.

—Ya se lo ha dado. Al verlo le ha preguntado por qué la odia tanto.

No pude evitar reírme ante la ocurrencia de nuestra madre, pero es que Jim era tan *hippie* que no habría podido odiar ni aunque se lo propusiera. Estaba hecho de flores y piruletas y era un padrazo. Mi padre lo adoraba, decía que tenía el cielo ganado con su suegra y también con su mujer, porque mi hermana había nacido para dar órdenes.

—¿Puedes quedarte con Teo un rato? No me ha dado tiempo ni a maquillarme.

Mi sobrino me llenó las mejillas de besos mientras decía que sí. Conmigo la diversión estaba garantizada. Iríamos a robar algo del bufé y a jugar al escondite debajo de las mesas, aunque el vestido que llevaba no me permitiría muchos juegos. Ni los zapatos que había escogido para que mi madre estuviera feliz.

Nos perseguimos como locos entre la gente. Saludaba a mi familia de pasada. Ni rastro de mis padres, que harían su gran aparición más adelante. Todo estaba coreografiado. Primos, tíos, abuelos. Los abracé a medida que me los encontré. Esquivé las preguntas sobre Blas como pude, ya que todo eran insinuaciones y caras de tristeza, pero compensaban con halagos: «qué pelo más bonito», «me encanta el color del vestido», «qué guapa estás».

—¡Te voy a pillar, tía Alba! —gritó Teo.

Mientras corría como la gran loca que era, riéndome a carcajadas, resbalé y prometo que vi mi vida pasar por delante de mis ojos. La última instantánea era de la tarta de chocolate de dos pisos que había visto nada más cruzar el vestíbulo. Yo pensaba en comer incluso cuando atisbaba la muerte.

Dos brazos fuertes me sujetaron por la cintura y me ayudaron a incorporarme.

—La mesa de enfrente te ha visto las bragas —me susurró Martín, que debía de acabar de llegar.

—Pero si no llevo —dije horrorizada.

No estaba de broma, él debió de percatarse de ello al ver mi expresión de socorro. La tela de satén del vestido no permitía llevar ropa interior de ningún tipo. Todas hemos pasado por eso, amigas.

—¡Vaya! —exclamó.

Tenía los ojos entrecerrados y el entrecejo algo fruncido, pese a que sonreía.

—¡Te pillé! —chilló mi sobrino enganchándose a mis piernas—. ¿Tú quién eres? —le preguntó a Martín con la cabeza ladeada y los ojos llenos de curiosidad.

Se acuclilló frente a él y le tendió la mano. Teo se la estrechó con la cabeza bien alta. Tenía que recordarle a aquel extraño que acababa de entrar en su territorio que todo cuanto pudiese ver a su alrededor le pertenecía por

ser el más pequeño de la familia, a excepción de su hermano, pero no contaba porque, según Teo, todavía no sabía hablar.

—Soy Martín. ¿Y tú?

—Soy Teo.

—Mi sobrino —aclaré al ver que mi compañero me miraba como si estuviera preguntándome si el pequeño era mío—. Teo, Martín trabaja conmigo en la revista.

El niño, que era superdotado según mi hermana y un crío normal según mi cuñado, analizó la situación en silencio. Miró a Martín de arriba abajo y dio su visto bueno de la única manera en la que saben hacerlo los niños:

—¿Juegas con nosotros al pillapilla?

Martín se rio tan fuerte que Teo lo imitó alegre.

—Es el único motivo por el que he venido.

—¡Tía Alba, tú la llevas!

A mí me dolían ya los pies nivel querer arrancármelos. Solo quiero recordar un pequeño detalle: que iba en zapatillas por la vida, por lo que los tacones de aquel día eran lo peor.

Les di una ventaja de diez segundos para que echaran a correr antes de perseguirlos.

Me sorprendió que Martín no se sintiera en absoluto incómodo. Llevaba un traje color burdeos precioso, con una camisa blanca, sin corbata ni pajarita. Le sentaba tan bien que tuve que apartar los ojos de ciertas partes de su cuerpo. Una no es de hielo. Y, si lo era, me estaba derritiendo. Verlo vestido tan ceñido hizo que me diera cuenta de que era de constitución delgada, parecía mucho más fuerte cuando llevaba la cazadora o el abrigo, pero me gustaba mucho más con el traje.

«No te tiene que gustar», susurró una voz en mi cabeza.

Martín se dejó pillar primero, supongo que para tener ocasión de hablar conmigo al tiempo que seguíamos intentando encontrar a Teo, que había combinado pillapilla y escondite.

—Muchas gracias por venir. Y por jugar. Al final, no has traído pajarita, ¿eh? —señalé.

Levantamos otro mantel para ver si Teo se encontraba debajo. Solo vimos las piernas de mis abuelas, que estaban consternadas porque dos personas adultas anduvieran por ahí gateando como chiquillos. Me gustó darme cuenta de que nos daba igual a los dos lo que pudieran pensar al vernos así.

—En realidad...

Sacó dos del bolsillo de la americana.

—No sabía cuál ponerme.

Escogí la verde caqui y le ayudé a colocársela. Insinuó que había elegido esa para que fuéramos conjuntados. Yo le dije que era porque la otra me parecía horrible.

Dimos con Teo unos minutos después. Se había escondido debajo de la falda de mi tía Juana. Eso me obligó a presentarle a Martín y él, con mucha paciencia y amabilidad, contestó a algunas de sus preguntas. Se le daba tan bien la gente... Parecía calarlos a la primera. Mi tía, recién divorciada, no quería soltarlo ni para atrás. No podía culparla.

Se escuchó la canción de mis padres, era con la que aparecerían, así que cogí a Martín del brazo y lo llevé hasta la mesa en la que nos habían sentado, con mi hermana y su marido y un par de primos. Teo, sobre mi regazo, aplaudió contento al ver a sus abuelos. Mi padre era su héroe. Tenía una obsesión con él, y todos sabíamos que se debía a que le dejaba hacer lo que le daba la real gana.

Papá salió en primer lugar, guapísimo con su pelo cano. Siempre me había parecido tan fuerte, tan decidido, pero ahí sentada me daba cuenta de que no sería así todo el tiempo, y eso hizo que me emocionara. Al salir mi madre, se me cayeron las primeras lágrimas. Estaban increíbles los dos, juntos.

Martín me pasó un pañuelo por debajo de la mesa. Le sonreí para darle las gracias.

El baile fue de película. Ellos, en su burbuja de treinta años. De más, en realidad, porque antes de casarse ya llevaban ocho de noviazgo.

Aplaudimos cuando se acabó la canción y la pareja dio un pequeño discurso para darnos las gracias a los presentes. Se alegraban muchísimo de poder celebrarlo con la familia y los amigos de toda la vida. Al fin y al cabo, como dijo mi padre, su amor había crecido acompañado de todos nosotros.

—Me volvería a casar contigo todos los días de mi vida —le confesó él.

Mamá lo besó en los labios, y yo, cual idiota, me puse en pie y aplaudí. La única. Blanca carraspeó para que me sentase. Jim me imitó, después Teo, Martín y el resto de mesas. ¿Por qué no podíamos aplaudir un beso?

Aplaudimos a los políticos, pero no estaba permitido aprobar un gesto de amor en público.

Brindamos con ellos y, en cuanto dejaron los micrófonos, fui corriendo a abrazarlos. Los quería tantísimo que no podía esperar a que diesen la vuelta por las mesas como una pareja de recién casados.

—Mi chiquirritina —dijo mi padre, que me levantó del suelo. Yo recordé que no llevaba ropa interior y que el vestido era corto, así que tuve que pedirle que no me sacudiera tanto.

Mi madre miró hacia Martín y asintió satisfecha. Le susurró algo a su marido y después me plantó un beso en la frente y otro en la mejilla. Me aclaró que el pintalabios era permanente, como si a mí me importara demasiado que me hubiese dejado marca.

—¿Has visto la camisa de Jim? —me preguntó.

—Mamá, déjalo ser él mismo, es un hombre excelente.

—Coincido con la niña, Nieves. Deja al chaval.

—El chaval tiene cuarenta años, Guillermo, y se cree surfero. ¡Que vive en Madrid!

—Tiene un trabajo y cuida de su familia, que se crea lo que él quiera.

Me dijeron que querían hacerse unas fotos con los abuelos y hablar con unos amigos, así que regresé junto a los demás y dimos buena cuenta del picoteo y la comida. Teo iba pasando de regazo en regazo, comiendo de los platos de los demás lo que más le gustaba. Cuando llegó al mío, yo veía que los ojos de Martín iban de los otros comensales, con los que mantenía una conversación espontánea, a mi escote. Y vuelta a empezar. No era nada pronunciado. No lograba darme cuenta de qué era aquello que tanto le llamaba la atención, así que en el momento en el que Teo volvió con su padre, le susurré:

—¿Se te ha perdido algo en mis tetas?

Se atragantó y comenzó a toser. Se puso rojísimo. Dos lagrimones le recorrieron las mejillas. Mi primo Fer le palmeaba la espalda con sus manos grandotas. Fue recuperándose con sorbos de agua.

—Perdona —me dijo, pero no me dio mayor explicación.

Había sido pillado infraganti. Debía de sentirse avergonzado, por eso no insistí. Tenía unos pechos muy bonitos, en realidad. Era una de las partes que más me gustaban de mi cuerpo, así que me encargué de poner la espalda bien recta y lucirlos en lo que restó de día.

Después del postre, la pista de baile comenzó a llenarse de gente. Los niños eran los grandes protagonistas. Al cabo de un rato de bailotear en la silla, comenzó a sonar *Just You and I*, de Tom Walker. Me encantaba aquella canción. Me levanté de la silla dispuesta a darlo todo.

—Voy a bailar —anuncié.

Antes de que pudieran impedírmelo, estaba sola, dando vueltas sobre mí misma y cantando a pleno pulmón. Fui contoneándome hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra el pecho de Martín.

Me tendió la mano.

—¿Puedo?

Se la cogí y me hizo girar.

—Te me has escapado antes de que pudiera proponerte bailar contigo.

Pasé mi brazo alrededor de su hombro, su mano en mi cintura. Las otras dos manos juntas.

—Nunca he necesitado que nadie me saque a bailar.

Inclinó la cabeza hacia abajo, porque, aun con tacones, seguía siendo más alto que yo, y me susurró:

—No tenía ninguna duda.

Olía tan bien que recuerdo haber cerrado los ojos y haber inspirado cerca de su cuello con todo el disimulo del que pude hacer gala. Nos movíamos más lento que el compás de la canción, como si hubiéramos escuchado un acorde que le quedaba mejor a nuestros pies.

—Este vestido parece hecho para ti —dijo unos segundos después.

—Lo mismo digo de tu traje.

—No digas lo mismo. —Cuando bajaba la voz se le rompía un poco y yo noté que el vientre se me tensaba. No más champán—. Sé original. —Su mirada era una clara provocación a que le echara un piropo en condiciones.

Me mordí el labio inferior, pensando en qué podía decir sin parecer soez o una monja de clausura. No encontraba un término medio. Por suerte, Martín no contó los segundos que tardé en echar mano de mi ingenio, estaba demasiado ocupado mirándome los labios.

—¿Y bien? —preguntó al darse cuenta de que me había percatado de su desliz.

—Estaba pensando en que si solo pudieses llevar puesta una sola cosa el resto de tu vida...

—¿Sí?

—No debería ser este traje. —Cogí una de las solapas de la americana y la alisé con los dedos—. Solo lo que llevas debajo.

Pensé que se reiría, pero tal vez no había sido tan gracioso como había sonado en mi cabeza. ¡Si yo era un genio del humor! Quizá el alcohol y el sentimentalismo del día no ayudaban.

—Si nos ponemos así —me observó por encima de sus pestañas—, tú también deberías ponerte solo lo que llevas por debajo del vestido.

—Pero si no llevo nada.

—Por eso.

Estábamos tonteando con descaro y no podía permitir que pasara eso. Pero qué bien sentaba después de tanto tiempo. Y a Martín se le daba tan bien desafiarme a seguirle el juego que tuve que hacer un gran esfuerzo por mantener la cordura. No me duró demasiado.

—¿Por qué me estabas mirando antes?

—Intentaba averiguar algo.

—¿Mi talla de sujetador?

—¿Por qué me iba a interesar algo que solo me estorbaría y que acabaría quitándote?

La piel me quemaba. Siguiente nivel.

«¿No ibas a mantener esto a raya?».

Podría excusarme diciendo que era el alcohol, sin embargo, Martín no había probado gota y yo solo había bebido dos copas de champán. Éramos unos insensatos.

—¿Entonces?

—Quería saber si era cierto lo del *piercing*. Y ya he visto que sí.

El destino me salvó de tener que contestarle y defender el rubor de mi cara. Anunciaron que pondrían algunas de las canciones de *Shrek* para que los peques pudieran disfrutar, así que nos fuimos separando.

Teo me cogió de la mano y me pidió que bailarla con él *All Star*. Me quité los tacones y se los pasé a Martín.

—¿Te importa dejarlos en mi silla?

—Claro que no, Cenicienta. ¿Puedo volver después a la pista?

—Aquí te espero.

Capítulo 13

Atended a este consejo: jamás bajéis la guardia cuando creáis que todo va bien. Si alguna vez os invade esa sensación, creedme, estáis a un paso de daros cuenta de que todo, absolutamente todo, va mal.

Alerta, *spoiler*: «Gunilla» no se llamaba «Gunilla», su nombre era Hilda. ¿Que cómo lo averigüé? Bueno, fue bastante sencillo en realidad. Cuando nos estrechamos la mano en el despacho de Loreto salió a colación su verdadera identidad.

¿Que qué hacía la bellísima Hilda en España? Estaba a punto de saberlo.

—Alba, mucho placer conocerte.

Hilda hablaba español, por supuesto. Con sus errores, su acento marcado, sí, pero yo no hablaba sueco, así que no voy a entrar a corregir su gramática. Era guapa y lista.

Le sonreí tanto que debió de creer que era rara.

—Hilda ha venido por trabajo a España y ha pasado a conocernos en persona.

Ella asentía feliz. No tenía ni la más remota idea de cómo había conseguido tener el pelo tan liso, nada encrespado y con ese brillo eléctrico de raíces a puntas.

—He pensado que podríais enseñarle la ciudad —comentó Loreto.

Me hubiera gustado considerar la posibilidad de decir que no, sin embargo, cuando mi jefa insinuaba algo, debía ser interpretado como una orden. No sé por qué sigo haciendo hincapié en ello si, a estas alturas, ya os habréis dado cuenta vosotros mismos.

—He avisado a Martín, tiene que estar a punto de llegar.

Mientras mi compañero se tomaba su tiempo para hacer acto de presencia, Hilda nos deleitaba con sus aventuras de modelo. Loreto asentía

encantada. Nunca me había mirado con tanta admiración como hacía con Hilda. Por suerte, no tuve que soportar aquel despliegue de halagos mucho más porque Martín llegó casi ahogándose.

—Buenos días. Perdón. He tenido que llevar a Coco al veterinario.

¿Coco? ¿Quién era Coco? Una mascota, supuse.

Martín dio un paso al frente y le tendió la mano a Hilda cuando esta se puso de pie y se presentó. Me dio un codazo al colocarse a mi lado y yo me encogí de hombros.

—Le estaba comentando a Alba que Hilda se queda un par de días en Madrid y que no estaría de más que le diéramos una buena acogida, ¿cierto?

Ya no hubo nada más que hablar. Un momento después, estábamos bajando en el ascensor rumbo a una ruta que tuve que improvisar, dado que era la única que de verdad conocía la ciudad.

A Hilda le gustaba Martín. Lo supe media hora después, cuando enroscó su brazo alrededor del suyo y le sonrió coqueta durante el resto de la mañana. Martín era Martín, ¡pues claro que fue amable, gracioso y sorprendentemente cargante cuando soltó varios chascarrillos en sueco! El hombre de las mil lenguas no podía fallarle a Hilda. Ella rio ante su vasto acento. Vistos a dos metros de distancia, desde detrás, donde me había quedado rezagada, parecían sacados de una maldita película romántica con una banda sonora que auguraba final feliz. Yo era la cámara, que iba grabando sin perder detalle del idilio.

Fuimos al Retiro, al Planetario, a tomar un café carísimo en una cafetería elegante que Hilda había visto en Instagram y acabamos en el Prado, porque ella quería hacerse algunas fotografías, no porque le interesara lo más mínimo el tríptico de El Bosco, aunque hizo un análisis tan minucioso de él que a punto estuve de arrodillarme ante ella. ¿Había algo malo en esa chica?

En el museo me alejé un poco de ellos. Fui a ver las *Pinturas Negras* de Goya y me quedé dando vueltas por la sala junto a una pareja de ancianos que hablaba a gritos, supongo que porque no se oían el uno a la otra.

Me quedé tan embelesada cuando se hizo el silencio que perdí la noción del tiempo y Blas volvió fuerte a mi mente. Llevaba unos días sin pensar en él, sin mencionarlo ante mis amigas. Seguía temiéndole al buzón y a que en cualquier instante pudiera encontrar en él la invitación a la boda.

¿Seguía queriendo a Blas? Me había hecho demasiado daño para alcanzar a saber si bajo la fría y dura capa de hielo quedaba algo blando y cálido que llevara su nombre.

El teléfono vibró en el bolsillo. Martín me dijo que me esperaban en la salida y que, tras mucho esforzarse, había conseguido convencer a Hilda para que rompiera su dieta y aceptara comer un bocadillo de calamares. Yo estaba famélica y, por consiguiente, dispuesta a comerme el mío y el de ella si le suponía un problema.

Fuimos al bar. Yo comí a carrillos llenos; Hilda recitó un poema en sueco de Gunnar Ekelöf. Bueno, yo podría haberme puesto a hacer malabares con los saleros de las mesas, pero no quería robarle el protagonismo. Tenía que ser una buena anfitriona, por eso me limité a un sonoro «guau» cuando terminó y ella hizo una reverencia al tiempo que Martín le dedicaba un aplauso. Necesitaba tres más de esos bocadillos para que me bajaran los celos que se me habían instalado en la garganta.

—Alba siempre pone mis fotos mejores —dijo en un determinado momento, cuando yo me comía la séptima patata brava seguida.

—Sales guapísima en todas, no es difícil.

Es verdad que siempre buscaba las más bonitas. ¿Le tenía envidia a Hilda? En realidad, no mucha. Solo le había cogido un poco de manía porque la revista no me había dado la oportunidad de ser la imagen de mi sección. No tenía nada que ver con ella en concreto.

—Tú eres preciosa. No te... ¿imaginaba?

—Imaginaba, sí —le contestó Martín.

—No te imaginaba así.

No supe qué contestar. Le dediqué una sonrisa.

—¿Cómo es que hablas tan bien español? —pregunté con curiosidad, pero sobre todo porque no quería parecer antipática. Llevaba demasiado rato sin decir nada amable.

—Mi expareja es de Sevilla.

Nos contó que había vivido unos meses en España y que se había enamorado del verano, de la comida y de la gente. Pero, cuando se acabó el amor, se volvió a Suecia. Al final, todas las relaciones parecían tener fecha de caducidad, como las estaciones, que se agotan y dan paso unas a las otras y solo quedan hojas secas, el olor del mar que se guarda en la piel, la nieve que te enfría las lágrimas y una primavera marchita.

—¡Ah! —exclamó de pronto Martín—. Os voy a hacer unas fotos.

Empecé a negar con las manos, porque todavía estaba masticando. Ni caso. Hilda sacó un espejito del bolso y empezó a retocarse el maquillaje. Yo tenía unas ojeras que llegaban de Madrid a Ceuta. El pelo recogido en un moño despeinado, jersey blanco de cuello y una chaqueta XXL.

—¿Puedo?

Hilda ya me estaba echando colorete en las mejillas antes de que tuviera oportunidad de oponerme. Extrajo un par de mechones pequeños del moño y los colocó con mucha delicadeza. Después se sentó en el reposabrazos de mi silla y me pasó un brazo alrededor de los hombros. Martín estaba ya de pie, enfocándonos con la cámara de su teléfono desde todos los ángulos.

—Sonreíd un poco, ¿no? —Nos echó la bronca de forma muy graciosa, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

Al cabo de un rato, supuse que ya había conseguido lo que esperaba y que la notificación del móvil era porque nos había subido a Instagram o a Twitter. Creo que no importaban las veces que le dijera que prefería que no publicara fotos mías. Le daba igual.

Después de la comida, echamos a andar. Haríamos algunas paradas más antes de acompañar a Hilda hasta su hotel. Pasamos por La Central, porque nuestra nueva amiga quería llevarle algunos libros a su hermano, que estaba estudiando Traducción e Interpretación.

Volví a dejar que se perdieran por la librería. Se sonreían, cogían libros, comentaban. No me apetecía en absoluto, pero, sin que se dieran cuenta, les tomé un par de fotografías. Loreto estaría encantada, y los lectores también.

No sé por qué se me formó aquel nudo en la garganta.

Una cerveza, otro paseo, unas risas que se quedan atrapadas en una calle.

En la puerta del hotel, Hilda sacó un libro de la bolsa y me lo tendió. Un libro sobre galaxias y constelaciones.

—Para darte las gracias por todo. Por los comienzos nuevos.

Un abrazo fugaz que me hizo sentir mal por haberla recibido con tantos prejuicios.

—Alba, mucha suerte en el trabajo. Lo harás bien, seguro. —Quería decirle que llevaba ya tres años haciéndolo, pero supuse que era problema del idioma y de que había confundido los tiempos verbales—. Espero verte pronto, Martín. Julieta y tú venid cuando queráis. Suecia os espera.

¿Julieta?

El nombre fue un calambrazo en el pecho.

—Claro que sí. Ha sido un placer. Si vuelves, llámanos.

Se despidieron con un abrazo y pronto nos quedamos solos, en medio de la calle. Un suspiro después, estábamos escondiéndonos entre la multitud que se dirigía hacia la Gran Vía. No podía preguntarle por Julieta, aunque él sabía demasiado ya sobre mi vida personal. Sí había algo que no parecía terreno pantanoso.

—¿Quién es Coco? ¿Y está bien?

Martín sonrió de oreja a oreja. Se le había enrojecido la nariz a causa del frío. Intentaba sin mucho éxito esconder la barbilla en la bufanda, pese a que, al hablar, se volvía a descubrir.

—Es uno de mis perros. Tengo dos: Coco y Piña.

¿Quién llamaba Piña a un perro? Pues, Martín, claro.

—Y está bien. Tenían que quitarle las vendas de la pata. Se hizo daño el otro día, cuando fuimos a la montaña con Julieta.

Julieta. Otra vez. Se le iluminó la mirada.

Pues claro que tenía una persona, aunque no creyera en el amor. Él mismo lo había dicho: no hacía falta querer para salir con alguien. Me fastidió de todos modos, más aún después del tonto de la celebración de mis padres. Nos habíamos portado de manera sensata tras la fiesta. Eso sí, no mentiré, me hubiese gustado volver a perder la cabeza un rato.

—¿Tú tienes alguna mascota?

Como única respuesta una negación.

—Siempre me han gustado los perros, pero mi madre es alérgica, así que nunca tuvimos uno.

—Y ahora que vives sola, ¿qué excusa tienes?

La pregunta me pilló desprevenida.

¿Por qué no había hecho todas las cosas que quería haber llevado a cabo cuando conseguí el trabajo y me independicé? ¿A qué estaba atada?

Me encogí de hombros.

—¿Y Julieta? —Le di un codazo amistoso para no parecer una entrometida—. ¿Es alguien especial?

«Bien, Alba, eres incapaz de mantener la boca cerrada».

Enarcó las cejas, se detuvo y, en menos de dos segundos, se estaba riendo como si no hubiera nada que pudiera entristecerlo.

—Sí, muy especial. Por cierto, Hilda es un cielo de chica, ¿no? —dijo cambiando de tema. Mal asunto.

Vaya. Martín no perdía el tiempo. Julieta, Hilda, ¿la próxima sería Loreto? Tampoco me hubiese sorprendido, aunque ella solía mirarlo de una forma bastante maternal.

—La verdad es que sí —afirmé.

Eché una ojeada al libro que me había regalado. Martín se fijó en que estaba leyendo la contracubierta.

—Quizá puedas tomar un café con ella mañana, antes de que se vaya —insinuó.

Lo empujé a un lado. Se tambaleó un poco. Enseguida recuperó el equilibrio.

—Yo creo que querría tomarlo contigo, amigo mío.

Me rodeó con su brazo y me susurró:

—No es eso lo que me ha dicho Hilda, amiga mía. —Puso énfasis en las dos últimas palabras.

No pude pegar ojo en toda la noche, y no porque Martín insinuara que Hilda me había estado tirando la caña durante todo el día. No pegué ojo porque cuando llegué a casa me detuve frente al buzón. Tragué saliva en seco. La esquina dorada de un sobre asomaba en la ranura. Tuve que hacer de tripas corazón para acercarme y extraerlo.

Mi nombre estaba escrito con una caligrafía perfecta.

No pude pasar del tercer escalón. Me senté sobre las frías baldosas. Le di vueltas a la invitación entre las manos. No la abrí porque no era capaz de ver sus nombres juntos después de dos años, escritos letra a letra, en una promesa de amor en la que no estaba incluida.

Cuando me armé de valor para subir hasta mi piso, guardé el sobre en el único sitio en el que pensé que me olvidaría de mirar. Quizá se quedara ahí para siempre y los próximos inquilinos lo encontrarían desgastado, oxidado como mi corazón, que latía de una forma extraña, menos familiar, más lejana.

Lo guardé debajo de la nevera.

Me tumbé en la cama con la ropa puesta, la luz encendida, el tráfico que no se apagaba por más que la ciudad se durmiera.

No había forma de hacer retroceder el tiempo y desvestirlo de mi estúpida ceguera. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ya no era nada

para Blas? ¿Cuándo me convertí en la sombra del primer amor y dejé de ser la persona más importante para él?

La respuesta era inalcanzable. Me castigó con el silencio, como si la que hubiera hecho algo mal hubiese sido yo. Ninguna pregunta contestada, solo yo hablando, recorriendo el piso a gritos, ahogándome con mis propias palabras y las lágrimas, que se acabaron antes de lo que pensaba, pero que regresaron al marcharse él, como si no hubiera hueco para todos en el salón en el que tantas veces nos habíamos desnudado.

Y no vuelve. El tiempo jamás regresa, pero sí los jodidos momentos en los que fuiste tan feliz que no comprendes por qué se tuvieron que agotar. Porque, seamos honestos, cuando uno quiere a otra persona, desea quererla para siempre. Supongo que hay historias destinadas a ser un «para nunca» y otras a ser. Simplemente a ser, sin condiciones, ni dudas, ni despedidas en pausa, a las que pareces regresar una y otra vez.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Creo que la llaman resaca emocional; yo prefiero llamarlo: un martes de mierda. Teníamos un montón de trabajo atrasado después de habernos pasado el día anterior dando paseos por Madrid como si los correos fuesen a escribirse solos y la sección estuviera acabada por arte de birlibirloque. Estaba de mal humor y no hice más que dar órdenes toda la mañana.

Date prisa con esto.

Recuerda incluir aquello.

Revisa esto otro.

Acaba lo de antes de ayer.

*@missvenusconsejos: ¿Por qué no llega de una vez el viernes?
#esquenadiepiensaenlosniños*

—Hoy tienes un humor de perros.

—Lo siento, Martín —me disculpé. No podía ponerme a la defensiva con la única persona que me aguantaba—. No quería ser borde.

Arrastré mi silla junto a la suya y lo abracé un poco torpe y durante un buen rato. Por lo general, nos dábamos palmaditas de apoyo. Ese día estaba entre cabreada y triste, por eso necesitaba contacto humano.

Él estuvo quieto como una estatua, tenía sus brazos atrapados entre los míos. Apoyé la cabeza sobre su hombro y me quedé así, suspirando, durante varios minutos. Al ver que no decía nada, levanté la vista y...

Martín tenía la mirada perdida y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Hice un amago por apartarme, pero negó con la cabeza.

—No, no me sueltes.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Estaba confundida. ¿Por qué lloraba? ¿Porque había sido una gilipollas con él esa mañana? No. Tenía que ser algo más. Había habido otros muchos momentos en los que no había sido del todo simpática y siempre había encontrado la manera de contraatacarme. Ese día estaba triste.

Martín, que siempre tenía sonrisas para todos, se había quedado sin una para él. A duras penas encontré el valor para interrumpir sus pensamientos. Odiaba preguntar «¿estás bien?» a alguien cuando era evidente que no.

—¿Por qué lloras?

Seguía rodeándolo con los brazos.

—No es nada.

Levantó una de sus manos y fue apartando mis dedos uno a uno.

—Perdona. Voy a salir un momento.

Y se fue sin darme tiempo a retenerlo. No sé por qué me sentí tan vacía cuando se marchó. Ni siquiera pude recordar por qué había estado triste, dado que él parecía estarlo mucho más que yo.

Entró en el despacho cinco minutos más tarde con los ojos y la nariz roja.

—¿Todo bien? —pregunté.

Martín se acercó a mí con una sonrisa pequeña, tierna, gris como un funeral bajo una lluvia que no cesa y te cala hasta los huesos. Se acuclilló frente a mí.

—Sí, todo bien, Alba.

—Menos tú.

Un mechón de pelo le cayó sobre la frente. Extendí la mano y se lo eché a un lado. Le seguían brillando los ojos y yo sospeché que la oscuridad era infinita detrás de esa rebosante alegría que siempre parecía sobrarle.

—Menos yo —acabó susurrando.

Casi no pude escucharlo porque la voz se le escapó en un aliento vacío.

Le acaricié la mejilla con el dorso de la mano. Las suyas estaban apoyadas sobre mis rodillas, intentando mantener el equilibrio.

—¿Quieres que...? —comencé a preguntar, sin saber muy bien cómo cerrar la pregunta.

No tuve que hacerlo. Martín cambió una de sus manos de sitio, de la rodilla a mi nuca. Me atrajo hacia él y me besó. Algún engranaje del pecho debió de ponerse en funcionamiento de nuevo porque había pasado demasiado tiempo desde la última vez.

Martín se apartó unos segundos después de que sus labios suaves dejaran un beso húmedo sobre los míos. Se levantó, algo torpe, y dio varios pasos atrás.

—Alba, perdona, no debería haber hecho eso.

Que un hombre se disculpe tras haberte besado no es muy esperanzador, muy a pesar de que comprendí, en parte, por qué lo hacía. Pensé que ya lo debía de estar pasando bastante mal como para añadirle yo más sal a la herida.

Me acerqué a él, con los brazos en jarras.

—Siéntete afortunado, no todos tienen la suerte de besarme.

—Alba...

Le puse la mano en la boca para que se callara. No pensaba admitir que mi corazón todavía estaba desbocado por su culpa. No voy a mentir, puede que desde la boda de mis padres me hubiera imaginado algún momento indecente con Martín. Es que yo no tenía la culpa de que fuera tan atractivo y que siempre me tratara tan bien, ¿no? Pero de la fantasía a la realidad había un trecho. Además, yo tenía problemas que resolver, debajo de la nevera, para ser más exactos.

—Vamos a por una sopa, ¿quieres?

—Alba...

Mi nombre parecía el estribillo de una canción que no te gusta, pero que has escuchado tantas veces que acabas aprendiéndotelo de memoria.

Colocó las manos sobre mis hombros.

—¿Me perdonas? No quería hacerte sentir incómoda. Estoy teniendo un mal día.

—Lo entiendo —contesté agarrándolo por las muñecas con cuidado.

—¿Lo olvidamos?

—Soy experta en olvidar cosas.

Y una mentirosa de mucho cuidado, porque la Alba que me conocía bien era consciente de que ese beso no se me borraría por más que me esforzara.

—Llévate el ordenador, tenemos que adelantar trabajo.

Martín asintió. Supe al momento que haría cualquier cosa con tal de contentarme y dejar de lado el desliz momentáneo.

Yo no paraba de pensar en que había una Julieta en su vida y él me había besado. Bueno, ¿era mi problema en realidad? Que lo solucionara él solo. Aunque he de reconocer que algo me pinchaba en el pecho.

Bajamos en el ascensor. Hablábamos de cualquier cosa con tal de apartar la atención de lo sucedido, porque ya lo habíamos olvidado, ¿cierto?

Estaba tan pendiente de mantener mis emociones a raya que no lo vi venir. No tuve tiempo de darme cuenta de quién estaba delante del edificio donde se encontraba la redacción de la revista. Así que, cuando abrí la puerta, me topé de frente con él y Martín chocó conmigo al detenerme.

—Hola, Alba.

No me quedó más remedio que ponerme el traje de superheroína para hacerle frente.

—Blas, ¿qué haces aquí?

Dio un paso hacia delante. Yo me quedé donde estaba. Si retrocedía, Martín se llevaría un buen pisotón.

—Quizá puedas comer conmigo, quiero que hablemos.

Chasquéé la lengua contra el paladar.

—Y yo quiero que me dejes en paz. Parece que los dos tenemos deseos difíciles de conceder.

Otro paso. Extendió la mano para tocarme el antebrazo. Yo lo esquivé.

—Alba, por favor. ¿Tanto te cuesta perdonarme?

Sentí la mano de Martín en la espalda. Fue lo único que me recordó que estaba ahí y que no había caído al vacío. Menudo golpe más bajo acababa de darme el cabrón de Blas.

—Te he perdonado, Blas. Te dije que...

—¡No! Y una mierda. No lo has hecho.

Martín se colocó a mi lado.

—Oye, no le grites —dijo con el ceño fruncido.

Blas fingió que ni lo había escuchado, eso sí, lo fulminó con la mirada, como si a Martín fuera a impresionarlo. Ni se inmutó.

—Nos vamos —le dije para que echara a andar, porque no pensaba dedicarle a Blas ni un minuto más.

—Alba, compórtate como una persona adulta, por Dios.

Ya me había dado la vuelta cuando le escuché decir eso. Martín se detuvo al mismo tiempo, sin embargo, la que se volvió en dirección a Blas fui yo.

—Que te jodan. ¿Quieres que te aplauda por haberme traicionado como lo hiciste?

Empecé a aplaudir con todas mis ganas. La gente nos miraba al pasar y él se puso nervioso. Sabía lo mal que se sentía en situaciones semejantes, en

las que, sin él pretenderlo, hacía el ridículo.

—Para, joder.

Pero yo seguí.

—¡Estás loca, Alba!

Las mismas palabras que me había dicho cuando le confesé que sabía que se acostaba con Luna. Era una loca que se había inventado aquello. Hasta que no le puse las pruebas delante, no dejé de ser Alba, la loca.

—¿Por qué no te largas de una vez? —escuché a Martín detrás de mí.

—¿Tú quién coño...?

—Que te pierdas. —Le hizo una señal con la mano para que se fuera, y Blas, que no era propenso a enfrentarse con nadie, por mucho que hubiese montado aquella escenita, se marchó echando humo por las orejas.

Yo me fui en la dirección contraria. Martín ni siquiera se había dado cuenta de que había echado a andar. Me siguió de inmediato. Con lo largas que tenía las piernas, no le costó alcanzarme.

—Alba, ¿estás bien?

He ahí la famosa pregunta.

—¿Qué digo? Si está claro que no.

Aunque no esperaba esa aclaración.

—Estoy bien, Martín. Estoy bien —susurré con el único objetivo de que no quisiera hacerme más preguntas.

—Puedes hablar conmigo, ya lo sabes.

Pero no podía esperar lo mismo de él, como un rato antes en el despacho. Aunque, ¿por qué me importaba tanto que no quisiera decirme cómo se sentía en realidad?

—Tampoco tengo mucho más que decir. Estoy acostumbrada.

Me tomó por el codo y tuve que detenerme.

—Nadie tendría que acostumbrarse a que lo trataran mal.

Sabía que tenía razón. En todos los años en los que estuvimos juntos, Blas nunca se había comportado como lo había hecho un rato atrás, a excepción de la ruptura, lo que hacía que me preguntara si, en realidad, no había sido un total desconocido para mí.

Fuimos a comer y hablamos de cosas absurdas y estuvimos contestando correos del trabajo. Comentamos que cada vez había más movimiento en Twitter. El señor Wang, que siempre nos atendía, nos contó un chiste sobre unas gallinas y unos huevos fritos que no comprendí, pero me hizo reír

igual. A esas alturas del día, tenía la cabeza demasiado embotada como para no permitirme una sonrisa. Habían pasado muchas cosas en cuestión de un par de horas.

Estábamos saliendo del restaurante cuando Martín me dijo:

—Tengo que pasar un momento por casa para ver a Coco. Es aquí al lado, si quieres acompañarme. O si prefieres volver al trabajo, como tú veas.

La perspectiva de encerrarme otra vez en nuestro zulo oscuro no era muy alentadora. Le dije que lo acompañaba. Mientras recorríamos la calle, sin prisa, me pregunté en qué estaría pensando y en por qué las personas nos cerramos con tanta fuerza para que nadie imagine siquiera cómo de intenso es lo que callamos.

El piso de Martín era grande, de techos altos y ventanales también amplios. Muy iluminado. Era de esas casas en las que antes de fijarte en los muebles o en el papel pintado de las paredes atrapas la luz justo debajo de las pestañas, para que no se escape nunca.

Coco y Piña lo recibieron moviendo las colas. Coco era un caniche marrón y Piña un golden retriever. Me saltaron encima en cuanto crucé la puerta.

Más allá de los perros y un sillón en medio del salón, no había nada. Una caja aquí, unos libros acumulados en una pila en el suelo, unos altavoces conectados a un reproductor. Nada. Ni rastro de otros muebles, de recuerdos, de fotografías, de quién era él.

—¿Todavía de mudanza?

Había aparecido con un ungüento y unas vendas. Los perros no lo habían echado en falta, porque estaban tumbados frente a mí para que les rascara las barrigas.

—Estoy en una mudanza eterna.

La sonrisa se le quedó pequeña cuando intentó restarle importancia a su comentario.

Se acucilló frente a Coco. Este se levantó un poco torpe y se escondió detrás de mí. A base de caricias, consiguió cambiarle la venda, después se sentó en medio del salón. Uno frente al otro, los perros entre los dos nos miraban con las lenguas fuera. Martín rascaba a Piña detrás de las orejas.

—Eran los perros de mis padres —aclaró de pronto. Se le escapó un suspiro y los dedos dejaron de moverse entre el pelaje de Piña—.

Fallecieron en un accidente de coche hace unos meses.

Silencio del que duele, eso fue lo único que se escuchó en la estancia.

—Lo siento mucho, Martín.

Se tumbó en el suelo, los brazos sobre los ojos.

—Nos morimos en medio de una canción, Alba, y no hay forma de rebobinarla para escucharla de nuevo sin que, al llegar al segundo concreto, el corazón se te pare otra vez.

No entendí qué quería decir con eso último, pese a que parecía tener sentido para él.

Me acerqué y me tumbé a su derecha. Coco se desplazó hasta colocar la cabeza sobre mi pierna. Piña se había tumbado a nuestros pies. Extendí el brazo y Martín arqueó las cejas, quizá sorprendido por esa pequeña muestra de cariño. Se acercó un poco y apoyó la frente en mi hombro, con los ojos cerrados. Respiró hondo y pareció que el mundo volvía, poco a poco, a girar.

—Puedes estar triste —logré pronunciar.

—De pequeño aprendí a sonreír, porque durante mucho tiempo se me olvidó hacerlo. Me esforcé con tal de que mis padres no se preocuparan.

Lo apreté un poco más sobre mi costado mientras me mordía el labio.

—Ya no eres pequeño.

—Quiero sentir que todavía puedo protegerlos, ¿es eso malo?

—Si siempre aparentas ser feliz, llegará un día en el que no distingas cuándo lo eres de verdad y cuándo simulas que lo eres. A veces necesitamos llorar y ya. Así que hazlo. Lloro si es necesario, enfádate y sonríe en el caso de que así lo sientas.

O besa a alguien al azar solo para no sentirte tan solo.

«No me sueltes».

—¿Vale? —pregunté para asegurarme de que me había escuchado.

—Vale.

Esa palabra fue suficiente para darme cuenta de lo pequeño que era Martín en verdad. Lo frágil. Frágil como una flor cuando llega el invierno y se deshoja al tiempo que se esfuerza en sobrevivir.

MARTÍN

Aquella calle, aquella farola, aquel semáforo, aquel cruce.

Todo había regresado en forma de puñetazos al aire, pero yo estaba en medio y era fácil recibirlos. Uno detrás de otro. Me había venido abajo y lo había hecho en el único sitio que no quería llenar de dolor: al lado de Alba. Después, me sentí avergonzado, no de mis sentimientos, sino de haberme mostrado ante ella como de verdad era, porque eso solo podía significar que me sentía lo suficientemente a salvo como para no temer su reacción. Quizá alguien piense que eso era una buena señal, sin embargo, a mí me hacía activar todas las alarmas.

Le había pedido que no me soltara. ¿Por qué?

Aquella mañana no pude dejar de pasearme por el piso. Con cada paso, se me quedaba más pequeño. La sensación de estar atrapado a un sitio es horrorosa, porque, aunque no quieres quedarte, tampoco puedes irte.

En las últimas semanas, las veces que había necesitado dejar Madrid fueron muchas. Al final, dejaba la mochila junto a la puerta del dormitorio, apagaba la luz y lo dejaba estar. Era una lucha constante entre huir del dolor y de los recuerdos y, al mismo tiempo, desear quedarme.

Pensé mucho en si debía o no llamarla. Aunque la razón me decía una cosa, el corazón me susurraba otra, tal vez por eso acabé marcando su número y la espera se me hizo tan larga.

Capítulo 15

Cometí el error de contarle a mi madre que los padres de Martín habían fallecido y eso implicó, por supuesto, una intervención de Nieves, señora de las buenas causas. No sé cómo se las ingenió para hablar con él, pero logró invitarlo a comer el domingo. Por suerte, él aceptó y no pareció molesto cuando el sábado por la mañana me llamó para contármelo.

—No la denuncies por acoso, por favor —le pedí.

Se rio al otro lado de la línea.

—Oye, ¿estás en casa?

—En pijama y con un tazón hasta los bordes de cereales —le expliqué.

—*Prepara una bolsa. Ya sabes, cepillo de dientes, algo de ropa, calzado cómodo.*

Casi me caigo del taburete. Lo primero que pensé fue que Loreto nos había encargado algún reportaje de última hora y que íbamos a tener que ocuparnos de ello en nuestros días libres. No sería la primera vez, por eso no me pareció una idea del todo descabellada. Se lo pregunté con temor, sin embargo, para mi sorpresa, no tenía nada que ver con el trabajo.

—*Me voy a acampar. Los perros están aquí conmigo también. Venga, ánimo. No vas a hacer nada, todo el sábado metida en el piso, como si lo viese.*

Era verdad que no iba a salir. Eli y Julia tenían una cita doble. Mi hermana se iba a un concierto infantil con mis sobrinos y mis padres estaban más empalagosos que nunca. ¿Resumen? Alba iba a comer palomitas y a ver películas durante decenas de horas muertas.

—*Va, di que sí, Alba.*

Se me escapó un bufido. Un día entero y una noche con Martín. A solas. Después de que me besara, aunque eso lo habíamos olvidado, ¿no? Sí, eso

no había pasado. Solo era mi compañero, un amigo, eso es. ¿Un amigo? Espera. Bueno, venga, dejémoslo en que sí.

—Vale.

—*Genial. Paso a por ti en una hora. Y así, de paso, conoces a Julieta.*

Acababa de introducirme una cucharada bien grande de cereales en la boca y la leche se me salió por la nariz cuando pronunció aquel nombre. Aquel nombre en la ecuación lo cambiaba todo. ¿Qué pintaba yo ahí con alguien que ni siquiera conocía? Además de que ignoraba la relación que había entre ambos. Sería demasiado violento.

Intenté aclararme la garganta después de que me entrara un acceso de tos por el atragantamiento.

—Martín, oye, yo no sé si...

Martín había colgado antes de que yo pudiera oponerme. No sé si lo había hecho a propósito o en realidad no veía ningún cabo suelto en su plan. ¿Y por qué me invitaba? ¿A qué venía eso de repente? Sí, nos habíamos visto fuera del trabajo, pero una cosa era que bailase con mis abuelas y otra bien distinta dormir con él. Y con Julieta, no nos olvidemos de ese casi insignificante detalle.

«¿Y ahora qué?», pensé.

Sopesé los pros y los contras. ¿Qué había de malo en conocer gente nueva? Igual me venía bien. Además, así saldría de casa. Necesitaba alejarme de todas las cosas que se me pasaban por la cabeza cuando me quedaba sola. Que, por cierto, todo sea dicho de paso, no eran pocas y tampoco podíamos catalogarlas como agradables.

Cincuenta minutos después, Martín tocaba al timbre y yo me aseguraba de que había guardado todo lo necesario en la bolsa de mano. Seguía haciendo frío en Madrid y, si nos íbamos a la sierra, a acampar o a lo que fuera, era mejor que llevara ropa de abrigo. Qué invierno más largo.

Me había cortado el pelo el día anterior. Ahora que lo llevaba por los hombros ya no podía hacerme el moño despeinado tan frecuente, así que me puse el primer gorro que encontré. Lo de peinarme no era lo mío.

Cuando salí del portal, envuelta en la bufanda y el chaquetón, vi a Martín al otro lado de la calle. Me saludó con la mano. Crucé el paso de peatones y fui hacia él. Me cogió la bolsa cuando estuve a su lado. No pesaba nada, pero se lo agradecí igualmente porque eso me permitía guardar las manos

en los bolsillos. Las tenía heladas, no sé si por el frío o, tal vez, era solo la impaciencia por no saber qué esperar.

—He aparcado al doblar la esquina.

—Supongo que no iremos en moto, ¿no?

—Pues claro que no, vamos con Julieta.

Oh, qué bien.

—Oye, gracias por invitarme —dije.

Martín parecía contento de que hubiese aceptado. No sabía si yo de verdad lo estaba. Puede que no debiera preocuparme. Con independencia de lo que hubiese pasado unos días atrás, Julieta estaría en medio y no correríamos el riesgo de que el tema saliese a colación. Cuanto más lejos quedaran los besos de nosotros, más sencillo sería no mirarle los labios de manera furtiva.

—Ahí está.

Miré hacia donde se posaron sus ojos. Una furgoneta de color amarillo chillón, muy bonita y un poco retro, estaba estacionada enfrente. Parecía sacada de una película. Vi a Coco y Piña por una de las ventanillas. Empezaron a ladrar en cuanto nos distinguieron entre la multitud y nos vieron acercarnos.

—¿Y Julieta? —pregunté al ver que no había nadie en el interior.

Martín arqueó una ceja y frunció la otra, con una sonrisa de por medio. Dio un par de golpes sobre el capó.

—Julieta —señaló.

Me agarró de la muñeca y rodeamos la furgoneta. En el otro lado, con unas letras muy estilizadas ponía, en efecto: *Julieta*. Y yo era gilipollas. Y él más que yo, porque era evidente que se lo había llamado a propósito con el único propósito de pasárselo bien a mi costa. Final del comunicado.

—Mi madre se llamaba Julieta. Mis padres la compraron antes de que yo naciera. Solían hacer muchos viajes por carretera —explicó—. Me la regalaron cuando cumplí dieciocho.

No sabía dónde meterme. Encima sentía un alivio que no logré averiguar dónde nacía. ¿Tanto me había incomodado la idea de que pudiera tener a alguien especial en su vida? ¿Por qué?

—¿Nos vamos?

Ocupé el asiento del copiloto. La parte de atrás era mucho más amplia de lo que parecía desde fuera. Había un baúl justo detrás de los asientos y el

resto del espacio lo ocupaba una cama enorme, donde estaban Coco y Piña sobre una manta de cuadros verdes. ¿Dormiríamos ahí? ¿Los dos?

Evitar el rubor fue un fracaso estrepitoso.

—Te has cortado el pelo —apreció mientras me colocaba el cinturón de seguridad y él arrancaba el motor. Me había quitado el abrigo y el gorro para no pasar calor—. Te queda muy bien.

Le agradecí el cumplido. Sentí que las mejillas se me encendían otra vez, si es que en algún momento se habían enfriado. Apareció una sonrisa tonta en mis labios.

«Basta, Alba».

Encendió la radio. Empezó a sonar la música mientras nos incorporábamos al tráfico. Una canción tras otra, Martín fue contándome todos los viajes que había hecho. Hablaba con esa calma que lo caracterizaba y que a mí me relajaba hasta el punto de que perdía la noción del tiempo. En un momento determinado, me pasó su móvil para enseñarme algunas fotografías. Aparecía solo en todas.

—¿Qué? —preguntó al ver que las miraba sin decir nada, y creo que con el ceño fruncido.

—¿Siempre vas solo?

Se encogió de hombros. Afirmó con un sonidito agudo.

Salía increíble en todas. No estaba segura de que fuese normal que un ser humano fuera tan fotogénico como lo era Martín. Algunos tienen la genética perfecta y otras nos compramos doscientos gorros para no peinarnos en invierno.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Senda y acampada, aunque depende del frío que haga a lo mejor dormimos dentro.

Sospecha confirmada.

—¿Coco ya está bien de la pata?

Me dijo que se había recuperado del todo y que le encantaba la montaña porque sus padres solían llevarlos, y que él, para que los perros no los echaran tanto de menos, intentaba mantener la tradición de salir los fines de semana al campo con ellos. Además, no le gustaban mucho las grandes ciudades, me contó.

—Mientras viajabas, ¿de qué trabajabas?

—Bueno, yo me especialicé en periodismo de viajes, así que, *freelance*.

Eso no me lo imaginaba para nada. Desde luego, Martín era una caja de sorpresas, y todo el que me conocía sabía que a mí en particular antes me gustaban mucho.

—¿Y qué te llevó a aceptar el puesto en *Miss Venus*?

—Loreto, que no desistió hasta que dije que sí. —Tuvo que notarme algo en la expresión de la cara al escuchar aquello porque se molestó en aclarármelo—. Es la prima de mi madre. Sí, soy un enchufado.

Hacía bien su trabajo, no pensaba que fuera un enchufado, solo que Loreto, lo más seguro, había procurado cuidar de él después de que sus padres murieran. Intenté decirle esto mismo, pero sin mencionar el accidente. Él me dio la razón.

Condujo durante un par de horas hasta que paramos en un desvío para estirar las piernas y para que Coco y Piña pudieran hacer sus necesidades. El aire era frío a tanta altura. Dolía al inhalar.

Martín dejó las puertas de la furgoneta abiertas y se llevó a los perros. Yo me quedé apoyada en uno de los laterales. Me permití cerrar un instante los ojos. El viento, unas ramas que crujieron, un motor a lo lejos, la suela de goma de las botas deslizándose sobre las piedrecitas.

Sin embargo, basta un segundo para hacer estallar una burbuja.

La radio seguía encendida. A ratos se perdía la señal. La canción me golpeó. Esa canción de The Irrepressibles que tanto había escuchado después de Blas.

In This Shirt.

Y se repetía.

Había cerrado los ojos. El viento me sacudía el pelo. Los recuerdos eran el peor púgil que había subido conmigo al *ring*. Quería tumbarme, dejarme KO, ahí, en medio de la montaña. Pero yo quería gritar. Gritar hasta que se deshiciera. Que no quedara nada. Ni la Alba de los dieciséis, ni la Alba que él dejó cuando se marchó.

Solo Alba, sin antes ni después.

I'm lost.

I'm lost in our rainbow, now, our rainbow is gone.

I'm lost, I'm lost.

I'm lost, I'm lost.

I'm lost, I'm lost.

Crucé la carretera sin asegurarme de si pasaba algún coche. Fui al trote hacia los árboles, desde donde podía verse el acantilado que había unos metros más allá. Cogí aire, tanto como pude. De fondo la canción. Se escuchaba aún a esa distancia. Se hizo más y más fuerte.

Volvió todo, a cámara lenta primero, después las imágenes se convirtieron en bofetadas rápidas que me sacudieron el cuerpo entero.

La puerta que se cierra de golpe.

El armario entreabierto que dejaba entrever el vacío del lado donde hasta hacía una hora estaba su ropa. Una americana a medio colgar en una percha.

Dos tazas de café sobre la encimera. Se habían quedado olvidadas mientras yo le gritaba y él cogía la maleta para marcharse con ella.

La televisión encendida. Mute. Solo se veía el reflejo de la luz sobre las paredes. Ya era de noche. Los presentadores sonreían y yo sostenía el mando junto a mi mejilla, helada sobre la baldosa.

Era curioso. Sabía que había llorado muchísimo. Tanto que me dolía mirarme en ese recuerdo que, sin previo aviso, también se había quedado sordo como el televisor. Parecía como si estuviera bajo el agua y el sonido llegase amortiguado.

Grité tan fuerte que me dolió el pecho. Una y otra vez, hasta que se me saltaron un par de lágrimas y comencé a reírme a carcajadas, como si una oleada de adrenalina me hubiera llenado el corazón de algo más cálido, menos parecido a la escarcha que había ido formándose a su alrededor.

Me invadió un alivio extraño en el momento en que la escena de mis recuerdos recuperó el ruido de fondo; ese en el que me habían encontrado mis padres cuando, pasados dos días, no habían logrado contactar conmigo. Seguía ahí mismo, tumbada en el suelo, los ojos rojos, el corazón roto, totalmente perdida.

Me acuclillé y apreté los puños sobre la tierra hasta que me dolieron.

Me llevó un rato poder levantarme de ahí, pero no tanto como el que había tardado en abandonar el suelo frío del salón de mi casa.

Al volver a respirar tranquila, fui de vuelta a la furgoneta. Martín ya había regresado y, por cómo me miraba, supuse que me había escuchado dejarme la garganta unos minutos atrás.

—Sé que ir conmigo en coche no es lo más alegre del mundo, pero ¿de verdad es para tanto?

Me reí ante su ocurrencia, le pasé un brazo alrededor de los hombros.

—¿Quieres que conduzca yo un rato?

Debía de pensar que era bipolar, menos mal que parecía estar ya hecho a la idea.

—Vale, ¿por qué no?

Nos intercambiamos los asientos. Sentado en el del copiloto, Martín me dio la sensación de que se sentía más perdido que una aguja en un pajar. No debía de estar acostumbrado a que otra persona condujera a Julieta. Entonces caí en que solo debían de haberla llevado sus padres y él. De pronto, me sentí extraña, como si estuviera en una casa a la que no me habían invitado a entrar.

Pero ya estaba conduciendo y no había forma de remediarlo.

Los dedos de Martín tamborileaban sobre sus rodillas. Se mordía el labio inferior de tanto en tanto, miraba por la ventanilla, movía el pie, nervioso. Mucho me temía que fuera a lanzarse de la furgoneta en marcha. Hasta Piña y Coco estaban intranquilos de verlo a él del mismo modo.

Al final, lo soltó a bocajarro:

—¿Por qué gritabas?

Por lo visto, su agitación no tenía nada que ver con Julieta ni con sus padres, solo era curiosidad por mis arrebatos: salir corriendo, ponerme a gritar, llorar tendida sobre la alfombra de la oficina. Y un sinfín más.

—Para espantar a los fantasmas.

—¿Y esos fantasmas tienen cara de exnovio que se planta frente a la redacción de *Miss Venus*?

Me hizo sonreír. En el diccionario de Martín la palabra «sutil» no aparecía.

—En realidad tenían más cara de la antigua Alba. La aborrezco un poco.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No conocí a esa Alba, pero si ha contribuido, aunque sea un dos por ciento, a que seas quien eres ahora, yo le daría las gracias. Algunos tienen la suerte de ser una mejor versión de quienes fueron. Y eso es bueno.

—Le enviaré una tarjeta regalo de Amazon, en ese caso.

Le guiñé un ojo y él me devolvió una sonrisa. Después desvió la conversación hacia otros derroteros y me dijo que conducía mejor de lo que pensaba, teniendo en cuenta que iba por la vida en metro. Le conté que había aprendido a conducir con mi padre a los quince por caminos de tierra

y que me gustaba porque solo tenías que centrarte en la carretera. No había que pensar en nada.

—No eres una chica de ciudad, cada vez me doy más cuenta.

—Pero vivo en una.

—Porque quieres.

Porque quería... Nunca me había parado a pensarlo. Solo había seguido el curso natural de las cosas. Lo que se esperaba de mí: estudiar, conseguir un trabajo, independizarme, quedarme en la misma ciudad que mi familia. Estar cerca de la infancia, de los recuerdos, del pasado, para que nunca pudiera desaparecer y las calles siguieran pareciéndome más.

—Soy feliz aquí.

—En ese caso...

Se dibujó una cremallera invisible sobre los labios, bajó la ventanilla y la tiró a modo de promesa: no volvería a sacar el tema. Lo que no imaginó fue que había plantado una semilla pequeña en mi cabeza. Y, más peligroso aún, cerca del pecho, y si algo florecía ahí, no habría forma de arrancarlo como a la mala hierba. Seguiría creciendo hasta que asomara.

¿Qué pasaría entonces?

Capítulo 16

—Que no te des la vuelta, te digo.

—Pero, vamos a ver, Alba, no quieres que te deje sola y, al mismo tiempo, quieres que me vaya. ¿En qué quedamos? —me gritó desde unos metros más allá.

Estaba anocheciendo, había bebido demasiada agua y tenía una urgencia. El bosque no me pareció un lugar seguro para ir sola. Todas las sombras parecían terribles asesinos en serie.

—A ver si va a salir una ardilla a morderte el culo —insinuó justo cuando estaba bajándome los pantalones. Me entraron todos los males al imaginar que algún animalillo podría aparecer de repente y pegarme un bocado. Al final, decidí no pensar más o me lo haría encima.

—¿Ya? —preguntó cuando estuve a su lado.

—Es muy fácil de decir para ti, que puedes hacerlo de pie.

Puso los ojos en blanco y volvimos a la furgoneta, de donde había intentado escapar en vano. Teníamos que dormir en el mismo colchón, montar la tienda hubiese sido peor, hacía demasiado frío. A Martín le daba igual, además estábamos agotados, ya no me sentía ni los pies después de la ruta que habíamos hecho.

Sube, baja, trepa. Él era inagotable, no como yo, que parecía tener los músculos atrofiados solo de respirar.

—Ponte el pijama y métete en la cama.

Cerró la puerta y dejó que me cambiara a solas, con Piña y Coco, que ya dormían junto al baúl. Me dejé la camisa térmica y me puse el pijama más grueso que había encontrado en casa. Martín entró poco después y se cambió sin importarle lo más mínimo que yo estuviera delante. Se quedó en ropa interior en un pestañeo y se vistió igual de rápido. Lo bueno es que no

tuve que mirarlo semidesnudo durante demasiado rato. Lo malo es que no pude mirarlo semidesnudo durante más tiempo.

—A dormir.

Me pasó un edredón enorme por encima, se tumbó de lado, dándome la espalda, y apagó la luz después de cerrar la furgoneta. Así que, ahí estaba, tumbada boca arriba, tapada hasta la nariz y viendo las ramas de los árboles reflejadas en el techo de Julieta.

Coco se levantó poco después, vino, me lamió la cara y se hizo un hueco a mi lado, igual que haría un niño pequeño. Quizá ahora que vivía sola podía plantearme tener un perro. A Blas no le gustaban demasiado, por eso no accedió nunca, o puede que fuese porque no quería que tuviéramos nada en común cuando, al fin, se decidiera a dejarme.

—Qué gracioso eres, sí. Eres un buen chico. Sí —empecé a decirle en voz baja.

Martín se dio la vuelta de golpe.

—¿Qué haces?

—Hablar con Coco.

—Pero duérmete ya, chica.

Me incorporé sobre los codos y lo miré en las penumbras.

—Es que a mí me cuesta bastante dormirme, ¿sabes? No todos tenemos tu facilidad. Perdóname por no poder darme la vuelta y quedarme frita sin más.

Martín apoyó la cabeza en la mano.

—¿Y qué haces para dormirte?

—Pues veo películas, o escucho música, o contesto correos del trabajo, o...

Pareció decepcionado cuando hizo un mohín con la boca y se giró de nuevo.

—¡Oye!

Lo zarandeeé con todas mis fuerzas. Piña ladró tres veces.

—¿Qué? —preguntó Martín.

—Son las nueve, me has dado unas albóndigas frías de lata y he tenido que mear en un matorral, lo mínimo que puedes hacer es no dormirte cuando te he dicho que yo no puedo.

Se incorporó hasta quedar sentado, el pelo revuelto. Crucé las piernas debajo del edredón.

«¿Qué ha sido eso, Alba? No, no. ¿Te has mantenido firme cuando le has visto los abdominales y ahora bajas la guardia por el pelo?».

—¿Qué quieres que haga yo para que te duermas?

Encendió las bombillas y me vio encogerme de hombros. Bajo la luz era todavía peor lo guapo que estaba. Menudo horror de noche y de sábado. Maldita la hora en la que había aceptado ir con él al monte. Supongo que pensé que no había nada menos sexi que una noche en una tienda de campaña con ese frío y los calcetines subidos hasta las rodillas.

—¿Qué haces tú cuando no puedes dormir? —lo interpele.

—No preguntes lo que no quieres que te conteste.

Decir que me sonrojé cuando comprendí su insinuación sería quedarme corta.

—Entonces, ¿qué? ¿Jugamos a las cartas? ¿Hacemos un karaoke?

—Da igual, intento dormir.

—¿Quieres que vaya a darme una vuelta y pruebas mi método?

Le lancé el cojín y él sonrió. Después me lo tiró de vuelta. Se tumbó a mi lado y yo volví a ponerme cómoda. Pensé que apagaría otra vez la luz y permaneceríamos en silencio, sin embargo, Martín se quedó mirándome y yo a él.

—De pequeño me gustaba dormir con la luz encendida.

Se acercó más a mí y me tapó con el edredón el hombro.

—¿Te daba miedo la oscuridad?

Negó con la cabeza. Tenía una sonrisa tan inocente en la boca que casi me lo podía imaginar siendo un niño, correteando por ahí, con sus ojos brillantes y el pelo ondulado envolviéndole la cara.

—Pensaba que así vería más claro lo que soñaba.

Me acurruqué un poco, lo bastante cerca como para haberme sentido incómoda con cualquier otra persona, pero con algo de espacio entre los dos que impedía que nos tocáramos.

—¿Y qué soñabas?

Me contó sueños de lo más extraños, que habrían sido una buena fuente de inspiración para una saga de ciencia ficción. También recordaba los más divertidos, otros oscuros, algunos propios de una película de Tim Burton. Me preguntó si yo también soñaba. Le dije que, si lo hacía, nunca lo recordaba.

Hablamos de todo y de nada, tumbados entre las luces led blancas de la furgoneta. Su nariz a seis centímetros de la mía, su boca a unos pocos más, aunque igual de tentadores.

El olor de Martín me recordaba al que se queda en las casas cuando empieza el verano. Olía al calor de mediados de junio, hacia las diez de la mañana. Las cortinas ondeando acariciadas por los primeros rayos de sol mientras se colaba esa brisa propia de las primeras horas y las paredes se calentaban.

—¿Puedo entrar? —preguntó después de darme un par de toques en la frente con el dedo índice.

—A lo mejor después no quieres salir.

Sonrió con cierta picardía.

—¿Estás coqueteando, Alba?

—Ha sido sin querer, perdona.

Los seis centímetros que nos separaban se convirtieron en tres.

—¿Y si no quiero perdonarte?

—¿Estás coqueteando, Martín? —le devolví la pregunta.

Bajó un poco el mentón y me miró por encima de sus pestañas.

—Sí, pero no está siendo sin querer.

Un cosquilleo me recorrió desde los labios hasta los dedos de los pies, que se encogieron dentro de los calcetines. Me moví un poco, lo suficiente como para que nuestras rodillas chocaran. Martín colocó su mano en mi cintura y me acercó hasta pegarme a su pecho. No me soltó. Yo no quería que me soltara.

—¿Y ahora qué? —susurró mientras me miraba los labios y me rozaba con la nariz.

—Ahora me echas una mano para que me duerma.

Los labios de Martín se curvaron en una sonrisa y sentí su aliento cálido cerca de mi boca. Sus dedos me recorrieron la espalda, de arriba abajo, hasta llegar a la goma del pantalón.

Mala idea, todo aquello era una idea espantosa. Y más después del beso en el despacho, el mismo que él me había pedido que olvidáramos. Pero me apetecía tanto que me siguiera tocando, que volviera a besarme...

«Un beso y ya», pensé.

Me humedecí los labios y di el paso. El primer roce fue casi tímido. No nos apartamos. Su mano en mi pelo me hizo reaccionar con más intensidad.

El cuerpo me vibraba cada vez que me mordía o nuestras lenguas se enroscaban en busca de más, como si no fuera suficiente. Nunca sería suficiente.

Sentí su mano por debajo de la camiseta interior. Eran suaves y me erizaban la piel a medida que ascendían hacia mis pechos. Había olvidado lo agradable que era que te acariciaran y te hiciesen sentir deseada. Martín fue recordándomelo sin prisa.

Estaba ya debajo de él, dispuesta a que fuera más que un beso cuando se escuchó fuera un golpe fortísimo y los perros comenzaron a ladrar.

Me levanté de un salto. Martín también se puso en pie, pero con algo más de calma.

—¿Qué ha sido eso?

—El viento, supongo. Voy a salir a ver.

—¡No!

—Tranquila.

—¡Que esto lo he visto antes, Martín! En *Mentes criminales*. Seguro que hay un loco ahí fuera. Nos va a matar. Un asesino en serie que...

Colocó las manos sobre mis hombros y me miró muy sosegado.

—Calma, Agatha Christie. Voy a echar un vistazo, quédate aquí con los perros.

Tiré de la manga de su camisa. No hubo manera de convencerlo. Salió de todos modos después de ponerse las zapatillas. Era muy proclive a que la imaginación me jugara malas pasadas, así que los minutos que estuvo fuera, que me parecieron horas, se me pasaron por la cabeza las peores escenas que uno pueda imaginar.

Martín siendo secuestrado.

Martín amenazado de muerte.

Martín cayendo colina abajo después de tropezar con las raíces de un árbol.

Martín no volvía. Me estaba volviendo loca, por eso decidí salir a buscarlo. Si tenía que morir, mejor no demorar la espera mucho más.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando alguien tiró de ella desde el otro lado. Pegué un grito de película.

—Que soy yo, Alba.

—¿Dónde estabas?!

Se descalzó y se metió en el edredón.

—Ven, no ha sido nada. Hace un frío horrible fuera.

Me metí a su lado en la cama ahogando un suspiro y una bronca. Después del susto ya no me veía capaz de seguir por donde lo habíamos dejado, y él también parecía más relajado que antes.

Nos miramos como dos tontos.

—¿Nos dormimos? —me preguntó.

Quise decir algo, pese a que no tenía ni idea de qué. Él se me adelantó abrazándome. Me acercó a su lado de manera tan natural que parecía que lo hubiese estado haciendo toda la vida. Me dejé hacer.

—No pasa nada, ¿no? —pregunté entonces.

—Ya te he dicho que ha sido solo el viento, Alba.

—No, me refiero a lo de antes. ¿Lo olvidamos?

Me dio un beso en el pelo y apagó las luces.

—Lo olvidamos.

Pensé que eso haría que me sintiera mejor, pero en el fondo hubo algo dentro de mí que hubiese deseado que me dijera lo contrario. En fin, no se podía tener todo. Éramos amigos, nos habíamos dado algo de cariño y ahora nos dormíamos abrazados. Sin hablar de que al día siguiente comeríamos con mis padres. La situación se me estaba yendo de las manos. Entonces, ¿por qué no hacía nada para evitarlo? ¿Por qué me sentía tan bien con la espalda apoyada sobre el pecho cálido de Martín? ¿Por qué el tiempo pasaba tan deprisa en los momentos en los que estábamos juntos?

Cientos de preguntas, ninguna respuesta. Solo el calor que desprendía su cuerpo, la respiración pausada, el brazo rodeándome. Me pareció suficiente por el momento.

Capítulo 17

Julia y Eli eran de esa clase de amigas que se montan toda una película en cuanto les cuentas la más mínima insinuación romántica con alguien, por eso preferí callarme lo ocurrido con Martín. Bastantes vueltas le estaba dando ya como para escucharlas también de fondo. Además, esos días se encontraban más ocupadas de lo normal, así que aproveché para adelantar trabajo e insinuarle a Loreto que me apetecía escribir algo, si es que le sobraban un par de páginas en el siguiente número.

—Lo único que tengo sin cubrir ahora mismo es la fiesta del aniversario de la revista. Ninguno de los asistentes quiere dejar de pasárselo bien para trabajar. —Hizo un aspaviento exagerado. Movía las carpetas de un lado de su escritorio al otro.

Se cumplían diez años desde que había salido la primera revista y seguíamos ahí, siendo el punto de referencia para muchas mujeres y bastantes hombres. Era todo un logro, teniendo en cuenta que las webs y redes sociales se habían convertido en epicentro de nuestras vidas al alcance de un clic.

—A veces me arrepiento de ser redactora jefa.

No se arrepentía en absoluto. Conocía muy bien a Loreto y sabía que ser la cabeza pensante de *Miss Venus* era lo que más le gustaba. Eso y los bolsos de marcas de lujo.

—Puedo hacerlo —me ofrecí.

—¿De verdad?

Se le iluminaron los ojos, como si de verdad estuviera sorprendida de que hubiese aceptado. Yo tenía mis dudas, algo me decía que lo había hecho a propósito para que pudiera demostrarle lo mucho que me importaban las oportunidades que me ofrecía.

—Claro. —Sonreí de oreja a oreja.

@missvenusconsejos: Lo que menos me gusta de las fiestas en las que hay que seguir el dress code es seguir el dress code.

¿Toda una noche vestida de gala y entrevistando a la gente? Bueno, tampoco me parecía un castigo. Seguro que los canapés estaban riquísimos. Lo único que echaría de menos sería pasar desapercibida. No me quedaba más remedio que interrumpir conversaciones, curiosear, dar vueltas por ahí con mi cuaderno a cuestas.

Me imprimió una lista con los invitados y regresé al despacho. Martín estaba comiendo tarta de manzana de un táper y con la mano libre tecleaba en el ordenador. La tarta se la había dado mi madre el día anterior. ¿Que por qué no he contado nada aún de la comida familiar del domingo? Es que no sabría por dónde empezar.

—Tengo que pedirle la receta —aseguró con la boca llena.

Mamá había acaparado la atención de Martín hasta límites insospechados. Habían hecho planes incluso para ir a ver una película francesa en versión original. Pero no quedaba ahí la cosa: mi padre le había enseñado hasta la última de sus monedas de coleccionista; mi hermana le había narrado con mucho detalle sus dos partos y mi cuñado le había obligado a hacer meditación con él en el jardín. No sé cómo había sobrevivido a tanta locura.

—Cuando vayáis al cine, se la pides.

—Qué graciosa que es tu madre.

Sí que lo era, aunque se habían pasado ocho pueblos entre todos. Intuía que era para que Martín se animara un poco y no pensara tanto en la pérdida de sus padres. A lo mejor habíamos conseguido el efecto contrario, ¿quién sabe? Él daba la impresión de estar bien. También lo había parecido durante las semanas anteriores hasta que se echó a llorar en mis brazos, por lo que era complicado saber cuánto había de verdad en sus sonrisas.

«No me sueltes».

Seguían resonando esas palabras en mi cabeza.

No hablábamos de eso, ni tampoco de la noche del sábado. Inexistente.

—Adivina quién va a hacer el reportaje de la fiesta.

Colocó la mano en forma de pistola, cerró un ojo y disparó en mi dirección. Fingí que me caía de la silla y me llevé una mano al pecho cuando dejé escapar un suspiro, a modo de último aliento.

—Te ayudo, si quieres. Así no se te hará tan pesado.

¿Por qué no podía dejar de ser tan amable? Yo tenía que hacerme la dura para que no me ablandara con sus buenas intenciones y sus guiños. ¿Cómo puede alguien preferir no sentir lo que siente y, al mismo tiempo, que le encante?

—¿Tienes ya el vestido?

Mi cara debió de bastarle por respuesta. Cogió su teléfono e hizo una llamada. Hablaba con un hombre. Sandro. Que si estaba libre aquella tarde. Sí. No. Vale. Perfecto. Ahí estaremos. Colgó y siguió con aquello que estuviera escribiendo.

—Después te vienes conmigo —anunció mientras seguía dando buena cuenta de la tarta.

No. Es que ya no quería ir con él a ninguna parte fuera del ámbito laboral, porque si nos volvíamos a quedar a solas no sabía qué podía pasar. Mi mente iba a trescientos por hora. Pero ¿qué iba a decirle? ¿No voy a ir contigo porque me arriesgo a pensar las veinticuatro horas del día en que quiero que me vuelvas a besar? Por favor.

—¿Adónde?

—A conseguirte un hada madrina.

—Que se llama Sandro.

—La mejor del reino, princesa.

Me reí ante su pésima reverencia. No había visto una película de época en su vida. De haber conocido a Mr. Darcy, lo habría hecho muchísimo mejor.

—Que me consiga un príncipe también —comenté entre risas.

—Mucho me temo, Alba, que tendrás que conformarte con un sapo —dijo señalándose—. Y no, no de esos sapos que se convierten después en un apuesto hombre rubio de metro noventa. No, no, de los que se quedan sapos para siempre.

Me pareció que, entre líneas, quería decirme algo que no comprendí del todo.

—Podré vivir con ello si tú puedes soportar que el vestido se convierta en vaqueros desgastados a las doce de la noche.

Fina línea del coqueteo traspasada. Un paso atrás.

Nos pusimos a trabajar de inmediato. Entre correos amorosos y sexuales leídos en voz alta no era fácil comportarse con seriedad, pese a que puse todo de mi parte para ser lo más profesionales posibles. Sin embargo, la tensión estaba ahí, una cuerda que se estiraba de un lado. Hasta cuándo podría seguir tirante era la gran pregunta.

La mañana pasó rapidísimo. Comimos un sándwich de camino a la tienda a la que me llevaba. El solecito era muy agradable y no había mucha gente por la calle. Me costaba desconectar en esos días en los que se nos acumulaba el trabajo, por eso iba leyendo correos en voz alta. Martín se cansó de escucharme. Me cogió el teléfono, lo apagó y se lo guardó en el bolsillo.

—Desconecta un poco.

—Nos estamos escabullendo del trabajo, deberíamos...

—Vamos a buscar ropa para eso mismo, así que... —Colocó las manos alrededor de mi cara y me estrujó los mofletes—. Para. Hace un buen día, disfrútalo.

Me encogí de hombros y le di a entender que me comprometía a no hablar de nada que tuviera que ver con la redacción durante un par de horas, pero que después tendríamos que volver a la carga. No opuso resistencia. Supongo que intuía que, si daba mi brazo a torcer, él también tendría que hacer lo propio. En eso consistía entenderse con alguien.

Sandro era una *femme fatale*, en el mejor sentido de la expresión. Eso fue lo primero que me dijo cuando entré por la puerta de su tienda y, automáticamente, se convirtió en mi nueva persona favorita. Me saludó con un abrazo muy elegante y a Martín lo besó en ambas mejillas y después en los labios. No se sorprendió. Supuse que era habitual entre ellos.

—Había seleccionado unas cosas para Alba, aunque, ahora que la veo, creo que debería darle una vuelta al concepto.

Entendí que era su forma amable de llamarme «imposible de vestir con algo tan elegante como lo que había colgado en las perchas». Esa fue mi interpretación.

Mientras ellos hablaban de Dios sabe qué, yo di una vuelta por el local, lleno de lámparas de araña, que llenaban de luz la estancia. Parecía que estuviéramos dentro de una bombilla enorme. Los vestidos eran una auténtica maravilla. Sí, era una chica a la que le encantaban la ropa ancha y

las zapatillas, pero eso no significaba que no fuera capaz de apreciar las cosas bonitas. Sandro era un diseñador fantástico.

Un vestido, otro, un tercero. Había decenas de ellos, a cada cual más maravilloso.

—Alba, ven, reina.

Fui a los vestuarios con Sandro. Martín me guiñó un ojo antes de que su amigo cerrara la puerta. Me dijo que me desnudara. Yo hice lo que se me pedía. No me iba a poner vergonzosa a esas alturas.

Quería preguntarle de qué se conocían, sin embargo, preferí comportarme como una persona normal el máximo tiempo posible, pese a que eso de morderme la lengua no era mi fuerte.

Sandro empezó a probarme vestidos de todas las formas y colores. Cada vez que tenía uno puesto, me hacía salir para que Martín me viera. En una de esas le pregunté por qué tenía que desfilas ante mi compañero.

—Para ponerle los dientes largos.

Casi me caigo de la tarima a la que estaba subida. Debí de sonrojarme y delatar algún pensamiento secreto porque Sandro cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con tal atención que acabé más nerviosa que al principio.

—Nunca ha venido con una chica aquí —me contó al tiempo que me subía la cremallera—. Le gusta mantener a sus amigos y a su familia al margen de las mujeres a las que se liga.

Fruncí el ceño y lo miré por encima del hombro.

—Yo no soy ninguna chica que se haya ligado, soy su compañera de trabajo.

Me dio un par de palmaditas en la espalda.

—Relájate, reina, no pretendía ofenderte. Solo que me ha extrañado.

Dejé que me ajustara el lazo de la cintura y acabé preguntando. Ni un cuarto de hora había aguantado.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

Me contó que habían estudiado Bachillerato en el mismo instituto y que Sandro no lo había tenido nada fácil. Sus compañeros no eran muy abiertos de mente ni con su forma de ser ni con su sexualidad.

—A esas alturas, tu compañero —pronunció la palabra con mucha malicia. Puse los ojos en blanco— era muy popular.

Recordé que me había contado que de pequeño había sufrido acoso escolar. ¿Cómo debía de haberle afectado ese cambio drástico de pasar a ser

alguien a quien todo el mundo quiere cuando lo habían tratado como a un indeseable durante su infancia?

—Me echó una mano y me dejaron en paz. Cuidó de mí y se convirtió en mi mejor amigo. Es la mejor persona que conozco. Nunca me ha pedido nada, hasta hoy. Por eso he cerrado la tienda y el taller y te estoy tratando como a una princesa. Por eso y porque me has caído bien en cuanto has pisado la tienda.

—¿Por qué?

—Porque no te da miedo ser tú misma.

—¿Y eso lo has sabido solo con mirarme?

Chasqueó la lengua y dibujó un círculo en el aire con el dedo índice para que diera una vuelta.

—Por eso y porque alguien que es capaz de sonreír llevando ese horrendo jersey es porque le importa una mierda lo que piensen los demás.

Pestañeé cuatro o cinco veces seguidas.

—¿Se supone que es un cumplido?

Él asintió muy sonriente y yo me lo tuve que creer.

Seguimos probándome vestidos. A Martín le gustaban todos. No era de mucha ayuda el chico. Teníamos el mismo pésimo gusto para vestirnos. Menos mal que Sandro era un genio.

—Martín, de tanto pasar tiempo con Julieta, ya no se quita las botas de montaña —comenté.

Sandro abrió mucho los ojos, un gesto que no me pasó inadvertido.

—¿Qué?

—Nada.

El último vestido era el vestido. Al verme en el espejo no sabía si era yo o había *digievolucionado* debido a alguna magia desconocida. Quise salir a decirle a Martín que ya lo teníamos, pero Sandro me dijo que era mejor reservar la sorpresa para la noche en cuestión.

Me lo quitó con cuidado, lo colgó en una percha y lo guardó en la funda. No fue hasta ese momento cuando pensé que me quedaría en números rojos tras comprar aquella pequeña joya. Pero nunca me compraba nada demasiado bonito y quién sabía si volvería a presentármelo otra ocasión de llevar puesto algo parecido.

Sandro dejó que acabara de vestirme. Al salir de la parte trasera de la tienda, ya tenía el vestido guardado en una bolsa enorme. Saqué la cartera

dispuesta a que me diera un microinfarto, sin embargo, Sandro negó. Salió de detrás del mostrador y me miró muy serio:

—Es mi ayuda humanitaria del año.

—¿Cómo?

—Mi obra de caridad.

—¿Qué?

Miró a Martín exasperado, con dos dedos en las sienes.

—No puedo aceptar un regalo así, no es como invitar a alguien a un café.

—Esta chica tiene un sentido de la justicia que no me gusta nada. —
Hablabla con su amigo, como si yo no estuviera presente—. Quiero regalártelo.

—¿Solo porque no te gusta mi jersey?

—No. Porque dudo que alguien pueda lucirlo mejor que tú.

Sentí una oleada de cariño que no era muy común entre desconocidos.

—Me haré fotos y etiquetaré a la tienda desde *Miss Venus*. Eso te dará visibilidad —sugerí pensando que le haría ilusión y que era una forma de pagarle de alguna manera su generosidad.

Sandro me dio un abrazo y me susurró.

—¿Qué te parece si te centras solo en disfrutar de la noche con él? Parece hecho para ti. A medida.

Le sonreí.

—La verdad es que nunca he llevado nada tan bonito.

Martín ya estaba en la puerta con la bolsa, sonriendo, cuando Sandro me dio un pequeño empujón y dijo en voz muy bajita:

—No me refería al vestido.

Capítulo 18

@missvenusconsejos: #partyparty ¡Décimo aniversario de Miss Venus! No dejéis de seguirnos la pista en las redes sociales. Yo voy por la comida, que no os engañen.

La fiesta de la revista era una declaración de intenciones. Todos estaban guapísimos y risueños. Pensé que el alcohol había influido bastante en lo segundo. Vestidos preciosos, trajes impecables, tacones de vértigo, pajaritas de lo más divertidas. Mi vestido era largo y negro, con abertura en la pierna derecha, escote drapeado y espalda al aire. Me habían recogido el pelo en un moño alto que me hacía más esbelta y me había pintado los labios de un burdeos intenso. Y, sí, antes de que alguien pregunte, llevaba unas sandalias de tacón que me habían obligado, tras saludar a la gente que conocía, a sentarme en uno de los taburetes de la barra. El salón del hotel estaba atestado de gente del mundo de la moda, *influencers* e inversores, periodistas y el equipo que conformaba *Miss Venus*.

—Aquí estás.

Martín estaba espectacular. El traje que llevaba parecía hecho a medida. Se había rebajado la barba, llevaba el pelo peinado hacia atrás y pensé que en el Olimpo debía de haber habido una baja aquella noche, porque ¡menudo dios griego! Sé que no era efecto del cosmopolitan que me había bebido porque todas las mujeres y muchos hombres se giraron para mirarlo. Con lo alto que era, cualquiera podría haber pensado que se trataba de un modelo y no de uno de los periodistas de la revista.

Me tendió la mano.

—A ver cómo te queda el vestido.

Me puse de pie a regañadientes. Creo que esa fue la vez, en toda mi vida, que más me ruboricé. Sus ojos brillaron al recorrerme desde los dedos de los pies hasta los ojos.

—Ahora no sé si estoy a la altura. Estás espectacular. Sandro eligió bien.

Quise devolverle el cumplido, pero me sentía torpe y parca en palabras aquella noche.

—¿Nos hacemos un selfi? —sugirió.

Puse cara de «si no queda más remedio...».

—No vayas a subirlas a ninguna parte, que nos conocemos.

—Con lo guapa que estás, deberíamos empapelar las paredes del hotel con ellas.

Puse los ojos en blanco, porque era un exagerado, y porque tenía que disimular de algún modo lo nerviosa que me ponía que se fijara tanto en mí y me hiciera esa clase de cumplidos.

Sacó muchas fotos, aunque no se molestó en enseñármelas y guardó el teléfono.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó.

—En realidad, son gratis. Paga la revista.

—Más razón para que me invites.

Me reí y le pedí al camarero que nos pusiera otro cosmo y un vodka con naranja para él. Pareció satisfecho. Estaba contento, se lo veía en los ojos. Pensé que ojalá siempre estuviera así, igual que aquella noche, y que fuera fácil para él sonreír.

—Se han debido de gastar un dineral en esta fiesta.

—Eso es porque lo tienen —le expliqué.

—*Touché*. ¿Brindamos?

El camarero acababa de dejar las copas frente a nosotros.

—¿Por qué?

—Por ser el mejor equipo del mundo.

Me hizo sonreír que pensara lo mismo que yo. Era el mejor compañero que había tenido en el trabajo. Nos habíamos amoldado de manera natural el uno al otro. Sacar la sección adelante había sido sencillo y tenerlo a él de apoyo me había permitido volver a escribir sobre otras cosas que no se limitaban en exclusiva al consultorio.

—Venga. ¡Por nuestro despacho, por el consultorio y por la sopa!

No pudo evitar reírse ante mis ocurrencias.

Brindamos.

—¡Eh! —me detuvo cuando vio que le iba a dar un sorbo—. Quien no apoya...

Cogí tanto aire que se me hinchó el pecho y él bajó la mirada hasta mi escote.

Apoyamos las copas los dos y nos sonreímos. Por mucho que acabáramos de brindar por ser los mejores compañeros, la forma en la que nos miramos después de beber decía que nos teníamos ganas. Y, a esas alturas, yo tenía serias dudas de que a ninguno de los dos se nos fuesen a ir con tanta facilidad.

Pensé en lo que me había dicho Sandro. No era tan sencillo.

—¡Alba!

Me giré al escuchar mi nombre. Era Marc, un compañero que escribía de vez en cuando algunos reportajes sobre deporte y alimentación para la revista. Hacía tiempo que no me cruzaba con él. Me alegró verlo después de todos esos meses. Era de esa clase de persona fácil de querer.

Nos abrazamos fuerte.

—¡Cómo te echaba de menos, morena!

—No esperaba verte, odias estas cosas —le dije mientras aún dábamos saltos. Había sido la primera persona que había conocido al llegar a *Miss Venus* y eso no se olvida con facilidad.

—Ya, pero tenía ganas de veros, ¿sabes? Hace siglos que no me paso por la redacción. He estado hablando con Loreto y me ha echado la bronca y todo.

—Ya sabes que siempre fuiste su favorito.

—Eh, que yo también os echo de menos. No soy un hombre de hielo —comentó haciendo referencia al apodo que le habían puesto las redactoras hacía ya varios años.

—No, si ya sabemos que siempre estás caliente.

Varias carcajadas y empujones después oí a Martín carraspear. Los presenté un poco incómoda por no haber caído en ese detalle antes.

—¡Claro, el nuevo chico del consultorio! Encantado.

—Se le da muy bien, la verdad, ahora que no nos escucha —dije bien alto.

Martín pareció contento de que lo halagara de manera tan natural. Lo cierto es que lo pensaba de verdad, aunque era un genio de lo suyo.

Después de que me dijera que era periodista especializado en viajes, había buscado artículos suyos y no había punto de comparación. Me dejó incluso una sensación amarga que hubiese tenido que renunciar a aquello solo para escribir consejos de amor.

—¿Te importa que te la robe un rato? —le preguntó Marc.

Él hizo una mueca de las que te salen de manera natural. A mí, que ya lo conocía un poco, me pareció molesto, pero dijo que no le importaba. Estaba segura de que antes de que pudiera darse cuenta estaría acompañado de alguna modelo de ensueño. Tampoco me hizo especial gracia.

Marc me arrastró hasta la pista de baile, donde nos movimos como idiotas. Se me había olvidado lo mucho que salíamos antes de fiesta. Blas también. Agradecí que no me preguntara por él mientras cotilleábamos sobre quién se liaría con quién aquella noche.

No sé cuánto estuve saltando y cantando, pero llegó un momento en el que mis piernas no pudieron más.

—Nunca has sido una chica de tacones.

—Y nunca lo seré. Voy a sentarme.

—Y yo a saludar a Gregorio, que me está haciendo señales desde hace un rato. Por cierto, saluda a Blas, a ver si nos vemos más, que echo de menos jugar al tenis con él.

Le puse una mano en el pecho y le di un par de palmadas.

—Tendrás que hacerlo tú mismo, lo dejamos hace ya un par de años casi.

—¿En serio?

—Cosas de la vida.

—No sabía nada, perdona.

Me encogí de hombros. Debió de verme algo triste porque se inclinó y me dio un beso en el pelo antes de irse.

—A veces es mejor estar solo que mal acompañado, ¿no? —comentó.

Qué razón tenía.

Cuando me quedé a solas, localicé a Martín, para mi sorpresa, solo en una esquina. Me dio un vuelco el estómago.

—Tengo los pies destrozados —aclaré en el instante que estuve frente a él. Tuve que gritárselo al oído, porque sonaba fuerte *I Want To Break Free* de Queen.

—Con esos bailes que te has marcado, no me extraña.

Miraba al frente y parecía disgustado.

—¿Os conocéis desde hace mucho? Marc y tú, digo.

—Desde que empecé a trabajar en *Miss Venus*. Se hizo muy amigo de... mi ex.

Abrió los ojos, claramente fuera de juego, y me observó como si esa respuesta no se la hubiera esperado. Me pregunté si, por un instante, Martín no estaba algo celoso de que Marc hubiera reclamado mi atención durante tanto rato.

—Parece que tiene bastante interés en ti.

Tuve que reprimir las ganas de llamarle imbécil. ¿Estaba mosqueado porque Marc me había sacado a bailar? Podría haberlo hecho él también, haber venido a buscarme a la pista.

Pasé el brazo alrededor del suyo y tiré de él hasta que encontré el ángulo indicado.

—¿Ves a aquel hombre rubio con el traje color berenjena?

—Sí.

—Es el marido de Marc.

—Vaya.

Sonrió contento por la aclaración. Así que era verdad que había sentido algo de celos. ¿Y eso cómo tenía que tomármelo? Sin duda, significaba algo, aunque, ¿qué?

—Ahora que todo cobra sentido para ti, ¿podemos acabar con las entrevistas y sentarnos en algún sitio? Estoy agotada.

—Vale, vamos a dividirnos el trabajo para acabar antes.

Y eso fue lo que hicimos durante la siguiente hora. Cuando tuvimos el móvil lleno de notas con los comentarios de los invitados más destacados, las marcas de las que iban vestidos, las felicitaciones para *Miss Venus* y un sinfín de anécdotas de los últimos diez años de la revista, volvimos a encontrarnos en la barra del bar.

—¡Por fin! —exclamé—. Gracias por la ayuda prestada.

—No hay de qué.

—Creo que voy a pelearme por ese sofá y me voy a tumbar ahí lo que resta de noche, ¿qué te parece? —bromeé.

Martín levantó la mirada de la pantalla de su teléfono y me observó.

—¿No prefieres que nos vayamos a casa?

En cuanto hizo la pregunta, se me instaló una sensación muy agradable en el pecho. Era más que ilusión de que pudiese insinuar que nos fuéramos

juntos, también había deseo, que había ido formándose poco a poco como un nudo en el estómago.

Intenté disimular.

—¿Me acercas en la moto o cogemos un taxi?

—Taxi.

Me estaba acariciando la pantorrilla de la pierna derecha. Cómo dolía... al levantar la vista, Martín me miraba igual que los agentes de policía a Sharon Stone en *Instinto básico*. Y yo esa noche sí que llevaba ropa interior, a diferencia de otras veces.

Rubor a la vista.

—Voy... voy un momento al baño.

Él asintió y apretó la mandíbula.

Me fui trastabillando. Solo era una excusa para dejar de estar nerviosa. Desde que lo había besado varias noches atrás no conseguía sentirme tan cómoda como antes, por mucho que él insistiera en que no había nada de malo en mi arrebató, aunque fuese un límite que no debíamos franquear en el futuro.

Me eché agua en la nuca y me arreglé el pintalabios. Tendría que volver ahí fuera. A lo mejor no tenía ninguna intención y solo quería marcharse a su casa porque estaba cansado. En cuanto nos subiéramos al taxi, sabría si, al final, habría una o dos paradas.

Mi parte racional decía que dos eran lo correcto.

Pero la otra, esa que no podía apartar los ojos de Martín y que se moría por besarlo, prefería una sola parada.

Giré el pomo de la puerta y me di de bruces con Martín.

—El de los hombres es...

Colocó la mano en mi cintura y me hizo retroceder a medida que él avanzaba. Cerró con pestillo la puerta y, bajo la luz azul fluorescente del baño, me besó. Su lengua me hizo estremecer. Martín deslizó la mano por mi pierna, expuesta por la apertura del vestido, hasta llegar al encaje de la liga. Nos besábamos sin sacar tiempo para respirar. El frío de las baldosas no aminoró el calor intenso que sentí cuando pasó de las medias a la piel de los muslos y un poco más al centro, por encima de la tela de la ropa interior.

Se echó para atrás. Una sonrisa provocadora le coloreaba los labios, de por sí rojos, tras la intensidad con la que nos habíamos besado y por los restos de mi pintalabios en su boca.

Su mano seguía ascendiendo y descendiendo en una caricia tortuosa. Se acercaba, se apartaba. De manera involuntaria, mi espalda se arqueó y mi cadera empujó hacia delante, en busca de más.

—Parece que te alegras de verme —susurró.

Lo atraje hacia mí.

—Tú también pareces bastante contento.

—¿Nos vamos, entonces?

—Por favor.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

No habíamos recuperado el resuello de subir los tres pisos de mi edificio cuando Martín me besó de nuevo. Abrí la puerta a tientas y dejé caer el bolso y las llaves en el suelo del recibidor. Mi espalda chocó con la pared. Sus dedos deslizaron los tirantes del vestido con delicadeza y sus labios húmedos me recorrieron las clavículas y el cuello. Perdí la estabilidad, pero él me sujetó. Me rodeó el culo con sus amplias manos y me atrajo hacia él. Me mordió el labio inferior y después vino un beso más largo que hizo que enredara mis dedos entre su pelo y perdiera la cabeza.

Bajó la cremallera del vestido y este se deslizó por mi cuerpo hasta llegar al suelo. Salí de él, aún con los tacones puestos y solo un pequeño tanga de encaje. Lejos de fijarse en él, Martín sonrió al ver el *piercing* en el pezón derecho. Me lo había hecho después de Blas, así que cuando su lengua y sus dientes lo lamieron y lo mordisquearon, la sensación fue totalmente inesperada. Se me tensó el vientre y se me secó la boca al jadear. Repitió con el otro pezón, que estaba igual de duro, aunque la sacudida no fue tan intensa esta vez.

—Eres una caja de sorpresas, Alba.

—A ver qué sorpresas guardas tú —dije echando mano a su cinturón.

Me sorprendió darme cuenta de que no estaba nerviosa, solo deseosa de desnudarlo y de que me arrebatara esa necesidad que crecía dentro de mí.

Se dejó desvestir. Solo le quedaban los bóxers al cogerlo de la mano y llevarlo hacia el dormitorio. Me besó el hombro antes de que encendiera la lamparita de la mesilla de noche.

Se arrodilló frente a mí y me recorrió con la lengua desde el ombligo hasta el encaje de la ropa interior. Su lengua fue descendiendo a medida que

lo hacía el tanga, del que tiraba sin prisa alguna. Mi pecho ascendía y descendía tan rápido que, si seguía así, acabaría hiperventilando.

Cuando el tanga cayó a mis pies, elevé una de mis piernas y la apoyé sobre la cama.

—¿Es una invitación? —preguntó divertido, aún arrodillado.

Se pasó la lengua por los labios. Abrí un poco más la pierna y me solté el pelo. Su mano ascendió desde mi tobillo hasta la cara interna de mis muslos. Después me besó en ese mismo lugar y ascendió hasta quedar justo en el vértice de mis piernas. Eché la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados cuando sentí el contacto de su lengua en mi clítoris. Estiré el brazo hacia atrás para apoyarme en la pared. Me costaba mantener el equilibrio.

Le acaricié el pelo, Martín se apartó un poco y se puso en pie, aunque no me dejó bajar la pierna de la cama. Su dedo índice recorrió el contorno de mis labios. No podía apartar la mirada de su pecho, del rastro de vello rubio y de los abdominales marcados. Las venas de los brazos y de las manos me hicieron tragar saliva.

Le lamí la punta del dedo que seguía en mis labios y él se estremeció. Repetí la acción de nuevo con el dedo corazón. Era incapaz de reconocermme a mí misma, pero me sentía tan viva que los humedecí un poco más, sin pudor.

—Tienes una boquita muy traviesa.

Liberó sus dedos y bajó la mano hasta que volvió a mi entrepierna y me los introdujo haciéndome gemir contra su boca, que estaba a punto de besarme. Los movió tan lento que sentí que enloquecería, después aumentó la fricción.

—No te corras.

No fue fácil obedecer cuando el ritmo se volvió más intenso.

Lo aparté con determinación. Coloqué la mano sobre su pecho y lo empujé hasta que cayó sobre el colchón. Se pasó la mano por el pelo revuelto. Estaba tan guapo, con los ojos brillantes, los labios hinchados y esa sonrisa sensual en la boca que no pude aguantar besarlo de nuevo antes de deshacerme de los bóxers con su ayuda. Elevó las caderas para que pudiera quitárselos. Coloqué los brazos a ambos lados de su cuerpo, me incliné hacia su boca y le dije:

—Manos grandes...

Se rio. Yo me arrodillé entre sus piernas. Él me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Una caricia furtiva a mi mejilla. Martín tenía los labios entreabiertos y la mirada llena de deseo cuando coloqué los labios con delicadeza sobre la punta. Palpitó. Un reguero de saliva y un movimiento constante de mi boca sobre su erección lo hicieron enloquecer.

Al cabo de un par de minutos, me había tendido sobre el colchón. Suspendido sobre mí, me miraba como si estuviera viendo a través de mi piel y se hubiera encontrado con algo que le despertaba las ganas muy poco a poco.

Arqueeé la espalda para invitarlo a seguir. La boca se le curvó en una sonrisa que me calentó incluso más de lo que ya lo estaba.

—¿Quieres follarme, Alba?

El corazón me fue a mil por hora. Nunca había reconocido con Blas que me gustara que me hablasen sucio. A Martín parecía salirle natural y yo quería atreverme, por una vez, a ser la Alba de mi cabeza, la que no se callaba.

—Quiero que me folles tú.

Nadie me había besado jamás como lo hizo Martín a continuación. Se nos rompió la respiración en las ganas calladas.

Tumbados en mi cama, desnudos, llenos de besos, observábamos el techo como si el botón de borrar pudiera activarse con una mirada. No hacía más que pensar en cuánto tardaría en vestirse y marcharse. No estaba acostumbrada a tener líos de una noche, pero me habían contado tantos en el consultorio de *Miss Venus* que pensé que ese sería el próximo paso.

Me incorporé unos minutos después para ir al aseo. No me molesté en vestirme. ¿Para qué? Si ya nos lo habíamos visto todo. Me aseeé y regresé al dormitorio. Seguía ahí, igual que lo había dejado, sin inmutarse.

—Tendría que irme. —Huida en tres, dos, uno—. Los perros están solos.

—Claro.

No sé si era una excusa, la verdad. Pensar en Coco y en Piña me ablandó el corazón. Solos en el piso, de noche, después de que sus dueños de verdad no hubiesen vuelto nunca. Era sensible, ¿qué le vamos a hacer?

Pasó por el baño y después comenzó a vestirse sin mucha prisa. No quería estropear el momento y ser esa clase de chica, sin embargo, pensé

que era oportuno aclarar las cosas antes de que el lunes nos viéramos en el trabajo y no supiéramos dónde escondernos.

—¿Lo olvidamos?

Solo llevaba puestos los pantalones del traje cuando lancé la pregunta. Se acercó a mi lado de la cama, colocó las manos a cada lado de mi cuerpo y me dio un beso en los labios.

—¿Para qué molestarnos en intentarlo? La piel tiene memoria.

Se me escapó una sonrisa de alivio cuando sentí sus labios de nuevo sobre los míos.

—No seamos como los demás, Alba.

Incliné la cabeza hacia un lado y me abracé a las rodillas mientras él se ponía la camisa.

—¿Qué quieres decir?

—No soy de los que desaparecen al día siguiente o te contestan con monosílabos por WhatsApp. Nunca me voy sin despedirme.

El nudo en el pecho fue abismal al escuchar aquello. No oí lo siguiente que dijo, porque las palabras se anclaron en mis oídos igual que aquel: «No me sueltes».

—Me voy —anunció. Sonreía, supuse que era su manera de bromear sobre lo que acababa de decir, que no me parecía en absoluto gracioso. Pero a veces uno sonríe de vuelta, aunque huela a distancia a posible corazón herido. Sonríe para parecer valiente y sentir que tiene el control sobre sus sentimientos. Y nada es más mentira que eso.

—¿Estás bien?

Estiré el brazo para darle un abrazo fugaz. La sábana se me resbaló por el pecho y quedé, una vez más, desnuda entre sus brazos.

—Me lo pones difícil para marcharme.

—Qué extraño, porque por lo general lo pongo difícil para que se queden.

Me cogió de las manos. Se sentó en el borde de la cama y me acarició la mejilla.

—¿Qué? —pregunté al ver que no decía nada y que se limitaba a mirarme.

—Pónmelo fácil.

Lo empujé con una sonrisa.

—Pero si te puedes ir cuando quieras, faltaría más.

Negó con la cabeza. Tuve la impresión de que nunca lo había visto tan serio como entonces. Se estaba mordiendo el labio y me acariciaba los nudillos con los pulgares.

—No para irme, sino para quedarme.

No me dijo nada más ni me dio tiempo a que pudiera contestarle. Un beso más, casi al vuelo, y lo siguiente que recuerdo es el cierre de la puerta de la entrada. Me vestí y me levanté para echar la llave. Entré en la cocina. No. No. No.

Sí.

Me arrodillé frente a la nevera y extraje la invitación. No la abrí. Todavía no podía hacerlo, pero tenerla entre las manos lo volvió todo mucho más real.

¿Por qué era incapaz de quedarme embobada en la cama fantaseando con mi noche de sexo con Martín? Estaba anclada al pasado de un modo que era casi imposible de reparar, a no ser que hiciera algo para salir de esa burbuja en la que seguía escondiéndome.

¿Y ellos? ¿Eran felices?

Blas reapareciendo en mi vida no sabía de qué era señal. Había logrado no verlos en dos años y en las últimas semanas me los había cruzado cada pocos días. ¿Había sido casualidad? ¿Una señal para que hiciese algo o eran ellos los que se habían esforzado a conciencia para volver a hacerse notar?

La boda había sido el detonante, eso estaba claro. De no haber recibido el correo y la invitación, todo hubiese sido menos duro. ¿O tal vez no? De habérmelos encontrado en un bar, un día cualquiera, sin tener noticias siquiera de que se iban a casar, ¿me habría afectado del mismo modo?

Sí.

La boda no era lo que me preocupaba. Entonces, ¿qué era? ¿No poder pasar página?

El móvil vibró en el suelo de la cocina. Lo cogí. Martín ya había llegado a su casa. ¿Cuánto tiempo había estado ahí sentada, recordando tiempos felices? Intenté no pensarlo. Me centré en la foto que me había enviado. Estaba tumbado en la cama, con el traje aún puesto, Coco apoyaba la cabeza sobre su pecho y Piña se había tumbado a su lado. Junto a la foto un mensaje escueto:

Martín: Los niños.

Yo: Dales un beso de mi parte.

Martín: ¿Para mí hay otro?

Yo: Tú ya has robado muchos esta noche.

Martín: No los suficientes.

Yo: ¿Cuándo son suficientes?

Martín: ¿Cuando no se acaban nunca?

Yo: Ojalá.

—Oh, mierda, ¿lo he enviado?

Miré la pantalla. Doble *check* azul. No escribía. Ay, Señor. ¡AY!

Veinte segundos después. Otro selfi de él en pijama lanzándome un beso.

Lo que más me sorprendía de Martín era que todo fuese tan sencillo, que pensar en voz alta fuera una posibilidad. ¿Era de verdad tan fácil?

OceanofPDF.com

MARTÍN

Era fácil, tanto que me asustaba y me hacía reír al mismo tiempo.

Fácil pensar en voz alta.

Fácil dejarse llevar.

Fácil ser Martín sin una sombra constante que me persiguiera.

Con Alba me sentía bien, en una burbuja que no podía explotar, aunque el pasado amenazara con hacerla estallar.

Fácil hasta que me separaba de ella y llegaban las madrugadas dando vueltas en la cama, contemplando las luces de los faros de los coches sobre el techo de la habitación, recordando que sentía la ciudad un poco más mía solo porque ella estaba ahí.

En esos otros momentos pensaba en marcharme a ninguna parte. Al principio podía vivir entre las puertas abiertas, pero después de acostarnos todo se volvió más complicado, no entre los dos, sino entre lo que yo necesitaba ser y lo que quería ser. Por algún extraño motivo, no iban de la mano.

Pero su cuerpo, cálido, tan familiar, tan cerca. Su cuerpo lo cambiaba todo porque me sujetaba, me abrazaba, seguía manteniéndome en pie. Y me recordaba que podía tener miedo. Llevaba muchos años sin permitirme a mí mismo sentir ese dolor que solo entiende quien ha abrazado la soledad y la ha incorporado a su vida. Después de mis padres, ya no pude seguir controlándolo. Entonces me apoyé en Alba, sin decirle cómo me sentía, sin explicarle nada. Ella parecía comprenderlo todo.

El que no llegaba a comprender era yo, porque, ¿qué era eso que sentía? ¿Qué era ella para mí? ¿Qué era yo para ella?

Capítulo 20

@missvenusconsejos: No todos tienen que pensar como nosotros, ¿verdad?

Si nos íbamos a portar con normalidad no iba a ser yo la que cambiara la rutina habitual en la oficina. Martín parecía pensar como yo. Quizá por eso el lunes nos saludamos con tanta naturalidad y sin prestarle demasiada atención al otro. Estaba distraída pensando en que Eli y Julia habían decidido ir a la boda de Luna. No había hecho otra cosa desde el sábado que preguntarme si yo estaba obrando correcto o eran ellas las que habían tomado la decisión acertada al perdonarla.

Pero es que yo no podía. Ni quería. Sobre todo, no quería. Personas como ella las quería fuera de mi vida. Pese a esto, entendía que ellas no tuvieran que pensar como yo. No les había hecho daño; Julia y Eli solo habían sido un daño colateral de que nos hubiéramos enfadado. En su momento, habían escogido ponerse de mi parte. Ahora la estaban eligiendo a ella. ¿Y después de la boda? ¿Seguirían en medio de nuestra amistad rota o acabarían decantándose por alguna de las dos?

—¿Qué vas a hacer en Semana Santa?

Aparté la mirada de la pantalla del ordenador e intenté concentrarme en la pregunta de Martín.

—Por lo general, voy a casa de mis abuelos —expliqué un tanto desganada—. ¿Y tú?

Seguro que tenía planes más interesantes que los míos, aunque el pueblo tenía su encanto y siempre volvía como nueva, menos los dos últimos años, que no hacían más que preguntarme por Blas y sugerirme que le diera una

segunda oportunidad. Estaba harta de explicar que no lo haría ni bajo amenaza de muerte, por no hablar de que estaba a punto de casarse con otra.

—Supongo que me iré de la ciudad esos días.

—¿Julieta?

Asintió casi entusiasmado ante la idea de poder subirse a la furgoneta y lanzarse a la carretera como llevaba haciendo tantos años.

Al cabo de un rato, otro comentario:

—Mañana empieza la primavera.

Y al ver que la conversación acababa demasiado rápido, otro tema. Y otro. Por algún motivo, no podía estarse callado. Ni idea de si tenía algo que ver con lo sucedido el viernes por la noche, pero me estaba poniendo nerviosa. Solíamos hablar cuando trabajábamos, sin embargo, lo bueno de Martín era que podía estar en silencio durante horas y no hacerme sentir incómoda.

—¿Te pasa algo?

Si era por lo que había habido entre los dos, más nos valía solucionarlo de una vez. Sin embargo, me equivocaba, él no estaba pensando en eso, y yo debería haberlo sospechado.

—Tengo que acabar de vaciar el piso de mis padres. Voy a ponerlo a la venta —comenzó a explicar. No me miraba a los ojos—. Me da mucho apuro volver. Hace semanas que no paso por ahí.

No me aventuré a sugerirle si quería que fuese con él, pensé que, si ese era su deseo, mejor que me hiciese la pregunta. Le costó dar el paso, pero al final se armó de valor:

—¿A ti te importaría acompañarme?

—Claro que no.

La Alba prudente me dijo que mantener la estabilidad entre el trabajo, la amistad y esos arrebatos pasionales no iba a durar para siempre. Tarde o temprano tendría que elegir entre qué versión de los dos era mejor conservar. Por el momento no quería preocuparme demasiado. Por eso aquella tarde acabé con Martín en el piso de sus padres, embalando objetos, guardando fotografías, ayudándolo a despedirse de los recuerdos que había creado entre aquellas paredes huecas, en las que rebotaba el eco de voces que no regresan.

Mientras metía en cajas los últimos libros de una estantería, un título llamó mi atención. Lo ojeé porque me resultaba familiar, aunque el

ejemplar fuese diferente.

Para el amor de mi vida. Único e irremplazable.

Algún día te regalaré una galaxia donde podamos tenernos siempre.

Pablo

Se me detuvo el corazón en la última palabra. ¿Había escrito aquello el padre de Martín? ¿Era un regalo para su madre?

Debió de verme desde el otro lado del salón, porque se acercó y se acuclilló a mi lado. Me cogió el libro con mucho cariño de entre las manos y una sonrisa asomó a sus labios.

—Yo tengo este libro —le dije.

Sonrió un poco más cuando lo dije, pese a que sus ojos seguían clavados en una lectura silenciosa de aquella dedicatoria perenne.

—Me lo regaló Hilda —aclaré.

Quería sonsacárselo. ¿Había tenido él algo que ver con la elección de aquel libro en concreto?

Por el modo en el que me miró, supe que sí, sin embargo, no quiso decirme por qué le había recomendado aquel libro en concreto. Había leído fragmentos salteados las noches de insomnio. No había visto nada que llamara mi atención. Pero en ese instante, en el que reconocí toda una historia, algo cambió.

Sacó una hoja del libro, la desdobló y se le humedecieron los ojos. Al darse cuenta de que intentaba ver qué había en el papel, me lo tendió, se levantó y volvió a la caja que estaba cerrando sin decirme nada.

Era un dibujo. En el lado derecho de la hoja había un niño, triste. Pintado en blanco y negro. En la parte izquierda, diez, doce, no sé cuántos otros críos dibujados con colores alegres. Se reían, no de felicidad, sino de él, del Martín hecho de claroscuros.

—Puedes tirarlo —lo escuché—. Sí, tíralo.

No dije nada, lo volví a doblar y, sin que me viera, lo guardé en el bolsillo del pantalón en vez de tirarlo al saco de basura que habíamos colocado junto a la puerta.

—¿Qué vas a hacer con el radiocasete?

Me dijo que lo enchufara para ver si todavía funcionaba. Hice lo que me pedía y toqueteé todos los botones hasta que el aparato se puso en

funcionamiento. Tenía un casete dentro. Empezó a sonar una canción que no conocía.

—Tíralo también.

—Pero, Martín, si funciona y ahí hay una caja llena de cintas y...

—Alba, por favor.

Sus ojos pedían algo de compasión. Yo no podía imaginar todo lo que era capaz de recordar y su dolor era inalcanzable para mí, porque, por más que en una situación como esa le digamos a alguien que lo comprendemos, es imposible que lo hagamos si no hemos vivido lo mismo. Me imaginé a mí misma empaquetando los objetos personales de mis padres y todo cobró sentido.

Me acerqué a Martín, le obligué a dejar la cinta americana sobre la mesa y lo abracé.

—Yo estaba ahí —susurró entre mi pelo—. En el coche, la noche del accidente.

Lo apreté un poco más fuerte.

«No me sueltes».

—Había vuelto a casa a pasar unos días. Salimos a cenar. Volvíamos cuando sucedió. Mi padre conducía. Mamá estaba en el asiento del copiloto. Era una carretera de doble sentido. El camión que venía de frente perdió el control e impactamos de frente. Dos segundos antes estábamos riéndonos a carcajadas. Dos segundos después, mis padres estaban muertos y yo solo tenía una contusión y una brecha en la ceja. Y aquella canción seguía sonando en medio de las sirenas, el ruido, el humo.

Aguantarme las lágrimas apoyada en su hombro fue lo más difícil que había hecho. Comprendí a qué se había referido con que nos moríamos en medio de una canción. Y él sabía cuál era, porque había sobrevivido, pero la canción no seguía sonando para él, se había quedado en medio, y no había forma de rebobinar.

Todos tenemos canciones que nos ponen una soga al cuello y nos ahogan cuando suenan de repente en una cafetería, en un anuncio de televisión, en una furgoneta en medio de la montaña. Nunca puedes bajar la guardia porque cualquier momento amenaza con hacerte esquivar el corazón.

Dejamos de abrazarnos.

—¿Quieres que salgamos a que nos dé el aire?

Él negó con la cabeza. Se acercó y me besó. Un beso como la primera vez; más una necesidad que una muestra de afecto. Una distracción para volver a sentir el suelo bajo los pies.

—¿Seguro que no te quieres quedar el piso? —le pregunté un rato después, cuando estábamos los dos sentados en el sillón.

—¿Por qué querría quedarme una casa que nunca podré llenar de lo que ellos tuvieron?

Martín, el que no creía en el amor, apareció y me dejó una sensación amarga en la boca. Yo siempre había querido tener una casa como aquella. Blas y yo solíamos jugar a que estábamos interesados en comprar un piso, íbamos a agencias inmobiliarias y visitábamos aquellos que estaban en venta y que más nos gustaban. Las casas de nuestros sueños que jamás se construirían, en las que nunca bailaríamos juntos, en las que no formaríamos la familia que habíamos imaginado a los dieciséis. Los sueños se vacían de repente y jamás puedes volver a completarlos de la misma manera con otra persona. Aquel piso había sido de Pablo y Julieta, no había forma de que Martín pudiera, junto a otra persona, mantener la ilusión.

—Quizá sea lo mejor; que la vendas.

Me besó en la frente y después en los labios y yo sentí que aquellas cuatro paredes eran un búnker dentro del que nadie podría hacerme daño.

—Hay sitios que no son para nosotros cuando ya se han ido las personas que lo hacían especial, no sé si me entiendes.

Le acaricié el pelo. Tenía los ojos perdidos en el cuadro que aún estaba colgado en la pared de enfrente.

—Sí, creo que sí.

Guardamos silencio durante diez, tal vez quince minutos. A veces, no hacen falta palabras para comprender lo que otra persona calla, y yo, esa tarde, era capaz de ver más allá de la mirada perdida de Martín. Por extraño que parezca, había instantes en los que me invadía la sensación de que nos conocíamos, sin añadir un «desde antes» o «desde hacía mucho».

Al cabo de un rato, habló de nuevo:

—Luego he quedado con tu madre. Tenemos cine.

—A ver si te vas a enamorar de ella —dije entre risas.

—¿Estás celosa porque voy a tener una cita con tu madre y no contigo?

Me levanté del sillón antes de que volviera a besarme. Me cogió de la mano y tiró de mí, coloqué una rodilla entre sus piernas. Peligraba si volvía

a tocarme como lo había hecho el viernes.

—¿Te pongo nerviosa, Alba?

Pues claro que me ponía. Y nerviosa también.

Me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la frente sobre mi vientre. Le acaricié el pelo y él respiró hondo. No era un día para calentarnos, solo para ser.

—Voy a comprar café.

Aceptó que me fuera, necesitaba un poco de espacio, porque temía que pudiera escuchar cómo latía mi corazón estando tan cerca de él. Yo tampoco quería oírlo, prefería esconderlo entre el tráfico de la avenida, ignorarlo, que no existiera, sobre todo porque no sabía de dónde nacía y por qué estaba ahí.

El ruido exterior es tan agradable cuando no quieres escuchar el tuyo... En el contraste de los dos se crea el silencio, y ahí por fin puedes pensar con claridad. Y yo pensé en Martín y en lo que acababa de contarme y en cómo había sido capaz de verbalizar parte de su dolor, aunque después se hubiese cerrado de nuevo.

Sonó el teléfono y contesté sin mirar siquiera quién era.

—Alba.

«Joder. No. Ahora no», pensé.

—¿Blas?

Eso ya era acoso y derribo.

—¿Tú no tienes una boda que preparar?

—Alba, venga. Dame una tregua de un minuto, no te pido más.

Estaba frente a la puerta de la cafetería, a punto de entrar.

—Está bien.

—Solo quiero verte. Media hora. Necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—De nosotros.

¿Nosotros? Ya no existía ningún nosotros», pero parecía que para él sí. Y si la única forma que tenía de que nos enterrara era verlo, entonces aceptaría.

—De acuerdo.

—¿Esta noche?

Cuando regresé al piso con el café, ya no tenía ganas de nada, solo los nervios a flor de piel por tener que verlo de nuevo. No quería decírselo a

Martín, porque no tenía ni idea de qué podría opinar. No estaba preparada para que nada ni nadie me condicionara. Si iba a hablar con Blas, quería que fuera mi decisión.

Si iba a ser valiente, tendría que serlo sola.

OceanofPDF.com

Capítulo 21

Al entrar en el bar de mi calle me temblaban las piernas. Lo vi en la barra. Bebía cerveza de un botellín. Llevaba puesta la que había sido mi camisa favorita. Me recordó todo lo que habíamos vivido cuando sí que éramos «nosotros».

Me senté en el taburete que había a su lado y él me saludó con una sonrisa tímida que no pude devolverle. Me limité a pedirle al camarero una copa de vino blanco y a preguntarle de qué quería hablar. Que hubiese accedido no significaba que fuésemos a cogernos de las manos y a llorar abrazados bajo el paraguas del perdón.

—Necesito que me entiendas.

Tendría que hacer un gran esfuerzo. No iba a marcharme, que dijera lo que quisiera. Ya le prendería fuego a la invitación de su boda cuando llegase a casa y me bebería una botella entera de tequila si era necesario.

—Adelante, te escucho.

A lo mejor podía cerrar para siempre esa puerta de la que él no me había dado la llave cuando destrozó nuestra relación y no me dio ni una sola explicación.

—Nunca quise hacerte daño, es importante para mí que sepas eso antes que cualquier otra cosa. Sé que nadie lo diría, teniendo en cuenta lo mal que lo pasaste.

—No tienes ni puta idea de cómo lo pasé. —Tuve que interrumpirlo porque jamás se tomó la molestia de preocuparse por mí después de dejarlo.

Asintió y pareció pedirme perdón con la mirada.

—La peor manera de hacerle daño a alguien que quieres es saber que se lo estás haciendo y, aun así, no poder evitarlo.

—¿No podías evitarlo, Blas? ¿En serio? Era tan fácil como decírmelo la primera vez, que te habías enamorado de ella o que ya no sentías nada por mí. No digas que me querías, porque yo sí que te quería a ti y nunca te hubiese hecho lo que tú me hiciste.

Había ido a escucharlo, sin embargo, si estábamos hablando como personas normales, también me pareció de recibo hacerle saber cómo me había sentido yo viviendo la historia desde el otro lado.

—No quería perderte.

—Ni a ella.

Agachó la cabeza.

—¿Te gustó desde el principio, durante toda nuestra relación?

—¡No! —gritó. El camarero miró en nuestra dirección y yo tuve que sonreírle para que dejara de prestarnos atención—. Ocurrió de repente.

No quería detalles, ni dónde, ni cuándo, ni por qué, ni hasta qué punto se amaban.

—Ya no eras feliz conmigo.

—Lo era, a nuestra manera, siempre viviendo en una hipótesis.

Me quedé con la copa cerca de los labios, pero no bebí.

—¿Qué quieres decir?

No hacía más que estrujarse los dedos y morderse los labios. Al final me miró. Encontrarme con sus ojos familiares, los del Blas de antes, al que de verdad conocía, me hizo volver a ser su Alba durante unos minutos.

—Creamos nuestra relación a base de cosas que queríamos hacer, de quiénes soñábamos con ser, y llegó un momento en el que para mí no era suficiente. No avanzábamos hacia ninguna parte. Solo dejábamos que el tiempo se quedara congelado.

Yo también había notado que a su lado el mundo dejaba de girar. Nunca me pareció malo. Encontré en esa sensación algo muy parecido al hogar. Quizá solo se trataba de un sueño que se desmoronaba día a día.

—Me encantaba esa sensación cuando teníamos dieciséis, diecisiete, dieciocho, pero después esa ilusión se me quedó pequeña. Quería construir algo. Quería todas las cosas con las que soñaba...

—Y no podías tenerlas conmigo.

Negó con la cabeza y vi que apartaba la mirada.

—Yo te quería, Alba. Y siempre te voy a querer, aunque parezca que no al hacer cosas como la del otro día. No debí permitir que nuestra relación

acabase así. Tenía que haberlo hecho bien.

Bebí en silencio. Pensé que me iría del bar llena de rabia. Nada de eso. Solo me invadió un sentimiento de pena por no haber llegado a tiempo de salvar todo lo bonito que habíamos vivido, porque, aunque Blas dijera que soñábamos más de lo que podíamos permitirnos, también fuimos muy felices en nuestra pequeña realidad detenida en el tiempo.

—No mentí cuando te dije que te echaba de menos.

Sabía que no lo había hecho. Era propio de Blas decir lo que sentía en los momentos más inoportunos. No obstante, que fuese verdad o mentira no cambiaba nada.

—¿Eres feliz ahora?

Busqué su mirada y la encontré. Se le escaparon un par de lágrimas que no se molestó en esconder. Me dijo que sí, que lo era, y una voz en mi cabeza me preguntó si yo podía decir lo mismo o si, por el contrario, seguía pensando en las cosas que quería hacer y tener y que nunca me lanzaba a conseguir.

—Te debía mucho más de lo que recibiste de mí, Alba. Ella también.

Esa era la primera cosa que decía con la que estaba de acuerdo.

—Ojalá pudiéramos hacer algo para arreglarlo.

No había nada que pudieran hacer, solo continuar con su vida igual que yo había hecho con la mía, arrastrado el lastre que habían dejado. Quería salir a la calle sin temer topármelos, sin que me importara verlos de la mano, sin poner entre la espada y la pared a mis amigas, sin que me asustara un futuro en el que los viera empujando un carrito de bebé por las calles de Madrid. Sin. Quería soltar todo lo que me oprimía el pecho, porque ya no había cabida para ello en mí, y merecía hacer hueco a todas las pequeñas cosas que me quedaban por experimentar.

—Gracias por contármelo —le dije.

—Hubiese querido hacerlo antes, pero no estaba preparado y pensé que tú tampoco. Después, te vi aquel día en la cafetería y me pareció que había algo diferente en ti, como si hubieses vuelto de algún lugar muy lejano y todo estuviera en orden.

Muy pocas cosas estaban en orden. No importaba. Blas ya no era la persona a la que quisiera confiarle aquello que me asustaba, lo que me importaba o lo que sentía.

—Quiero seguir recordando las cosas buenas —confesó.

—Me parece que es mejor que las olvides. Son las que a mí me ponen triste. Lo malo hace que te alejes, lo bueno que te preguntes por qué ya no lo tienes.

—¿Te lo has preguntado mucho?

Cavilé la mejor respuesta, tampoco quería dejarle ver todo lo que había en las sombras del dolor, de los recuerdos, de decirle adiós a la fuerza.

—Me pregunté por qué no me había dado cuenta. ¿Cómo había sucedido sin que me percatase de que algo había cambiado?

Blas se encogió de hombros. En realidad, sabía que era una pregunta para la que ya no esperaba respuesta. No obstante, se esforzó en dármela.

—Ese último año fue extraño. Yo quería dejar el trabajo para buscar algo mejor y tú estabas encantada en el tuyo. Pasabas más tiempo en la redacción que en casa. Incluso los fines de semana.

Negué con la cabeza y se me escapó una sonrisa irónica.

—No culpes al trabajo de lo que pasó, Blas. Si tanto te molestaba que echara horas extra, podrías haberlo insinuado alguna vez. Sé honesto contigo mismo.

Él tomó aire y le dio otro sorbo a la cerveza.

—Eso era lo malo, Alba, que no me molestaba.

—Descubriste que te gustaba estar sin mí.

No me dijo que sí de forma abierta, pero por cómo apartó la mirada entendí que así era. Se dio cuenta de que no me necesitaba, sin más. Que a esas alturas de nuestra relación y de su vida ya no me echaba de menos cuando no estaba.

—Me encontré con Luna un día y no sé por qué se lo conté. —Ahí venía la parte de la historia que me aterrorizaba escuchar—. Ella me dijo que te contara cómo me sentía. No fui capaz. Nos hicimos amigos. Al principio no pasó nada entre los dos.

—Ya.

Dobló una servilleta hasta convertirla en un triángulo pequeñísimo.

—Lo que pasa es que, en algunas ocasiones, las personas no nos damos cuenta de que estamos jugando con fuego hasta que nos quemamos —aclaró—. Después, siempre es demasiado tarde para volver atrás.

Desechó la servilleta y cogió otra.

—Más cuando uno no quiere —completé yo, porque parecía temeroso de decirlo en voz alta. A mí, cada palabra me dolía, pero más me había herido

no saber lo que había pasado ni por qué durante todo ese tiempo—. Supongo que era inevitable.

Blas emitió un suspiro hondo que me hizo saber que así era.

—¿Tú eras feliz conmigo? Feliz de verdad, quiero decir. ¿O solo era la costumbre de tenernos, la seguridad de que estaba ahí?

Me desconcertó la última parte de la pregunta. Sí que había sido feliz a su lado, también es cierto que, por aquella época, no pensaba demasiado en el estado de nuestra relación. Estábamos juntos, llevábamos años queriéndonos. ¿Qué otros factores había que considerar? Es probable que él sí que estuviera dándole vueltas en su cabeza, sopesando si valía la pena conservar una relación por el afecto de años y no porque siguiéramos enamorados. ¿Acaso ya no lo estábamos? ¿Me iba el corazón a mil por hora al verlo?

—Creo que sí que era feliz.

Él sonrió al escuchar el «creo» y al darse cuenta de la pequeña confusión que había aparecido en mi cara.

—En realidad, no importa. Eso no cambia que lo que hice fue horrible —expuso—. No es que quiera que me perdones, es que necesito que lo hagas, porque me está costando mucho poner en orden el futuro con el pasado al acecho. Que sí, que sé que es la culpa, que me reconcome, pero si pudieras considerar...

—Acepto tu disculpa, Blas —lo interrumpí—. Para mí tampoco es plato de buen gusto vivir con ello, ¿sabes? Cerrar esto de una vez por todas nos traerá más tranquilidad que dolor. —Esperaba, al menos, que fuese así, de lo contrario, me esperaban semanas muy malas, y no me apetecía estar triste, quería disfrutar de las cosas buenas que me pasaban—. Tengo que irme. Gracias por ser sincero, por fin.

Le di un apretón en el hombro al levantarme.

—Al vino invitas tú —le solté. Él sonrió—. Y espero que os vaya bien. Que merezca la pena. —Lo dije sin ninguna intención de hacerlo sentir culpable. Si habían detonado una bomba en mi vida por estar juntos, por lo menos que no se les fuese también al traste.

No sé por qué todavía tenía un cosquilleo amargo en el vientre, supongo que porque había cerrado la puerta con él y no con ella. Ese había sido el primer paso para olvidarlos, sin embargo, no podría salir de ese bar con la seguridad de que nunca más volvería a sentirme mal o de que podría sacar

la invitación de boda de debajo de la nevera y tirarla de una vez. ¿Por qué no la había lanzado a la papelera del rellano del edificio nada más recibirla?

—Alba —me llamó justo cuando me disponía a irme—, quiero que seas feliz como soñabas que ibas a ser conmigo, pero que estés muy despierta mientras lo eres, que no se quede solo en lo que deseas, que se cumpla, ¿entiendes?

Asentí, a pesar de que seguía dándole vueltas a lo que había dicho de que nuestra relación se había basado en lo que imaginábamos que seríamos y no en lo que estábamos siendo.

—Adiós, Blas —susurré.

—Ojalá pudiéramos decirnos «hasta luego».

Le sonreí sin más. Sin falsas promesas, sin «algún día nos veremos por ahí y nos reiremos de esto» o «no pasa nada, el tiempo todo lo cura». Si él pensó, por un solo segundo, que había ido hasta ahí para darle mi bendición, se equivocaba. Lo había hecho por mí, porque no merecía seguir cargando con ese peso.

Me fui sin contestar a su último comentario. En cuanto se cerró la puerta detrás de mí, empecé a llorar en silencio. Agradecí que la noche dejara que me camuflara en ella. Despedirse de alguien a quien has querido tanto te deja sin aliento. Simplemente, te arranca el aire a zarpazos y duele hasta puntos insospechables.

Caminé sin pensar en nada, la mejor sensación del mundo.

No sé cuándo había llegado a mi casa.

—¡Aquí estás!

Levanté la cabeza y vi en la puerta de mi edificio a mi madre y a Martín.

—¿Alba? —preguntó mamá al ver que me secaba las lágrimas con la manga de la chaqueta—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estabas?

—¿Qué hacéis aquí?

Martín se había quedado dos pasos por detrás de ella y me miraba muy serio, como si alguien le hubiera chivado las respuestas a las preguntas que no había hecho en voz alta.

—Veníamos a que nos invitaras a cenar.

Qué poco adecuado, porque yo solo quería quedarme hecha un ovillo en la cama y pensar, reproducir aquella conversación, sentirme mejor por haber comprendido algo muy doloroso: que no sabía ser feliz porque solo

era capaz de pensar en serlo, y eso no tenía nada que ver con Blas, sino que era un problema mío.

—Solo tengo sobras, si queréis vamos aquí al lado a por unos sándwiches.

—Alba, ¿qué ha pasado, cielo?

—Mamá, o vamos a por unos sándwiches o se va cada uno a su casa.

Conocía a mi madre, su mente debía de ir a mil por hora, figurándose qué podría haber sucedido, por qué estaba así. Pero Martín llevó la voz cantante.

—Yo lo quiero vegetal. Conozco un sitio que está bien.

—Estupendo —dije.

Eché a andar, sin esperarlos a ninguno de los dos. Me siguieron, los escuchaba mirarse. Sí, hay miradas que se oyen a kilómetros de distancia de lo intensas que son.

Comer unos sándwiches, fingir que nada importa, que le puedes echar un pulso al tiempo y que tienes posibilidades de ganar y recuperar lo que una vez te perteneció. Hacerlo mejor. O solo hacerlo, porque, por lo visto, vivir conmigo era una forma amable de decir lo contrario. Quemaba en algún lugar de la garganta. Deseé que no siempre fuera así y que, a medida que aceptara las cosas, se fueran diluyendo en la memoria hasta no quedar más que esos *déjà vu* que a veces se quedan después de una pesadilla muy vívida.

Me acompañaron a casa una hora después. Mi madre cogió un taxi, Martín se quedó frente a mí con las manos en los bolsillos. Saqué las llaves del bolso.

—Puedes subir, si quieres.

—¿Tú quieres que suba?

Habíamos tenido un día complicado los dos. Parecíamos dos bombas de relojería que podrían explotar en cualquier momento si jugábamos a activar los cables erróneos.

Le dije que sí quería. Necesitaba apartarme de los malos pensamientos, y si ya habíamos llevado nuestra relación de compañeros a una mucho menos profesional, que teníamos que guardar en secreto, ¿qué más daba que ocurriera una vez más?

Lo hicimos en el sofá media hora después. Apenas habíamos hablado. Él no me preguntó nada, yo no quise contárselo. Fue rápido y más intenso que la vez anterior. Estábamos hechos de la rabia acumulada y la soltamos en

forma de mordiscos, arañazos y una lucha constante por ver quién estaba encima. «El mejor sexo de mi vida», pensé. Pero cuando acabamos tuve que ir al aseo para evitar que Martín me viese llorar.

Me metí bajo la ducha y cerré los ojos. Un par de minutos después, él abrió la mampara.

—¿Puedo?

Le hice un hueco para que entrara. Me miraba igual que un niño que intenta encontrar la forma de arreglar un juguete roto, pero teme tocarlo por si se estropea todavía más y es imposible recomponerlo.

«No lo hagas», me dije.

Otra voz me empujaba a lo contrario, a que fuera un poco más real.

Rodeé su cintura con mis brazos y apoyé la mejilla sobre su pecho. No seguí llorando. Fue como si sus dedos acariciándome la espalda hicieran que todo volviera a su estado natural y yo tuviera cabida en él.

No sé cuánto estuvimos así ni me preocupó lo más mínimo lo que pudiera pensar. Cualquiera otro hubiese salido corriendo en cuanto hubiera tenido la más mínima oportunidad, sin embargo, Martín salió conmigo de la ducha. Nos secamos y nos vestimos con lo primero que encontramos a mano. Hacía fresco aquella noche, así que nos metimos en la cama y comimos galletas de chocolate hasta que al fin hablé:

—Te tendrías que ir, ¿no?

—Me voy a quedar hasta que te duermas.

—Ya sabes que me cuesta mucho.

Me apartó un mechón de pelo de la cara y me sonrió.

Fue extraño porque aquella noche no me costó nada conciliar el sueño. Debía de estar tan cansada que el cuerpo pensó que era una buena forma de desconectar del mundo. Pese a ello, no descansé. Tuve unos sueños horribles y muy intensos.

Hacia las cuatro de la mañana me levanté entre sudores fríos.

Martín ya no estaba. Me había dejado la lámpara de la mesita de noche encendida y una nota escrita de su puño y letra:

Espero que recuperes la sonrisa pronto.

Te veo mañana.

Martín

Volví a dormirme con la nota en la mano, después de leerla unas veinte veces. Esa vez dormí mucho mejor, aunque sentía algo a lo que no podía ponerle nombre en un lugar indeterminado del pecho.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

Eran las diez de la noche y estaba en un local donde se hacían *slams* de poesía. Loreto me había encargado un reportaje porque aquella noche recitaría una chica jordana que había revolucionado Twitter con sus micropoemas y era la nueva voz de muchas mujeres jóvenes.

@missvenusconsejos: La poesía puede curarte lo único que el tiempo no logra: el dolor.

Me había llevado a Julia conmigo, porque podía trabajar al tiempo que me tomaba una copa con mi amiga. Había estado más callada de lo que era habitual en ella, así que, mientras seguían interviniendo todos los participantes, aproveché para intentar sonsacarle si estaba bien.

—Sí, como siempre.

—Pues nadie lo diría —aseguré.

Tomó aire y le dio un buen trago a su copa. Parecía intentar armarse de valor para soltarlo de una vez por todas, sea lo que fuere que la estaba atormentando. La conocía lo suficiente como para saber que no se le daba demasiado bien guardarse lo que pensaba.

—Luna me ha pedido que hablara contigo.

Ya estábamos. No había ni un minuto de descanso, joder. Reconozco que, de haberlo sabido, no habría invitado a Julia a acompañarme. Hubiese preferido mil veces ir sola. Apenas habían transcurrido unos pocos días tras mi conversación con Blas. Me había costado interiorizarlo y, si era honesta, todavía no lo había hecho del todo. Solo necesitaba una tregua, por pequeña que fuese. Un tiempo lejos de ellos, porque yo también merecía ser feliz.

—Bien, pues habla.

—Quiere que vayas a la boda.

Intenté mantener a raya el tono de mi voz, pero creo que resultó en vano.

—Mira, Julia, yo puedo entender que no comprendáis por qué no voy, de verdad. Os respeto. Así que respetadme también. Si te importara un poco cómo me podría sentir viéndolos darse el sí quiero, ni siquiera me sacarías el tema. Te entiendo, ¿vale? —le dije cuando vi que quería interrumpirme —. Habéis recuperado la relación de amistad y quieres formar parte de su vida. No voy a meterme. Pero dejadme en paz.

No volvió a decir nada en la siguiente hora y yo estuve escuchando a Salma Hamidi hablar sobre el amor, la vida, la muerte y sentí una emoción enorme cuando recitó los últimos versos:

—Supongamos que nos morimos mañana;
que la vida ha sido esto.

Supongamos que podemos
secuestrar en el cielo, en el infierno,
al amor de nuestras vidas.

Supongamos que hemos amado a alguien
lo suficiente.

Supongamos que
nunca vamos a tener que echar de menos
lo que nunca nos perteneció.

Supongamos que nos morimos mañana.

Y nos morimos.

Y jamás podremos secuestrar al amor de nuestras vidas.

—No he entendido nada —murmuró Julia, aburrida ya de estar ahí, y muy molesta con lo que le había dicho. O puede que más por cómo se lo había dicho.

Yo sí que había comprendido el poema. Había recibido las palabras de Salma como si mi voz se hubiera escapado del pecho y retumbara con fuerza en el techo del local.

—Tengo que hacerle unas preguntas, ¿me esperas?

Julia puso cara de circunstancias. Sabía de sobra que prefería marcharse, no obstante, no estaba por la labor de que se produjera una despedida en la que las dos estábamos molestas. ¿Tan difícil era ponerse un segundo en mi piel? Me estaba esforzando por ser mejor persona. Es más, estaba convencida de que la gran mayoría de la gente los hubiese mandando a los

dos a la mierda y no hubiese estado dispuesta ni a escucharlos. ¿Por qué Julia no podía ser un poco más empática? ¿De verdad no comprendía que por lo menos necesitaba que ella, que era mi amiga, me diera espacio para reaccionar como quisiera y sintiera?

Al final se quedó y yo fui detrás del escenario, libreta en mano, el corazón moviéndose como un junco a orillas del río.

Salma Hamidi me saludó con un cálido abrazo y dijo que se sentía muy halagada de que la hubiéramos escogido a ella para el reportaje de *Miss Venus*, que no había nada original ni especial en ella, solo la estela que habían dejado en sus palabras otros poetas y escritores.

—Vengo de un país en el que a las mujeres las matan solo por atreverse a amar, no hablemos ya de decirlo a viva voz.

Me estremecí al escuchar aquello. En fin, uno está acostumbrado a escuchar de pasada noticias que nos parecen lejanas. En algunas ocasiones, da la impresión de que ni siquiera formamos parte de lo que sucede.

—Mi prima se suicidó el año pasado —me contó. Nos habíamos sentado en las escaleras de incendios—. Había hablado en secreto con un chico, a espaldas de su padre. Él amenazó con sacar las conversaciones y las fotos y ella, por temor a que su familia descubriera la verdad, acabó con todo.

—¿Qué hubiese pasado si sus padres...?

—Me temo que el final podría haber sido muy parecido.

Sopesé mucho sobre si hacerle la siguiente pregunta, pero tuve la certeza de que no se molestaría y que, incluso, podría verlo como una oportunidad para reivindicar cómo vivían muchas mujeres en Jordania.

—¿Es diferente para ti?

—Yo he tenido la suerte de decidir quién quiero ser. Sin el apoyo de mis padres, porque ellos tenían otros planes para mí.

—¿Quieres decir que no hablas con ellos?

—No quieren que lo haga. Para ellos, esto es un deshonor. Por mucho que respete mi religión, lleve el velo, cumpla con el islam, tener pensamientos y sentimientos y hablar de ellos es algo que no está bien visto. Pero, si las personas no amamos, Alba, si no podemos compartir nuestras inseguridades, nuestro dolor, nuestro amor con los demás, ¿acaso no estamos dejando de ser personas? ¿En qué nos convertimos entonces?

Tragué saliva en seco. Sentía una quemazón en los ojos.

—¿Por qué empezaste a escribir?

—Porque se me rompía algo dentro y necesitaba saber qué era.

—¿Y ahora lo sabes?

—He aprendido a no ponerle nombre a las cosas, solo a comprenderlas en sí mismas. No hay ninguna emoción absoluta, Alba, que exista por sí misma, siempre está ligada a otra, y a otra.

—Parece un puzle al que siempre le falta una pieza.

—Para eso estamos aquí, ¿no? Para buscarlas.

Fue extraño hablar con Salma, porque, por primera vez, sentía que alguien podía entenderme, aunque yo no le hubiese contado cómo me sentía. Había muchas cosas en las que no podía ponerme en su piel ni imaginar el choque cultural que había supuesto para ella llegar de un país tan diferente, donde el amor no era libre y ser mujer un castigo.

Invité a Salma a *Miss Venus* para que pudieran hacerle unas fotografías, pese a que yo me había llevado la cámara y le había sacado algunas mientras recitaba. Ella aceptó de buen grado y me dio las gracias una vez más por haberla escuchado.

Al salir del local, Julia me esperaba en la puerta. No se la veía contenta, sin embargo, después de lo que acababan de contarme en la entrevista, no podía parar de pensar en lo importante que era hablar las cosas. La pregunta de Salma se repetía incesantemente: ¿en qué nos convertimos entonces?

—No vas a enfadarte conmigo —le dije.

—Ah, ¿no?

—Venga, Julia, di lo que piensas, cerremos este tema de una vez. O abrámoslo, pero no te cabrees. No sin decirme por lo menos a qué se debe. ¿Tan mal lo estoy haciendo?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy triste, nada más. Fuisteis amigas toda la vida, mucho antes de que Eli y yo formásemos parte del grupo, y ahora no puedes ni ir a su boda.

—Tal vez porque se casa con mi ex, con el que me puso los cuernos —le recordé—. ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar? No es una pregunta retórica, te lo pregunto de verdad. Quiero entender por qué te estás tomando esto de manera tan personal, casi como si te doliera más a ti que a Luna.

—Ir. —No dudó ni un momento al contestar—. No te estoy diciendo que vuelvas a formar parte de su vida, no creo que debas. Pero ¿has pensado que para ti podría ser un punto de inflexión para olvidar y seguir adelante?

¿O te crees que te lo digo porque he elegido volver a ser su amiga como si nada hubiese sucedido?

Era justo lo que pensaba. Debió de verlo en mi cara.

—Alba, no.

Me cogió de la mano y seguimos caminando así, en silencio, durante un par de minutos.

—Lo pensaré, ¿vale?

A esas alturas, ya no sabía ni qué sentía al respecto. Estaba abrumada por todas las opiniones y sugerencias. No podía contentarlos a todos. Me sentía incapaz, por mí misma, de saber qué decisión era la correcta, así que me estaba dejando llevar por la marea.

Llegué al piso antes de lo que pensaba. No quería dormir, pese a que tendría que ir a trabajar al día siguiente. Pasé toda la noche escribiendo el reportaje sobre Salma Hamidi y viendo antiguas fotos con Luna que me hicieron sentir en medio de una historia que ya no me correspondía. Era como si le perteneciera a otra persona que no era yo.

Ya no era yo.

—Te ha quedado muy bien —comentó Martín, que lo leyó por encima a la mañana siguiente—. Qué suerte haber podido hablar con ella.

—Siento haberte dejado tirado con el trabajo del consultorio.

Él le restó importancia. En las últimas semanas, Loreto no hacía más que encargarme trabajos ajenos a la sección. Al principio, pensé que era algo bueno y que debía aprovechar las oportunidades que me daba, después me asaltó la duda de que, a lo mejor, ya no quería que siguiera formando parte del consultorio que había sido mío desde el principio. Quizá, poco a poco, estaba alejándose de él. Intentaba no darle muchas vueltas, sin embargo, de vez en cuando me costaba no sabotearme a mí misma.

—¿Qué haces mañana por la noche?

—¿Quieres pedirme salir? —le pregunté con ironía.

—Más bien quiero pedirte entrar.

—¿Qué?

—No seas malpensada, Alba. —Se rio y yo tuve ganas de hacerlo también—. Una lectora nos ha enviado un par de invitaciones a su local.

Me las tendió desde el otro lado de la mesa.

—«Elvira de la Torre: descubre lo que te depara el destino en el amor» —
leí en voz alta—. ¿Es una vidente?

Martín abrió mucho los ojos y puso cara de película de terror.

—Eso me temo —dijo con voz tétrica—. Y nunca falla. —Hizo una
pausa para reírse y después giró la pantalla de su ordenador en mi dirección
—. O al menos eso dicen los miles de comentarios de su página web. En
realidad, nos hace la competencia. Loreto quiere que vayamos y tomemos
buena nota.

Me encogí de hombros con el ceño fruncido y las tarjetas de Elvira de la
Torre entre las manos. No me gustaba saber lo que me deparaba el futuro,
prefería vivir con la incógnita, aunque bien pensando, teniendo en cuenta
que en el pasado no me había ido nada bien, preferí jugármela.

—Vale. Iremos.

—Creo que tampoco teníamos opción —se quejó él.

Apoyé la barbilla en el interior de la mano y lo miré con una sonrisa
curiosa en los labios.

—Tú no quieres ir —aseguré.

Él puso los ojos en blanco. Por supuesto que no quería: tal vez creyese en
la videncia, pero ¿en el amor? No. Me pregunté si tenía algo que ver con
sus padres o si, por el contrario, solo era un temor personal con el que ni
sabía ni quería lidiar.

—A ver, si pudiese evitarlo, lo haría, créeme. Lo que me extraña es que
tú no te opongas y hayas dicho que sí tan a la ligera.

Me encogí de hombros, sin apartar la vista de él. Todavía me costaba
comprender cómo podíamos estar juntos en la misma habitación, hablando
de cualquier cosa, si después nos encontrábamos a tientas en la piel del otro
y era más que evidente que nos deseábamos. Pero hablar de sentimientos
nos hacía traspasar esa barrera que tan bien habíamos construido.

—Bueno, supongamos que nos vamos a morir mañana... —dije citando a
Hamidi—. Pues veamos qué nos depara todo lo que no vamos a vivir, ¿no?

Martín pestañeó tres o cuatro veces seguidas.

—Te ha dado fuerte con Hamidi —comentó reconociendo la referencia.

La realidad era que, en las últimas semanas, me estaba implicando en
demasiadas cosas. Intentaba aprender a aceptar que el tiempo no regresa, y
cuando parecía tenerlo claro, recordaba aquello que aprendí en el retiro
espiritual: la vida es un camino de vuelta. Y todas las dudas resurgían

firμες, como si en ningún momento se hubieran tambaleado sobre la seguridad de que podría acabar con ellas.

—Es trabajo, solo piensa eso —añadí mientras le echaba un ojo a la agenda, no porque quisiera comprobar nada en concreto, sino porque la mirada de Martín hacía que todo cobrara un sentido diferente.

Tenía que alejarme cuanto antes de lo que empezaba a imaginar sin querer, si no quería volver a estrellarme contra la realidad como ya me había pasado. Tenía que buscar la forma de aceptar que lo que estaba empezando a sentir por Martín no podía decirlo en voz alta, sería la única manera de no perderlo.

Capítulo 23

Elvira de la Torre parecía la Bruja del Páramo de *El castillo ambulante*. No podría describirla de otra forma. Una señora muy grande, con pelo corto rojizo, casi electrificado, los ojos pintados de azul, labios rojos y una nariz ganchuda enorme. Como decía, su vivo retrato. Eso me arrancó una sonrisa, porque era una de mis películas favoritas.

Más que ambiente romántico, su local parecía destinado a hacer exorcismos. ¿Eso que había sobre la última balda de la estantería era una güija? El único que estaba ilusionado era Sandro, al que habíamos invitado porque Martín había asegurado que creía mucho en la adivinación, así tendríamos dos opiniones diferentes para la sección.

—Me encanta la ambientación —comentó—. Podría diseñar un vestido precioso con la tela de esa cortina —señaló.

Cada loco con su tema.

—¡Tomad asiento, por favor! —nos pidió Elvira de la Torre.

Ocupamos cada una de las tres sillas que rodeaban la mesa redonda. Ella se puso cómoda frente a una bola de cristal, en un sillón orejero de terciopelo naranja. Todo me parecía ridículo. ¿Qué se suponía que iba a adivinar? ¿Toda nuestra vida anterior? No veía la hora de acabar con aquella pantomima. Eso sí, me echaría unas buenas risas contándoselo a mis amigas después.

—¿Con quién empezamos?

Buena pregunta. Esperaba que Sandro se animara. Le brillaban los ojillos. Era un niño frente al pasillo de juguetes de los centros comerciales. No me defraudó, levantó la mano con entusiasmo.

La señora de la Torre hizo que expusiera las palmas de sus manos hacia arriba y recorrió las líneas sin tocarlas, igual que si estuviera dibujándolas

en el aire. Frunció el ceño en algunos momentos, en otros sonrió. Comenzó a hablarle de tres relaciones. Una del pasado, otra del presente y la última del futuro. Sandro la dejó decir sin interrumpirla.

—Amarás a los dos hombres, pero nunca como al primero. Sigues amándolo.

Se me encogió un poco el pecho y deseé que la buena señora se equivocara.

—Así es —asintió Sandro.

—Y él a ti, aunque ya no aparezca en la línea de tu vida, sigue en la del amor.

Prometo que Sandro se llevó una mano a la boca y ahogó un sollozo. Miré a Martín, que parecía comprender mejor que yo lo que pudiera estar pensando. Quizá porque sabía lo que Elvira de la Torre quería decir con aquello.

—De ti depende darte cuenta o no de que no se ha acabado para ti.

Sandro hizo un aspaviento de cabeza.

—Serás feliz si dejas que la vida siga su ciclo. Todavía tienes que aceptarlo. Encontrarás personas que te ayudarán a darte cuenta de que eres importante y mereces más.

Después de esas últimas palabras, me llegó el turno. No tuve ocasión de inventarme una excusa para salir corriendo. Tampoco pude fingir un desmayo de lo más teatral. Hubiera quedado muy acorde al escenario. Me sentía dentro de una película *random*.

—Alba, tu línea del amor tiene demasiadas bifurcaciones —murmuró después de hacerme seguir el mismo proceso que Sandro.

—¿Qué significa? —pregunté muy concentrada. Tenía que retener todos los detalles posibles para redactarlo después. A Loreto le gustaba que fuese lo más minuciosa posible, según ella, eso era lo que hacía que fuese real.

Pareció dudar ante la pregunta. Tomó mi mano entre las suyas y siguió observando. De pronto se mostró más confundida que yo.

—Tienes el corazón confundido —susurró.

Tragué saliva. Era una bonita manera de decir que no sabía en absoluto lo que sentía. O que mi corazón lo tenía muy claro, pero que era yo la que lo confundía al intentar hacerle creer que era otra cosa.

—Te has hecho daño otras veces y no quieres regresar a ese lugar, por eso, cada vez que la línea está más definida, te apartas —explicó.

—Me han hecho daño, no me lo he hecho yo —aclaré.

Elvira de la Torre no estaba de acuerdo en absoluto. Negó con vehemencia.

—Oh, no, Alba. Está claro que aquí —tocó una línea pequeña— te hicieron daño, sin embargo, todo lo demás es tuyo. Tu dolor. Por ti. La mayor parte del tiempo son las decisiones que tomamos las que nos llevan a ese punto. Elige con prudencia en adelante.

Tuyo. Mi error, mis constantes errores. ¿Eso era lo que intentaba decirme? Por lo visto, en lo que a mi vida sentimental se refería, era una fracasada. Puede que no usara aquella palabra, aunque eso no hizo que me sintiera mejor.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —pregunté algo más borde de lo que quería.

—No soy yo quien debe decírtelo, sobre todo, porque, muy en el fondo, tú lo sabes de sobra. Nunca acabamos de pasar la página hasta que no leemos la última palabra, ¿verdad?

Tuve que hacer un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. ¿Por qué me hablaba en clave? Yo os lo diré: porque era la forma sencilla de los adivinos de hacerte creer que te está diciendo lo que tú estás pensando. Yo tenía la mente en blanco, siempre había tenido facilidad para hacerlo cuando algo no me interesaba.

—Para ti, es la misma persona. Solo hay una dentro de tu línea del amor.

El fruncimiento de mi ceño debió de hacerle comprender que aquella aclaración seguía careciendo de sentido para mí y que, si bien para ella parecía tenerlo, yo ignoraba a qué se refería. Aunque reconozco que mi primer pensamiento fue para Blas. Solo había una persona. ¿Sería él? ¿No volvería a querer a nadie nunca?

Miré de reojo a Martín. El corazón latió más fuerte. ¿Y eso qué se suponía que era?

La señora de la Torre no me dijo más. Solo eso. Y una parte de mí lo achacó a que en el fondo era una timadora, pero ¿por qué no intentaba adornarlo con detalles, pese a que fuesen falsos? Así por lo menos podría despertar algún tipo de interés en el cliente. Quizá darme un poquito de esperanza.

Le llegó el turno a Martín, que no estaba por la labor de que nadie comentase nada sobre su vida amorosa, por ridículas que sonasen las

palabras de Elvira de la Torre.

La mano de mi compañero era grande entre las de la mujer. Posó los ojos en cada una de las líneas. De los tres, con él fue con quien se mostró más tranquila. No entreví en su rostro ninguna emoción. Habló varios minutos después, cuando el incienso de canela había logrado ya que me escocieran los ojos.

—Siempre tienes claro lo que quieres y lo que no, y eso te ocurre también en el amor. No lo quieres, pero él te busca. Pero te cuesta cada vez más esconderte, ¿no?

Martín hizo una mueca, no sé si de asentimiento o de querer exigir que le devolviera el dinero que no había pagado por recibir los servicios de la pitonisa.

—Quieres que te quieran, sin embargo, no confías en ti, en que te lo merezcas, y eso te impide avanzar, por eso la línea del amor es tan corta en tu caso.

Si me creía sus palabras, eso significaba que lo que Martín me había dicho de que no creía en el amor era cierto. Se resistía a tener que sufrir, quizá como hacían millones de personas a diario. Eso sí, como a todos a los que nos han roto el corazón alguna vez, deseaba, de todos modos, que lo amaran.

—Hay un amor muy grande que ha marcado tu vida y es el que te impide pensar que puedes tener algo parecido con alguien.

Sus padres. Pude verlo en sus ojos, en los *flashes* que me llegaban de los momentos compartidos. Julieta y Pablo, ellos eran su referente y, mientras sospechase que no podría alcanzar la conexión que tuvieron, nunca se abriría del todo con nadie. Darme cuenta de eso, pese a que se tratase de una suposición, hizo que me sintiera triste en lo más profundo de mí.

—Pero te equivocas —le dijo entonces Elvira de la Torre—. Hay amores que son eternos y hay amores que simplemente son. No se pueden medir. Y como son, hay que dejar que sean, Martín.

Él retiró la mano con cuidado. Vi en sus ojos un atisbo de preocupación. No era el único. Su amigo Sandro lo miraba taciturno. Tal vez podía alcanzar a comprender lo que para mí no acababa de coger forma.

—Ha sido un placer teneros aquí.

Nos habíamos quedado los tres cabizbajos, mirándonos las palmas de las manos con atención. Si lo analizábamos en frío, en realidad no nos había

resuelto ninguna duda en particular, solo había dado pinceladas de emociones muy genéricas que cualquiera podría experimentar. El problema era la sugestión: leer en sus palabras lo que se parecía a nosotros.

Estábamos poniéndonos en pie para marcharnos cuando Elvira de la Torre extendió su mano y atrapó la mía al vuelo, con una delicadeza tal que me invadió una sensación de alivio.

—Alba.

La observé con cautela. Tragué saliva en seco. Esperaba que no me anunciara mi inminente muerte o que me deslumbrara con alguna otra metáfora.

—Quizá puedas demostrar que se equivoca.

—¿Quién? —pregunté en voz baja, imitándola.

—El amor de tu vida.

Sandro y Martín me esperaban en la puerta. Elvira me soltó y me dedicó una sonrisa, la primera desde que habíamos entrado.

Me fui de ahí más confundida de lo que había llegado. ¿Tenía que demostrarle a Blas que se había equivocado? ¿Conmigo o con Luna? ¿Con las dos? Pues qué bien no tener ni la más mínima idea de lo que me estaba aconsejando.

—Ha sido toda una experiencia, gracias por invitarme —dijo Sandro en cuanto estuvimos de nuevo en la calle.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida.

Él me explicó que sí, que había dicho todo verdades, por lo menos de lo que tenía que ver con su pasado. Su exnovio había fallecido dos años atrás de cáncer de pulmón. Martín no dijo nada, miraba el móvil y parecía estar a años luz de ahí.

—¿Nos tomamos una copa? —sugirió Sandro unos minutos después, al vernos a los dos tan abstraídos.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, chicos, me tengo que ir. Mañana es mi cumpleaños y mi padre me ha enviado por error el correo con la invitación a mi propia fiesta sorpresa —expliqué con cara de circunstancias—. Tengo que irme a ensayar mi cara de sorpresa. Y a adelantar trabajo para tomarme el día libre.

Martín guardó el móvil y volvió a prestarnos atención.

—¿Mañana es tu cumpleaños?

Asentí sin mucho ánimo, no porque fuera de esas personas a las que no les gustaba celebrar sus cumpleaños, sino porque conocía de sobra a mi familia como para saber que la armarían buena, y más después de haberme negado de plano a hacer ninguna fiesta el año anterior.

—¿Queréis venir? —pregunté entonces. Supuse que tenía derecho a invitar a mi fiesta a quien me diese la gana.

—Claro —contestó Sandro, sin pensárselo siquiera—. ¿Verdad, Martín?

Él sonrió y se acercó para pasarme un brazo alrededor de los hombros. Me dio un apretón y deseé que su olor se quedara pegado a mi ropa y me acompañara toda la noche. Juro que lo hubiese besado ahí mismo, ganas no me faltaban. Pero no podía.

—Será en casa de mis padres —expliqué. Martín ya había estado, sin embargo, no sabía si podía hacer referencia a esos momentos que compartíamos fuera del trabajo delante de su amigo—. Os pasaré la ubicación —me limité a decir.

—¿Y cuántos cumple? —preguntó Sandro.

—Mis padres se encargarán de que os deis cuenta nada más llegar, tranquilos.

Ambos rieron, supongo que más por la ironía que empleé que por el comentario en sí.

Nos despedimos ahí mismo. Si hubiese querido contentar a la organizadora de la celebración, es decir, a mi madre, tendría que haberme comprado algún vestido, pero tenía claro que pensaba ponerme unos vaqueros y un jersey de cuello blanco. Al fin y al cabo, se suponía que era sorpresa y que no tenía por qué saberlo, ¿no?

Mientras regresaba a casa en el metro, recibí un mensaje de Martín:

Martín: Tenías que haberme dicho que era tu cumpleaños...

Yo: No me pareció importante.

Martín: ¿Y qué te regalo?

Yo: Cualquier cosa menos otra sesión con Elvira de la Torre.

Martín: ¿Y una sesión conmigo?

Tuve que reírme. Era justo lo que había pensado unos minutos antes de separarnos.

Yo: Eso me gustaría bastante.

Martín: Me llevaré ropa de cambio para mañana, entonces.

Yo: ¿Para qué? No creo que haga mucha falta.

Martín: ¿Se va a convertir esta conversación en sexting?

Yo: Espero que sí.

Martín leyó el mensaje. Arriba en el chat aparecía la temible palabra «escribiendo». Y pasó algo más terrible aún, dejó de hacerlo y no me envió ningún mensaje. Me mordí el labio, nerviosa. Nos habíamos acostado, podíamos hablar de ello, ¿verdad? ¿Y si no?

Empecé a mover el pie, nerviosa. La señora que estaba sentada a mi lado me miraba de reojo, con ganas de arrancarme la pierna y lanzarla al otro lado del vagón. No me dejé impresionar por su expresión amenazante.

Cuando salí de la estación, seguía en línea, sin contestarme.

—Mierda.

¿Para qué me había hecho aquella pregunta si no quería que le siguiera el juego?

Hice algo que no solía hacer. Le envié un audio. Me parecía más natural, y si me escuchaba no habría lugar a que entendiera mal lo que quería decir.

—No pretendía asustarte. Pensaba que tenías más aguante para el flirteo.
—Antes de enviarlo me reí.

El doble *check* azul apareció al momento. Eso quería decir que seguía en mi chat, pese a estar callado como un mero espectador de los acontecimientos. Lo escuchó casi al momento de recibirlo.

Pasaron diez, quince, veinte segundos. Nada. Martín se había quedado mudo. Estaba ya empezando a preocuparme cuando vi que estaba grabando algo. Saqué los auriculares del bolso y los conecté al móvil. Ahí estaba su audio:

—*Creo que ya he demostrado mi aguante de sobra, ¿no? Pero si crees que no he estado a la altura, tal vez pueda esforzarme más mañana por la noche. Ahora déjame seguir con mi misión. Y no, no puedes preguntar cuál es.*

Fin del audio. Me había escrito un mensaje justo después:

Por cierto, ¿eso ha sido un audio?

Incluso yo estaba sorprendida de que no me hubiera molestado lo más mínimo recibir el suyo, no como la primera vez que lo hizo. Poco me faltó para decir algún impropio. Espera, si lo hice...

¿Qué era ese pequeño pálpito en la boca del estómago?

Solo tenía ganas de sonreír, pero todos sabemos que no hay labios que sostengan una sonrisa en un para siempre porque, tarde o temprano, la borra la realidad.

@missvenusconsejos: Qué bonitos esos momentos de felicidad. Y qué bien no tener ni idea de lo que nos deparará el futuro. La vida se vive, no se predice. #sorpresas

OceanofPDF.com

Capítulo 24

Mis padres no habían escatimado en gastos. Sus planes de pensiones debían de haber sido retirados del banco para cubrir toda esa cantidad de globos, comida, regalos y la tarta de tres pisos, como si estuviera a punto de casarme en vez de cumplir veintiséis años, que, como bien había augurado el día anterior, estaba bien a la vista de todos no fuese a ser que alguien tuviera la duda. Estábamos todos ahí. Habían invitado hasta al señor Muñoz, nuestro cartero de toda la vida.

Me hice la sorprendida. A mamá le hubiese gustado que llorara de la emoción por encontrarme con todo aquello, pero no hubo forma, así que tuvo que conformarse con verme sonreír de oreja a oreja mientras abrazaba hasta a los árboles. Eli y Julia no hacían más que reírse entre dientes cada vez que alguna de mis tías abuelas me tiraban de las orejas y me besaban en las mejillas de forma muy sonora.

Estaba jugando con mis sobrinos en el momento en el que escuché los ladridos y me volví. Martín acababa de aparecer con Sandro y... ¡con Coco y Piña!

—¡Hola! —dije gesticulando mucho mientras iba hacia ellos.

Llevaba colgados del cinturón un montón de globos con los que mi hermana se había empeñado en decorarme con el fin de hacerme unas fotos de recuerdo. Piña me saludó con un lametón en la cara y Coco no se despegó de mí ya en lo que restó de cumpleaños.

Mi hermana aprovechó ese momento, acucillada junto a Coco para sacarme una fotografía. Después, abracé a Sandro y a Martín, que me retuvo entre sus brazos unos segundos más de la cuenta, lo que provocó ciertas miradas y cuchicheos por parte de mi familia. Qué bien todo, oye.

Los llevé junto a Julia y Eli y los presenté. Mis amigas, que no eran nada sutiles, les hicieron un buen repaso a los dos. A uno más que a otro, todo sea dicho. Llevaban varios días haciéndome insinuaciones extrañas. Supongo que se debía a que no había tenido mucho cuidado en los últimos días y hablaba de Martín más de lo que era normal.

—La madre que me parió —comentó Eli a los pocos segundos.

Le había dicho a Martín que dejara sueltos a los perros, había jardín de sobra. A mi madre casi le dio un ataque al corazón, pero ¿no se suponía que yo era la cumpleañera y que tenían que complacerme en todo?

—Es muy guapo, ¿eh? —añadió Julia.

—Así cualquiera va a trabajar con esa sonrisa que llevas puesta últimamente.

—Eli, pero si estoy como siempre.

—Mentira —contestó Julia—. Aquí me huele a... —Hizo un gesto con la mano, intentando atraer el aire hacia su nariz—. ¿A qué huele aquí, Eli?

—A sexo —contestó esta en un susurro.

Puse los ojos en blanco y me marché de ahí echando leches. Tendría que decírselo tarde o temprano. Lo haría cuando estuviera preparada, porque no sabía qué nombre ponerle a lo que había entre Martín y yo.

Ignoro cómo, pero el cumpleaños no se me hizo tan cuesta arriba como esperaba. Desde que había llegado Martín, de golpe, me habían entrado ganas de pasármelo bien. Supongo que, si hubiera prestado atención a las señales, habría entendido a tiempo por qué.

Me cantaron el cumpleaños feliz. Veintiséis velas encendidas. Siempre pidiendo un deseo antes, como bien me recordó mi sobrino Teo. Todos los años deseaba que todo siguiera igual, porque antes creía ser feliz, sin embargo, ese año, todo estaba al revés y, a esas alturas, ya no sabía si quería recolocar o seguir volteando, de formas inesperada, ese orden casi patético en el que me había acomodado.

Soplé las velas.

—¡Genial! —aplaudió mi madre, que me seguiría tratando el resto de su vida como si tuviera cinco años. La quería muchísimo por eso y porque, mientras me viera de ese modo, no podría ponerles nombre a todas las cosas que me herían—. Ahora toca abrir los regalos.

Martín me sonrió y yo sentí el rubor en las mejillas antes de que apareciese. Él debió de darse cuenta, porque arqueó una ceja. Tuve que

mirar hacia otro lado para que no me traicionara el subconsciente y alguien se percatara de que ahí no saltaban chispas, estallaban bombas.

Mis padres me regalaron una aspiradora. Les pregunté si era una indirecta para que limpiara más. Todos se rieron. Mi cuñado optó por un neopreno. Estaba empeñado en que debía aprender a surfear, en Madrid, y yo no hacía más que recordarle que era una pésima nadadora, pero no le importaba. Mi hermana había elegido varias cremas *antiage*, porque a partir de los veinticinco perdemos un dos por ciento de colágeno al año. El resto de mi familia optó por cheques regalo y yo agradecida de poder invertir el dinero en algo más útil que un juego de tazas de café o unos zapatos que no me pondría nunca.

Sandro dio un paso al frente cuando acabaron todos y me entregó una bolsa grande de cartón de una conocida marca. Saqué una caja igual de bonita y de dentro un vestido verde de tirantes. Era precioso.

—Ahora que empieza el calor, te sentará muy bien —comentó.

Tenía que fiarme de él, que era diseñador y me había probado los suficientes vestidos para saber cuál me quedaría mejor.

—Y antes de que me digas que no eres una chica de vestidos, tenemos el complemento perfecto para que te lo pongas —aclaró.

Chasqueó los dedos y Martín se acercó para dejar su regalo.

Una bolsa de Converse.

—La idea ha sido suya —aclaró Sandro—. Dijo que, si no, el vestido se moriría de pena en tu armario, y no podía permitirlo. Que conste que no soy yo muy fan de la combinación.

Martín le dio un codazo y su amigo puso cara de que le daba igual lo que le dijera.

Abrí la bolsa. Dentro había unas converse color cáscara de huevo con flores de colores bordadas. Me encantaban. De todo lo que me habían regalado, eso, sin duda, era lo que más me gustaba.

—Son muy bonitas, Martín. ¡Me encantan las zapatillas!

—No me digas, no me había dado cuenta —contestó él, irónico.

Pues claro que se había dado cuenta, me veía a diario en el trabajo.

—Muchas gracias, de verdad.

Me levanté de la mesa. Abracé a Sandro, que bailoteó un poco mientras le agradecía el vestido y le prometía que me lo pondría en cuanto empezara de verdad la nueva estación. Después le tocó el turno a Martín. Si le daba

otro abrazo, corría el riesgo de que mi familia se pusiera a silbar y a dar palmas. Les gusta un salseo más que a los guionistas de las series turcas.

—Que te dé igual —susurró él al darse cuenta de que no me decidía y miraba a un lado y a otro, con carraspeos de por medio.

—¿Qué?

—No nos importa.

Me hizo sonreír el brillo de sus ojos y esa despreocupación. Di un paso adelante y lo abracé fuerte. Ojalá hubiera podido decirle que él no podía figurarse lo mucho que significaba el tiempo que habíamos compartido y cómo me había ayudado solo estando, sin más.

Me rodeó la cintura y me levantó un poco del suelo.

—Si van a cotillear, que lo hagan con argumentos de peso —dijo en voz baja.

Solo Martín podría decir algo así aun sabiendo que a mí me ponía nerviosa que la gente me mirara, incluso si se trataba de mi familia.

—Y ahora invítame a tarta antes de que te bese aquí y ahora.

Tuve que reprimir las ganas de hacerlo yo misma, porque no me faltaban, como sí comenzaba a hacerlo su olor por las noches y su risa cuando me escondía en las voces de mi cabeza.

Sí, tendría que haberme dado cuenta. Percatarme de que no podía apartar los ojos de él, de que me apetecía verlo a cada segundo, de que, estando sola, su sonrisa acudía a mi mente.

—A tu madre no le hace mucha gracia que haya traído a los perros, ¿no?

Me distrajo su pregunta del brillo de sus ojos y de la forma en la que le caía el pelo sobre la frente.

—¿Y a quién le importa?

—¡Alba! —me regañó, incrédulo de que hubiera dicho eso—. Los he traído porque me daba pena dejarlos solos en casa y como... —agachó la cabeza hasta que sus labios estuvieron cerca de mi oreja— me voy a quedar a dormir contigo...

Se me erizó la piel al sentir su aliento tan cerca de mi piel.

—Me encanta que los hayas traído, Martín.

—Creo que te quieren más a ti que a mí, en realidad.

—No quería ser yo quien te lo dijera, aunque tampoco me extraña —comenté a modo de broma.

—A mí tampoco —añadió él.

Estaba intentando buscar alguna respuesta ingeniosa cuando mi cuñado gritó a viva voz que se autonabraba DJ oficial del evento y que iba a poner música que nos hiciera levantarnos de las sillas y mover el esqueleto. Mi madre por los suelos, por supuesto. Supuse que antes de que el marido de mi hermana pudiera elegir qué canción pondría, Nieves, dueña y señora de todo aquello, acabaría dándole órdenes explícitas sobre lo que ella quería escuchar.

Aproveché el revuelo entre la gente, que ya estaba pidiendo sus canciones predilectas, y las objeciones de la matriarca de la familia para tirar de Martín y llevármelo a la parte delantera de la casa.

—¿Me vas a secuestrar?

—Después de besarte, a lo mejor.

Martín sonrió contra mis labios cuando me puse de puntillas para rodearle el cuello. Nos besamos de una forma diferente a todas las anteriores, igual que si se apagara una ciudad entera para que tuviéramos la suerte de compartir un momento como aquel. Había deseo entre nosotros, pero, sobre todo, sentí una corriente de afecto que me hizo sentir a salvo.

—Feliz cumpleaños —susurró. Su nariz rozaba la mía y me acariciaba la mejilla con la mano izquierda mientras la otra seguía en la parte baja de la espalda—. Espero que nunca dejes de ser tú.

—¿Y cómo soy yo? —pregunté con la cabeza inclinada hacia un lado y las dos manos enlazadas alrededor de su cintura.

—Eres Alba.

—Oh.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí a carcajadas. Él me sostuvo para que no me cayera y me dio un beso en el cuello mientras se acoplaba a mi risa. Levanté la cabeza muy poco a poco. Me encontré a dos centímetros de su boca y los recorrí rápido. Martín me besó de ese modo que no se explica con palabras, sino con la emoción al darte cuenta de que el corazón se dispara.

Nos apartamos un poco después. Ni siquiera me importaba que alguien pudiera habernos visto. Igual es que incluso quería que lo hicieran.

—Va a ser verdad eso de que tu familia es muy fan de BTS, ¿eh? —comentó un minuto después, mientras seguía perdida en sus ojos. Sonaba una canción a lo lejos.

—Yo nunca miento. Es el único punto de unión entre mi madre y mi cuñado.

—¿Por qué tu madre es tan poco receptiva con él?

—Supongo que porque son muy diferentes, pero Jim es una gran persona.

—Pues yo me llevo genial con tu madre.

Me encogí de hombros.

—No es una cosa habitual.

Vi que agachaba la mirada y se mordía el labio inferior. Quería preguntarme algo y no sabía cómo hacerlo.

—¿Y con él? ¿Qué relación tenía?

¿Por qué le interesaba saberlo? Le contesté la verdad:

—Blas no era muy familiar, ¿sabes? No se llevaban mal, pero tampoco quiso nunca pasar demasiado tiempo con los míos.

Había olvidado que esa era una de las cosas que más me dolían de cuando estábamos juntos. Era un chico desapegado de los suyos y yo era todo lo contrario.

Martín me besó en la frente y pasó un brazo alrededor de mis hombros. Me propuso que regresáramos a la fiesta con los demás. Supuse que se había arrepentido de sacar a relucir el tema el día de mi cumpleaños.

Toda mi familia estaba en medio del jardín, bailando al ritmo de *Boy With Love*. Teo persiguiendo a Coco y Piña. Mi cuñado sacando a bailar a mi madre. Eli y Julia dando vueltas sobre sí mismas. Martín a mi lado. Todo era un desmadre y yo no podía dejar de sonreír. Todas las personas que quería estaban ahí.

Todas las personas que quería...

Por un momento pensé que eso sí que no lo hubiese cambiado por nada. Que se quedara para siempre. Ese día y él, justo a mi lado, con los nudillos de las manos rozándose en silencio.

Me empujó hacia delante.

—Creo que echan en falta a la cumpleañera. Te sigo.

Así fue como acabamos en medio de todo el mundo, dando saltos y bailando de forma ridícula, sin coordinarnos lo más mínimo.

Sí, debería haberme dado cuenta de la facilidad con la que encajaba Martín en mi vida, de que parecía haber un sitio reservado para él, pero no lo vi porque, por primera vez, no estaba pensando en cómo quería que fuesen las cosas, sino que estaba dentro de ellas, dejándome llevar.

Y me sentía tan bien que me descuidé.

OceanofPDF.com

MARTÍN

¿Y si la quería? Tal vez la quería. La quería.

—¿En qué piensas?

Sandro me miraba de reojo con ojos inquisidores.

—En cosas.

—En ella —aclaró rápidamente, para que no pudiera cambiar de tema como había hecho las últimas veces que había mencionado a Alba.

—No, si, en realidad no, yo solo... Puede.

Mi amigo se rio de mí igual que si estuviese viendo un programa de monólogos humorísticos. Después de todos los años que llevábamos siendo amigos, estaba más que acostumbrado a que no hablara de mis sentimientos.

—En su cumpleaños se te caía la baba.

—¡Qué va!

—¡Que viene! Mira, el amor dando la vuelta a esa esquina.

—Calla ya. —Le di un empujón. Él se rio, yo no. No tenía nada que ver con su broma, sino con la verdad que asomaba a su alrededor.

—No es un pecado enamorarse, Martín, aunque no entrase en tus planes.

Fruncí el ceño. Se repetía la pregunta una y otra vez.

—Es que no sé si estoy enamorado.

—Oh, cariño, si tú no estás enamorado, que me caiga a mí un rayo ahora mismo.

Se detuvo en mitad de la calle, abrió los brazos y miró al cielo.

—¿Ves?

Tuve que reírme. Pensé podía ganar unos minutos antes de contestar.

—Díselo ya.

—¿Que le diga qué?

—Que eres tonto, pero que la quieres.

—No es tan fácil.

—Pues haz que lo sea, Martín. ¿No te parece que hasta ahora siempre ha sido demasiado difícil para ti? Encuentra el modo o el tiempo, no lo sé. Pero haz algo. Tal vez no haya un después, ¿lo has pensado? A veces los después son solo un deseo vacío.

OceanofPDF.com

Capítulo 25

Mientras subes, la montaña rusa parece infinita, pero el segundo previo a caer tienes la sensación de que vas a sentir el corazón yendo a tres mil por hora. Luchas contra tu propio cuerpo, quieres escapar, gritar, reír, a veces llorar.

Eso es lo que sientes cuando te enamoras de alguien, solo que no te das cuenta de ello hasta que estás arriba. Subes con los ojos abiertos y ves todo menos lo que tienes delante. Solo te dejas llevar, porque, si estás bien sujeta, ¿qué puede salir mal?

Los cuatro días libres que tuvimos en Semana Santa los pasé a medio camino entre la casa del pueblo de mis abuelos, como ya era tradición, y la furgoneta de Martín. A mis padres solo les dije que tenía que regresar a la ciudad a acabar algo del trabajo que había dejado a medias. Podríamos decir que no era del todo mentira, a fin de cuentas, retomamos lo que no habíamos acabado la vez anterior.

—¿Qué? —le pregunté.

Martín acababa de besarme justo encima del ombligo y sonreía.

—Nada, que estás preciosa después de hacer el amor.

Me tapé la cara con la sábana, muerta de la vergüenza. Él la retiró con delicadeza y nuestros labios chocaron en un beso sonoro y en un segundo más húmedo.

—Tú también estás precioso —acabé diciéndole para arrancarle una sonrisa inmensa que escondió en mi cuello y la transformó en pequeños besos y en un ronroneo que detuvo en mi hombro, donde se recostó.

Adoraba que se tumbara a mi lado, sin decir nada.

No habíamos hablado ni una sola vez de la relación que teníamos, de lo que éramos. Y me gustaba, aunque solía atormentarme la idea de no saber

hasta cuándo podríamos ser ni decir qué seríamos.

Solo éramos.

Éramos compañeros de trabajo. Los mejores, en realidad.

Éramos amigos. Podía pensar en voz alta la mayor parte del tiempo, menos en los instantes en los que, de repente, se me aceleraba el corazón al escuchar su voz al otro lado del pasillo o cuando me despertaba a medianoche con un beso en la barbilla para decirme que se iba.

Éramos amantes, de esos que se abrazaban con los ojos después de haberlo hecho con los cuerpos. De los que se muerden, se arañan, ruedan por el colchón, se empapan de la saliva del otro y nunca es suficiente para que se te pasen las ganas de desnudar al otro.

Éramos Alba y Martín, nada más y nada menos.

—Un beso por tus pensamientos —comentó.

Yo ya creía que se había quedado dormido.

—Pensaba en que me gusta estar contigo —me atreví a decir.

Se me secó la boca, no voy a mentir, me estaba asustando un poco la idea de que pudiera levantar una barrera entre los dos y decir hasta aquí. Me asustaba que lo hiciera él, pero, sobre todo, me atemorizaba que lo acabase haciendo yo.

—Del uno a la sopa del señor Wang, ¿cuánto te gusta estar conmigo? —preguntó.

Sus dedos zigzagueaban por mi vientre, hacia abajo y hacia arriba, tensándome los músculos.

—¿El tope es la sopa?

—Sí.

—Pues me gusta hasta la sopa.

—Me hubiera sentido defraudado si hubieses contestado otra cosa —aseguró.

Y yo lo creí, porque era difícil no hacerlo al mirarme de aquella manera. No parecía importarle que me hubiese sincerado, aunque él no dijera que se sintiese igual que yo.

Acomodé la espalda contra su pecho desnudo. Sentí su nariz entre mis omoplatos y sus dedos colándose entre mis piernas.

—Espero que te hayas dado la vuelta solo porque estás más cómoda así y no porque no te haya dicho lo mucho que me gusta estar contigo también. Porque supongo que sabes que me gusta.

Lo miré por encima de mi hombro con una sonrisa en los labios.

Así era Martín, nunca dejaba de sorprenderme lo puro que podía ser, sin ocultarse, sin silencios con los que pudiera arriesgarse a hacerme el más mínimo daño.

Se me escapó un jadeo al colocar la pierna entre las mías. Sus dedos siguieron jugando a volverme loca un poco más de lo que ya lo había hecho unos minutos atrás.

—La última vez que estuvimos aquí, tenías mucho sueño —logré decir.

Mi espalda se arqueó al acelerar el ritmo de su mano y al sentir su lengua en mi cuello.

—Intentaba portarme bien.

Su boca llegó hasta mi pezón.

—¿Ya no te quieres portar bien?

—¿Quieres ver lo bien que me puedo portar?

En lo que dura un parpadeo, me colocó boca arriba y quedó suspendido sobre mí. Se mordía el labio, el pelo le cubría los ojos. Mis dedos fueron directos a su barba, le acaricié la mejilla y luego tiré de su mentón hacia abajo para que me besara. Lo hizo, pero, después, en vez de seguir, dejó caer el peso sobre mi cuerpo, apoyó la mejilla sobre mi pecho.

Permanecí unos segundos sin reaccionar, sin comprender qué había sucedido. La furgoneta se volvió helada, aunque nuestros cuerpos estaban tibios. La sensación en el estómago era de vértigo, aterrador.

¿Por qué lloraba Martín y por qué me dolía que lo hiciera?

Lo rodeé con los brazos y las piernas. Sentí que se estremecía.

—¿Te estoy abrazando demasiado fuerte?

—Abrázame más fuerte si puedes. Y no me sueltes.

Temblé. Hice lo que me pedía. Nos cubrí a los dos con la manta y dejé que se quedara entre mis brazos hasta que se derramó sobre mi piel y sentí las lágrimas resbalar sobre mi pecho. Lloraba en silencio y yo no sabía cómo consolarlo. Quería encontrar la forma de arrancarle el dolor y lanzarlo a años luz de él, y que así nunca volviese a alcanzarlo.

Martín se rompió, tan cerca y tan lejos de mí... Tal vez por eso quería que no lo soltara, para que pudiera sentir que había algo cerca de su tristeza; alguien que podría sujetarlo. No dejaba de pensar en qué podría haber visto en mis ojos para derrumbarse así.

—Estoy aquí.

Dos palabras que no podían curarlo, ni siquiera podrían cubrir la herida. Lo sabía y, pese a ello, las repetí tres, cuatro, cinco, seis veces. Las repetí porque intentaba creérmelas, sin embargo, cuánto más las decía, más lloraba Martín y más miedo tenía yo a que no fuese suficiente con quedarme a su lado.

—Perdona —dijo con la voz quebrada—. Perdona, Alba.

—No tengo nada que perdonarte.

Agradecí que no volviera a disculparse por llorar de ese modo tan desconsolado. Martín, que tenía la sonrisa más bonita del mundo, también poseía las lágrimas más amargas, y esas dos versiones de sí mismo vivían una al lado de la otra, sosteniéndose con el objetivo de que ninguno de los dos ganara.

—Mírame —le pedí.

Él se resistió al principio a despegarse de mi piel, aunque acabó cediendo después de insistir un poco más, de acariciarle el pelo y regalarle un beso. Le sequé las lágrimas con los pulgares. Se le habían enrojecido los ojos y la nariz y tenía los labios hinchados de tanto mordérselos al llorar en silencio.

Apoyó la frente sobre la mía tras mirarnos sin decir palabra. Cerramos los ojos y no hizo falta nada más que eso para que Martín se serenara y volviera a respirar.

Éramos, y lo que sea que fuésemos bastaba para no ahogarnos. Todo giraba cuando Martín estaba cerca, a veces más rápido, otras más despacio, como entonces, pero no había forma de frenar lo inevitable.

—Gracias.

—No me las des, dame un abrazo —dije.

—¿Puede ser de esos que se vuelven insoportablemente incómodos porque duran más de la cuenta?

Intentaba ser gracioso. No, no lo intentaba. Ese también era Martín. Luchaba a diario para salvarse a sí mismo, al de verdad y no lo que había quedado de él después de la muerte de sus padres.

—Contigo son los únicos que me gustan.

Después de esos días en el paraíso, aterrizar en el mundo real y volver al trabajo no fue tan fácil como pensaba. Todos os habréis dado cuenta a estas alturas de que me encantaba lo que hacía, sin embargo, ver a Martín en la

silla de enfrente, con su pelo ensortijado, los ojos más bonitos del mundo escondidos tras las gafas de pasta negras y la sonrisa que encontraba cada vez que levantaba la mirada del ordenador era lo que de verdad me desconcentraba.

A la hora del almuerzo, aproveché que él estaba contestando una consulta sobre primeras citas y salí a estirar las piernas. Subí a la azotea para tomar el aire y ver la ciudad repleta de personas diminutas que cruzaban los pasos de peatones con la vista clavada en el teléfono. Atrapados en una pantalla que no se apagaba nunca. Me di cuenta de que hasta hacía un par de meses yo era esa, solo que desde la silla de mi casa. Seguía atendiendo las redes sociales con mucho mimo, pero vivía un poco más lejos de ellas y eso me hacía respirar.

Volví a nuestra planta dispuesta a sacar un café de la máquina y a seguir respondiendo correos cuando pasé junto a la puerta entreabierta de Loreto y escuché mi nombre. Pensé que me llamaba, por eso retrocedí dos pasos, dispuesta a asomarme. No obstante, me quedé ahí parada porque hablaba por teléfono, no conmigo, sino de mí.

—No, lo sé. Sí, se lo tengo que decir ya, pero me está costando porque no tengo ni idea de cómo se lo tomará. Ya. —Silencio. Yo ya estaba temblando. Temí que las monedas que llevaba en la mano se cayeran y repiquetearan en el suelo y revelaran mi presencia—. Vale, reconozco que nos equivocamos con Alba.

Mierda. Apreté los ojos con fuerza. ¿Qué había hecho? ¿No había demostrado entusiasmo? ¿Había estropeado la oportunidad que me había dado?

—Sí, sí, con Hilda ya está todo hablado. Le envié el contrato hace un par de días y estaba bastante contenta.

Tuve que apoyar la mano en el marco de la puerta para no caerme redonda ahí mismo. Me iban a despedir, ¿qué otra explicación había? Le iban a dar mi trabajo a Hilda. ¿Y por qué no? Era la imagen de Venus y hablaba muy bien español, seguro que haría un tándem perfecto con Martín y los dos le darían un nuevo y verdadero sentido al consultorio.

Los ojos me escocían.

—Se lo diré a más tardar la semana que viene, no voy a dejar que se entere cuando salga el reportaje.

Por eso le habían hecho aquellas fotografías a Hilda, por supuesto. Me echaban a escondidas y le daban la bienvenida por todo lo alto a la versión mejoradísima de mí.

Oí que Loreto se movía hacia la puerta, así que, tropezándome con mis propios pies, salí corriendo para que no me descubriera espiando. Doblé la esquina y me dirigí hacia el despacho.

Dejé las monedas sobre la mesa. Martín se desconcentró al escuchar el ruido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —mentí.

Si me iban a despedir, ¿qué haría? Tendría que empezar a buscar un trabajo de inmediato para poder pagar el alquiler. Esperaba que, por lo menos, Loreto tuviera la buena voluntad de hacerme una carta de recomendación. Una buena que me abriera alguna puerta, aunque fuera en una revista mucho más pequeña que *Miss Venus*.

—Alba, ¿seguro que te encuentras bien? Estás más blanca que la pared.

Le resté importancia al asunto.

—Martín, por favor, que estas paredes no las han pintado desde que construyeron el edificio. Claro que estoy más blanca, ¡qué cosas tienes!

Él se rio y eso bastó para sentirme un poco mejor. Después, como si me creyera, volvió a centrarse en lo suyo. Yo, por mi parte, hice lo propio, pero en mi cabeza todo eran campanas que anunciaban mi despido. Y el mismo *flash* de película norteamericana: yo saliendo del edificio con una caja de cartón debajo del brazo, con una plantita pequeña, bajo la lluvia. Ni siquiera tenía planta, joder.

Volver a casa de mis padres no era una opción. Me llevaba genial con ellos, sin embargo, se suponía que debía dar pasos adelante, no ir hacia atrás como los cangrejos. Aunque, claro, las opciones eran limitadas: si no regresaba a la casa familiar, me tocaría vivir en el salón de mi hermana Blanca y cambiar los pañales de mis sobrinos lo que me restara de vida para pagar mi sustento. Con Julia y Eli podría contar siempre, era consciente de ello, pero una se acostaba con su compañero de piso y la otra se acababa de mudar con su pareja.

Alba en la calle. Pues nada. Siempre podía colarme en El Huerto de las Monjas y quedarme ahí, esperando que Dios tuviera compasión de mí. En

fin. Desvariaba por la presión. No importaba cuánto me esforzase, era incapaz de mantener la calma en situaciones como esa.

Solté un suspiro hondo al final de la tarde, fruncí la nariz y escondí los labios para que se me vieran solo los dientes. Era algo que hacía cuando estaba muy agobiada. Solía reservarlo para los momentos de soledad. Se me había olvidado que Martín estaba ahí hasta que escuché el sonido de una cámara de fotos, la de su móvil.

—¿En serio? —le pregunté.

—Es que estabas ridículamente graciosa.

No tuve ganas ni de quejarme. A esas alturas debía de tener una carpeta llena con mis mejores retratos, ¿qué importancia tenía uno más?

—¿Vamos a cenar esta noche? —le pregunté. Necesitaba que alguien me distrajera.

—No puedo —contestó muy tranquilo al tiempo que guardaba sus cosas y se ponía la chupa de cuero—. Tengo trabajo.

—Pero si has adelantado muchísimo —me quejé yo, todavía sentada en la silla con las manos debajo de mi trasero.

—Es una cosa que me ha encargado Loreto.

Me costó cerrar la boca. Mi mente fue ágil. ¿Algo que le había encargado Loreto? Seguro que era el reportaje. ¡Martín lo sabía y estaba ahí de pie, sonriendo como si tal cosa! No entendía nada.

—¿Quieres que te acerque a casa en la moto?

¿Quería? Hasta hacía un minuto sí, pero en ese momento necesitaba juntar todas mis posibles hipótesis dentro de mi cabeza. Maldita sea, ¿por qué nunca me salía nada a derechas?

—Adelántate tú, tengo que hacer unos recados —le dije sonriendo.

Cogió la mochila, se agachó y me besó en los labios. Lo hizo de manera tan natural que ni me inmuté. Después, con un «hasta mañana» se marchó y yo me quedé en el silencio empañado de la habitación, con ganas de volver dos días atrás y refugiarme en su furgoneta y entre sus brazos.

¿Aparecería en las Páginas Amarillas el número para contratar una máquina del tiempo?

@missvenusconsejos: ¿No os da la sensación de que a veces vivís dentro de un terremoto? Eso o es el rugido de mis tripas. #unadedos

OceanofPDF.com

Capítulo 26

Dicen que a medianoche no hay que mojar a los gremlins. Yo digo que a partir de la medianoche no hay que tomar ninguna decisión que pueda hacer que te tires de los pelos a la mañana siguiente. Lo aprendí aquella semana. Me consumían los nervios de no saber en qué momento Loreto me llamaría al despacho para darme el finiquito y desearme suerte como periodista, pero en otra revista que no fuera *Miss Venus*. Cada vez que la veía, daba media vuelta y me escondía en el lavabo. Muy maduro por mi parte, lo sé.

Así llegamos al miércoles por la noche, a las tres copas de vino que me había bebido con mis amigas y a que recordé la invitación de boda debajo de la nevera. Tenía la música puesta. *Beggin'*, la versión de los Måneskin. En cualquier momento los vecinos aporrearían mi pared con la escoba.

Me sentí un poco Bridget Jones, aunque mi pijama era incluso más feo, y en vez de seguir bebiendo como una cosaca, había optado por comerme las ocho empanadillas que me había traído mi madre en un táper el lunes. Se estaba rifando una indigestión y yo tenía todas las papeletas.

Saqué la invitación de su escondite, empanada en mano, y creyéndome cantante. Fui hasta el escritorio y me senté en la silla giratoria.

Blas y Luna

15 de abril

¡Nos casamos y queremos compartirlo con vosotros!

Rogamos confirmación a través del siguiente enlace.

Se iban a casar en una semana y ese era el último día para confirmar la asistencia. Quedaban tres minutos para que se acabara el día y yo estaba borracha. Si intuís que me metí en la página que aparecía en la invitación,

introduje el número que me correspondía y le di a confirmar, entonces estáis en lo cierto. Después me reí y lancé la tarjeta por los aires. No dejé de comer, cantar y girar en la silla.

Me iba a quedar sin trabajo e iba a asistir a la boda de mi exnovio.

Todo muy normal en mi vida.

El jueves por la mañana no hacía más que meterme en la web para conseguir anular la confirmación. Mal rayo me partiera en dos por ser una inconsciente y porque me había pasado media madrugada vomitando como un aspersor.

Intenté arreglarme tanto como pude para no parecer una zombi. No sirvió de mucho. Escribí un par de tuits de camino al metro y me bebí dos cafés, uno en casa y otro que recogí de la cafetería habitual. No podía caminar, respirar, beber y teclear al mismo tiempo, así que me metí en el grupo con mis amigas y grabé un audio casi gritando donde les contaba sin muchos detalles qué había hecho.

Lo recibieron. Lo escucharon. No supieron qué decir. Por una parte, lo entendía, pero quería que me dijeran que emprenderíamos un plan loco en el que asaltaríamos las oficinas de la empresa que habían contratado para organizarles la boda y que nos meteríamos en su sistema informático y nos cargaríamos su disco duro y...

Tras mandarles un segundo audio vociferando mi magnífica idea, contestaron unos cincuenta «jajaja» cada una y algún comentario del tipo «estás loca», «como una regadera», «no vas a beber más», «deja de ver tantas películas», «a lo hecho, pecho», «quizá sea el destino».

En el trabajo no fue mucho mejor. No dejé de beber café en toda la mañana y, al final, estaba al borde de que me diera una taquicardia, sobre todo porque Martín me había enviado una fotografía desde su casa, todo vestido de negro, acucillado frente a un espejo. Hacía muecas mientras se cepillaba los dientes.

Me quedo a trabajar en casa en el encargo de Loreto.

El corazón me iba a mil por hora por dos motivos, uno y principal, porque estaba tan sexi que me daban ganas de presentarme en su casa en ese mismo instante; dos, ¡estaba preparando mi partida de defunción y no me decía en qué momento me iba a morir!

Le escribí:

No me eches de menos.

No tardó en contestar:

Martín: Pondré todo de mi parte para no llorar.

Yo: Imbécil.

Martín: Bonita.

Y, ale, ya me tenía sonriendo y olvidando que era muy probable que Martín estuviera firmando, sabiéndolo o sin saber, la carta de mi despido.

Si después de intercambiar esos mensajes con él me sentí algo mejor, se me pasó cuando Loreto apareció unas horas después con una sonrisa de oreja a oreja y el pelo tan brillante que pensé que me quedaría ciega.

—Alba, cielo, ¿qué haces?

—Pues estaba aquí contes...

—Sí, muy bien. Necesito que hagas una cosita por mí, ¿puedes?

Me puse en pie como una bala. Si podía salvarme el culo, haría cualquier cosa para demostrarle que iba a muerte con mi trabajo y que me ganaría cada céntimo de la nómina.

—¿En qué te ayudo?

Mi jefa me pasó el brazo alrededor de los hombros y echamos a andar por el pasillo con calma. No penséis que aquello era una demostración de afecto, es que Loreto se había puesto los tacones más altos que tenía y me estaba usando de muleta para desfilas lo más elegante posible.

—Tenía que venir una *influencer* a probarse unos *looks* para el próximo número, pero ha tenido un contratiempo.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Pues dos cosas. Primero, necesito que te hagas cargo un par de días del consultorio sola, como antes. Martín tiene cosas entre manos.

—Vale.

Sospechoso hasta decir basta.

—Y ahora necesito que te pruebes unas prendas porque el diseñador quiere ver una muestra de las fotografías y eres igual de alta que la chica que iba a venir, además, tenéis la misma talla.

Odiaba las fotografías, por si Loreto no lo recordaba, sin embargo, si era la manera de que se replanteara mantenerme en plantilla, estaba dispuesta hasta a posar en ropa interior. Por suerte no fue necesario, porque la mayoría de cosas que me probé me las hubiese puesto yo en mi día a día. Ropa holgada, zapatillas, vestidos *sport*.

—¿Quieres que te maquillemos o algo? —preguntó Loreto.

—¿Para qué? Solo quieren ver la ropa, ¿no?

—Claro, sí.

El fotógrafo no hacía más que decirme cómo ponerme, así que yo obedecí ante la atenta mirada de Loreto. Que ella quería que sonriera más, yo lo hacía; que se acercaba a arreglarme el pelo, yo encantada. Iba a recordarle por qué me había contratado: porque era una trabajadora nata que estaba dispuesta a casi todo por el bien de la revista.

Una hora después, me dijo que podía volver al despacho, que muchas gracias por la paciencia. Yo, como cabría esperar, la peloteé un poco. No se me daba demasiado bien, incluso arqueó las cejas, sorprendida por mi arrebatado de complacencia.

Aunque parezca estúpido, regresé algo más contenta al puesto de trabajo y la tarde se me hizo más llevadera, incluso me olvidé de la boda. Al finalizar la jornada, bajé canturreando. Quizá tenía la posibilidad de arrastrarme ante Loreto pidiendo clemencia. No me rendiría tan fácilmente.

Martín me esperaba con el casco de la moto en la mano en el rellano.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a recogerte.

—¿Y eso?

—Puede que mis esfuerzos por no echarme de menos no hayan surtido efecto.

Salté y lo abracé sin pensármelo.

—Ay, perdona —dije después, al darme cuenta de que podría vernos alguien del trabajo.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó sorprendido.

Hice un gesto con el dedo, entre los dos.

—Por el abrazo.

Levantó la palma de su mano delante de mí. Esperaba a que colocara la mía. Lo hice, bastante nerviosa. Sonrió y echamos a andar.

—Nunca me pidas perdón por abrazarme. No me pidas perdón por nada.

Le apreté la mano. Era la primera tarde en mucho tiempo que no hacía tanto frío en la ciudad.

—He hecho algo, Martín.

Enarcó las cejas y me miró, mientras seguíamos yendo por la calle, así, de la mano, igual que una pareja normal. ¿Y si lo éramos aunque no hubiésemos hablado de ello? ¿Qué pensaba Martín cuando hacía cosas como esa, como besarme en mi cumpleaños?

—¿Qué has hecho?

Me agarré a su antebrazo con la otra mano y apoyé la mejilla.

—Anoche confirmé mi asistencia a la boda de Blas y Luna.

—Oh.

—Sí, ¡oh! ¡AHHH! —grité llamando la atención de un matrimonio que se apartó al oírme berrear de aquella manera—. Había bebido.

—Bueno, que hayas dicho que sí, no significa que, al final, tengas que ir —intentó consolarme—. Aunque tal vez tu subconsciente borracho hablara por ti. A lo mejor no quieres ir, Alba, pero necesitas hacerlo. ¿Crees que lo necesitas?

Me quedé en silencio, dándole vueltas a su pregunta. Puede que no fuera tan descabellado. Aún tenía que cerrar cabos sueltos, si no con Blas, sí con ella, con la que había sido mi mejor amiga.

—Haz lo que sea mejor para ti, no para ellos.

Le expliqué cómo me sentía. No quería ir a la ceremonia, solo pensaba en hablar un segundo con Luna, pese a que a lo mejor con ello le amargase el día más feliz de su vida.

—Ella quería que fueras.

—Tal vez haya cambiado de opinión —sugerí.

Martín me hizo saber que dudaba de que fuese así. Me preguntó si quería que me acompañara, sin embargo, yo sabía que, si al final me animaba a ir, sería para estar unos pocos minutos, alejada de todo el mundo.

—Te entiendo. Puedes llamarme al volver.

—Martín.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Qué piensas que debería hacer?

Me acarició el pelo con la mano que tenía libre.

—Lo que te calme esto.

Me tocó el pecho a continuación.

—Que me toques así, no ayuda a que me calme —susurré.

Me dio un beso en la sien entre risas. Él y esos pequeños gestos de afecto que me hacían sentir que podía comerme el mundo, que no debía temer por nada, porque él estaba ahí, sujetándome la mano de esa manera tan sincera, sin importarle nada; sin pensar en nadie.

—No me gusta que trabajes desde casa, prefiero que estés en la redacción —confesé.

Hizo un mohín con la boca que me dio ganas de besarlo hasta que él tuviera ganas de que no dejara de hacerlo nunca.

—¿Es tu manera de decirme que me has echado de menos?

—Supongo.

Se relamió el labio y me rozó la mejilla con la nariz.

—Pues esfuérzate más.

Se quedó a pocos centímetros de mi boca. No tuve que hacer ningún esfuerzo, en realidad, para recorrer la distancia que nos separaba y besarlo.

—Un poco más —pidió en el instante en el que me aparté.

Otro beso.

—Más.

Otro.

—Dímelo —ordenó entonces—. Dime que me has echado de menos.

—Te he echado de menos. —Tragué saliva—. Últimamente, siempre te echo de menos.

No podía creer que acabase de decirle eso en voz alta. Él me miraba sin decir nada. ¿Cómo había metido la pata con algo tan sencillo? Me había pedido que dijera solo una cosa, ¿por qué me había arriesgado a confesarle más de lo que él estaba preparado para escuchar?

—Vaya —comentó al final.

No me había soltado la mano.

—Bueno, ¿compramos café y donuts? —propuse rápido.

—Claro que sí —contestó él—. Pero no cambies de tema, sobre todo porque me siento igual. No hay nada de malo en ello, ¿o sí?

El corazón iba a salirseme del pecho.

—No, no hay nada de malo.

—Perfecto. —Sonrió, tierno—. Ahora sí, vamos a por ese café y a por quinientas calorías de azúcar.

OceanofPDF.com

Capítulo 27

Desde la cama, la luz del atardecer se filtraba en ese hueco en el que las cortinas no se abrazan. Caía naranja sobre la pared de la derecha. Dibujaba pequeños rectángulos de cielo. Estiré la mano para descorrer una de las cortinas. Los árboles en la calle ya habían florecido y el cielo se teñía de amarillos y naranjas.

Había llegado el día. Era incapaz de levantarme sin trastabillar. Los pies parecían gelatina y tenía el pulso acelerado. Que hubiese dicho que sí iba a ir a la boda no significaba que no pudiera dar un paso atrás, ¿no?

Pero el mundo entonces se desmoronaría. Estaría dando vueltas en una noria que siempre regresa al mismo punto de partida. Ahí arriba, en esa cabina, la ciudad nunca cambiaría y los recuerdos serían atronadores en ese silencio tan familiar.

Por eso me vestí. Acabé pidiendo un taxi. Esa era la primera vez que el tráfico en Madrid no se interponía en mis planes. La ceremonia debía de haber empezado ya hacía más de media hora. No tenía pensado entrar en la iglesia, ni verlos darse el «sí, quiero», el beso, el paseo, el arroz lanzado sobre los novios para atraer la buena suerte.

Yo solo quería entender, observarlos en la distancia, no a través de los ojos de la Alba a la que le habían roto el corazón. Quería comprender qué era lo que había entre ambos cuando se miraban y poder ir a decirle a Elvira de la Torre que Blas nunca cambiaría de opinión respecto a nosotros, porque no habíamos sido más que dos niños que crecieron en direcciones opuestas o, en mi caso, que nunca terminaron de hacerlo.

La celebración era justo al lado de la iglesia, en un enorme espacio abierto, rodeado de jarrones con flores y mesas de manteles blancos.

Algunos dirían que parecía el sueño materializado de cualquier pareja que quisiera casarse.

Esperé debajo de un árbol a que saliesen y la gente se dispersase. Conocía a todo el mundo, a ambas familias. Julia y Eli estaban dentro y no hacían más que enviarme mensajes que yo había obviado leer para armarme de valor. Me era indiferente lo guapa que estuviera ella, ni si él había llorado al darse la vuelta y verla desandar los metros que los separaban de ser felices hasta que la muerte los separase. No. Yo necesitaba otra cosa, y para conseguirlo debía estar en paz conmigo misma.

Salieron los familiares y amigos, aplausos, enhorabuenas, abrazos fugaces, fotografías que se disparaban a media tarde. Yo esperaba a unos metros de ahí, bajo la sombra de un pino. No hacía más que pensar en lo caprichoso que es el amor cuando te sostiene en la palma de su mano.

Ella fue la primera en verme, no por casualidad, sino porque me buscaba. Pese a la distancia, vi el alivio en cómo se le bajaron los hombros y en los labios finos que se estiraron en una sonrisa prudente. Pasó de largo. Supongo que creyó que si era ella la que se acercaba llamaría menos la atención mi presencia y me haría sentir más a salvo, pero, Luna, la novia es la protagonista indiscutible y tú tenías el vestido más bonito que nunca había visto, así que todos se volvieron hacia mí al aproximarte. Me costó no bajar la cabeza. No obstante, no le debía nada a nadie y, desde luego, no había ido a montar ningún espectáculo.

Luna ya se había detenido frente a mí cuando me dijo:

—Lo siento.

Se disculpaba por cómo nos observaban los demás. Sonreí.

—¿Podemos dar un paseo? —preguntó a continuación.

Cuando éramos pequeñas y queríamos encontrarle una explicación a algo importante, como por ejemplo por qué Rodrigo Sánchez, un niño de nuestra clase, besaba con los ojos abiertos, íbamos a pasear. Quizá lo que nos pasaba no se parecía demasiado a eso, pero hay costumbres que nunca cambian, por más que lo hagan las personas.

Eché a andar y ella a mi lado. Era evidente que no se sentía demasiado cómoda con los tacones y arrastrando la cola del vestido. Cuántas veces habíamos hablado de que el día de su boda sería la encargada de colocársela, como a las princesas en las bodas reales.

¿Cómo debía empezar? ¿Qué tenía que decir? Lo había ensayado tanto... Esperaba que me saliese fluido y no estropearlo, sin embargo, ya no recordaba las palabras que tantas veces había dicho en las últimas madrugadas.

—Ha sido una ceremonia preciosa —dije.

—Pero si no estabas.

Nos miramos y entonces comprendí a qué se refería María Adelaida, del retiro El Universo Verde, conque la vida es un camino de vuelta. Procuramos a toda costa regresar para solucionar los errores que hemos cometido. Sin embargo, a esa Luna, la de los ojos vidriosos, la que quería reírse de la broma que acababa de hacer, la Alba a la que ella quería..., a esa no podía odiarla.

Nos reímos sin esfuerzo.

—Perdona, es que no sabía qué decir.

—Tranquila, si lo entiendo. Ya pensaba que no vendrías... Aunque también lo hubiese comprendido.

Vi en sus ojos que no mentía. Era probable que hubiese perdido toda esperanza de que volviéramos a hablarnos alguna vez en la vida. Me pregunté, por primera vez en todo ese tiempo, cómo había vivido ella esa historia desde el otro lado. No siendo la otra, porque Blas la quería. La que se había convertido en la otra en la relación había sido yo. ¿Y ahora que estaban juntos? ¿Cambiaba en algo que yo hubiese sido la novia de Blas antes que ella? ¿Le suponía algún problema, inquietud, molestia?

Supuse que nunca podría contestar a aquellas preguntas que se aglomeraban en mi pecho. No querían salir, en realidad. Conocer cómo se sentía Luna hubiese empeorado las cosas.

—Si he de serte sincera...

—Por favor —interrumpió.

—No pensaba venir. Hasta ayer por la tarde.

Culpaba de ello a mi madre, con la que Martín me había animado a hablar. Me dijo que si había alguien que pudiera aconsejarme sobre lo que debía hacer, esa era Nieves, que no dejaba de ser la persona que mejor me conocía y la que había pasado conmigo todo el luto de la pérdida de mi mejor amiga y la del que yo creía que sería el amor de mi vida.

A lo mejor, lo que Elvira de la Torre quería decirme era que me diese cuenta de que me había equivocado creyendo que él lo era, porque había

alguien más ahí fuera, esperando a ser amado, a estar a mi lado, a devolverme todo el cariño que yo pudiera darle para que nunca me pesara su falta.

Pensé en Martín. Siempre pensaba en él.

—Pero si confirmaste hace una semana —declaró.

—Estaba borracha.

—Todo cobra sentido de golpe.

Nos reímos. Si había ido ahí con el corazón abierto, debía dejar que entrara algo más que resentimiento. Que se hiciese hueco ese recuerdo dulce de cuando no existía nadie que se interpusiera entre las dos.

—¿Qué ha cambiado?

Eché mano al bolso y saqué una Polaroid que me había traído mi madre el día anterior. En ella salíamos Luna y yo a los seis años, en nuestro primer día oficial de colegio, cogidas de la mano, vestidas igual y con ganas de no soltarnos por si alguna persona nos recordaba los insignificantes que éramos. No, nosotras éramos más. Teníamos un escudo a prueba de insultos, de burlas, de cualquier cosa que pudiera hacernos vulnerables. En total, a lo largo de los años, habíamos acumulado varias decenas de esas fotos, en primeras veces de muchas cosas.

Saqué la cámara que me había dejado mi padre, la misma con la que nos habíamos hecho las anteriores fotografías. Ella la reconoció. Tenía los ojos vidriosos. No había ido hasta ahí a estropearle su día. Había ido a pasar página, a leer la última palabra antes de encontrar otra línea escrita para mí, con menos lágrimas y más ganas de gritar de felicidad, de llenar las calles de pasos que no tuvieran miedo de cruzarse con ella o con él.

—Tenía que estar una última vez cogiéndote la mano —le expliqué mientras Luna aún nos observaba a través del tiempo y de todo el dolor.

Sostenía la fotografía entre sus dedos, con manicura perfecta y temblor notorio. ¿Qué estaría pensando? ¿Me odiaría ella por algo?

—Alba, si pudiera dar marcha atrás...

Negué con la cabeza, sin tristeza, sin enfado.

—La vida está llena de despedidas.

Ella ya estaba llorando y yo a punto estuve de pronunciar lo ensayado, pero el corazón juega con otras cartas que nada tienen que ver con la razón. Y el mío ganó la partida aquella tarde.

—Espero que la nuestra sea un «hasta pronto» —dije copiando las palabras de Blas— y que el tiempo que no podemos desandar nos ayude, por lo menos, a pensar en ellas —señalé a las niñas de la foto— cuando nos crucemos en una calle y una de las dos llame a la otra —comenté haciendo alusión al último encuentro que habíamos tenido.

Luna me miraba desconsolada. Hice de tripas corazón para no derramar las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. No quería más disculpas, no quería saber de qué estaba hecho el amor que se tenían, ni desde cuándo le quería, ni por qué se lo había callado. Ni tan siquiera quería arrancar la página, solo deslizarla y seguir escribiendo en la siguiente.

Le di un abrazo y supe que había comprendido que la perdonaba.

—Gracias, Alba.

Después hice una señal con la mano a Julia y a Eli, que nos miraban preocupadas desde lejos y se acercaron. Le di la cámara a Julia, que estaba más emocionada que nosotras. Miré a Luna, no a la que me había hecho daño, sino a la que había sido mi amiga, le tendí la mano y ella me apretó con fuerza.

—¿Quién me va a coger de la mano a partir de ahora? —dijo en un susurro antes de que Julia le diese al botón.

No tenía una respuesta a esa pregunta. Quise decirle que tenía a Blas. No obstante, no quería que pensase que había animadversión en mis palabras.

—No lo sé, pero espero que quien lo haga no quiera soltarte.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la muñeca.

—¿Sabes por qué necesitaba que estuvieses aquí?

Negué con la cabeza. Le había dado muchas vueltas al asunto, intentando comprender por qué había sido tan egoísta y me había enviado aquel correo y la invitación de boda sin pensar siquiera en cómo me afectaría aquello.

—Porque siempre he sido muy cobarde, Alba.

Apreté la mandíbula. Eli y Julia se habían echado a un lado, aunque nos escuchaban a la perfección. Solo estaban ahí por si las necesitábamos. En medio de lo que ya no era, pero había sido.

—Todas las cosas que he hecho a lo largo de los años han sido gracias a ti.

—Eso no es verdad —la contradije—. Yo solo estaba ahí para acompañarte, no para hacerlas por ti.

—Pero que estuvieras me daba valor. Valor para atreverme a creer que era capaz de hacer lo que me propusiera. Pensé que no podría decir «sí» hoy, si tú no estabas. Por muy horrible que fuese invitarte después de lo que te hice.

—Hicisteis. Fuisteis los dos.

Agachó la cabeza. No me apetecía tocar el tema en ese momento, solo quería quitarle algo de culpa y repartirla con Blas.

—La única cosa para la que fui valiente sin ti fue para enamorarme de él.

Julia y Eli hicieron amago de intervenir. Supuse que pensaron que podría darme un ataque de ansiedad ahí mismo. Les hice un gesto para que se quedaran donde estaban. Me encontraba bien, solo quería dejar acabar de hablar a Luna, despedirnos. Seguir.

La vida puede que fuera un camino de vuelta. Y yo había regresado, y ahora me tocaba convertirlo en un camino de ida.

—Y después me acobardé. Cuando ya no hubo marcha atrás.

Tomé aire y lo solté muy poco a poco.

—Para querer a alguien que te va a hacer perder a otra persona hay que ser valiente. Puede que de una manera estúpida o puede que de un modo inevitable. En cualquier caso, has dicho «sí» tú sola.

—¿Y si ese «sí» ha sido un error?

—¿Sentías que lo fuera antes de verme bajo ese árbol? —señalé.

Tardó un segundo en contestar.

—No.

—Entonces, ya tienes tu respuesta. —Cogí la nueva fotografía de la mano de Julia y se la tendí—. Tengo que irme.

—Claro.

Luna cogió la cola del vestido y echó a andar hacia la carpa. Volvía la vista a ratos, tal vez quería asegurarse de que seguía ahí, mirándola. Y lo hacía, porque ver el borrón blanco deslizarse por el camino de tierra, hasta convertirse en un punto que ya no me recordaba a nadie, fue una manera de despedirme.

Eli y Julia se habían quedado. Enredaron sus brazos con los míos.

—Ya nos podemos marchar.

Me volví hacia ellas.

—¿No os quedáis?

Julia, que era la más expresiva de las dos, frunció el ceño.

—Alba, solo aceptamos venir por si tú lo hacías. Queríamos estar para ti.

Se me cayeron un par de lágrimas, y después otras dos. Mi amiga me abrazó mientras Eli me palmeaba la espalda.

—Lo has hecho muy bien —susurró Julia—. Ahora ya puedes descansar.

—Vámonos a casa —dijo Eli entonces.

—Sí.

Nos fuimos a mi casa y ellas me distrajerón de cualquier demonio que quisiera hacer acto de presencia. Pero hogar era Martín, por eso lo llamé cuando mis amigas se fueron. Al abrazarme en la puerta, abrí los ojos en el punto más alto de la montaña rusa. ¿Hasta cuándo podría seguir ignorando que me estaba enamorando de él?

Capítulo 28

Me gustaría decir que nada más pasar el día de la boda todo fue diferente, que tuve una revelación o algo por el estilo y que no hubo ya nada que me quitase el sueño, pero no sería verdad. El fin de semana se redujo a pasar el duelo, a escribir una lista enorme de cosas que quería hacer y a ponerme fecha de caducidad para hacerlas.

Martín se había ido con la furgoneta, no sin insistirme en que lo acompañara. Yo sabía que no iba a ser buena compañía, así que me dijo que lo llamara si me sentía sola. Le tuve que recordar que no tendría cobertura:

—Pues la inventaré —me contestó. Y bastó para recuperar la sonrisa. Con Martín era fácil.

Mi madre me llenó la nevera de comida basura, decía que era ideal para superar las etapas de tristeza, aunque yo no me sentía triste, solo diferente. Mi hermana se pasó a verme con los niños. Puso como excusa que Teo me echaba de menos. Teo se fue a echarse la siesta en mi cama nada más entrar por la puerta. Mi padre me llevó a cenar el domingo.

—Sé lo que estáis haciendo —le dije durante el postre.

—¿Qué?

—Intentáis prepararos para salvarme. Pero, papá, estoy bien. Aunque parezca que no.

—Alba...

Le tomé la mano por encima de la mesa y eso pareció convencerlo mucho más que cualquier palabra.

El lunes y el martes los pasé disfrutando de la rutina y muy lejos de mis redes sociales personales. Teníamos demasiados amigos en común. Una cosa era aceptarlo y perdonarlos a ambos y otra bien distinta ponerme a darles *like* a todas las fotografías en las que salían juntos.

Todo volvía a la normalidad a medida que avanzaba la semana. Martín me distraía con besos fugaces en el despacho y algún que otro arrebató en el que agradecía llevar vestido porque sus manos jugaban a perderse entre mis piernas por debajo de la mesa.

Pero el miércoles fue distinto. A priori no había nada que pudiera estropear la noche anterior. Martín había preparado la cena y nos habíamos sentado sobre una manta en medio de su salón vacío. Había encendido unas velas, la radio y nosotros compartiendo recuerdos en los que no estábamos ninguno de los dos, pero que, curiosamente, los sentíamos como si nos pertenecieran de algún modo. Eso era lo que yo sentía, al menos. Y, por cómo me miraba él, adiviné pronto que le pasaba lo mismo. Dos corazones en una sola casa.

Por eso, cuando salí al día siguiente de mi piso y enfilé la calle rumbo a la estación del metro estaba radiante de felicidad.

Iba tan tranquila pensando en lo suaves que eran los labios de Martín y lo preciosa que me parecía su sonrisa cuando me desnudaba que, al principio, ni siquiera me di cuenta de que algunas personas al azar me miraban. Hasta el fatídico momento en el que pasé por delante de mi kiosco habitual. Nunca compraba *Miss Venus* porque me la enviaban a casa, pero aquella mañana no la había encontrado en el buzón, quizá lo que estaba viendo ante mis ojos era una explicación a por qué no se encontraba ahí.

Yo, en la página principal, vestida como en la prueba de vestuario que me había pedido Loreto. El titular: *Alba Beltrán, la chica detrás de Venus*.

Cogí una y le di el dinero a Antonio, que me miraba con cara de curiosidad. Salí corriendo y me puse las gafas de sol mientras abría la revista. ¿Qué significaba eso? ¿Qué co...? Abrí la revista por la página treinta y cuatro. Un reportaje de seis páginas. Pero ¿estaban locos o me iban a despedir por todo lo alto? Martín firmaba el reportaje. Yo lo mataba, juro que me prometí acabar con su vida. Una decena de las fotos que me había hecho estaban ahí, incluso la que me había sacado mi hermana con Coco el día de mi cumpleaños.

No podía enfocar las palabras, así que con el corazón en un puño esperé hasta que estuve sentada en el metro para empezar a leerlo:

ALBA BELTRÁN, LA CHICA DETRÁS DE VENUS

He leído a lo largo de la última semana muchos correos en los que preguntáis cómo es Venus en el trabajo, cómo es Venus con la gente, cómo es Venus en las distancias cortas, pero nadie se ha atrevido nunca a lanzar otra pregunta: ¿quién es Venus?

Hilda Olsson, una modelo sueca, se convirtió en imagen de una voz, la de Alba, que os ha regalado sus palabras desde las sombras, huyendo del protagonismo. Venus es Alba, y no, no es una chica normal. Está llena de imperfecciones, como todos. Pero es ella misma a diario. Todos queremos ser lo que no somos, ella no.

Seguí leyendo de camino a la redacción. No sabía dónde meterme. El teléfono no hacía otra cosa que sonar. Me entraban notificaciones cada tres segundos, por eso lo apagué. Las redes sociales debían de estar ardiendo. ¿Por qué habían hecho eso sin decirme nada? No me estaban despidiendo, estaban diciéndole al mundo quién era. ¿Y qué contestarían los que estaban al otro lado? ¿Cómo se tomaría la gente que *Miss Venus* los hubiera engañado durante todo ese tiempo?

Al final del reportaje había una disculpa sincera:

Pensaron que Hilda representaba un ideal de mujer que muchos desearían, y se equivocaron. No porque Hilda no sea maravillosa, sino porque Alba también lo es. Perfecta a su manera. Imperfecta a la del resto del mundo. Se acostumbró a estar detrás de la máscara y Miss Venus no salió de su error hasta que, tal vez, ha sido demasiado tarde. Estas páginas pretenden ser una disculpa para los lectores, pero no os equivoquéis, sobre todo lo es para Alba, que merece ponerle nombre a sus palabras.

Subí en el ascensor hecha un manojo de nervios. Me bajé en mi planta, con la revista doblada en la mano. Mis compañeros se volvieron hacia mí. Para ellos nunca había sido un secreto, pero, pese a ello, me observaban con caras de circunstancias.

Loreto estaba de pie frente a la puerta de su despacho, con un ramo enorme de flores entre las manos.

—Alba, ¿puedes venir un momento?

Fui hacia allí como una autómatas. Martín estaba junto a la máquina de café. No sonreía. Debía de preguntarse cómo me lo había tomado, si estaba

muy enfadada con él por haber escrito aquello sin consultarme, o sin decírmelo al menos. ¿Estaba cabreada? No lo sabía. Era incapaz de decantarme por una sola emoción.

Todos mis compañeros se pusieron de pie.

Loreto me tendió el ramo de flores. Su mejor sonrisa le cubría los labios rojos.

—Alba, quería disculparme contigo delante de todos, porque me equivoqué el día que decidí que sería mejor elegir a Hilda como imagen de Venus. Era tu consultorio y tú eres *Miss Venus* tanto o más que nosotros. Espero que aceptes mis disculpas.

—Claro —dije en voz muy baja, estaba abrumada.

—Y que no te enfades demasiado porque no te haya informado antes del reportaje. No sabía cómo decírtelo sin que te pusieras nerviosa. Pensé que, al final, era mejor si se trataba de una sorpresa.

—Claro —repetí.

—Estoy muy satisfecha con todo el trabajo realizado, de verdad que me has sorprendido muchísimo en los últimos meses. Espero que quieras seguir trabajando y creciendo con nosotros.

—Claro.

Era incapaz de expresarme. Me había quedado muda.

Uno a uno, los compañeros fueron acercándose a darme abrazos. Los que me conocían poco, me dieron la enhorabuena como si aquello fuese un logro a tener muy en cuenta; los que me tenían más calada, debieron de imaginar que me estaba muriendo de la vergüenza y tuvieron algo más de compasión. Se la vi en los ojos.

Martín se aproximó al final. Las manos cruzadas en la espalda. Se mordía el labio inferior, precavido.

—¿Me he pasado?

—¿Por qué no me has dicho nada? —No era un reproche, pero teniendo en cuenta que compartíamos cama y algo más, no entendía por qué no me había advertido para que estuviera alerta.

—Porque pensé que no te gustaría. Y creo que no te ha gustado.

—Es que ya sabes que no llevo muy bien ver mi cara expuesta por ahí, y más en una revista de tirada nacional.

—Lo sé.

—Supongo que pensé que seguiría siendo así hasta que cambiara de trabajo o me quitaran el consultorio. Nunca llegué a imaginarme que...

—¿Te darían tu sitio?

Me encogí de hombros.

Me abrazó ante los demás. Si alguien se dio cuenta de que no era un abrazo como los del resto, nadie lo demostró.

—No te enfades conmigo, por favor.

Le acaricié la espalda y sonreí.

—No estoy enfadada contigo.

—¿Me lo prometes?

Asentí en silencio.

—Gracias por escribir esa última parte y por todas las cosas buenas que has dicho sobre mí. —Estaba a punto de echarme a llorar y no quería que nadie me viera hacerlo.

—Solo he dicho la verdad —aseguró él.

Bajé un poco la voz, miré las flores y después volví los ojos hacia él.

—¿Podemos escondernos en algún lugar hasta que pase toda esta locura?

—¿Quieres que te secuestre delante de todo el mundo?

—Es lo menos que puedes hacer después de callarte esto —dije levantando la revista, con mi cara en plena portada. Se habían vuelto todos locos de remate. ¿No podían, al menos, haber evitado que saliera en primera plana?

—Eso está hecho.

Y sin mediar palabra, me cogió de la mano y tiró de mí, a voz en grito dijo:

—Lo siento, señores, me la tengo que llevar, asuntos profesionales. Ahora es una estrella, debemos protegerla de los *paparazzi*.

Todos rieron, incluida yo, y dejé que me arrastrara hasta la escalera de incendios, donde me besó con tantas ganas que me fundí en ellas. Bajo la caricia de sus labios, pensé que yo tampoco quería que él me soltara, y seguí escuchando el eco de las palabras que había escrito para mí:

«Alba merece ponerle nombre a sus palabras».

«¿Y qué palabras le pones tú a tus sentimientos, Martín?», me pregunté. «Porque yo creo que a los míos les pongo amor y, si los tuyos se llaman diferente, quizá vaya siendo hora de que me lo digas».

Hora de nombrar hasta a lo que habíamos pretendido dejar huérfano de etiquetas.

OceanofPDF.com

Capítulo 29

No hacía más que contar los días con los dedos de las manos. Había conocido a Martín a principios de febrero y estábamos a mediados de abril cuando me di cuenta de que, por mucho que lo maquillara de amistad y de atracción, no cambiaría lo más mínimo el hecho de que me había enamorado de él. ¿Bastaban tan pocas semanas para querer a alguien? Desde el reportaje, me sentía más próxima a él. Entre líneas, había leído más de lo que cualquier otra persona pudiera ver.

—¿Puedes dejar de leerlo todo el rato?

Me quitó la revista de entre las manos. Había estado los últimos días llevándola de un lado a otro. Mi madre había comprado la friolera de diez ejemplares y mi padre había enmarcado la primera página y la había colgado en su despacho a modo de trofeo. Estábamos todos un poco obsesionados, diré. Yo porque lo había escrito Martín, mis padres porque en redes había sido un triunfo total y no hacían más que llegarme comentarios, de todo tipo, he de decir, pero la mayoría buenos.

—Es que me anima leerlo —comenté.

—¿Estás triste acaso?

—No. —Guardé silencio y lo observé de verdad por primera vez en aquella tarde. Habíamos salido a pasear a Piña y Coco y nos habíamos tumbado en el césped del parque—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Parecía algo más abstraído de lo normal. Martín solía estar pendiente de los demás, te escuchaba, te miraba como si pudiera comprender mejor lo que decían tus ojos que las palabras que pronunciaba tu boca.

Solo recibí como contestación un «sí» muy bajito que no me dejó más tranquila.

La siguiente media hora me dediqué a hablar de trabajo, de los cambios que Loreto quería hacer en el consultorio, de que me había ofrecido una columna propia para escribir sobre cualquier tema que me interesara. Martín me prestaba atención, pero la mirada se le iba apagando a medida que yo continuaba con mi soliloquio y demostraba la ilusión que sentía al encontrar, por fin, mi verdadero hueco en *Miss Venus*. Al decirle que, en parte, era gracias a él, a su apoyo y a lo que había escrito, se revolvió y acabó por incorporarse. Tardé en reaccionar.

—Alba, tenemos que hablar.

Cualquiera se habría dado cuenta de que se avecinaban problemas. Ya dije una vez que la montaña rusa no siempre sube. Parecía que había llegado la hora de que la nuestra bajara, a pesar de que había pensado que lo haría despacio y que no sentiríamos la sacudida.

—¿Qué pasa? —La preocupación estaba tan latente en mi voz que incluso se me entrecortó la última palabra.

Él estaba nervioso, se lo veía en la forma en la que se retorció los dedos.

—La ciudad me engulle —fue lo primero que dijo. La cabeza agachada y las manos jugando con las briznas de hierba.

Recosté la espalda sobre el tronco del árbol. Mi padre solía decir que había sido muy perspicaz desde pequeña, supongo que no se equivocaba, porque entendí a la primera lo que Martín se esforzaba en pronunciar.

—¿Te vas, Martín?

La pregunta que más me había dolido hacer en toda mi vida.

Pareció sorprenderse de que se lo pusiera fácil.

—Es que no sé si estoy preparado para quedarme. No es algo que decidiera yo, por mí mismo, fueron las circunstancias, ¿sabes? Y me estoy esforzando, de verdad, pero cada día me cuesta más.

Me sentía como si me hubieran colocado en medio de un círculo de gente y me estuvieran lloviendo bofetadas desde todos los ángulos. ¿Sabéis esa sensación que se queda algunas veces en el cuerpo, cuando alguien te habla, pero tú sientes que no estás ahí? Así me sentía.

—Si te he agobiado, lo siento, no pretendía...

Sí, lo primero fue pensar que era culpa mía, que, sin pretenderlo, había empezado a tratarlo como si fuera mi amigo, mi novio, mi confidente. Me había colado en su vida sin previo aviso y sin esperar a que subiera sus

barreras. Pero ¿acaso él no me había correspondido? ¿Solo yo era culpable de lo que había nacido entre los dos?

—¿Qué?! No, Alba, no. Si fuera por ti, ni siquiera me plantearía irme.

Tragué saliva.

—¿Qué quieres decir?

Se dejó caer en el césped y rodó haciendo la croqueta igual que hubiera hecho un niño pequeño. Después, regresó a mi lado. Piña le ladró y Coco me miraba sin comprender nada. Debíamos de tener la misma cara de circunstancias el perro y yo.

Cuando estuvo de nuevo frente a mí, tenía dos hojas pequeñas entre el pelo. Se las quité con cuidado y esperé a que hablase. No podía creer que se fuese a marchar y que, tras esa confesión, el mundo tuviera algo menos de sentido para mí.

—Te lo voy a decir rápido, ¿vale?

—Vale.

Que alguien viniera a arrancarme el corazón del pecho o saldría disparado.

Se rascó nervioso la frente y después se crujió los nudillos de todos los dedos.

—Si te está dando un ataque, pestañea y llamo a una ambulancia —dije para que se destensara, pero fue peor. Era como si fuese a empezar a hiperventilar en cualquier momento—. Martín, yo te quiero, ¿y tú a mí? —solté sin pensar.

«Muy bien, Alba, tan sutil como siempre. Te preocupa estar agobiándolo y ahora le confiesas que le quieres. ¿A qué estás jugando?».

Él abrió mucho los ojos, tomó aire y lo dejó salir muy poco a poco.

—Sí —contestó aturdido—. Ay. Perdona. —Escondió la cara entre las manos—. Es que me da vergüenza. Me cuesta horrores hablar de sentimientos.

Fue tan fácil sonreír que se me pasó sin más la tristeza que me había invadido unos segundos atrás. Lo abracé y sentí que empezaba a reírse. Había apoyado la frente en mi hombro.

—Qué manera más ridícula de decírtelo.

—Técnicamente, aún no me has dicho nada. Solo has contestado «sí».

Levantó la mirada. Nuestras caras estaban tan cerca que era incapaz de ver más allá de su boca, de su nariz recta, de las largas pestañas que le

cubrían los ojos y el pelo despeinado.

—Sí —dijo una vez más—. Te quiero. Muchísimo.

Le acaricié la mejilla y dejé un beso fugaz sobre sus labios.

—Pero no es suficiente para que te quedes.

Había tanto dolor en la expresión de su cara que sentí el impulso de besarlo una vez más.

—Sí que es suficiente, solo que no me siento yo, es como si me hubiera convertido en una versión de mí mismo que no comprendo del todo y cualquier cosa que haga para esquivarlo me recuerda a mis padres.

—Lo entiendo.

Tomó mis manos entre las suyas. Me fijé en lo pequeñas que eran en comparación, lo cálidas que resultaban ser las suyas, lo heladas que se habían quedado las mías al pensar que no podría rozar su piel de nuevo si se marchaba.

—Alba, quiero que vengas conmigo.

—¿Qué?

Eso tampoco me lo esperaba. Había pensado que se estaba despidiendo. Decía adiós a lo poco o mucho que habíamos compartido en los últimos meses, aceptaba que me quería y yo a él, y se iba. Sin embargo, Martín no estaba haciendo nada de eso. Quería marcharse de la ciudad sin dejarme atrás.

—Eres mi compañera.

—De trabajo —interrumpí.

—No —negó con la cabeza—, eres mi compañera de vida. Y mi amiga, y la persona de la que me he enamorado. Escucha, sé que pedirte esto es egoísta por mi parte. No puedo esperar que renuncies a tu vida por compartir la mía, sin embargo, necesito que te lo pienses, por favor. Que, por lo menos, consideres la idea de los dos juntos.

Pensar en cómo seríamos, recorriendo carreteras desconocidas, empezando de cero todos los días, pero acumulando momentos hasta crear una historia... Él. Tenerlo a mi lado, compartir las penas, también las alegrías, la locura que llevábamos dentro. Con Martín no se detenía el tiempo, íbamos a contrarreloj porque los minutos volaban. Quería todo lo que ya tenía con él.

Sin embargo, por primera vez, sentía que había encarrilado mi vida en Madrid, que mi trabajo iba bien, que mi familia estaba ahí, que me había

reconciliado con el pasado y podía sentir que la ciudad era mi refugio, aunque para Martín fuera el lugar donde se apagaba a diario.

—Lo pensaré —le dije. Porque en realidad necesitaba hacerlo. Mi mente desplegaba pros y contras en una lista enorme mientras él me miraba—. Lo consideraré en serio.

—No es para siempre —aclaró—. Solo necesito un tiempo.

Pues claro que lo necesitaba. Habían pasado unos pocos meses desde el accidente de sus padres y él hacía años que no vivía allí. Alejarse podía ayudarlo a volver a respirar y a encontrar la calma que era evidente que no había encontrado. No obstante, no quería perderlo porque no había sido más feliz en toda mi vida y me asustaba renunciar a él.

—Volveríamos. —Era una promesa callada, más que nada para que no me asustara la idea de meterlo todo en una mochila, subirme en la furgoneta y marcharme a miles de kilómetros de distancia—. Pero la decisión es tuya. Si me dices que no, quiero que sepas... —Carraspeó y, por primera vez, se sonrojó—. Quiero que sepas que yo te esperaré hasta regresar. Si tú aún quisieras darme otra oportunidad.

¿Me estaba diciendo que ni aun diciéndole que no se daría por vencido?

—A lo mejor conoces al amor de tu vida mientras estás fuera —bromeé.

—Solo tengo un único e irremplazable amor de mi vida y está justo enfrente de mí. Créeme que me mata saberlo y, pese a ello, tener la necesidad de marcharme.

Recordé las palabras que Pablo, su padre, le había escrito a Julieta, su madre, en la dedicatoria de aquel libro, el mismo que le había recomendado a Hilda que me regalase. Quizá yo empezaba a gustarle por aquel entonces y lo traicionó el subconsciente.

—Yo también te esperaré a ti, Martín. Si me quedara, te esperaré.

Me besó hasta dejarme sin aliento, aunque creo que ya me venía faltando desde hacía rato.

—No quería enamorarme de ti —confesó después—. Pero eres inevitable, como respirar, pestañear o bombear sangre. Soy muy cursi, lo sé —dijo apartando la mirada, con una sonrisa tierna en los labios.

Le revolví el pelo un poco más de lo que ya lo estaba.

—Dime tú también algo bonito, ¿no? —se quejó—. La gente enamorada se dice cosas, como en las películas.

Pensé que era muy posible que aquella fuese la primera vez que le decía a una chica que la quería y merecía sentir que había valido la pena arriesgarse a hacerlo.

—Veamos.

—Tienes que ser original.

¿Qué era Martín para mí? Todas las cosas que había dicho que yo significaba para él también eran compatibles con mis sentimientos. Yo venía de un invierno muy gélido y con él había descubierto que nunca hacía frío.

Me acerqué un poco más a él, hasta su oreja y susurré:

—Eres mi primavera interminable.

Se volvió con una sonrisa pequeña que amplió a besos. Tenía mucho que asimilar, decisiones que tomar, que a lo mejor se me quedaban grandes, sin embargo, en ese momento estaba ahí, a mi lado, y con eso era suficiente. Ese día era nuestro, para apagar la tarde a caricias y encender la noche en el cuerpo del otro. A mí me bastaba esa parcela de realidad por entonces. A los miedos me enfrentaría cuando no quedara más alternativa.

Capítulo 30

Las decisiones correctas no existen, solo son transitorias: en un momento son perfectas y al otro se convierten en un error. Cuando uno escoge lo *correcto* debe sentir algún tipo de alivio, pero yo, después de muchos días dándole vueltas, perdiendo la cabeza a cada momento que me planteaba irme con Martín, descubrí que no me sentía más tranquila, con independencia de por qué opción me decantase al final.

Mi madre, por supuesto, no ayudó demasiado. Primero la reacción de escasa sorpresa cuando le dije que tenía una relación con Martín y que no estaba muy segura de cómo había surgido. Era igual que si le hubiese comentado que el día había amanecido soleado. Después vino lo demás.

—¿Y te vas a ir sin más?

Primera pregunta, disparo en la frente.

—Así se va la gente, ¿no?

Bebió de su copa de vino hasta acabarla. Se sirvió otra.

—Pero, Alba, tampoco os conocéis tanto.

No, mamá. Nos conocíamos muchísimo. Te confundiste aquel día. No nos conocíamos desde hacía mucho. Tú hablabas del tiempo que habíamos compartido; yo me refería a los momentos, a las noches en vela, hasta el amanecer, hablándonos con la piel, aunque también con las palabras. El tiempo no mide los sentimientos, solo el corazón puede hacerlo.

—¿Y qué harías? ¿Vivir en la carretera?

No sonaba tan mal, pese a que tenía que darle la razón en que nunca me había alejado demasiado de mi familia, de las comodidades de la ciudad, de la estabilidad profesional y económica. Si me iba, tendría que aprender a gestionar nuevas emociones. Saltaría y solo tendría a Martín como paracaídas. Sin embargo, él había dicho que no sería para siempre.

—¿Y tu trabajo?

Eso sí que me preocupaba. No podía pedirle a Loreto que me dejase escribir desde cualquier parte del planeta. Podría hacerlo más adelante, eso sí. Por aquel entonces tenía que demostrarle que estaba comprometida con la revista. Me encantaba lo que hacía, y más después de haber despertado de un largo letargo en el que me había conformado con regalar lo que era, sin que nadie supiera quién era.

—¿Y nosotros? Que tú no te has separado de la familia durante más de una semana, Alba. Que nos conocemos y no podrías soportarlo.

Era consciente de que, incluso contando todo lo demás, esto sería lo que más me costaría. Estaba acostumbrada a las reuniones, a las comidas, a encontrarme a mis padres en el portal de casa cualquier día, a cualquier hora.

—¿Lo has pensado bien?

Había pensado bastante, pero ¿bien? Dudaba que se pudiera pensar mal sobre ello. ¿Cómo podía decirle a Martín que no iría con él? ¿Se enfadaría? Lo dudaba mucho. Me había dejado claro que me esperaría, a pesar de que todos sabemos que la distancia, a veces, hace que dejes de buscar lo que se ha quedado atrás.

El miedo era atronador al pensar en que podía perder lo que teníamos.

—Si os queréis de verdad, encontraréis la forma —concluyó mi madre, que para algunas cosas se volvía tan filosófica que me sacaba de mis casillas.

—¿Y si la forma no es aferrarme a la idea de que, a la fuerza, tenemos que ser felices aquí?

Mi pregunta hizo que cambiara la expresión de su cara, como si hasta ese momento hubiese estado hablando con una niña, la suya, y, sin más, hubiera descubierto que los años habían pasado volando y que yo también necesitaba abandonar el nido. Y no me refería a dejarlo todo por aventurarme a vivir lo que fuese que nos deparase a mí y a Martín, sino a que ella entendiera que necesitaba ser yo misma y tener la posibilidad de escoger aquello que me hiciera feliz. Supongo que para los padres es complicado aceptar que somos seres independientes, que podemos pensar, sentir, creer de manera distinta.

—Alba, yo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio más de lo esperado.

—Es un buen chico. —Era su bendición para nuestra relación, que me marchase seguía sin ser de su agrado, y la comprendía.

La reacción de mi padre fue bastante distinta cuando el miércoles por la noche fuimos a dar una vuelta. Mi madre le había comentado ya sobre mi relación con Martín y también había sacado a colación su propuesta.

Íbamos caminando bajo la luz de las farolas. Él me cogió de la mano. Lo hacía de manera constante de pequeña. Me sentí reconfortada por la calidez con la que me miró a continuación.

—Pensé que Blas te había destrozado hasta tal punto que nunca volverías a estar bien.

La sorpresa fue mayúscula. Nunca había hablado de mi ruptura. Evitaba el tema, tampoco hacía alusión a lo mal que lo pasé.

—Me da igual dónde te vayas, Alba, si eso va a hacer que estés y seas feliz, hija.

Eso no me ayudaba a equilibrar la balanza. Después de mi conversación con mi madre, casi me había decantado por quedarme, pero de vuelta a la casilla de salida.

—Papá, no me iría tan lejos.

—Adonde sea.

—Y volvería, de verdad.

—A mí no tienes que convencerme de nada, cielo. —Me rodeó con el brazo y me dio un beso en el pelo—. Ni a nadie. Haz lo que sientes y punto. Hacía mucho que no te reías como en tu cumpleaños. Martín te hace bien.

Eli y Julia tampoco se quedaron cortas poniéndome entre la espada y la pared:

—No te puedes marchar —aseguró Eli.

—Deberías hacerlo —añadió Julia.

Cada una tenía sus motivos. Según Eli, debía cuidarme a mí misma, aprovechar las oportunidades que estaba teniendo de reconstruir mi vida en solitario. Y sabía que tenía razón en parte, pero había estado sola dos años, peleando a diario por «reconstruir» como ella decía, sin embargo, yo no quería tomar prestados pedazos antiguos que ya se rompieron para pegarlos de nuevo.

Julia pensaba que merecía ser feliz, que uno no se abre al amor si de verdad no está preparado. Y si Martín había conseguido que me enamorara

de él, no debía rendirme tan fácil y tenía que seguir.

—¿No estáis enfadadas porque no os dijera nada antes?

—Alba, se notaba a la legua.

—¿Esta se cree que somos idiotas o qué?

Por lo visto, lo de mantenerlo en secreto nunca había sido una opción, porque ni siquiera mi hermana y mi cuñado se sorprendieron. Por extraño que parezca, fue él quien me dio la clave y el que más me ayudó:

—Deberías quedarte a arreglar las cosas pendientes y después irte si así lo deseas. Sin la presión de creer que no estás tomándote tu tiempo.

Nos habíamos sentado en medio del salón, en su alfombra de meditación, y me había preparado un té de hierbas que creo que me hizo alucinar. En ningún momento pregunté qué llevaba, sobre todo porque me sentí liberada de cualquier preocupación.

—No tienes que irte ya, puedes poner en orden tu vida antes, ¿no?

—¡Sí! —exclamé, no sé si fui yo o las drogas.

—Él lo entenderá.

—Sí, ¿no?

Aquella tarde, sin más dilación, y colocada como estaba, me presenté en casa de Martín. No podía parar de reírme, así que se dio cuenta enseguida de que no estaba en plenas facultades mentales, o puede que lo estuviera más que nunca.

—Mi cuñado me ha dado un té muy especial.

Me tumbé en el suelo y seguí riéndome. Él se sentó a mi lado y me cogió de la mano. Tardé en cambiar las carcajadas por silencio y dos lágrimas que me cayeron por las mejillas. Sentía que Martín me miraba mientras que mis ojos no podían apartarse del techo. Podía ver todas las instantáneas de los dos juntos: el abrazo en mitad de calle, el primer beso, la forma en la que nos habíamos encontrado el uno al otro sin quererlo.

—No puedo irme ahora, Martín.

Él no dijo nada y yo no me atreví a girar la cara para encontrarme con sus ojos.

—Lo sé —comentó al cabo de un rato—. Lo supe desde antes de decírtelo. Pero necesitaba que supieras que no me iba por ti.

Seguí llorando sin decir nada, como supuse que debía haber hecho cuando me confesó que se marchaba. Recordé aquella primera noche juntos: «siempre aviso al irme». Lo había hecho esta vez también. Nos

estábamos despidiendo, sentados sobre el frío suelo, cogidos de las manos. Apoyó la frente en mi hombro y nos quedamos así durante horas, hasta que la habitación se cegó de oscuridad y yo me atreví a moverme en su dirección y encontrarme con su pecho.

—Estaremos bien —murmuró.

Yo no estaba tan segura. Me había hecho tanto a su presencia que me costaba recordar cómo era antes de que su olor inundara toda la estancia, de escucharlo reír por cualquier cosa absurda, de que su voz grave leyera en voz alta para mí.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de una semana.

Siete días para decirnos «adiós» durante un tiempo indeterminado.

—¿Quieres que te consiga más de ese té? —preguntó al momento.

Me hizo reír, porque así era él. Incluso cuando el dolor se interponía entre sus palabras, siempre lograba arrebatarme parte del miedo que me encontraba con la guardia baja.

—Por favor. En cantidades industriales.

—¿Algo más?

—Que vuelvas pronto.

No contestó, supongo que ni él mismo sabía cuántas semanas o meses necesitaría para comprender las vueltas que la vida había dado y lo extraño que debía de sentirse, entre la soledad y el amor más inesperado. Perdido en la confusión de no saber si debía sonreír o estar triste.

Martín merecía más; merecía todo el tiempo que yo pudiera compartir con él a miles de kilómetros de distancia porque estaba convencida de que nos sentiríamos tan próximos a la vuelta que nos asustaría la familiaridad al encontrarnos de nuevo.

Capítulo 31

Las despedidas son para los valientes. Ambos lo éramos.

Estábamos en su furgoneta. Piña y Coco detrás, ya acomodados. Aparcados en medio de la calle, solo podía escuchar de fondo una canción que no había oído hasta entonces. Martín la tarareaba de vez en cuando. Estaba nervioso, miraba por la ventanilla, después por el retrovisor. Era como si temiera que la policía le incautara un alijo de cocaína. Ese pensamiento me hizo gracia, por lo que, al verme sonreír, pareció relajarse.

—Te he traído unos sándwiches para el viaje —le dije—. Y bebidas, y aperitivos.

Le tendí una bolsa enorme que dejó en la parte de atrás después de darme las gracias.

—Tengo otra cosa también, pero no quiero que te enfades.

Enarcó las cejas y tras la sorpresa inicial negó con la cabeza. Saqué del bolso un papel plastificado que le entregué con manos temblorosas. No quería abrir el baúl de traumas durante nuestra última media hora juntos, desde luego que no. Solo quería recordarle algo que, a lo mejor, se le pasaría por alto al pasar tantas horas a solas, en el silencio ruidoso de las autopistas.

—Sé que me dijiste que lo tirara. Yo preferí darle una segunda oportunidad.

Martín miraba el dibujo que había hecho de pequeño con la misma expresión que le aparece a alguien cuando contempla de lejos a una persona feliz que no es él. Me había dibujado a su lado, sonriente. También había reemplazado su rostro apagado por uno más alegre. La gente feliz que había a la izquierda ahora estaba cubierta de un papel verdoso, su color favorito,

donde había escrito un fragmento del libro sobre estrellas y galaxias que Hilda me había regalado en su nombre.

—Para que te acuerdes de mí.

Ni mu. No salía de su boca ni un suspiro. Estiró la mano en mi dirección, abrió la guantera y sacó un fajo de sobres amarillos envueltos por una cinta del mismo color.

—Para que tú también te acuerdes de mí.

—¿Qué es esto?

Se apoyó contra el respaldo, el dibujo sobre el volante. La primera sonrisa apareció tímida.

—En aquella época lo pasé muy mal. Con el tiempo, viajar me quitó parte de la presión que sentía cuando estaba rodeado de gente. Pero de pequeño no era fácil, ni libre. Mis padres me llevaron a una terapeuta. Ahí fue cuando hice este dibujo. También quiso que escribiera cartas.

—¿Cartas?

—Sí. Tenía que escribírselas a alguien que me hiciera sentir protegido, a salvo. La persona que era mi bombona de oxígeno. Se las escribí a mi padre. Estuvimos varios meses así, aunque no me atreví a darle las cartas hasta que me sentí mucho mejor.

—¿Son las que le escribiste? —dije levantando las que tenía entre las manos.

—No. Después de que mis padres murieran, volví a sentirme como entonces. Igual de perdido. Así que recordé cómo me enseñaron a canalizar mis miedos y decidí volver a escribirle cartas a mi padre, pese a que él nunca vaya a poder leerlas. Pero tú me ayudas a respirar, Alba, y quiero que las tengas, porque quizá así me comprendas mejor; me conozcas mejor.

Se inclinó hacia delante y sus labios en mi mejilla fueron el mejor beso que me han dado nunca. Quizá porque lo quería y él a mí; tal vez porque los pequeños gestos de amor son las grandes sacudidas del alma.

—Escríbeme —le pedí poco después—. Llámame.

Me prometió que lo haría y yo le regalé la misma promesa. Qué difícil era dejar marchar, qué gran prueba de amor que te consumía al bajarte del coche, al cerrar la puerta y ver cómo se bajaba la ventanilla para un último «cuídate» o un «te quiero» susurrado al viento, que te cubre los labios en forma de beso que devuelves en forma de sonrisa.

Arrancó el motor. Yo de pie, en la acera. Tener la sensación de que estás en el lugar equivocado. Él deteniéndose unos metros más adelante. Medio cuerpo asomado por la ventanilla.

—Eh, Alba.

Qué bonito sonaba mi nombre cuando él lo pronunciaba. Me di cuenta de que nunca necesitaríamos llamarnos «cariño», «cielo», «amor». Nuestros nombres cobraban un nuevo sentido en la boca del otro. Se creaban desde el comienzo, como si naciéramos una vez más en cada susurro.

Me encogí de hombros y esperé a que me dijera lo que fuese que se le había quedado susurrando en el pecho.

—No me sueltes, ¿vale?

Me costó retener las lágrimas. Me mordí el labio y asentí.

—Tú a mí tampoco.

Me devolvió la sonrisa y se escondió de nuevo al otro lado del volante, pero era demasiado tarde, porque yo ya lo había visto llorar. Corrí y en unas pocas zancadas llegué hasta su puerta. Toqué con los nudillos sobre el cristal. Bajó la ventanilla. Me coloqué de puntillas y lo besé en los labios. Qué pequeño se vuelve el mundo cuando estás cerca de la persona indicada. Abandonas los problemas igual que si dejaras una caja vieja llena de trastos inservibles frente a un contenedor.

—Cuídate.

—Tú lo haces por mí —dijo señalando el dibujo, que había dejado sobre el asiento del copiloto.

—Venga, vete ya —lo animé, si no podríamos habernos quedado ahí hasta siempre. Y aun así me parecía poco tiempo.

Julieta dobló la esquina y su color amarillo desapareció dejando atrás un día algo más gris y a una chica que sintió varias veces el impulso de correr tras ella, aunque eso no la llevara a ninguna parte.

No quería regresar a casa. En el piso había cajas con cosas que Martín me había dejado para que se las guardara. Me senté en la terraza de mi cafetería favorita y esperé hasta que estuve preparada para abrir la primera carta. Los sobres iban numerados. Necesité dos cafés antes de que dejara de temblarme el cuerpo.

A día de hoy, sigo sin saber qué esperaba hallar entre aquellas líneas, algunas breves, otras tan extensas que te perdías entre las comas y los puntos. Él me había dicho que, tal vez, podrían contribuir a entender por

qué se iba. Recuerdo que pensé que eso ya lo comprendía sin necesidad de meterme de lleno en sus pensamientos más íntimos. Pero estaba tan equivocada... Nadie nos enseña a vislumbrar la oscuridad en los demás, solo estamos preparados para creernos como sea lo poco o mucho que nos muestran de sí mismos, a pesar de que por dentro estén gritando y se estén haciendo pequeños hasta el punto de desaparecer.

Eso era Martín.

Antes de las cartas solo estaba mi versión de él.

Después de las cartas podía completar los silencios.

Febrero

Querido papá:

Me quedo en Madrid. No sé hasta cuándo. Ya sabes que nunca he sabido cuál es el mejor momento para marcharse. Si estuvieras aquí, te reirías solo con mencionarlo. Casi puedo escucharte: «¿Mi hijo guardando las maletas? Eso nunca lo veremos, ¿verdad, Julieta?». Y mamá te contestaría que tú tienes la culpa de que sea como soy.

Vuelvo a escribirte tras muchos años. No pensé que nos reencontraríamos a altas horas de la madrugada entre la tinta y el papel. Escribirte es igual de silencioso que hablar solo en voz alta, y eso me asusta, porque hacía muchos años que no sentía esta soledad que huele al uniforme escolar. Pero no te preocupes, se me irá pasando, igual que las ganas de quedarme. Tarde o temprano desaparecen y no queda nada lo bastante fuerte para retenerme.

Voy a vender el piso, por cierto. Sé que tú no habrías querido. Mamá opinaría distinto. Fue ella la que me enseñó que las casas conocidas nunca se pueden volver a amueblar igual. Creo que, por ahora, es mejor dejar atrás.

Te escribo pronto.

Tu hijo, Martín

Febrero

Querido papá:

Hoy ha sido mi primer día en Miss Venus. Loreto insistió tanto que no pude decirle que no. Creo que me vendrá bien tener un sitio al que ir y la mente ocupada la mayor parte del tiempo. Pero ¿yo hablando de amor? Mamá se habría reído tanto que solo por imaginármela así merece la pena el intento.

Tengo una compañera de lo más extraña, aunque es bastante graciosa. No se me ha dado demasiado bien hacer amigos a lo largo de mi vida. Tengo pocos, de esos que se pueden contar con los dedos de una mano. Me gustaría poder cambiar eso, sentir, tal vez, que encajo en alguna parte de manera natural. Alba parece de esas personas a las que no les resulta difícil. A lo mejor me equivoco.

*Hasta pronto,
Martín*

Febrero

Querido papá:

Alba estaba triste. Lleva varios días así. La otra noche tuve que correr tras ella. Por lo visto, su exnovio se va a casar con otra. Y por eso no creo en el amor, ¿cómo podría? Si la hubieses visto, tú también pensarías como yo. Últimamente, intento estar más pendiente de ella, porque parece que se vaya a romper en cualquier momento. Es curioso, porque no es nada mío y no sé por qué no dejo de pensar en ella, quizá se debe a que, a ratos, me parece frágil. Cuando se trata de ella se hace pequeña, pero si los demás están mal, parece otra persona distinta. Ojalá se cuidara a sí misma igual que se implica con el resto. La verdad es que me cae bien, hacía tiempo que no me reía...

La he llevado a nuestro restaurante, el del señor Wang. Le ha encantado. Hemos repetido. Era donde solías llevarme de adolescente, cuando había tenido un mal día, y con ella también ha funcionado. Es como un código de la amistad. Después de un mal día, me pregunta: «¿sopa?». Y no hace falta mucho más para que yo entienda que solo quiere escapar durante un par de horas de lo que sea que le hace daño.

Martín

Marzo

Querido papá:

Estos días me está costando bastante salir de casa. La ciudad me parece una auténtica desconocida. Yo no dejo de ser un extraño para ella. Sé que prometí quedarme, pero ¿y si me fuera? ¿Tengo motivos de peso para permanecer aquí? Aparte de Alba. Me da la impresión de que nos estamos haciendo amigos, aunque los amigos se supone que se cuentan las cosas y yo aún no me atrevo. Decirle que no estáis sería hacerlo real; hacerme real. Ser alguien que no sé si le gustaría tanto. Todo es más fácil si está cerca. Es una sensación agradable.

Un abrazo,

Martín

Marzo

Querido papá:

Seguía sin poder arrancarme la presión del pecho. Sabía que estaba ahí, pero si me concentraba en el trabajo, podía ignorarla. Hasta que Alba se ha sentado a mi lado y me ha rodeado con los brazos. No sé qué ha ocurrido en ese momento. El cuerpo me ha temblado de manera involuntaria. Ella se ha dado cuenta de que no estaba bien y eso, lejos de aliviarme, me ha asustado todavía más. ¿Cómo podía explicárselo? Decirle que hacía mucho que nadie me abrazaba. En realidad, puede que no tanto, pero a mí los meses sin vosotros me han sabido a décadas.

Ha hecho un amago de soltarme y yo le he pedido que no lo hiciera. No lo ha hecho. Y eso ha sido lo único que me ha quitado la presión. En su lugar ha aparecido otra cosa que me ha dado más miedo incluso.

La he besado. No digas nada. Me he escudado en que estaba mal, pero he mentido y sé que no debería haberlo hecho. La he besado porque quería besarla. Solo que no he sabido admitirlo y he tenido que esconderme detrás de ese momento de debilidad. Espero no haber puesto las cosas difíciles ni raras entre los dos.

Hasta pronto, Martín

Marzo

Querido papá:

Alba ha conocido a Julieta.

Era como si hubiese estado ahí siempre, ¿sabes?

No sé en qué momento se me ocurrió que sería buena idea acampar con ella. Más, después de aquel primer beso. Ha habido más. No entraré en detalles, aunque sé que siempre te han gustado. Hemos traspasado una fina barrera. Por mucho que digamos que lo vamos a olvidar, me parece que ninguno de los dos va a poder. ¿Me gusta? No sé si quiero contestar a esa pregunta o si alguna vez estaré preparado para hacerlo.

Un beso para ti también.

Martín

Marzo

Querido papá:

Sea lo que fuere lo que nos ha empujado a Alba y a mí a ser, no sé muy bien el qué, sigue ahí. No se me pasa, parece una enfermedad irreversible. Mamá diría que es amor, yo no quiero creerlo. Pregúntale a ver qué dice. La mayor parte del tiempo lo paso con ella y es sencillo. Tanto que a veces me doy cuenta de que hablo más de la cuenta, que me abro en canal de repente como si nos conociéramos de antes o, mejor dicho, como si no hubiese ningún antes y siempre hubiese sido como ahora. Si ella lo supiera, me pregunto qué pensaría. A veces la miro y no sé qué tendrá en la cabeza, si al final del día se acuerda de mí la mitad de lo que yo la recuerdo a ella. ¿Me estoy volviendo loco?

Martín

Marzo

Querido papá:

Le he hablado de la canción. Ha sido un día duro, la he llevado al piso y me ha ayudado a empaquetar lo que quedaba de vosotros, de esa otra vida que ahora me parece lejana, aunque me duela igual que si no se fuera a extinguir nunca. No ha parado de venírseme a la mente en los últimos días. Gravity de John Mayer va a seguir sonando en ese coche hasta que pierda la memoria o me duela menos saber que se quedó a medias.

Después de hablar con Alba, puse la canción. No pude escucharla más allá del minuto 2:03. Con lo especial que siempre fue para mí. La primera vez que viajé solo me grabaste un disco de Mayer, ¿te acuerdas? Supongo que hay canciones que también se mueren con las personas. O puede que las matemos nosotros antes de que ellas hagan lo propio.

Gracias, papá, por seguir leyéndome desde tu galaxia sin gravedad.

Martín

Abril

Querido papá:

Si pudieras medirme la sonrisa, te darías cuenta, como me estoy dando yo, que está hecha para Alba, porque hay demasiadas cosas en Madrid que me la quitan. Ella me la devuelve cada vez que las calles se estrechan y me quedo sin oxígeno. ¿No es horrible y a la vez espantosamente bonito que alguien tenga esa capacidad sobre uno?

Martín

Abril

Querido papá

¿Quizá me he enamorado?

Esta pregunta ocupa todo mi tiempo y es el único motivo por el que te escribo esta vez.

Martín

Abril

Querido papá:

Me parece que empiezo a tener una respuesta a la última pregunta. Me eché a llorar en sus brazos como un niño cuando me di cuenta. Fue como si los dos lo supiéramos al mismo tiempo y ninguno pudiera decir nada. Qué frágil es el amor cuando el miedo empequeñece a las personas. Pero a mí me hace sentir que puedo ser quien soy por dentro, quizá por eso no me avergüenza llorar ni admitir que me asusta querer lo que nunca quise tener. Dejasteis el listón muy alto. Estaba convencido de que nadie conseguiría

hacerme creer que merecía algo parecido a lo que tuvisteis. Pero Alba está hecha de todas las cosas bonitas con las que soñaba en secreto.

Espero que no me suelte nunca, papá. Que Alba se quede cerca de mí para seguir sosteniendo la cuerda hasta que yo pueda hacerlo solo, ya sea como mi amiga o como la chica de la que me he enamorado.

Martín

Abril

Querido papá:

Si alguna vez dejo de escribirte, no pienses que ya no te necesito. Lo haré toda la vida, pero esta será la última carta que recibirás en una temporada. Me marcho de Madrid. No para siempre. Sería incapaz. Ella se queda y eso quiere decir que la parte sana de mi corazón se quedará aguardando a su lado. Me llevo solo lo que quiero curar porque se merece la mejor versión de mí mismo. Yo la merezco.

Quería que supieras que Alba también me quiere y que me ha enseñado a no medir los sentimientos en tiempo, porque en estos últimos meses los días han tenido más de veinticuatro horas y las semanas más de siete días. Estos meses han sido una pequeña vida que nos hemos regalado porque hemos querido, porque en sus brazos se ralentiza el frenetismo de esta ciudad que me desgasta.

No quiero decir que volveré por Alba. No. Regresaré por mí. Todas esas carreteras que me quedan por recorrer quiero que se hagan camino para los dos. He pensado mucho en si, por casualidad, no estaba boicoteándome a mí mismo al irme así, sin embargo, creo que estoy haciendo lo correcto. Debo comprender ciertas cosas antes. Ya me conoces.

Hace mucho que no te lo digo, papá. Debí hacerlo las últimas Navidades. No sé si ahora es tarde o si aún estoy a tiempo, quizá por eso no me ha costado tanto como creía confesárselo a Alba, por temor a arrepentirme más adelante. En cualquier caso, con independencia de la galaxia en la que mamá y tú estéis viviendo vuestro para siempre, te quiero. Os quiero. No os preocupéis por mí, me he quedado toda la gravedad para mí. Vosotros descansad de ella, estoy seguro de que sentiré cierta levedad pronto.

Vuestro hijo, Martín

OceanofPDF.com

MARTÍN

Tener un hogar es relativo. Nunca tuve la necesidad de creer que había uno para mí. Ni siquiera la casa de mi infancia, la de mis padres, llegué a considerarla como mía. Quizá por eso tuve que venderla, deshacerme de lo que me recordaba a ellos. Prefería conservarlos de otro modo, de esa única manera en la que retenemos a las personas cuando ya no están: sin tocarlas, sin olerlas, sin sonreírles, porque las sonrisas no volverían de ahí a donde se marcharon.

Por eso, al irme de Madrid pensé que estaba haciendo lo que debía. Es curioso. Solo el tiempo me enseñó a ver que no quería. Pero de haberme quedado, habría seguido sin comprenderlo; sin darme cuenta de que los hogares los construye uno mismo. Me equivocaba. Pensé que huía de los sitios porque no estaba preparado para asentarme, sin embargo, lo único que hacía era buscar sin saber si acabaría encontrando lo que me faltaba.

Tres meses sin Alba fueron suficientes para entender que no había forma de conducir sin girar la cabeza hacia el asiento del copiloto con la esperanza de verla ahí, la frente apoyada sobre la ventanilla y esa pequeña sonrisa que le asomaba a los labios cuando era feliz. Todas aquellas semanas lejos de ella hicieron que me viera con sus ojos. Ahora el que ya no sonreía era yo. Las fotografías estaban vacías. Esas en las que salía solo, perdido en ciudades y países que veía a través de alguien que ya no era yo.

Alba me llamaba mucho. Nos contábamos qué tal había ido el día, qué habíamos hecho. Pero nunca hablábamos de nosotros. Era como un pacto implícito entre los dos. Pulsar un botón. Detener el amor para que pudiéramos seguir aprendiendo hacia dónde íbamos. Al principio pensé que habíamos hecho lo correcto. Decirnos «te quiero» al otro lado de un móvil no nos haría sentir más a salvo. Sin embargo, los días eran largos y las

noches en vela tenían un regusto salado, como si algo dentro de mí me gritara que la acabaría perdiendo. Y aun así no pude regresar antes.

Las carreteras parecían no tener fin. Todo me recordaba a ella.

La brisa del mar por las mañanas.

El aroma del café en el centro de París.

Las estrellas escondidas en una noche nublada.

Así que aquello era enamorarse de alguien: sentirla a cada hora del día revolotear a tu alrededor incluso cuando se encontrara a miles de kilómetros de distancia. Por eso empecé a enviarle fotografías de todos los lugares a los que sentí que me acompañaba. Ella me decía que tenía mucha suerte de poder verlo en vivo.

—Que no te dé envidia, los Campos Elíseos, el castillo de Neuschwanstein y los Museos capitolinos seguirán ahí para que los veas cuando quieras —le dije una noche, que nos quedamos hablando hasta tarde.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio tan palpable que me hizo temblar.

—No me das envidia por ver todos esos lugares.

—¿Entonces?

No ahogó el suspiro. Lo escuché tan cerca que se me erizó la piel.

—Son todos esos lugares los que me dan envidia porque te ven a ti.

Alba no era de las que se ponía sentimental. Le costaba horrores decir algo romántico sin esconder después la cara entre las manos.

Esa noche, con la mirada fija en el techo de la furgoneta, me di cuenta de que ya era agosto y de que habría regresado antes, pero me asustaba hacerlo, por si yo seguía queriéndola y ella a mí no.

—¿Sigues ahí?

—Sí —susurré.

Ella también seguía esperándome, aunque nos hubiéramos negado a decidir qué éramos o hasta cuándo. Si había sido valiente para marcharme, tendría que serlo mil veces más para volver.

¿Rendirse o luchar?

—¿Cuándo te dan vacaciones?

—Pronto. Me voy a coger tres semanas. Es bastante tiempo.

—Sí que lo es. ¿Te vas a ir a algún sitio?

Tardó en contestar. Me la imaginé tumbada en la cama, esperando a que le dijera que viniera a donde yo estuviese.

—Supongo —se limitó a responder al ver que no decía nada.

Intenté cambiar de tema, pero Alba se armó de valor y me interrumpió:

—¿Vas a tardar mucho en regresar?

Me aferré a la sábana con fuerza.

—Estaré ahí antes de que puedas darte cuenta.

—Me he dado cuenta de que no estás desde hace tres meses.

Se me secó la boca.

—Lo siento.

—No te disculpes. Es tarde, duermes, que pasas muchas horas al volante. Buenas noches.

Colgó antes de que pudiera decirle que me sentía de la misma manera. Me levanté del colchón, me vestí y cogí un viejo cuaderno que llevaba en la mochila. Fue tan fácil escribirle cómo me sentía que eso fue lo que me ayudó a decidir lo que quería hacer.

Dejé el cuaderno sobre el asiento del copiloto. Desde ahí, bajo la luz de la linterna, podía leer con claridad las primeras palabras: Querida Alba...

Epílogo

Loreto me había llamado a su despacho y leía en voz alta, avergonzándome, lo que había escrito para el último artículo que me había encargado sobre cómo afrontan la muerte algunas personas. Me había tomado la libertad, después de entrevistar a psicólogos, sacerdotes y chamanes —sí, un popurrí de expertos—, de introducir una pequeña reflexión personal que no sabía si a mi editora le gustaría.

—Alba, cariño.

Mal, mal. Ninguna referencia cariñosa podía ser dicha sin más.

—Está genial, de verdad.

¿Pero?

Me quedé ahí esperando sin decir nada. Ella enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—¿Ni gracias ni nada? Vaya —comentó.

—¿Qué? Ah. Perdona. —Me di un golpecito en la frente—. Pensaba que ibas a añadir algo. Que a lo mejor sobraba la última parte.

—¿Por qué iba a sobrar? Es tu opinión, eres la que escribes, tienes derecho a expresarte como lo desees, además, me parece muy acertado.

Pensé que me echaría a llorar de la alegría.

En las últimas semanas había trabajado muchísimo, me sentía muy orgullosa. Por no hablar de que el consultorio había resurgido de una manera incomprensible. Loreto lo atribuía al hecho de haber revelado la verdad sobre quién estaba detrás de la sección. Desde entonces, llovían los correos. El trabajo me distraía y hacía que no tuviera tanta predilección por ponerme melancólica. Podía controlar las ganas que me entraban de llamar a Martín entre cinco y quinientas veces al día.

—Alba, aquí tienes.

Mi compañera me trajo un fajo de cartas al despacho. Habían instalado el aire acondicionado porque en agosto a duras penas se podía respirar. Sí, habían pasado ya tres meses desde que él se había marchado. Casi el mismo tiempo que habíamos pasado juntos. Eso me entristecía, pero como si Martín supiera que estaba pensando en él, solía llegarme un mensaje suyo que me devolvía a una especie de felicidad transitoria en la que me recordaba que conseguiríamos que lo nuestro significara más que una despedida.

Se habían multiplicado las cartas en papel desde que había tuiteado un día que me gustaban mucho más que los correos. Bien por la gente que se había animado a romper un poco con la tecnología; mal por mí, porque ahora tenía que transcribir mucho más a ordenador. Aun así, era divertido.

Fui ordenándolas hasta que un sobre llamó mi atención. No llevaba matasellos ni sello, así que debían de haberla dejado en recepción. En la esquina derecha había garabateado un número. El trece. Las doce cartas anteriores las había leído varios meses atrás. Eran las que me había entregado Martín antes de partir. Un *flashback* me devolvió a aquella cafetería de la que me había marchado con los ojos llorosos después de leer las cartas que Martín le había escrito a su padre.

Abrí el sobre enseguida.

- *Querida Alba:*

Decidir entre recordarte o quererte me duele hasta el punto de que se me corta la respiración de madrugada. La cama es más grande desde que tu piel rozó las sábanas la primera vez. Y la soledad está más vacía que nunca porque retumba tu risa por todas partes y en algún lugar de mi estómago. Las mariposas no existían para mí, siempre lo había dicho, y no me equivocaba, porque yo lo que estaba esperando era a que tu voz me revoloteara desde el pecho hasta el vientre y me hiciera cosquillas y se adueñara de mí como de una casa tomada que conviertes en hogar.

En momentos como este pienso que si me visto de pena espero que tú me encuentres y me vistas de luz, igual que tu nombre, tan cálido que resuena a mañana de agosto viendo el amanecer en una playa perdida, desde donde te escribo estas líneas tan empalagosas que no sé si me atreveré a enviarte.

Alba, te pienso más que respiro y eso solo significa que te has vuelto vital, que eres un órgano imprescindible para mantenerme con vida. Solo

estoy esperando a verte de nuevo y a no tener que escuchar audios viejos en un arcén lejano mientras los coches pasan fugaces a ciento veinte por hora, la misma velocidad que alcanza mi corazón cuando estoy cerca de ti. Y hace mucho que no lo hago. Por eso voy a volver a casa. Y por si no ha quedado claro todavía, mi casa está donde se escuche tu risa y lo embriague todo el olor de tu pelo, de tu piel.

A tu lado es donde necesito estar. Supongo que para mí la cuestión siempre ha sido no parar. Ahora tampoco quiero parar, sin embargo, me gustaría que tú estuvieras cerca. Y que el viaje dure siempre y el viento te revuelva el pelo y las ideas. Que más allá del cielo te espere una historia y al otro lado de las montañas crezcan los olivos. Que no vuelvas la vista atrás para no perderte nada de lo que tienes delante. Que hagas inmortales los recuerdos con los ojos y a veces con la cámara. Que cantes a gritos en el coche y que las carreteras sean infinitas mientras te ríes. Que vayas y vuelvas y te marches de nuevo. Que los pájaros revoloteen en el valle mientras corres hacia el mar. Que nunca pestañees mientras las ciudades duermen y te despiertes de un salto para reinventar las calles. Y que no pares. Pero a mi lado. Siempre a mi lado. Esas son las cosas que quiero regalarte. Esto es lo que vas a tener si todavía estás ahí cuando regrese.

¿Sopa?

Te quiero, Martín

Tardé en reaccionar a lo que quería decir aquella pregunta, pero al caer en la cuenta, me levanté con la misma torpeza de siempre. Me gustaría decir que tuve la entereza suficiente de no salir corriendo como una loca, sin embargo, a estas alturas de la historia, ya me conocéis lo suficiente como para saber que no es verdad. Supongo que uno corre de manera involuntaria hacia lo que le hace feliz y salta sin pensárselo dos veces.

Encontré a Martín sentado en la mesa de siempre. Era como si se hubiese quedado ahí esperando y aquel fuese un día normal después del trabajo. No llevábamos tres meses sin vernos, solo un pestaño.

Me quedé apoyada en el marco de la puerta. No se dio cuenta de que estaba ahí hasta un par de minutos después. Se mostraba ensimismado. Contemplaba su vaso de té y le daba vueltas igual que a una ruleta pequeña que gira despacio.

Levantó la mano para saludarme. Vi un atisbo de duda en sus ojos. Esa inseguridad que se te instala en el pecho en los momentos en los que temes que no te reconozcan.

—Hace mucho calor para una sopa, ¿no? —pregunté, ya cerca de él.

Se levantó. Las manos le temblaban igual que lo hacía mi corazón. Ninguno de los dos estaba seguro de qué hacer. La última vez que nos habíamos visto, nos habíamos besado a través de una ventanilla a medio bajar. Ahora estábamos a medio metro de tenernos, pero es que justo a esa distancia era como si ya no hubiera espacio de ningún tipo entre los dos. Nos tocábamos de un modo que solo permite el amor de verdad: con la mirada.

Fui yo la que lo cogió de la mano y tiró de él para que me abrazara. El olor, tan familiar, me envolvió. Estaba entre mis brazos y ya no hacían falta palabras para llenar los kilómetros que había habido entre los dos.

—¿Me has echado de menos?

—Para nada —contesté.

La calidez de sus labios en el pelo me hizo sonreír. Y que no dejara de hacerlo nunca.

Nos apartamos de un salto al ver al señor Wang, las manos cruzadas a la espalda. Nos contemplaba con una sonrisa divertida.

—Mucho tiempo sin venir, Martín. Ella siempre come sopa.

—No me diga —comentó Martín. A mí me ardían las mejillas.

Había ido a refugiarme de su ausencia.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Muchas gracias —dijimos al unísono.

—Tardará un poco —nos hizo saber.

—No tenemos prisa.

Esas tres palabras bastaron para que no tuviera que preguntarle hasta cuándo se quedaría, aun así, era consciente de que también necesitaba algo de su anterior vida en la que no estaba yo, pero, con suerte, lo necesitaría conmigo.

—No pensé que fueras tan cursi. —Coloqué la carta encima de la mesa.

Se llevó la mano al pelo y sonrió mirando hacia otro lado.

—¿Tendría que avergonzarme?

—Nunca.

La sonrisa se le apagó. Se miraba las manos.

—¿Puedo, Alba?

Estiré la mano para alcanzar las suyas. Sentí que, esa vez, eran más fuertes las mías, que podía sostenerlo si aún no había encontrado respuestas a las preguntas con las que se había ido.

—¿Si puedes qué, Martín?

Levantó la cabeza, los ojos llenos de lágrimas. Se mordía el labio como siempre que estaba nervioso. De pronto, parecía un niño de nuevo.

—¿Puedo volver a casa?

Me puse en pie y fui a sentarme en su regazo.

—No, no puedes volver —contesté—. Porque nunca te has ido.

Sentir su cabeza apoyada en mi hombro me alivió de tal modo que tuve que hacer un esfuerzo por no llorar.

—No dejes que me vuelva a marchar nunca más —me pidió.

Lo abracé con fuerza, porque aún necesitaba que no lo soltase. Quizá lo necesitaría toda la vida, y yo estaría ahí para sujetarlo más fuerte.

—Nos iremos, pero juntos —dije yo.

Me miró a los ojos y yo lo besé; lo besé hasta que se le secaron las lágrimas.

—¿Quieres que demos una vuelta ahora?

—¿Y la comida?

—Que espere.

Salimos a la calle. Julieta estaba aparcada a un par de calles de ahí. Hice un amago de subirme. Él me cogió de la mano.

—Espera un momento. Colócate aquí.

Me quedé de pie justo en el lado de la furgoneta donde aparecía escrito el nombre de su madre. Él sacó el móvil y yo protesté. Martín sonrió y esperó a que pasara un señor. Le pidió que nos sacara una foto.

Se colocó a mi lado. Me rodeó la cintura con el brazo y apoyó la cabeza sobre la mía.

—A la de tres, sonríe como si nunca fueses a dejar de hacerlo.

Era difícil no sonreír teniéndolo de nuevo a mi lado.

—Quiero que salgas en todas las fotografías de mi vida, Alba.

Ahí estábamos, los dos, siendo nosotros mismos. Yo con un vestido blanco y las zapatillas que él me había regalado. Él con el pelo más largo y los ojos más sosegados. Los dos juntos.

Un antiguo proverbio chino dice que el tiempo es como el discurrir de un río: no vuelve. Yo no necesitaba que regresara, me encantaba que siguiera fluyendo, pero a su lado.

Nosotros seguíamos siendo.

Éramos todo, incluso las cosas que nos asustaban.

Éramos del otro y, al mismo tiempo, éramos nuestros.

Éramos las fotografías, las palabras, los besos.

Éramos Alba y Martín.

Nadie más.

Nada más.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

[OceanofPDF.com](#)



OceanofPDF.com

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

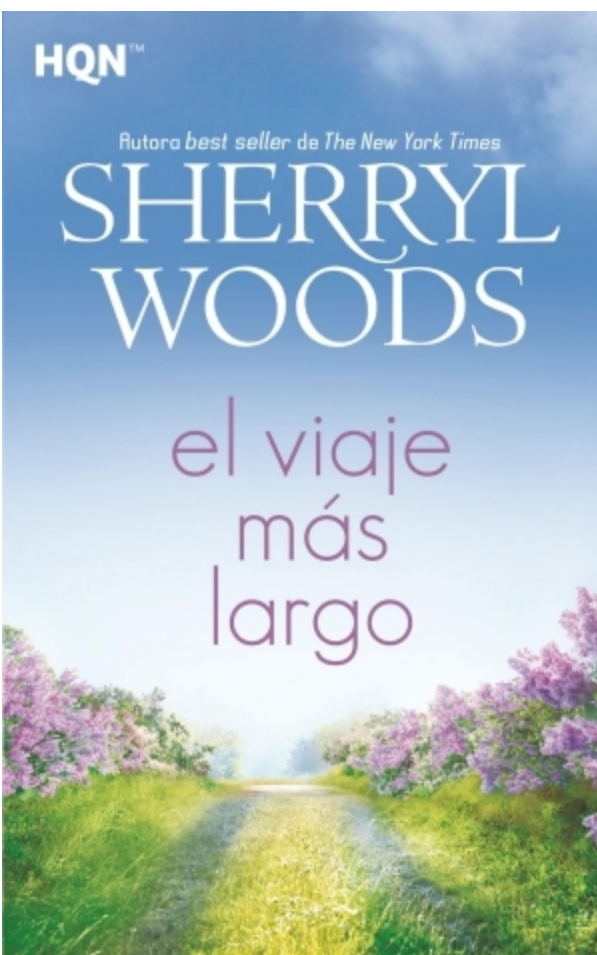
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

[OceanofPDF.com](#)



OceanofPDF.com

El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

[OceanofPDF.com](#)



OceanofPDF.com

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

[OceanofPDF.com](#)